

GABRIEL RENE-MORENO

ESTUDIOS DE  
LITERATURA  
BOLIVIANA



BIBLIOTECA DEL SESOQUICENTENARIO  
DE LA REPUBLICA

La Paz - Bolivia

El Comité Nacional del Sesqui-centenario de la República ha querido honrar esta magna celebración de modo efectivo al par que perdurable contribuyendo a la difusión de las ideas y las creencias que nuestros pensadores y escritores supieron aportar en pro de una Bolivia mejor.

Nada tan apropiado para cumplir dicho propósito como la publicación de la Biblioteca del Sesquicentenario de la República que hoy presentamos, a título de homenaje modesto quizá, pero no obstante, muy digno de la causa que todos los bolivianos en común persiguen esforzadamente para plasmar en definitiva una conciencia nacional.

Galriel René Moreno, "el príncipe de los escritores bolivianos y uno de los más altos valores de las letras hispanoamericanas", en opinión de Enrique Finot, nos ha legado con sus obras un fondo inagotable de ideas, de enseñanzas y de lecturas que se proyectan sobre el futuro al mismo tiempo que se mantienen siempre vigentes.

**ESTUDIOS DE LITERATURA BOLIVIANA**, la obra del acaudado escritor uruguayo que hoy publicamos en nuestra Biblioteca, es sin duda alguna un valioso aporte a la cultura y como tal, un testimonio de veracidad y real transcendencia en la reconstrucción literaria, toda vez que señala rumbos en la formación del espíritu, rebatando de pensamiento sus paginas, en las que se manifiesta pluriamente el estilista, el conocedor profundo del idioma, el crítico sereno y riguroso y, por último de todo, el maestro incomparable que fue y sigue siendo Galriel René Moreno.



ESTUDIOS DE  
LITERATURA BOLIVIANA

GABRIEL RENE-MORENO

# ESTUDIOS DE LITERATURA BOLIVIANA



BIBLIOTECA DEL SESQUICENTENARIO  
DE LA REPUBLICA

La Paz - Bolivia

## VOLUMEN No. 13

Es propiedad del autor.

Quedan reservados los derechos de  
acuerdo a Ley, bajo el registro

No. 1972/75

Impreso en Bolivia — Printed in Bolivia

Tercera edición, Diciembre de 1975

---

Editores: Biblioteca del octagocenario de la república — BOLIVIA

Impresores: Litografías e Imprentas "UNIDAS", S.A.

## PROLOGO



*Es absolutamente indiscutible que don Gabriel René Moreno es la más alta cumbre de las letras y de la historiografía bolivianas. No obstante de haber vivido casi toda su existencia en el extranjero, la totalidad de su obra está dedicada a su patria, lo cual denota en el insigne escritor un bolivianismo tan hondo que nada ni nadie pudo conmover.*

*Desde 1856 residió en Chile Gabriel René-Moreno; había llegado con sus veinte años moros y se vinculó desde el primer momento con toda la juventud intelectual de entonces. El grupo más distinguido, tanto en arres-tos espirituales como en abolengo familiar, era el que dirigía don José Victorino Lastarria, quien si bien no convencia a muchos con su ideario filosófico impregnado de positivismo, era reconocido unánimemente como el maestro indiscutido de todos. La Revista del Pacífico, órgano de inquietudes y de ensayos de esta pléyade, contó en René-Moreno uno de sus más activos colaboradores, al lado de los Blest Gana, de los Amunátegui y tantos otros que ya tenían un nombre consagrado*

*De allí a poco, en 1859, fundó Lastarria el Círculo de Amigos de las Letras, que tenía por objeto "propor-cionar a los hombres estudiosos y amigos de las letras un centro de unión que apoye y fecundice sus esfuerzos con el comercio de las ideas y la identidad de los propó-sitos", según propias frases de su creador. Entre sus componentes fundadores, hallábanse todos esos amigos de René-Moreno y también el joven boliviano. Convocó*

el Centro ese mismo año a un certamen literario en homenaje al 18 de Septiembre, aniversario nacional chileno, y el jurado fue compuesto por socios escogidos a la suerte; entre ellos René-Moreno. El acta de ese jurado calificador lleva la huella inconfundible de su pluma.

En la tertulia de Lastarria en Alto del Puerto, y en las periódicas reuniones de ese Centro, se leyeron muchos y muy valiosos trabajos de índole científica y literaria; entre ellos los Juicios de los poetas hispano-americanos de los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui. Estos señores, de tiempo atrás hallábanse dedicados a estos estudios y pensaban abarcar también a los vates bolivianos; a tal efecto solicitaron la colaboración de René-Moreno, quien en nombre de los citados hermanos Amunátegui, dirigióse a los poetas de su patria pidiéndoles sus composiciones, así como datos personales. Esta correspondencia comenzó en 1857 y hasta puede que algo más antes. Sin duda el material reunido no fue muy del agrado de los señores Amunátegui, ya que no se ocuparon sino de alguno, quedando todo en su integridad en poder de René-Moreno.

Pero el joven intelectual no andaba ocioso; ante la actitud de sus amigos, resolvió utilizar por su cuenta tal acervo documental y ya desde 1858 comenzó a escribir estudios acerca de los poetas bolivianos, estudios que en gran parte leyó en las sesiones del Centro de Amigos de las Letras, y que desde la fecha indicada fueron apareciendo en diferentes revistas, tales como la Revista del Pacífico, la Revista Chilena y muchas otras.

Tales trabajos críticos, sea cual sea el valor intrínseco del poeta glosado, constituyen en realidad la historia de la vida intelectual de Bolivia en el primer medio siglo de nuestra vida independiente, es decir de la época menos conocida y del aspecto menos estudiado de nuestros anales.

René-Moreno en su faz de crítico literario ha sido muy poco analizado, sin duda por el no conocimiento de estos trabajos que por su forma de publicación circularon muy limitadamente y sobre todo en Bolivia fueron

poco leídos, y si lo fueron, se los rodeó de la "conspiración del silencio", por no ser complacencias adulatorias. Y aun los pocos que han conseguido leer fragmentariamente uno que otro de estos ensayos, pero no en su conjunto, por esa misma razón han emitido juicios erróneos acerca del autor.

★

.... Rigoberto Villarroel Claure, en su *Elogio de la Crítica* (La Paz, 1937), considera a René-Moreno "como el primero que en la historia de las artes ensaya la crítica en Bolivia", para añadir en seguida que "su crítica carece de una orientación propia, ignora una norma estética que defina su cultivo; es más bien fruto de una cultura retórica y clásica; fluye como la resina del árbol maduro, alimentada por una sabia cristalina y constante". Después de compararlo con Sainte-Beuve continúa: "No se detiene René-Moreno en el análisis psicológico de cada poema, en su emotividad y las fuerzas íntimas que agitan sus múltiples facetas. La contextura intrínseca del verso no le mueve sino a un entusiasmo de alabanza o censura; es un maestro de retórica que imprime su criterio, no el artista que se exalta por la poesía. La intención es más bien de carácter biográfico que poético: fijar en la estampa personales que representan los primeros destellos líricos en el alma nacional".

Al opinar así, Villarroel Claure está de acuerdo con el concepto personal que tiene de la crítica que considera como "vida, emoción, reflejo de la naturaleza". Pero olvida que no era ese el concepto en la época en que René-Moreno escribía sus ensayos críticos, que como hemos dicho se remontan a 1858, cuando el autor apenas contaba veintidós años de edad. Ya en 1864, en su *Introducción* al estudio de los poetas bolivianos, se ve muy claramente definida esa su tendencia antigua en él, de fisonomizar el tema dándole carácter objetivo y preciso, de acuerdo a los métodos positivos que tanto aconsejaba el maestro Lastarria. Y conste que ese mismo año, Hipólito Taine en su *Historia de la literatura inglesa* primero y algo

más tarde en sus célebres Ensayos de crítica y de historia, planteaba seriamente tales procedimientos que René-Moreno ya de antiguo practicaba.

Al estudiar su Literatura preceptiva, Villarroel Claire olvida que se trata de un texto para escolares de segunda enseñanza, y no de un curso universitario, ni de una obra fundamental de ideas; le reprocha el ser anticuado en una época en la cual ya Zola había definido el arte como la naturaleza vista a través de un temperamento. Y sin embargo, no quiere ver que al dar René-Moreno tanta preponderancia a la parte biográfica en sus estudios críticos, es precisamente para apreciar ese "temperamento" a través del cual se ve la vida y la naturaleza; en este orden ninguno supera al referente a Néstor Galindo, donde el alma misma del poeta, más que sus versos, es analizada con verdadero talento y una finura psicológica digna de los mejores maestros del género.

Por lo contrario del crítico nombrado, don Alberto Gudiérrez en Hombres representativos (La Paz, 1926), mejor conocedor de la obra de René-Moreno, lo juzga como "cultor insigne del arte literario, un devoto del clasicismo, en la mejor acepción de la palabra; verdadero preceptor del lenguaje, prescribía las reglas del buen hablar que predicaron con tan amplia competencia Blair y Hermosilla. Algunos pasajes de René-Moreno parecen versiones españolas de Horacio por su armonía y su precisión clásica".

Aquí radica aquello que no quiso o no supo apreciar aquel crítico. René-Moreno era un clásico en sus gustos, y de allí su frialdad para con el romanticismo de la poesía boliviana de su época, y el propio Villarroel Claire, juzgando a René-Moreno como "un clásico en pleno período romántico", no logró explicarse esa su actitud. Precisamente por eso, René-Moreno no vibraba como quiere su crítico con la contextura de esos versos, los mismos que analizaba y apreciaba fríamente desde sus moldes clásicos, y como una expresión de la persona y del ambiente, pero sin que se conmoviese lo hondo de su espíritu, ya que sus gustos eran otros.

*Hay una gran diferencia en el René-Moreno que estudia a Néstor Galindo del que estudia a Arcesio Escobar. En el primero es más un crítico positivista que analiza y desmenuza la persona misma del poeta buscando en su alma y en lo más recóndito de su espíritu las causas de la tristeza que le agobia, y en Arcesio Escobar se ve al amigo emocionado ante el recuerdo del vate —y aquí algo que no se halla en sus demás trabajos—, vibrar con los mismos versos, no obstante de ser románticos, sobre todo con unas traducciones de Lord Byron.*

*Si Villarroel Claure hubiera conocido este estudio no hubiera dicho nada sobre la frialdad de René-Moreno, y ya que del tema tratamos, preciso es agregar que la principal causa de esa frialdad de René-Moreno, eran los mismos versos. No hay que olvidar que la mayor parte de ellos fueron conocidos por Menéndez y Pelayo a través de estos estudios de René-Moreno, y el gran crítico y erudito español opinaba de esas poesías y de esos poetas que “son tales a juzgar por las muestras, que quitan hasta la gana de consignar sus nombres”. (Historia de la poesía hispano-americana. Madrid, 1913, vol. II, pág. 282).*

*Sería demasiado exigir del patriotismo de René-Moreno que vibrase, que sintiese vida y emoción ante esos malos versos, y más bien mucho hace con darles cabida en sus juicios y opinar sobre ellos, aunque opine mal. Revela así su buen gusto literario y su probidad de crítico.*



*René-Moreno no era compasivo en sus juicios; de él dice Prudencio Bustillo en Páginas dispersas (Buenos Aires, 1946), que “era tentado a poner en ridículo a las gentes, aunque éstas fuesen amigas suyas y le hubiesen dado repetidas pruebas de afecto, si encontraba deficiencias. Y si por desgracia para el criticado, encontraba algo más que deficiencias, no vacilaba en seguir cortando a sus anchas en el paño que le suministraba el verso cojo, la imagen vulgar o la metáfora falsa.*

"Moreno prefirió vivir en Chile porque en su patria no dejó nunca de sentir la sorda hostilidad del ambiente. Aunque todos le temían, pocos le querían, pues la tournure de su espíritu era la crítica maligna y picaresca, si bien sus pinchazos jamás llegaban al asesinato. Su fino sentido crítico le hacía descubrir inmediatamente deficiencias y flaquezas que él hacía notar con cierta complacencia, aguilatando siempre los méritos en la balanza de las comparaciones, en la cual quedaban desmedrados y empequeñecidos los hombres y las cosas. Si con motivo de un tomo de versos algún literato del terruño aspiraba a pulmón lleno el incienso de las gacetas locales, que ignoran la medida para el elogio como para el vituperio, al poco tiempo llegaba de Santiago de Chile La Revista del Pacífico o alguna otra publicación donde Moreno ponía las cosas en su lugar. Inspiraba pues, más temor que afecto, y si la ausencia de simpatía le era penosa, pudo decir con Mallarmé que la mayor desgracia de su vida fue que le creyeran burlón.

"Sus ocultos enemigos tomaron su revancha en 1879, con motivo de ciertas *pouparlers* con el general Daza, en los que nuestro escritor anduvo, según se asegura, propiciando el abandono de nuestro aliado el Perú... Entonces le cargaron el sambenito de traidor, pero ahora se sabe que Moreno obró con entera buena fe". En forma muy dura y muy villana hicieron pagar a René-Moreno la franqueza de sus críticas. El coro de Zoilos fue muy grande y ahogó la voz del patriota, pero la ahogó momentáneamente, para que después brillara límpida la inocencia de su actuación en esos momentos de dolor y de prueba para Bolivia.

Y ese espíritu picante de René-Moreno se lo ve a través de toda su obra. A Vicente Fidel López, historiador argentino le censura sus elogios a cierto prócer, diciendo que "se entra de rondón al palacio de la apología en momentos de haber la *sindéresis* y el sentido moral abandonado la guardia". (Bolivia y Perú. — Nuevas notas históricas y bibliográficas; Santiago, 1907, págs. 252-253).

Al anotar en su Biblioteca Boliviana de 1879 unos ensayos poéticos de Gelasio González titulados Cartas de un miserable, dice que sus estrofas en efecto "son miserables"; un folleto de Vicente Mariscal endiosando a Melgarejo es calificado como "adulación sin aliño ni conocimiento, que salta cruda en olla de barro al fuego de taquia fétida". Otro folleto de Matías Arteche titulado Mi fe política, también adulatorio de Melgarejo, merece el siguiente juicio: "Curioso folleto por su suciedad tipográfica, gramatical e indigenal. Huele a chicha". Con esta frase lapidaria está definida su índole, pues en forma precisa hace sentir al lector la procedencia social e intelectual de esa publicación.

A uno de los que más zarandeó René-Moreno es a José Mariano Serrano a quien llama "padre de la adulación rimada" y sus versos son calificados como "pobres miserables coplas", desatándose en burlas contra su mémen poético.

Al hablar del doctor Manuel Sánchez de Velasco dice que era "sujeto de muy buen sentido, miembro nato de toda junta codificadora, antiguo magistrado de una alta corte de justicia. Nació, se casó, hizo testamento y se murió: he ahí toda su biografía. La prosa terrible de su existencia fue una roca de granito, de la cual ni la varita milagrosa de Moisés hubiera podido hacer saltar, no diré una vertiente, pero ni una gota siquiera de poesía. Mas, en el ocaso de su vida, el dió en la flor de creer que le soplaban las musas y publicó un disparatorio". Copia en seguida unos versos del tan zarandeado vate, versos que considera "tienen las virtudes refrescantes y agri-dulces del tamarindo", y añade como comentario postremo este consejo burlón: "¡Oh vosotros jueces de alzada y de casación, generales en grado heroico y eminente, obispos y arzobispos! En verdados digo: velad y orad para que no caigáis en tentación".

★

Esta característica de René-Moreno tiene su raíz en su propio natural irónico, muy corriente entre la gente



de su tierra natal Santa Cruz de la Sierra, natural aumentado y refinado en el trato íntimo de la sociedad chilena de su tiempo, y muy especialmente aquella intelectual de Los Amigos de las Letras, que a su vez pertenecía a las mejores familias de Santiago. El propio René Moreno cuenta de esa característica, y oportuno es oír-la de sus propios labios:

"No brilla en el ingenio chileno el talento de la conversación. Más bien que en la riqueza de la memoria, esta vena se nutre abundantemente en la vivacidad de la imaginación y en el natural expansivo y flexible. Pero si a menudo no existe el talento en su verdadera aptitud, se posee al menos una de sus facultades auxiliares más fértiles: la aptitud incomparable para la chanza y la burla. El granito de la sensatez chilena se halla atravesado de parte a parte, en lo más profundo del macizo, por el hilo o veta de una perspicacia maligna, tan certera en dar con el secreto del ajeno flaco y tan ingeniosa en el arte de forjar ese flaco cuando en realidad no existe, que basta escarbar con el dedo esa veta en la inoclede cualquiera hijo de vecino, para que uno vea saltar al punto, nativa, la sátira socarrona y la sátira ingenua, en tosca barrilla o en fino rosicler.

"De aquí que habitualmente la broma basta a llenar el vacío que dejan acá en el trato social la reserva y el alejamiento de los corazones. Donde quiera que se reúnen por pasatiempo algunas personas ya se tiene, o se halla, o se busca un "pato de la boda". Los largos ocios de la temporada campestre, suelen ser una inmensa y confusa hecatombe en que caen curiosamente inmolados a fuerza de bromas víctimas y victimadores.

"La misma sorna grave con que la zumba se revisite la hace muy temible. Ella arrecia de frente y por detrás tanto, que al más cerrado y negro de cacumen nunca le falta el destello de una malicia consumada para vigilar la casa. No atinando la rudeza de algunos a desatar, ni con anteojos, el mudo y las redes con que la alegoría o los equívocos los envuelven, suelen cortar la trama de un feroz machetazo, el cual produce los efectos de una gracia maravillosa.



"En resumidas cuentas, los tontos lo pasan muy bien: se les chanta su capirote de tocuyo y ierga y se les procura mantener en una perdurable placidez. Pero ¡ay! del avisado que no es corredizo en el humor de "dar y tomar", porque mascarará muchas cóleras y se apelmazará su genio en términos de indigestar a los de su propia casa.

"Del ingenuo, del utopista, del serio sin malicia, del enamorado impetuoso es el reino de los cielos. No se les brinda ciertamente sal cristalizada en prismas brillantes. La tierra es pobre de estas formaciones. Pero tejen maravillosamente finísimos encajes de Bruselas, de Valenciennes y de Chantilly para ponerles cofias y goli-las. Y ¡qué temeridad y audacia para atreverse! A los poetas, a los oradores patéticos y a los literatos sin dinero les ponen a hurtadillas y cuando menos piensan co-la de trapo.

"Y que nadie las tenga todas consigo; porque no hubo cerebro tan robusto y bien ajustado que con tanto zarandeo no flaquease por su trecho, si se descuidó. Pues acontece que por los mismos tornillos de sus tres potencias suelen filtrarse oloeum non sanctum, que cayendo sutilmente en la parte hueca o blanda, de que allá en cualquiera rincón nuestra masa cerebral siempre adolece, hace sin remedio desvariar, siquiera sea un momento, al individuo más cuerdo y astuto. Cuando dilatándose el aceitillo comienza a trasminar lo sano del seso, he aquí que el ungido advierte el chasco y se pone alerta. Tarde ya. La burla tuvo tiempo de pasar a su lado sonriendo con la debida circunspección".

Esta descripción es tan vívida, tan rigurosa en el detalle y la esencia misma de la burla, que de lejos se advierte que René-Moreno pasó por esas horas caudinas, para después convertirse en un practicante empedernido de tales bromas. Su espíritu de natural así por temperamento, se refinó en semejante sociabilidad y ello se demuestra en sus libros que a cada paso están llenos de esos brotes. Al hablar en la forma como lo hace de sus criticados, no hay asomo de maldad en René-Moreno, sino simplemente burla, ironía, en una palabra el espíri-

tu bromista de la sangre andaluza de su progenie cruceña, corregida y aumentada por el ejercicio continuo de tal espíritu en la sociedad chilena.

★

En 1864 y en la Sociedad Literaria de San Luis, René-Moreno leyó un trabajo que tituló *Introducción al estudio de los poetas bolivianos*, que vio la luz en folleto aunque sin nombre del autor. Dos fragmentos se publicaron en los números 23 y 24 de *LA ESTRELLA DEL ORIENTE* de Santa Cruz de la Sierra, correspondientes al 30 de septiembre y 15 de octubre de 1864. René-Moreno mismo había enviado desde Valparaíso los originales para su publicación en la recién nacida prensa de su terruño. Si bien es cierto que había escrito en diversas revistas algunas ensayos acerca del tema, tales como los referentes a María Josefa Mujía y Manuel José Tovar, este estudio por su propia índole debe preceder a todos los de su género, ya que aquí plantea sus puntos de vista sobre el asunto central.

Comienza René-Moreno por llamar la atención de cómo después de los desastres de la guerra civil, mal endémico en Bolivia, se oían las voces de los poetas cantando sus rimas. Y de entralla enfoca el tema de la política y la literatura. "Yerran gravemente los que apoyándose en ejemplos inadecuados de la historia, sostienen en tesis absoluta que los odios políticos y las intestinas discordias alientan, robustecen e inflaman el numen poético. Sentada en términos tan generales, esta doctrina entraña mucho de falso y peligroso. Las conmociones íntimas y profundas del alma, la impetuosa expansión de las fuerzas concentradas del entendimiento, fueron siempre el pávido y el sustento generoso de la literatura pujante; pero las pasiones mezquinas de partido, donde quiera han esterilizado con su escoria los campos de la imaginación, y apagado con su soplo destructor la lumbre del talento. En las bacanales del despotismo y la anarquía no se entonan inocentes y patéticos cantares, ni luciendo sus innúmeros y coloridos matices, res-

plandece en raudos, caprichosos y arrogantes giros la razón humana, inflamada por el fuego lento de la meditación y el estudio. En estas zambras no se oye sino la ronca algazara del vicio, ni se ve otra cosa que el paroxismo de la duda en las creencias generatrices del entusiasmo, desgaste de los resortes que impulsan la actividad generosa del hombre, desperdicio y copioso derramamiento del corazón. ¡Cuántas veces no hemos visto en Bolivia bastardearse en orgías políticas, almas vigorosamente templadas para sentir y declarar las maravillas de la poesía —esta unidad viva, fecunda, inmortal, en que se funden, acrisolan y abrillantan las emanaciones más puras de lo verdadero, lo bueno y lo bello de la naturaleza!"

Muchas veces se ha tachado a René-Moreno de pesimista respecto de su propio país y de difamador de su patria; tan no era así que en este mismo estudio demuestra cuál era su criterio en ese entonces acerca de nuestra vida y de nuestro porvenir político. Conste que por esos años la frecuencia cotidiana de los motines y revueltas en nuestra tierra no eran para mantener el optimismo de nadie, y sin embargo René-Moreno con amplia visión de sociólogo no desespera de su patria ni de las demás de Hispano-América que con muy raras excepciones corrían parejas con nosotros en cuanto a desorden y anarquía se refiere. Dice así:

"Para nosotros es cosa de todo punto indudable, que en América esta anarquía incesante y a questo desborde de violentas pasiones, lejos de semejarse en nada a las agonías de la muerte, antes al contrario son las convulsiones dolorosas del alumbramiento". Se nota aquí al hombre que desde su observatorio de Santiago de Chile, en un país con instituciones muy estabilizadas, contemplaba el panorama de nuestra América convulsionada, pero no para denigrarla, sino para compadecerla y, con todo optimismo, ver en sus desrracias la semilla, el nacimiento de una nueva vida mejor.

Para la política boliviana y su obra arrasadora tiene palabras duras. "En Bolivia uno de los rigores de la política es el de igualar el carácter de los hombres, ni-

velándolos moralmente a todos con ciego despotismo. En este orden no hay grados, ni jerarquías, ni diversidad, ni singularidad. Como es uno, así son todos. Aquella es una monotonía desesperante. A surcar el océano proceloso, todos se lanzan a la ventura en su barquilla; todos son luego postrados por las fatigas del mareo; en seguida, tarde o temprano, todos naufragan".

\*

René-Moreno define el ingenio de los poetas bolivianos diciendo: "El ingenio de estos bardos es como si dijéramos un espíritu fuerte, un ánimo sostenido, cuya varonil entereza no son parte a quebrantar las dolencias, que enervan y malean en tantos otros el rico sentimiento estético con que la naturaleza les dotara". Y elogia tal característica del vate boliviano calificándola como "caso muy ejemplar en la historia de las vicisitudes que ha experimentado el espíritu humano en el mundo descubierto por Colón". Es el mejor elogio que se ha hecho a la entereza viril de nuestros poetas.

Y tal ha sido el destino de estos hombres. "Ninguno de los bardos bolivianos ha podido llevar una vida uniformemente literaria. Ninguno ha podido sustraerse a la acción deletérea de los acontecimientos de su época. Casi todos han sido actores en la tragicomedia. En sus frentes se ven las señales exteriores de las heridas profundas que dejan en el alma la proscripción, los pesares y una existencia trabajosa. Su ingenio ha experimentado fatales accidentes, pero ninguna influencia bienhechora".

Extendiéndose G. René-Moreno en consideraciones acerca del porvenir de Hispano-América, el mismo que encuentra grandioso, su espíritu rebosa de optimismo, a pesar de la anarquía reinante. "Medio siglo va de descarríos; y, sin embargo, prescindiendo de casos particulares y examinando en conjunto el aspecto moral de las cosas, es indudable que no sólo andamos sino que subimos".

Después de hacer un cuadro sombrío de nuestra vida intelectual y de que en lugar de las actividades de la

inteligencia "hay miserias políticas y postración", dice que el "principio vital de la sociedad no ha perecido". Llama la atención de cómo ante los déspotas siempre hay almas que se levantan, protestan y acusan. Y siempre el leit motiv permanente del optimismo: "Observadores superficiales! Es cierto que las pasiones desencadenadas de la plaza pública precipitan la sociedad boliviana por una pendiente de ruinas y desastres, pero, semejante al carro celestial de Milton cuando atraviesa los abismos del caos, ella rueda en pos del triunfo, viva, soberana, con cien ojos abiertos y centelleantes!"

Insiste en el predominio absorbente de la política a la que compara con la "sombra aterradora de Hamlet" y que domina todo. "¿Cómo prescindir de esta dolencia endémica y profunda al tratar de las producciones del ingenio en un país donde éstas no son el artefacto de claustros o academias, sino el brote espontáneo de un campo enteramente abierto a la intemperie?"

Y aquí viene ya el juicio sobre los poetas mismos: "Aislados, sin agruparse para formar alguna especie de gremio, cada uno en su ciudad, dentro del círculo de sus relaciones meramente privadas, algunos sin conocerse ni tratarse, casi siempre sin un órgano adecuado que les sirva de tripode en la prensa, careciendo de una capital que sea para ellos centro de ciertas ventajas especiales a la vez que escuela común y teatro permanente de noble emulación; los vates bolivianos tienen el sentimiento instintivo, la viva inteligencia, el conocimiento más o menos ilustrado de las excelencias del arte; y, separados en el espacio, pero unidos en la idea y en el discurso, oponen su ejemplo a la corruptela general del lenguaje, cuyo estudio yace abandonado o descuidado en los colegios, y que, como en tiempos remotos y más atrasados, soporta todavía la competencia del quechua, admitiendo en su limpio raudal voces, construcciones y giros venidos de este idioma bárbaro.

"Su poética se reduce a expresar simple y directamente sus personales impresiones. Esto da más sinceridad y espontaneidad a sus obras. Las formas ingenio-

sas y compleja de la poesía, no hallan sustento suficiente en los pueblos cuya vida está reducida al mínimum indispensable de intensidad. No les pidáis fuerza, gracia y viveza en la dicción, ni aquella regularidad galana de la forma, en que como ahogados naturales resplandecen juntos la rigidez severa del arte y el inquieto desahogo del pensamiento". Habla en seguida de cómo el juicio público en Bolivia no es el más a propósito para corregir en belleza estos brotes ni para dar consejos al respecto, poránimos "conturbados por el rencor y la cólera".

"Por análogas razones no les pidáis tampoco singular novedad en la concepción, original frescura en las imágenes, varonil osadía en los pensamientos. Los desastres políticos y las públicas congojas los hacen a veces enmudecer. No es indiferencia, no lo fue nunca; no lo será jamás. Los personajes trágicos de Sófocles callan cuando el dolor les desgarró el alma". Estas palabras severas de René-Moreno revelan su orgullo de boliviano, de sentir de cómo los bardos de su tierra hacían restallar en el rostro de los déspotas el látigo de sus execraciones. Vibró emocionada su alma al solo recuerdo de estas actuaciones.

El estudio que René-Moreno dedica a María Josefa Mujía es uno de los primeros que escribió en el género, ya que se remonta a 1858, habiendo aparecido en la Revista del Pacífico. Describe sobriamente los orígenes de la inspiración poética, utilizando algunos datos biográficos, según los cuales, a la edad de quince años la señorita Mujía quedó ciega a consecuencia del exceso de llanto con motivo de la muerte de su padre. En la soledad espantosa de su desgracia, comenzó a dedicarse a la poesía, pero sus composiciones eran sólo conocidas de un hermano que habíale jurado guardar el secreto; pero él fue revelado un día y se publicó alguna en EL ECO DE LA OPINION, periódico eventual que salió en Sucre durante varios años a partir de 1850. Hicieron coro a su desgracia y a su numen, los poetas Manuel José

Cortés y Manuel José Tovar, a quienes contestó la ciega a su vez.

Llama la atención René-Moreno sobre que, a pesar de la magnitud de su desgracia y sus arranques de dolor, no desespera y canta loas a la fe y la resignación e incluso llega a consolar a otros desgraciados. Copia algunas poesías de diversa índole y lamenta con verdadera emoción la desgracia de la poetisa María Josefa Mujía.

Pero no hay una sola palabra de crítica, y si hay es en forma esquiva y al parecer no muy favorable, incluso por dejar el juicio de definitivo a la posteridad. "Tenemos una colección de cuarenta composiciones de la Srta. Mujía. Sólo cuatro o cinco han visto la luz pública; las demás permanecen inéditas y son conocidas únicamente en el círculo de familia y de los amigos. A su tiempo vendrá la crítica que las analizará y juzgará, decidiendo si la Srta. Mujía merece en efecto ocupar un lugar distinguido entre los bardos bolivianos, o si ella y sus versos pasarán solamente, según algunos piensan, como una anécdota más o menos interesante de la literatura boliviana".

Como se ve por lo copiado, si René-Moreno no quiere dar ningún juicio, es porque no sería muy favorable a la citada poetisa, por más que su desgracia la haga acreedora a la compasión ajena, incluso a la literaria. Sin embargo, el solo hecho de ocuparse de esta poetisa indica su aprecio por sus versos, aunque no sea muy decidido por ellos. Menéndez y Pelayo, considera una sola composición de la poetisa ciega, digna de transcribir: la titulada "El árbol de la esperanza", y la juzga como de "sencillos e inspirados versos", y que "en su forma casi infantil tienen más intimidad de sentimiento lírico que todo lo que se visto en el Parnaso boliviano".

El juicio acerca de Manuel José Tovar contemporáneo del referente a la Srta. Mujía y publicado en la misma revista, tiene mayor amplitud de opinión y mayor franqueza. Comienza declarando que hay dos clases de



poetas en Bolivia; uno de los que podríamos llamar consagrados, aunque no lo merezcan, y otro de los que comienzan. René-Moreno se inclina por éstos, a quienes declara que hay que alentar y estimular "ejerciendo más de una vez con ellos un magisterio hasta cierto punto doctrinal".

Cuenta la vida de Tovar, nacido en un asiento mineral de la provincia de Inquisivi, y se detiene en sus luchas juveniles en Sucre; estas luchas eran de carácter religioso. Hace hincapié René-Moreno en la influencia que sobre Tovar ejerció la Sociedad Católica Literaria a la cual pertenecía y que tenía como órgano de prensa *EL AMIGO DE LA VERDAD*, pues "en el seno de ella ha formado sus convicciones, creencias y costumbres, y allí su corazón principió a beber en las inagotables fuentes de ese misticismo delicioso y puro de la religión cristiana, que, como poeta no ha sabido desgraciadamente expresar con elocuencia".

Refiriéndose al periódico *EL AMIGO DE LA VERDAD*, dice que al principio publicaba trabajos literarios pero que "tuvo no sabemos si la debilidad o la extravagancia de dejar invadir su redacción por unos frailes; y estos piadosos varones, pero pésimos escritores, ensartaron en él una serie de artículos en que, con un estilo de sandias jocosidades, de triviales refranes y de latines de sacristía, trataban cuestiones graves y asuntos muy elevados; acompañando de vez en cuando a esta prosa, como por vía de condimento, algunas coplas a la Virgen con estribillos y retruécanos, y varias traducciones y paráfrasis de los salmos de David en el mismo metro de las fábulas "El borrico y la flauta y las lagartijas" de D. Tomás de Iriarte".

Aquí vemos de nuevo la índole satírica de René-Moreno, quien a pesar de su catolicismo, creencia que siempre ostentó y practicó, aunque sin intolerancias ni fanatismos de ningún género, arremete contra esos frailes, malos periodistas.

Da cuenta de las actuaciones políticas de Tovar contra la dictadura de Belzu, gobierno que René-Moreno ca-



lifica de "militar y usurpador". En cuanto al poema "Mi Patria" de Tovar, lo juzga malo. En cuanto a su poesía erótica, la considera impregnada de esencia religiosa.

Tovar fue redactor de *EL PORVENIR*, periódico que se escribía bajo los dictados del prócer conservador don Mariano Baptista, joven entonces, pero ya muy brillante. En dicho órgano de prensa publicó "Las Ilusiones", que René-Moreno dice poca por su forma y por su fondo. En general no es muy caritativo con Tovar, ya que opina ser muy superiores algunas composiciones de colegial de lord Byron. Al analizarla dicha poesía y fundamentar su juicio contrario a su valor, René-Moreno entra en el detalle del verso mismo, en aquello que Villarreal Claire extraña en él, demostrando palpablemente que cuando era necesario sabía entrar en la disección del verso.

En cuanto al poema "1.ª Creación", que se publicó en volumen especial en Sucre en 1863, René-Moreno lo considera como la obra maestra de Tovar, y al analizar diferentes piezas, hace continuas comparaciones con Milton y su inmortal obra. Este poema no fue conocido por Menéndez y Pelayo, quien califica los demás poemas líricos de Tovar como "verbosos e insustanciales".

Al transcribir párrafos largos de "La Creación", critica muchos de ellos, como por ejemplo, "la terrible memoria que del juicio final se hace al terminar los cantos segundo y cuarto". Concluye su trabajo con este juicio sintético sobre el poeta y su obra: "Las circunstancias no han favorecido al poeta Tovar. Nació en un mineral frío y árido; creció entre las tristes ruinas y bajo el sol muerto en Oruro, y ha vivido hasta hace poco en Sucre, pueblo en donde las ideas, las pasiones y los afectos son templados como su clima. El que no demuestra ser el poeta de las ideas ni del sentimiento, sino el poeta de la fantasía, no debe contentarse con divisar las altas cimas del Illimani, Sorata, Chorolque, Potosí y Tunari: necesita contemplar otros cuadros de la naturaleza más espléndidos y variados que enriquezcan su imaginación y den a su pincel ese tinte vigoroso y exacto de que no sin fre-

cuencia carece; visite esas privilegiadas regiones del oriente de Bolivia que llenaron a Cortés de sublime y ardiente inspiración, y donde se ostenta la verdadera poesía, la poesía de la naturaleza, de la cual la de los libros no es sino una imitación o un reflejo".

Aquí demuestra René-Moreno cuáles son sus conceptos estéticos: quiere poesía de la naturaleza, y además demuestra que al escribir el párrafo anterior hace lo que un escritor llamaba crítica sociológica, o sea la influencia del medio, de la naturaleza misma en la obra de arte, aquello sobre lo que tanto insistió Taine uno o dos años más tarde que René-Moreno escribiera y publicara estos apuntes.

Con todo su catolicismo, Tovar murió suicidado en 1869; una de sus últimas composiciones, dedicada a la señora Bailona Costas de Fernández, deja trasuntar su cansancio de la vida. Ignacio Prudencio Bustillo juzga que "ninguna de las composiciones de Tovar, ni "La Varsovia", en la que hay más de un verso lindo, ni la dedicada a la poetisa María Josefa Mujía, citada con encomio por Menéndez y Pelayo; ni aun la titulada "Mi Patria", que contiene arranques de lirismo pindárico, o la escrita en el álbum de la señorita Justa Costas, podría realzar un modesto florilegio. Vocabulario escaso, figuras retóricas manoseadas, deficiencias de pensamiento y de expresión afean casi todas sus composiciones. Líbranse de este juicio demasiado severo, la poesía "El Mendigo", que por desgracia tiene estrecha analogía con otra de la poetisa española Silveria Espinosa de Coronado, aunque Tovar ha probado la anterioridad de su composición".

4

El ensayo dedicado a Mariano Ramallo apareció en el tomo IV de la Revista de Sud América, correspondiente a 1862. Comienza con un estudio acerca de la vida intelectual de Bolivia en la época del general Ballivián, sumamente interesante por la cantidad de valiosos datos que trae. Señala el año 1845 como crucial, ya que lo con-

sidera como "aurora de la naciente literatura nacional". El eje de este resurgir de las letras está indicado que es "la opulenta ciudad de La Paz". Apunta las diversas actuaciones que cupo desenvolver al poeta orureño, tales como la dirección de LA EPOCA y también LA GACETA DEL GOBIERNO; caído Ballivián soportó un destierro en el Perú, el mismo que se volvió a repetir en 1853, cuando publicó una elegía al sobredicho presidente que acababa de morir en Río de Janeiro.

Esta poesía de Ramallo es duramente censurada por René-Moreno, quien dice que pese a la pasión política que tanto la alabó, es "punto menos comolas que el Fuero Juzgo y las Siete Partidas inspiraron". Señala que "el bardo boliviano ha incurrido aquí en una falta, por la que nadie acaso le pueda tildar en ninguna otra poesía suya, siquiera sea de las que compuso cuando era estudiante: tal falta no es otra que la bombástica exageración; planta raquítica y vana que solamente nace en los páramos de la fantasía. La pieza que analizamos termina con este verso: "¡¡¡Ingavi y Ballivián llenan el mundo!!!" para el final reservó Ramallo esta bomba incendiaria, que causa en el corazón del lector el mismo estrago que una descarga de hielo disparada por una batería de grueso calibre".

Entra en seguida en el estudio de las características de la poesía de Ramallo, y va desechando uno por uno los maestros a quienes pudo haber seguido, para concluir con que la mejor condición de su obra poética es la sencillez, extendiéndose sobre el tema, demostrando así un profundo conocimiento de ella y delectación en este aspecto. A renglón seguido se esfuerza en clasificar a Ramallo entre las diversas escuelas a las cuales pudo haber pertenecido por la índole de sus versos, sin que pueda encontrar en cual encasillarlo.

Conste aquí que muchísimos años después casi a los cuarenta de publicado este estudio el propio René-Moreno decía de él "que así por su asunto como por su desempeño considera esta olvidadísima biografía como uno de sus pecados capitales que llaman mortales" (Bolivia y

Argentina. Notas biográficas y bibliográficas; Santiago, 1901, págs. 424-425). A pesar de la paladina confesión del propio autor, este ensayo sobre Ramallo no es como para calificarlo en la forma tan dura como lo hace el propio René-Moreno.

Del poeta Ramallo, Menéndez y Pelayo sólo conoció algunos poemas insertos en antologías americanas y las juzga como "ensayos harto triviales" y que en ellos "es visible la penuria de ideas y de estilo; y si este poeta no hizo otra cosa mejor, bien puede quedar en el olvido". Sin duda así también llegó a pensar René-Moreno en su madurez, y por eso arrepitióse de haber dado importancia a este poeta escribiendo un estudio acerca de él, hasta el extremo de considerarlo como un pecado mortal. De la lectura del trabajo sobre Ramallo resulta que debía continuar; sin embargo, quedó cortado allí mismo. Puede que las razones para ello hayan sido esas que tuvo el autor para calificarlo como "pecado mortal".

El estudio acerca de Néstor Galindo es el primero que aparece en folleto y aunque no lo mencione el autor, se ve la intención de iniciar una serie, ya que bajo el título general de "Poetas Bolivianos", lleva el número I romano. Fue editado en la Imprenta Nacional de Santiago en noviembre de 1868, en 66 páginas de nítida impresión; la portada ostenta una viñeta alusiva al tema, de una lira entre ramas de laurel, además de otros símbolos. Apareció también en la Revista de Buenos Aires, dirigida por Vicente G. Quesada y Miguel Navarro Viola, en su año VI, números 67 y 68, correspondientes a noviembre y diciembre de ese mismo año.

Muy discretamente empieza René-Moreno diciendo que cuando en Bolivia se cabmen las pasiones será la hora de juzgar a los poetas, y que mientras tanto hay que honrar "las prendas del talento, del patriotismo abnegado, del cívico desnudo". Cualidades fueron éstas que honraron altamente a Néstor Galindo y ennoblecieron su vida y su muerte. Habla del tema consabido, del



ritornello obligado de la política boliviana, de cómo, a pesar de su violencia insana, alguna vez se calma bruscamente, a causa según René-Moreno de la voz de la conciencia. Cuenta una anécdota de don Mariano Baptista que no figura en ninguna de las biografías del gran orador y político católico. "Una vez osó un sacerdote levantar la voz para acriminar a otro diputado. ¡Silencio, le gritó Baptista: ¡tengo pisada tu alma! y el clérigo calló". Aunque no se dan fechas, parece que esta escena debió producirse en las actuaciones políticas del congreso de 1857, en vísperas de la revolución linarista del 8 de septiembre.

Narra en seguida la vida de Néstor Galindo y el influjo que en su adolescencia tuvo la lectura de novelas, copiando al respecto una análoga referencia de Rousseau. A base de informaciones privadas de Adolfo Ballivián reconstruye el carácter de Galindo, extremadamente sensible hasta la hiperestesia misma; sus pasajeros amores en Tacna y primeros ensayos poéticos. El camarada que desde Valparaíso devolvió a Galindo sus versos no es otro que el amigo informante de René-Moreno, el patriota Adolfo Ballivián que con los años habría de ocupar la presidencia de Bolivia.

Al hacer reflexiones acerca de la vocación poética de Galindo y de su incurable tristeza, tema este que habría de ocuparle páginas extensas, se burla de la falta de sincléresis de algunos hombres consagrados en Bolivia que se dedican a las musas para apenas servir de ludibrio. "El apetito desordenado de alabanzas suele acá en América llamar a las puertas del instinto poético; hace saltar a éste en cueros del lecho, y le lleva por calles y plazas alborotando al vecindario y alarmando al directorio de la Casa de Orates". Con referencia concreta a Galindo, reconoce su crítico que "la índole de su carácter era eminentemente poética y lírica. Pero es indudable que no poseía, como dote natural y espontánea, el arte de la forma para transmitir con claridad y eficacia la emoción estética". Añade en seguida: "Sus ensayos prematuros le hicieron adquirir tal cual destreza en versificar; pero le alejaron del estudio paciente y de la

meditación profunda que desenvolviendo los gérmenes de su ingenio, le hubieran llevado por un camino, más largo es cierto, pero más seguro, a las eminencias en que la mente encuentra sin esfuerzo la fórmula genuina y la imagen sensible de su pensamiento".

Copia una poesía de Galindo dedicado al morro de Arica, muy triste y que termina llamando a la muerte, lo cual causa indignación en René-Moreno: "A la verdad, que cuando se ve a un mancebo de veintidós años no cumplidos y que nada ha hecho todavía en el mundo, entonar el Invidioquia quiescant del infatigable Lutero, uno quisiera levantar los brazos caídos de este perezoso de la escritura, sacudirle los hombros y decirle con las palabras famosas de Arnult: "¿No te queda la eternidad entera para descansar?" Aquí se nota la índole viril y fuerte de René-Moreno, que en ningún momento se dejó vencer por la moda de la época de lágrimas y suspiros y llamados a la Parca; es todo un hombre de íntegra contextura y de fuerte complexión espiritual que invoca a la Vida y le rinde culto, deplorando que otros sin razón se quejen de un mal que sólo en sus calenturientas imaginaciones románticas existe.

Páginas hermosas nos da acerca del panorama social e intelectual de Cochabamba en la época de Galindo, y de lo que fue y la influencia que tuvo la Revista de Cochabamba, órgano de subida categoría cultural. Se refiere en seguida a Lágrimas, la publicación de Galindo de 1856, que juntamente con algunos otros versos sueltos fue todo lo que sirvió a Gregorio y Víctor Amunátegui para emitir su duro juicio acerca de su poética. René-Moreno reconoce la verdad de la crítica para ese entonces, añadiendo que el poeta produjo algo mejor después. Analiza en seguida el citado volumen.

"Esos preludios no habían sido otra cosa que la intuición confusa de un numen naciente. Eran el sentimiento instintivo del arte, que en su ardor juvenil se afana buscando su ruta en el laberinto de la imaginación. Sentimos venir la fuerza; pero ésta no se asoma, ni se despliega, ni nos cautiva. Como las tragedias del

viejo Esquilo, esas poesías nos llevan a la contemplación de una sola y uniforme faz del espíritu. El llanto del poeta no es una fuente cristalina en que se retratan con todos sus colores la soledad de la selva, la melancolía de la tarde, el luto funeral de la noche. Es una corriente turbia y sonante que se arrastra entre los escombros y zarzales de un cementerio abandonado; es un chubasco tormentoso de verano que empañía el cielo sin limpiar la tierra, dejando en nuestro ánimo la amarga desazón que traen siempre consigo las alteraciones repentinas de la atmósfera".

\*

Es sabido que a Galindo dominaba siempre una tristeza perenne, tristeza que se retrata en sus versos. René-Moreno intentó saber de diversas fuentes el origen de tal estado de alma y las informaciones fueron contradictorias, habiéndose llevado a la tumba el vate cochabambino el secreto de su mal moral. Pero, René-Moreno no era hombre para quedarse en medio camino y ensaya de su parte una interpretación de la tristeza que es una de las mejores páginas que ha escrito, página llena de agudeza y de interpretación psicológica, que acusa profundo conocimiento y perspicacia en el tema de suyo tan difícil.

"Pues conviene advertir que aquí no se trata de los rigores de la suerte, ni del infortunio de los tiempos, ni del tormento de las pasiones, ni de la inquietud inexorable y mal contentadiza del corazón humano, ni del humor melancólico engendrado por ciertas enfermedades, ni de los que gimen bajo el peso del dolor real, ni del *toedium vita* de los antiguos, ni de esa crisis pasajera de la juventud de Chateaubriand llama con gracia lo vago de las pasiones, ni del hastío que persigue a quien buscó el deleite para mortaja de sus difuntas creencias. Estos y otros males frecuentes pertenecen al común patrimonio y deben mirarse como efectos necesarios de causas ya conocidas.

"Hay una pena congénita y habitual cuya íntima naturaleza es todavía un misterio. El mal moral es ver-



dugo de una perversidad tan ingeniosa y refinada, que en su encarnizamiento contra la humana condición, ha inventado para ciertos hombres un suplicio aparte, donde secretamente o bajo engañosas apariencias, son torturadas sin tregua ni piedad algunas almas de generoso aliento. Hay un licor amargo que nos viene de fuera destilado por las cosas, y hay otro que mana espontáneamente del propio corazón. La historia y la filosofía nos enseñan algo de muy importante acerca del primero, pero los escrutadores más perspicaces de las profundidades de la conciencia humana, poco, muy poco, nos dicen del segundo. Son ciertas revelaciones vagas de los poetas las que a este respecto paran nuestra atención, haciéndonos pensar seriamente sobre lo que hemos notado en otros o sentido dentro de nosotros mismos.

“¿Cuál es la faz o repliegue del alma, si es permitido hablar así, donde se localiza esta sensibilidad malsana? ¿Es nativa en el temperamento de ciertos individuos? ¿Qué género de impresiones o circunstancias externas la enconan y desarrollan?

“Cuestiones son estas cuya dilucidación suministraría abundante luz al moralista y al crítico. Por lo pronto, entre varias ventajas de un orden más elevado, se reportaría esta otra: que con mejor criterio, tal vez seríamos menos zumbones y más caritativos con algunos poetas de esta joven América, cuya vida social es tan ruda, tan inexperta, que causa extrañeza ver que alguien se queje aquí de desazones sin motivo visible, propias más bien de sociedades muelles, degeneradas o decrepitas.

“Entre tanto, no se puede negar que aquella insólita afección existe, y que es una de las que suelen aquejar a la naturaleza humana. A mi juicio, Galindo fue de ella un ejemplo.

“El mal es, al principio una dolencia poco aguda; pero haciéndose con los años crónica, acaba por contaminar todas las fuentes de la sensibilidad interna, acompañando sin descanso a la víctima hasta el sepulcro. A nuestro lado suelen pasar algunos de estos hombres de espíritu doliente, sin que reparemos en ellos. ¡Cuántos ha-

brá, que tras la indiferencia de una serena y taciturna apatía, esconden la desolación inexplicable de su alma!

"En vano es dejarse llevar por los seductores consejos de Fray Luis de León y de Rioja. Los placeres del campo, el retiro de una vida modesta, son ciertamente un puerto de refugio en el mar tempestuoso del mundo; pero no un asilo de sanidad para las íntimas dolencias. Al desgraciado que ya lleva en las entrañas la llaga de que vengo hablando, no le valen la quietud de la conciencia, la sobriedad del corazón, la guarda de los sentidos. Esta secreta tristeza es un gusano roedor, que acechando el momento en que duermen en paz las pasiones y reina un profundo silencio en el alcázar del alma, se desliza cautelosamente por el muro al través de alguna brecha a resquicio; penetra en las angustas moradas, desentraña, remueve y enturbia cuanto pueda haber allí de miserable o pernicioso, e incapaz de causar por sí solo mayores estragos introduce por donde quiera la alarma y la inquietud. Pero que suceda al reposo el tumulto de las pasiones, y al punto, o ya no hacen mella las lastimaduras del mal, o éste desaparece aguardando un momento cualquiera de recogimiento en el espíritu para ejercitar de nuevo su perverso aguijón. Que sobrevengan los cuidados graves o el dolor; y entonces el escondido tirano suelta sin esfuerzo su víctima, abandonándola gustoso a la dureza y crueldad de la suerte: brazo seglar que hiere y mata a las claras, sin distinción de fueros.

"Pacientes hubo que se refugiaron en el jardín de las musas. Pero según una ingeniosa alegoría del libro de los Consuelos, el sabio cuanto infelizmente Boecio sintió que aquellas fuesen expulsadas; de su lado, cuando le rodeaban solícitas en el calabozo. Lo que es Galindo, quiso hacer de la poesía a la vez néctar, bálsamo y mandá. Desdeñó siempre lo útil por buscar en donde quiera y amar exclusivamente lo bello. Como antídoto específico contra la tristeza, las delicias poéticas llevan oculto un vicio radical que las convierte en veneno: la imposibilidad de poseer lo bello. A los incautos que se abandonan sin taca ni medida al culto de la belleza, era de aconsejarles que leyeran la página admirable, donde Mr. Jouffroy pinta

los estragos terribles de esta pasión serena, inocente y dichosa en apariencia”.

Los párrafos copiados, así largos como son, parecen sacados de un tratado moderno acerca de la psicoanálisis. Son páginas dignas de un discípulo de esa disciplina que fundara Freud y que enriquecieran Adler y Jung. Ya René-Moreno en 1868 vislumbra esas fieras o monstruos que ocultos en el subconsciente atormentan al hombre, sin que éste se dé cuenta de ello la mayor parte de las veces. A ratos parece que ese mal que aquejaba a Galindo fuera aquello que nos pinta Kirkegaard: “Sabe el desesperado consciente, qué es la desesperación? Quizás tenga razón en decirse desesperado de acuerdo a la idea que de la desesperación se ha formado, o quizá también, está desesperado de verdad. ¿Pero prueba esto que su idea sea justa? Observando su vida desde el ángulo de la desesperación, acaso pueda decirse a un desesperado: en el fondo, lo estás mucho más de lo que supones, tu desesperación aun caemás bajo”.

¿Qué fenómenos de katharsis existían en el alma atormentada de Galindo? Difícil sería saberlo hoy día. En todo caso, René-Moreno deja sentado ya por eliminación, que ninguna de las causas corrientes eran la originaria de su estado, sino ese hondo mal moral que anulara con tanta sutileza como talento.

Es de sobra sabido que el poeta Néstor Galindo murió a manos del propio tirano Melgarejo en la embriaguez del triunfo después de la batalla de la Cantería de Potosí, el 5 de septiembre de 1865, cuando el poeta con noble hidalguía luchaba en defensa de la Constitución y de las leyes, no obstante de ser de ideas y convicciones políticas contrarias a los revolucionarios. Así lo dice René-Moreno cuando le rinde pleitesía al final de su trabajo, después de una severa crítica sobre el valor de sus últimas composiciones.

\*

Como Apéndice se insertan unas cuantas Notas, sumamente interesante para la historia de la cultura bo-

liviana, ya que se refieren a juicios acerca de otros aspectos de la vida intelectual de nuestro país, que no tenían relación directa con el biografiado Néstor Galindo. Estas notas fueron de mucha utilidad a Menéndez y Pelayo, quien las cita elogiosamente.

Inicia esta sección el jurisconsulto, político, parlamentario, poeta, etc., José Mariano Serrano, a quien no juzga, pero a quien con malicia picaresca exhibe en cueros en muchas de sus poesías que eran muy malas y en la defectuosa redacción gramatical del Acta de la Independencia. Sigue con José Manuel Loza, de quien Menéndez y Pelayo dijo "humanista aunque malo y cultivador infeliz de la poesía latina". Medio siglo antes, ya René-Moreno glosaba verso por verso un poema latino de Loza, llamando la atención sobre sus defectos de sintaxis y de métrica. He aquí un dato más para los que censuraron a René-Moreno de no analizar en detalle los versos que criticaba.

Continúa con Mariano Salas, Manuel Rodríguez Magariños, de quien publica un himno dedicado al general Belzu, que es una monstruosidad; el P. Hilarión Padilla Atoche, etc., etc. En todos ellos se ve la ironía y la burla ingénitas en René-Moreno, pues aunque no exponga ninguna palabra de juicio, está a la vista que esa es una exposición de teratología literaria, estando los autores y las obras presentadas con gracia y malicia a la vez.

Al hablar de Loza, cuenta René-Moreno esa famosa anécdota del presidente Belzu, cuando cansado del poder dejó el mando y se fue a vivir a Europa, residiendo ordinariamente en París, anécdota que tomándola de este estudio, ha reproducido Menéndez y Pelayo; dice así: "El latín del doctor Loza ha resonado también en París. Un distinguido escritor europeo, que medita vastos proyectos de alianza intelectual, moral y social entre los pueblos de raza latina, para contrabalancear, en las lides de la civilización moderna, el engrandecimiento amenazador y creciente de las razas del norte, dio en París ahora nueve años (más o menos en 1859), un banquete a varios sudamericanos notables. El general Belzu fue

uno de los escogidos en aquel cenáculo. Después de los postres, el sabio comenzaba ya a desenvolver su gran pensamiento sobre las razas latinas, cuando interrumpiéndole el ex-presidente de Bolivia, le dijo: "Bolivia, señor, no puede meterse en eso, porque el único que allá sabe Latín es el doctor Loza".

Termina su trabajo con una enumeración detallada de los redactores de la Revista de Cochabamba, y una extensa bibliografía poética boliviana e indicaciones de varias composiciones de Galindo.

En pocas obras como en la presente, se deja sentir más el método de René-Moreno de estudiar al personaje y de allí sus obras. El método biográfico de Sainte-Beeuve, a quien cita con frecuencia, se ve patente aquí. El análisis es sabio, delicado, cauteloso; no entra en detalles inoportunos ni fastidiosos; va a la médula, a aquello que necesita saber de la persona para juzgar su obra, y con habilidad va poniendo de manifiesto, describiendo poco a poco los cortinajes de la vida del bardo y concatenándolos con lo que de su obra es coetáneo. Pocos estudios como el presente nos revelan las condiciones excepcionales de René-Moreno como psicólogo y como crítico.

Los estudios que René-Moreno dedicó al poeta don Daniel Calvo, fueron dos: el primero, casi desconocido, apareció en la Revista del Pacífico de Valparaíso, en su tomo primero de 1858, y en la misma época de los correspondientes a María Josefa Mujía y Manuel José Tovar. Tiene el mismo carácter de éstos; datos biográficos, mucha transcripción de las poesías originales y juicios y apreciaciones como acompañamiento lógico.

Lo curioso de este primer trabajo sobre Calvo es que comienza con las mismas palabras que cuatro años después emplearía para iniciar su Introducción al estudio de los poetas bolivianos. Se nota que quizá por razones de orden íntimo, así como canceló sus estudios sobre Ramallo, canceló también éste, sobre Calvo, estudio sobre el



cual René-Moreno nunca volvió y que no mencionó jamás.

El que dedicó a Ramallo un poco más después, lo calificó de pecado mortal; pero éste, lo encerró simplemente en el olvido definitivo? Difícil es saberlo. Comienza con una referencia al hecho de haber sido su maestro, para continuar con el análisis y glosa de muchas poesías, cosa que no hará después, cuando publicó las Rimas. El entendido en el género podrá juzgar por propia y personal comparación, cual trabajo es superior: el de 1858 o el de 1870. De este último es tiempo ya de hablar.

Aunque fechado en 1870, en realidad el 5 de febrero de 1871, apareció el libro titulado Rimas de don Daniel Calvo; había sido impreso en el establecimiento tipográfico "El Independiente", en Santiago. Llevaba un prólogo con el nombre de "Biografía", datado en la dicha ciudad el 1° de enero de 1871 y sin firma; era original de Gabriel René-Moreno, a cuyo cuidado estuvo la edición y apareció en folleto aparte de 26 páginas. Las peripecias de este libro son muy largas y, según don Alberto Gutiérrez duraron nada más y nada menos que trece años, ya que la primera correspondencia al respecto se remonta a 1857; en carta del 5 de julio de 1858 ya existe el encargo concreto de edición de sus versos y la indicación del título que llevaría; en carta anterior hacía la esta recomendación: "Le suplico que tenga usted cuidado y esmerpulosidad en la corrección y que trate a mis versos como si fueran hijos suyos".

En Santiago, entre Guillermo Blest Gana y Gabriel René-Moreno, se constituyeron en censores de los versos, y sus juicios, escritos al margen, se conservan en el legajo correspondiente, en los papeles que existen en la sección Documentos Bolivianos, de la biblioteca del ilustre escritor, hoy existentes en Sucre. Prudencio Bustillo los comenta así: "Estas notas marginales, las más veces duras continúan hasta el fin, dando solaz al lector en quien no pensaron ni uno ni otro". Llama la atención Alberto Gutiérrez sobre la precocidad intelectual de René-Moreno que estos sus trabajos revelan.



Al referirse a la correspondencia que dio origen a estos estudios acerca de la literatura boliviana, dice Gutiérrez: "Todos estos escritores y poetas demuestran, en la referida correspondencia, el aprecio que tenían por el criterio literario de René-Moreno, y aceptaban sin réplica todas sus indicaciones y sugerencias, ya fuese sobre las alteraciones que creía necesitaban las obras mismas, ya sobre la conveniencia de su publicación en aquella oportunidad, en las condiciones señaladas por el señor Amunátegui. Notorio es que si existe en el campo literario un sentimiento exacerbado de amor propio, es precisamente entre los poetas. Un poeta no admite correcciones de su obra, ni acepta mantener en la penumbra producciones que tengan el sello de sus preferencias. Sin embargo, los poetas que hemos nombrado hubieron de someterse, sin enojo ni réplica a la clasificación dictatorial que René-Moreno hizo de sus obras, dignas las unas de figurar en el Parnaso, y condenadas las otras, demérito mediocre, a dormir el sueño eterno en el canasto de los papeles inútiles. No tenía René-Moreno en esa época ni siquiera veinte años de edad, mientras Calvo era rector del Colegio Junín de Sucre, Tovar y Bustamante habían figurado más alto aún en la esfera política".

Por fin apareció el volumen precedido, como queda dicho, de un estudio de René-Moreno con el título de biografía, título impropio en sentir de Ignacio Prudencio Bustillo, y con toda razón, ya que es un estudio complejo y completo y no una simple biografía. Prudencio Bustillo copia la carta de Calvo al conocer ese estudio, cuando circuló el volumen: "No me remuerde la conciencia de haber sido rebelde a sus repetidas insinuaciones, respecto de suministrarle algunos datos prolijos sobre mi vida e incidentes relativos a mis versos; porque eso, de todo punto necesario tratándose de figuras importantes, tiene sus alicances de ridículo cuando se consigna con referencia a pigmeas individualidades".

Calvo trató de burlar la curiosidad de René-Moreno y se resistió a dar esos datos que el crítico consideraba elementos indispensables de su labor, que con todo, supo

suplir la falta de informaciones directas e íntimas, reemplazándolas por aquellas conocidas de todos y dio siempre a su ensayo ese carácter tan propio de su método y que ya se ha señalado.

Comienza su estudio René-Moreno con unas disquisiciones acerca de los que han sido favorecidos por los dones de la inteligencia y los que no tuvieron esa dicha, pero se conformaron. Dedicar un párrafo despectivo a aquel tipo de gente que calificaríase como "filisteos" según el genuino concepto alemán de su origen tudesco. En seguida deplora la decadencia de la cultura literaria en Hispano-América, comparándola con la de algunos años antes que había arrancado del propio René-Moreno calurosos aplausos. Achaca a la necesidad en que están estos pueblos de dedicarse al "afianzamiento de sus nuevas cuanto movedizas instituciones".

Un párrafo a la imitación, achaque corriente en nuestros literatos, sobre todo de los modelos franceses, y despotrica enérgicamente contra ciertos críticos cerrados que se encastillan en sus maestros y cánones y se convierten en "aduaneros inexorables de la república literaria. ¡Ay del temerario que sin la venia fiscal junta su bagaje y se asoma a los sagrados linderos! Custodios solapados del sancta-sanctorum de la poesía, incapaces de adorar con ofrendas, ahí están ellos para castigar las profanaciones; y en sus manos el buen gusto se convierte en la lima acerada, la crítica en hacha de leñadores, la erudición en maza para demoler".

Relata la anécdota de la amistad de Calvo con Manuel José Cortés, amistad íntima, habiendo sido este último un alentador de los ensayos del primero, para después destituirlo de sus funciones por razón política. Habla con optimismo de las producciones literarias de nuestra América, aunque desee para que mejoren, un clima político y social mejor. Vuelve sobre el consabido tema de la política boliviana y sus partidos, entre los cuales se desenvolvió Calvo honorablemente. Dedicar un párrafo largo a la imitación, de la que ya había hablando antes, no considerándola un defecto mayor.

Desde sus primeros ensayos, Calvo se caracteriza por una condición algo rara en los poetas: la discreción, alabada con entusiasmo por René-Moreno, quien a su vez fue siempre muy discreto. Nada de revelaciones íntimas, de amors a puerta abierta y de quejas y reproches en público; todo es suave y discreto, como fue siempre la vida privada de don Daniel Calvo. Insiste en el aire juvenil y la frescura límpida que respiran sus versos. Quizá el secreto esté en que no tuvo mayores problemas en su vida. De situación económica desahogada, ocupó altas situaciones, de vida pasional íntima, resuelta, rápida y sin complicaciones posteriores, no tuvo dolores que lamentar ni desgracias que sufrir.

Hace notar René-Moreno el tinte religioso lamar-tiniano de algunas poesías de Calvo, entrando en seguida al análisis detallado de las composiciones. Fuera de estas minucias, ingresa en la crítica grande, de conjunto sobre la obra poética o sobre determinados poemas, tales como la leyenda Ana Dorset, que también apareció en volumen en 1869. Elogia las condiciones de sonetista de Calvo, refiriéndose a uno que "puede calificarse como obra maestra", aunque no lo nombra. El más conocido de Calvo, a pesar de poderlo apreciar como no de los mejores, fue el que dedicó el poeta Néstor Galindo, sacrificado en la batalla de la Cantería de Potosí, en lucha contra el despotismo; por el motivo que lo originó y losentido de sus versos, durante años y años ha sido repetido por toda la juventud de Bolivia.

En medio a la batalla vi tu frente,  
do se mostraba al par de tu entereza,  
melancólico sello de tristeza,  
como la última luz de un sol poniente.

¿Penetró acaso tu mirada ardiente  
el destino guardado a tu cabeza?  
¡Atrás vano pesar, la Fama empieza  
tu nombre a enaltecer de gente en gente!

Joven gallardo, liberal y bravo,  
retaste a la insolente tiranía,  
que hollarte pudo muerto, nunca esclavo:

vate y soldado de la patria mía:  
Y yo te lloro y tu valor alabo.  
mi dolor y un laurel te ofrezco hoy día!

*El estudio de René-Moreno concluye con estas sobrias palabras: "Cultura literaria, corazón sano y afectuoso, espíritu serio y convencido, el vate boliviano, a quien con este prolijo estudio hemos querido demostrar simpatías por su conducta cívica, está en camino de producir esa poesía generosa, bebida cordial grata, así a los fuertes como a las almas flacas en peligro de contagio".*

*Nada de alabanzas hiperbólicas; suma discreción en el juicio; parca apreciación son las características de este estudio; incluso al final, en los párrafos copiados dice que el poeta "está en camino de producir", etc.; pero que no ha producido aún. La honestidad intelectual de René-Moreno era tal que ni siquiera la amistad, el respeto a la edad y a quien había sido su maestro, le hacía lanzarse por el trillado camino de la hipérbole y el ditirambo; pero ni siquiera con algunos adjetivos corteses; sobrio y límpido este prólogo a Rimas de don Daniel Calvo, más que tal, parece un juicio crítico ajeno al círculo del poeta, que prólogo de editor amigo. Alberto Gutiérrez aprecia este ensayo como "una de las producciones más acabadas de René-Moreno, y forma, junto con su posterior ensayo sobre Rioja, lo mejor de su cosecha literaria.*

•

*En 1860 en la Revista del Pacífico, publicó Gabriel René-Moreno su estudio acerca de Ricardo José Bustamante. Comienza por hacer resaltar que de los poetas bolivianos, apenas es conocido en Sud América, Ricardo José Bustamante por su oda a Bolívar, y que dentro del país su fama es inmensa, compartiéndola con Manuel*

José Cortés y Mariano Ramallo, con los cuales vendría a constituir una especie de trilogía poética.

Bustamante nació en La Paz en 1822 de noble estirpe; educóse en Buenos Aires donde desde muy joven, casi un adolescente, ya se distinguía por ciertos devaneos literarios, siendo Florencio Balcarce el alentador y guía de estos primeros balbuceos poéticos. Antes de los 20 años, y cuando se preparaba a iniciar sus estudios universitarios, hubo de abandonar la tierra argentina por serle imposible la vida bajo la tiranía de Rosas. En Montevideo frecuentó íntimamente la compañía de los unitarios allí expatriados y publicó algunos versos alusivos a su situación.

Fue a París a continuar su educación y allí reunióse a un grupo de españoles que con ventaja por razón de edad y méritos fueron sus maestros; tales Martínez de la Rosa, Eugenio de Ochoa, Maury, Donoso Cortés, etc. Allí también visitó, honrándose altamente de ello, al general José de San Martín. Ayudó a D'Orbigny en la traducción de su obra sobre Bolivia, de la cual no aparecería sino el tomo primero. Regresó a Bolivia que le era extraña en su ambiente de caudillismo y barbarie militarista y sufrió las lógicas consecuencias de ello con varios destierros que hubo de soportar.

Exilado en el legendario departamento del Beni, lanzó su "Grito de desesperación" que René-Moreno copia juntamente con "Canto épico al 16 de julio", que juzga como uno de sus mejores poemas. Pero los desencuentos habían minado el alma de Bustamante y héchole soltar la pluma de la mano. Hallábase expatriado en Salta cuando recibió una carta del peruano Manuel N. Corpancho, pidiéndole colaboración para una revista literaria a editarse en Lima. La respuesta, copiada íntegra en este trabajo, demuestra un profundo desencanto por tal clase de labores.

Toma pie de esta carta René-Moreno para emprender una serie de reflexiones acerca del tema en sí, o sea del valor de las letras y de la cultura en América, tema que siempre le preocupó y al cual siempre volvía, trate-

se de lo que se trate. Se ve allí al observador inteligente y atento de los fenómenos sociológicos que en el campo de la vida espiritual de esta América ocurrían, y que merecen su estudio acucioso. Hace una serie de reflexiones acerca de la civilización y el progreso que define como "el mayor grado de perfeccionamiento de la sociedad" la primera y "el desarrollo gradual, la marcha constante y segura, la gravitación hacia la perfección" el segundo.

El hombre es un cuerpo y un alma inteligente y libre. Ha menester de la materia para satisfacer las necesidades de su cuerpo, de luz en su inteligencia para descubrir los inmensos horizontes de la verdad y la virtud y de la semilla del bien en su corazón para no abusar de la libertad. El progreso en el hombre consiste en el desarrollo armónico y constante de su actividad en el campo de la materia, de la inteligencia y de la virtud. Lo que se dice del individuo se aplica a la sociedad. Ilustración, riqueza y buenas costumbres constituyen una sociedad perfecta, civilizada. No es ciertamente hombre perfecto aquél que atesora inmensas riquezas, pero que es en cambio ignorante o corrompido. Del mismo modo, no es verdaderamente civilizado un pueblo en que la industria ha llegado a un alto grado de desarrollo, si por otro lado la moral pública y la privada están en decadencia, o si la instrucción está abandonada o no marcha a la par con el adelanto material.

"El progreso social consiste en el desarrollo armónico y simultáneo de las fuerzas productoras en el orden físico, moral e intelectual. Una vez lanzada la sociedad en la vía del adelanto general, el desequilibrio entre estos tres progresos o la exageración de alguno de ellos, produce el desorden y arrastra tarde o temprano a la decadencia. Aunque estrechamente ligados entre sí estos tres progresos para prestarse mutuo apoyo, la unión entre el progreso moral y el intelectual es, sin embargo, mucho más íntima y constante por razón de su común naturaleza. Ambas se ejercen en el alma y tienen por fin primordial el perfeccionamiento interior del hombre, mientras que el progreso material se ejerce en la mate-



ria y tiene por objeto nuestro perfeccionamiento exterior".

Para los que creen que René-Moreno jamás expresó claramente sus ideas o creencias filosóficas, ahí está ese párrafo que no puede ser más explícito. Se ve al creyente de la época, sincero en su catolicismo, pero de ideas liberales; nada de ultramontanismos, pero tampoco nada que perturbe la limpidez de su creencia en Dios. La idea de la civilización y del progreso era el tema perenne de esos años, y René-Moreno no se sentía ajeno a esa inquietud y de allí que juzgue y piense sobre ello, cual lo hacían sus maestros en tales ideas, pero reservándose siempre ese su liberalismo que no le permitía ser fanático en ningún orden.

A continuación hace reflexiones referentes a los progresos materiales y a los espirituales, pesando cuidadosamente el pro y el contra de cada una de estas ideas, las mismas que aplica a nuestra América. Argumenta con bastante acierto dada la época en que escribía respecto de lo que es y lo que vale la industria, y se muestra un decidido partidario del progreso moral e intelectual.

"Decir que la América debe buscar su salvación y cumplimiento de sus grandes destinos lanzándose en las vías del progreso material con preferencia al progreso moral, a más de olvidar las leyes providenciales de la historia y las causas que han determinado nuestra condición social y política en lo pasado y en lo presente, es cerrar los ojos para no ver lo que hoy pasa con ciertos pueblos de la vieja Europa, donde la industria no reposa sobre la ancha base del progreso moral".

Describe entonces el panorama trágico de Europa dislocada en sus entrañas por el problema social, sin que nadie haya acertado a poner el remedio a males tan graves. "¿Qué hacer entretanto? Entonces muchos de esos que en un tiempo despreciaron la religión y la política y predicaron la rehabilitación y el culto de la materia, han

venido a parar a la conclusión más espiritual y ortodoxa, confesando paladinamente que el único medio que hacer que los principios de la equidad y de la justicia presidan a la organización y régimen de la industria, es despertar ante todo en los corazones el más sincero amor al bien, es unir primero a los hijos de los hombres con los estrechos vínculos de la concordia y la caridad. El espíritu antes que la materia. El progreso moral como condición precisa para que la industria rinda opimos frutos y no se convierta en elemento de destrucción.

"Ciertos escritores de América, ya han insinuado la idea de que la más grande obra de la presente generación americana es una obra moral y política que haga cesar las crueles angustias que nos aquejan y que el gran pensamiento del mundo de Colón, el que debe agitar la mente de los gobiernos y de los hombres de bien, ha de ser, ante todo, la difusión de las luces, la reforma de las costumbres sociales y la mejora de las costumbres privadas, como medios de alcanzar poder y riqueza, como segura garantía de que estano servirá de pábulo a la corrupción y de arma a las malas pasiones. Ellos nos anuncian la libertad como inestimable recompensa de nuestros trabajos, libertad que, descansando sobre la ancha base de la ilustración, las buenas costumbres y el bienestar material, llegará a ser realmente entre nosotros lo que es en teoría: el resumen de todos los derechos y de todos los bienes sociales y políticos.

"Tal ha sido siempre la naturaleza de las cosas. ¿Está un pueblo sumido en la barbarie? Ponedlo en contacto, dicen, con los pueblos civilizados para que sienta en su alma todo el peso de su miseria e ignorancia, estudie y se agite con el fin de obtener las ventajas de la civilización. Elevad el espíritu humano. ¿Un pueblo civilizado camina a la decadencia? Propagad, dicen todavía, los conocimientos que dignifican al hombre y moved poderosamente las almas a la práctica del bien. Elevad el espíritu humano. Ante todo el espíritu. Siempre el espíritu.

Raro parece que René-Moreno en un estudio de un poeta boliviano haga una digresión tan larga sobre es-

te problema cultural de suyo, pero al cual da una extensión inusitada, dada la calidad del trabajo. Tiene que haberle preocupado mucho el tema a tanto que lo considere como algo demasiado importante y por lo mismo digno de discutirse con toda la extensión que merecía. Del desencanto de Bustamante y de sus protestas contra la cultura materialista que creía ver en América, toma pie para todas estas hondas reflexiones que hoy llamaríamos propias de la sociología de la cultura; reflexiones que lo llevan a resolver los problemas dentro del criterio de sus convicciones de hombres de letras y de cristiano: el espíritu ante todo y sobre todo.

Como consecuencia lógica de todas estas ideas generales acerca de la civilización y el progreso. René-Moreno defiende ardientemente la cultura americana, señalando con conocimiento perfecto de causa los rasgos o brotes por los cuales se puede comprobar ese progreso espiritual de nuestro Continente; brotes esparcidos a lo largo de las repúblicas del hispánico tronco nacidas. Señala casos en Chile, como en Argentina y México, etc., etc. Declara que "el enemigo de las letras de América no es la indiferencia sino la grosera ignorancia de la mayoría"; señala la labor de la prensa diaria, de los certámenes literarios, del público culto que en toda América sigue de cerca todo lo relativo a las labores del espíritu. Hace una bibliografía rápida y de valores cimeros para demostrar lo que en este terreno se ha hecho.

Enumera poetas, prosistas, etc., que en una y otra patria de esta América han dado lustre al idioma, para demostrar con ello la falsedad del criterio de Bustamante al juzgar, como lo hace, a nuestro Continente. En el caso concreto de las actividades literarias, René-Moreno hace una calurosa defensa e incluso juzga esas actividades relacionándolas con nuestras luchas fratricidas en la política, y saca de ello juicio pleno de optimismo. Dice:

"Acá en América nuestras discordias civiles, si no han permitido en verdad que el afán y el movimiento literarios se aumenten y propaguen cual es de esperar de mejores y serenos días, no han sido ni con mucho funestas para el espíritu y el corazón que hayan secado el manantial de las dulces y tiernas armonías e impedido que fructifique el germen de las ideas y de las producciones científicas. Así y todo como es, la literatura americana es ya un hecho cuya verdad e importancia comprobadas con documentos suficientes, algunos de los cuales son también grandes y nobilísimos esfuerzos del ingenio; habrán de tomarse doblemente en cuenta en la historia de la civilización de estas regiones y en la historia de los progresos del espíritu humano.

"Algunas veces nuestras sangrientas discordias son también la porfiada lucha de ideas y de principios convertidos en pasiones, el choque tremendo de sistemas políticos y sociales llevados hasta la exageración y la violencia; y allí ha encontrado abundante pábulo una elocuencia lozana y vigorosa, y allí se ha inflamado la noble alma de los poetas, produciendo acentos sublimes y patéticos. Esa actividad de los espíritus durante la borrascosa, no se ha calmado ni extinguido cuando en el horizonte político han brillado algunos días de bonanza; sino que, buscando infatigable otro campo donde ejercitar sus fuerzas, lo ha encontrado vasto y fecundo en las letras y en los estudios científicos, sociales y políticos. Los poetas entonces, al contemplar las grandiosas soledades del Nuevo Mundo, se han sumergido en profundas meditaciones acerca de las misteriosas verdades del destino humano; y en la pintura animada de sus afectos y pasiones. Han avanzado conceptos muy elevados para llegar a la solución de los importantes problemas del siglo XIX.

"Y en ese mismo silencio de muerte que dejan tras de sí nuestras revoluciones, cuando los nobles espíritus caen en el desaliento y en la tribulación, en vista de los males de su patria y de la raza hispano-americana, cuando todos lloran al amigo, al hermano, al esposo, al hijo, al padre, encarcelados, proscritos o muertos en la refriega; la poesía, la dulce y tierna poesía, íntima y solícita

compañera de la tristeza del alma, tibia brisa de la mañana que reanima las flores marchitas por el frío de la noche, es entonces el deseo vivo y ardiente de los corazones, una necesidad imperiosa en la sociedad entera. Sólo una profunda degradación moral nos haría impotentes en materia de literatura. En América no estamos envilecidos por los vicios infames ni degenerados por los placeres sensuales, para sentir la noble aspiración a lo verdadero, a lo bueno y a lo bello. Es preciso no confundir la vejez con la infancia, la extenuación que conduce al sepulcro con los tropiezos y caídas de la niñez, que enseñan a caminar. Una cosa es el caos que precede al aniquilamiento y otro la tempestad deshecha que acaba por purificar el aire y fecundizar la tierra".

En estas páginas que René-Moreno dedicó a rebatir el pesimismo de Bustamante, bien podrían haber hallado riquísimo filón de ejemplos y reflexiones los defensores de la cultura americana, cuando ha poco tiempo se planteó el tema a raíz de un interrogante de Juan Papini. Las robustas inducciones y los claros conceptos del escritor boliviano parecían haber sido redactados a propósito para rebatir de antemano las acusaciones del convertido de Florencia.

Dando fin a su digresión sobre el problema cultural de la América, René-Moreno entra a analizar la obra poética de Bustamante. Después de un exordio empieza con "Armonía fúnebre" que califica como "la peor de todas en su versificación", la cual analiza verso por verso con examen del sentimiento a expresarse y si es oportuno o no y si corresponde al momento y sitio, etc., etc. El examen detallado que hace René-Moreno es sin lugar a duda fundamental y sólido.

★

Pero donde René-Moreno hace lujo de su espíritu crítico es en la oda a Bolívar. Todos saben que Bustamante sacó el premio con esa composición en el concurso convocado por el gobierno de Bolivia para la inscripción que llevaría el mármol que en homenaje al Liberta-



dor debía colocarse sobre su tumba en Caracas. La analiza casi diríamos letra por letra, no solamente verso por verso; y dice que "sus conceptos no pasan de una elevación poco menos que mediana y que su principal mérito estriba únicamente en la riqueza de su rima y en la cadencia de su versos. Largo sería el copiar aquí el detalle de esta crítica que como se decía va de los conceptos a las palabras mismas. Vale la pena recordar una vez más a aquellos críticos de René-Moreno que sin haber leído a fondo, lo juzgan y aprecian tan falsamente.

Relata un caso de coincidencia poética en este mismo asunto entre Manuel José Cortés y Mariano Ramallo; sigue con Bolívar como tema poético, y hace una catalogación de las principales composiciones escritas en su honor, para concluir con esta opinión: "Pero en nuestro humilde juicio no han hecho todavía los poetas americanos más que la pintura exterior y aparente de Bolívar y no han alcanzado a expresar las ideas más profundas y los sentimientos más íntimos que éste ha debido inspirarles. Han entonado himnos triunfales y tiernas elegías para expresar lo que la multitud y los contemporáneos sienten; pero no han sabido ser los inspirados sacerdotes de las musas, que penetran en los secretos del alma para iluminar la historia, e interesar y conmover a todos los hombres. Han visto desde lejos las irrupciones del volcán; pero no han tenido valor para subir hasta el cráter a escuchar el mugido de las corrientes interiores".

Alguna vez se ha dicho que René-Moreno en sus escritos históricos ha demostrado poca admiración por Bolívar. Lo que pasa es que como hombre completamente centrado, no se desata en enloquecidos ditirambos de adulación. Juzga como escritor los hechos y da el fallo que su conciencia le dicta, pero en todo caso, siempre que se ha presentado la ocasión, ha dejado traslucir la profunda, la honda admiración que le causa Bolívar, como consta en los párrafos copiados; censura todas las composiciones, pues ninguna halla digna de la arandesa del genio, e incluso llega a decir que nada valdría más que aquellos versos de Maitín:



¡Fuera toda inscripción! Ninguna encierra  
Harto valor, grandeza y energía.  
¿Queréis honrar al grande de la tierra?  
Poned: Bolívar, en su tumba fría;

*imitando así el maravilloso epitafio de Napoleón en los  
Inválidos.*

*Analiza René-Moreno la "Oda al general Ballivián",  
entrando en el detalle mismo de los versos, y haciendo  
caer su censura únicamente sobre el punto de exagera-  
ción a que llegó, exageración muy propia del temperamen-  
to y de la mentalidad de los hombres de esa época. Para  
concluir, indica que esta última poesía, el "Grito de  
desesperación", "Al 16 de julio de 1809" y "Página en-  
viada al álbum de un amigo", son las mejores compo-  
siciones de José Ricardo Bustamante, y las que por con-  
siguiente le merecen más elogios.*

*No cabe duda que este estudio es de los más sensu-  
dos y enjundiosos de Gabriel René-Moreno. Hay en su  
contenido substancia, apreciación completa y general de  
la obra, comprensión del medio y de la época, análisis  
frío y detallado de la arquitectura de las composiciones  
al par que apreciación emotiva de su belleza. Se ve fue-  
ra de ello, al sociólogo e historiador que familiarizado con  
estas disciplinas, aprecia y juzga de los hechos y cosas  
y hombres de nuestra América con pleno conocimiento  
de causa. Hay madurez de juicio y solidez de criterio, al  
mismo tiempo que optimismo y sana crítica.*

\*

*Hombre de relieve en la cultura boliviana de me-  
diados del pasado siglo fue don Manuel María Caballero;  
en cruceño, pues había nacido en Vallegrande en 1819  
y falleció en Sucre en 1866. Estudió en Santa Cruz y  
Sucre, y en esta última ciudad el 4 de agosto de 1844 se  
recibía de doctor en ambos derechos y de abogado cua-  
tro años más tarde. Estudiante aún fue nombrado pro-  
fesor de Religión y Gramática en el Colegio Junín. "A*

las 24 horas de su abogacía empezó a desempeñar el profesorado del tercer año de la Facultad de Derecho. Profesor de francés en los Colegios Junín y Seminario; interino de Literatura y fundamentos de Religión del Junín, habiendo obtenido por oposición la cátedra de 1851. Consejero de la Universidad. Censor segundo de la Academia de práctica forense y celador fiscal de la misma. Miembro secretario de la facultad suplementaria de humanidades de Sucre; juez de letras de la provincia de Cinti; vocal fundador del tribunal de partido de Sucre; profesor del 2º año de Derecho en la Universidad; del 4º cancelario accidental. (Samuel Velasco Flor.— Vidas de Bolivianos Célebres; Potosí, 1871).

Caballero, con su conducta austera y su talento, impúsose en Sucre desde los primeros momentos, a pesar de la campaña que en su contra abrieron los elementos conservadores motejándolo de ateo. La juventud lo consideraba como "Maestro", pues tal era el título que le daban todos. Enfrascóse en la lectura de Kant, Hegel, Schelling y tantos otros filósofos, y de allí salió con ideas opositoras a las corrientes. Con su compañero y paisano Angel Menacho profesaba el materialismo, del cual parece adquirieron las primeras nociones en la nativa Santa Cruz de la Sierra. A pesar de que ambos en su labor educacional jamás hicieron proselitismo, en privado predicaron y tuvieron discípulos convencidos.

De un trabajo que hace años publicara quien esto escribe, se copia lo siguiente:

"El 24 de mayo de 1851 se fundaba en Sucre la Sociedad Filatélica, cuyo objeto era "el repaso de las ciencias y letras y el estudio de las artes en cuanto tiendan a perfeccionar aquellas". En el sistema de estudios que adoptó se nota la influencia positiva que presidía como ideario doctrinal dicha sociedad. En el artículo 11 se establece que no es un centro de enseñanza sino un grupo de jóvenes que aprenden. Bella declaración de modestia que revela la índole misma del espíritu de sus fundadores que en nada desmerecían de los asistentes a los jardines de Academos en la Grecia clásica.

"En el artículo que proclama el predominio de las ciencias de la experimentación y el método inductivo, está la profesión de fe positivista de la sociedad, las corrientes de Comte acababan de aparecer en Europa y ya tenían aquí su repercusión inmediata en estos solitarios. La filosofía de la evolución comenzaba sus balbuceos; de las intuiciones de Lamarck pasábase a las conclusiones un poco precipitadas de Darwin, para tener sostenedores tan apasionados como Ernesto Haeckel y Herbert Spencer. Esa ideología la vemos presentarse como sistema de estudio antes que como cátedra de doctrina en esta Sociedad Filatélica. Ansiosos buscadores de la verdad y no dogmáticos propaladores de ella. Sus componentes eran: Manuel María Caballero, Ángel María Menacho, Julián Eladio Justiniano Chávez, Tristán Roca, Francisco Caballero, Ramón Menacho, Manuel José Jiménez Aponte, Juan Calvimontes, Hilarion Nava y Fermín Merisalde" (Datos sobre el aporte cruceño a la cultura boliviana: La Paz, 1938).

De estos diez, los siete primeros eran cruceños; el más entusiasta y el corifeo del grupo juvenil era Merisalde. En el discurso de inauguración de la Sociedad Filatélica, el presidente que lo era Caballero, dijo: "Si como perseveraron nuestros padres de la Independencia, perseveramos, conforme ellos triunfaron, triunfaremos".

Esta asociación, la persona de Caballero y esas palabras, fueron el toque de generala para los espíritus conservadores. Muy en breve y como cuenta René-Moreno en su estudio sobre Tovar, se instaló con toda solemnidad la Sociedad Católico-Literaria en el Oratorio de San Felipe Neri el 8 de junio de 1851, bajo la presidencia de don Jaime Zamorano. Don Mariano Baptista, casi un adolescente, pues apenas contaba 19 años, se estrenó con una pieza oratoria; corifeos de esta institución eran Miguel de los Santos Taborga, don Pedro de la Llosa, Manuel José Tovar, Daniel Calvo y otros; el órgano de prensa fue EL AMIGO DE LA VERDAD.

Pero, conforme dice René-Moreno y todos sus biógrafos, Caballero no hacía profesión de fe irreligiosa en

su cátedra, y de allí que nadie pudiera acusarle. Con toda, sabíanse sus ideas y por ello se le combatía. Por su parte la Sociedad Filatélica silenciosamente trabajó en el terreno de los hechos y al poco tiempo tenía un pequeño museo de productos bolivianos en todos los reinos de la naturaleza y un volumen de disertaciones sobre tales temas.

\*

Este hombre, don Manuel María Caballero, introductor de las ideas irreligiosas en Bolivia, y fundador de la Sociedad Filatélica y de muchas otras instituciones similares, era un escritor de gusto. Baste recordar su estudio "Algunas ideas sobre la literatura de Bolivia", publicado en 1868 en LA AURORA LITERARIA de Sucre. Hay allí ideas y conceptos que en Europa aun no habían aparecido y que después Taine habría de popularizar. En las columnas de ese mismo periódico publicó Caballero una traducción en prosa de un poema de Wolfe, atribuido a Lord Byron, titulado "A la muerte del general Juan Carlos Moore", que es una verdadera belleza; dice así:

I

No se oyó ningún tambor ni ninguna nota funeral, cuando llevábsmos su cadáver a la muralla: ningún soldado dijo adiós cerca de la tumba donde sepultamos a nuestro héroe.

II

Lo sepultamos de noche, en silencio, cavando el musgo con nuestras bayonetas a la luz brumosa de los rayos de la luna que luchaban con el pálido resplandor de nuestra linterna.

III

Ningún féretro inútil contenía su pecho, ni lo llevamos en paño o sudario; sino que estaba echa-

do, como un guerrero que descansa envuelto en su capote de guerra.

#### IV

Raras y cortas fueron las preces que hicimos, y no pronunciamos ni una palabra de dolor; pero contemplamos con ojo firme el semblante del muerto, y pensamos con amarguras en el día siguiente.

#### V

Pensemos, al cavar su angosto lecho, al preparar su almohada solitaria, que el enemigo y el extranjero marcharían sobre su cabeza, y que nosotros estaríamos ya lejos sobre el mar.

#### VI

Elos hablarán con ligereza del hombre que nos ha dejado, e insultarán a sus frías cenizas; pero él estará sordo a sus injurias, con tal que lo dejen dormir en la tumba donde un inglés lo ha colocado.

#### VII

Apenas habíamos acabado la mitad de nuestra tarea dolorosa, cuándo sonó en el reloj la hora de la retirada, y oímos a lo lejos el ruido de la artillería enemiga.

#### VIII

Lo depusimos en tierra, lenta y tristemente, sin enjugar la sangre de sus heridas gloriosas; no grabamos ninguna línea, ni levantamos ninguna piedra, sino que lo dejamos solo con su gloria.

Todo el sentido, toda la fuerza, todo el sentimiento del poema inglés está transportado aquí a la prosa española en forma tal, tan plástica, que parece a ratos armonía imitativa.

Aunque Caballero no era dado a las obras de imaginación, escribió una novela, o mejor dicho una leyenda, la misma que tituló "La Isla", que apareció en su primera redacción en LA AURORA LITERARIA y que envió a su discípulo Gabriel René-Moreno a Santiago de Chile para su publicación. Años después de muerto Caballero, cumplió René-Moreno el encargo en el volumen VI de la Revista Chilena de 1876, antecediendo ese ensayo literario de un prólogo, que por el tema que trata con muchísima propiedad debería titularse El Materialismo en Bolivia.

El prólogo es una preciosa página en la que dentro del marco severo del estilo vibra la emoción contenida del recuerdo para quien fuera maestro respetado. Cita a Marco Aurelio para hablar de la serenidad de espíritu de Caballero; habla de lo que fue y en seguida de lleno se adentra en especificar la introducción del materialismo por obra de Manuel María Caballero y Angel Menacho, dos cruceños. Lo hace con conocimiento de causa, ya que por esos años René Moreno era estudiante en Sucre y debe haber recordado perfectamente todo lo que allí pasaba en tales terrenos. El dato es interesantísimo y sirve para jalonar en la historia de las ideas y de la cultura en Bolivia ese hito indicador de cuándo y por quiénes se introdujeron esas ideas en nuestra tierra.

Para ambos maestros, Caballero y Menacho, tiene René-Moreno palabras de nobleza y de elogio, fisonomizando muy bien su situación cuando dice que "en la democracia tumultuaria de las plazas, pasaron sin ser notados, y que murieron pobres y respetados por todos". La muerte de Caballero fue un duelo; Samuel Velasco Flor en su citada obra hace un relato vívido: "En frente del templo de San Miguel, en Sucre, hay una casita que con su modesta fachada parece anunciar que no la habitan personas ricas. En esa casita cuyos corredores y



patio se hallaban literalmente llenos de gente, y en las calles del contorno, se veía multitud de jóvenes llorosos que acudían agitados y confundidos. Al amor de la sombra que prestan los sauces y el floripondio que está junto a la puerta del atrio, se agrupaban otros que no habían podido penetrar; la salita tiene un balcón que domina la acera; en él se estableció una telegrafía oral destinada con su extensión y velocidad a satisfacer la creciente ansiedad del pueblo. Ocurrió esto el 14 de mayo de 1866; a las 9 y 45 de la mañana la voz de ¡El Maestro ha muerto! arrancó el más profundo y sincero ¡ay! del noble pecho de la juventud. Ese grito de dolor general anunciaba que el señor Caballero acababa de dar el solemne adiós a la humanidad".

Murió pobre, dejando siete huérfanos que no recibieron ninguna ayuda de parte del Estado, no obstante el reclamo que en tal sentido hicieron el Cancelario de Universidad don Ricardo Mujía. Pero murió como un estoico y de acuerdo a las convicciones que había creído menos erróneas, ya que no abjuró en ningún momento, ni en el supremo de la muerte de sus ideas filosóficas.

Como una reacción contra cierta actitud conservadora del oficialismo imperante en Chile, José Victorino Lastarria el 29 de marzo de 1873 fundó la Academia de Bellas Letras, cuyo primer principio era el siguiente: "La Academia de Bellas Letras tiene por objeto el cultivo del arte literario, como expresión de la verdad filosófica, adoptando como regla de composición y de crítica, en las obras científicas, su conformidad con los hechos demostrados de un modo positivo por la ciencia, y en las sociológicas y obras de bella literatura, su conformidad con las leyes del desarrollo de la naturaleza humana. En sus estudios dará preferencia al de la lengua castellana, como primer elemento del arte literario, para perfeccionarla, conforme a su índole, y adaptarla a los progresos sociales, científicos y literarios de la época".

Entre los académicos fundadores tenemos a Gabriel René-Moreno, al lado de Amunátegui, de Barros Arana, de Eduardo de la Barra, de Vicuña Mackenna, de Marcial Martínez, etc., es decir lo mejor de lo mejor que Chile tenía entonces en lo intelectual y social. Entre los propósitos de la Academia estaba el de las lecturas y lecciones públicas, las que según el principio sexto, debían ser remuneradas con una suma no menor de 20 pesos.

Fue aquí, en el seno de esta institución donde René-Moreno leyó su trabajo titulado *Fúnebres*, que se publicó en la revista *Sud América* de Valparaíso en 1873.

El tema es de suyo muy original pues a nadie pudo habérsele ocurrido hacer tema de una conferencia de una materia que tan poco se presta para ello; preciso era todo el talento de René-Moreno para dar vida a tan macabro asunto y presentarlo como algo fino y delicado, una vez que pasó por la transformación de sus manos de artífice literario.

Empieza relatando el origen del título cual es el de los volúmenes correspondientes de su Biblioteca Boliviana, destinados al género de las guirnaldas o coronas fúnebres, para seguir describiendo los entierros clásicos en Bolivia, con su cortejo de amigos y su ininterrumpida sucesión de discursos y elogios del difunto, en prosa y verso. Durante la colonia y los primeros años de la república, no había tal, y todos morían y se los enterraba en silencio, así fueran humildes menestrales como empingorotados padres de la patria.

Pero la república traía sus cambios. "Mientras tanto, en los ocho colegios abiertos por la patria los hijos de los guerreros y fundadores estudiaban y practicaban la retórica, la poética y las contiendas de la tribuna antigua y moderna; leían y releían a Moratín, Meléndez, Cadahalso y Quintana; a Espronceda, Bermúdez de Castro y Zorrilla; a Byron, Lamartine y Víctor Hugo.

"Esta nueva generación, republicana de sangre por padre y madre, demócrata y liberal desde la cuna, se ciñó con arrogancia la toga viril en 1848, y nueve años más

tarde la vemos esgrimiendo sangrienta y denodadamente la espada en los campos y en las barricadas.

"Los estadistas habían dipuesto que se les enseñara ampliamente a pensar, a sentir y a querer; pero nada ingeniaron para que esa generación y las siguientes diesen ocupación a sus brazos, que diesen trabajar y subsistir. Estos ricos desheredados se lanzaron desde entonces en la política, para derramar en estériles luchas su sangre y la savia rebosante de su corazón y de su espíritu. La política les impuso silencio por medio del despotismo, el cual a su vez les concedió los cementerios para que allí pudiesen ir a disertar y fantasear a su antojo".

Así resulta que la educación retórica recibida en los colegios de la República, al par que los empujaba a la lucha política, también los llevaba a la oratoria fúnebre, como una válvula de escape a la verbosidad que pugnaba por salirse hasta por los poros.

Comienza por rememorar los primeros opúsculos, cual es el dedicado a la memoria del doctor José Manuel Gregorio de Indaburu, prelado de La Paz, y los últimos llegados a sus manos, los que se imprimieron en memoria del político y estadista Lucas Mendoza de la Tapia. Con referencia a éste, que era cochabambino, hace resaltar la forma como su ciudad natal le honró: "Basta saber que sin contar los rasgos biográficos y las necrologías escritas, y prescindiendo de la que se peroró en otros lugares o ciudades con motivo de sus exequias, pasan de cuarenta las arengas de su entierro. Habiendo salido a las tres de la tarde de la casa mortuoria el cortejo, no llegó al panteón sino muy entrada la noche, por causa de los discursos. Fue menester dejar todavía insepulto el cadáver. Al día siguiente hubo discursos hasta las doce del día. La parte versificante fue corta. Discursos hubo entrecortados por sollozos e interrumpidos por el llanto. Para esos, todo respeto y consideración".

Con ese su afán de crítico literario y de bibliógrafo a la vez René-Moreno indaga el origen mismo del género, y así declara que si la primera pieza es la referente al obispo Indaburu en 1844, la Guirnalda fúnebre de Rigoberto Torrico, que aparece en Cochabamba diez años más tarde, es la primera colección que con estricta propiedad pudiera reputarse obra de la nueva generación. "Nombre, forma tipográfica, porte versificante, índole literaria, todo en ella es nuevo y señala el origen de la actual guirnalda, todo en ella es nuevo y señala el origen de la actual guirnalda o corona fúnebre de la prensa boliviana. Es como la semilla de una planta indígena que actualmente se cultiva con esmero, que se propaga y ya tapiza todos los cementerios de Bolivia. Es verdad, la literatura sepulcral existía de antemano; pero era estrictamente oral y fugitiva, o si lograba la estampa, era debido al generoso hospedaje de las gacetas políticas. Ella se sintió mal avenida con esta condición humilde y precaria; no quiso andar vagando por ahí como pordiosera; aspiró a la honra y al bienestar siempre gravoso de la independencia tipográfica. Por este medio se encaró también a la crítica. Consiguió su intento; y desde entonces la literatura sepulcral se multiplica y vive como señora de su casa en su opúsculo propio y exclusivo".

La oratoria fúnebre llegó a ser una verdadera plaga, adquiriendo en Cochabamba caracteres épicos. De allí el famoso epigrama que a este propósito sacaron en Sucre con esa picardía socarrona tan propia de la capital de la República:

—Temo ¡ay! amigo Morales  
Morirme aquí en Cochabamba.  
—Pero ¿qué temes? —¡Caramba!  
Los discursos funerales.

Apreciando el valor mismo del género dice René-Moreno: "No es natural en el corazón humano convertir la muerte en tesis oratoria y poética. Este perdurable y estrépitoso de profundis, mañana y tarde cantando a

toda orquesta desde lo alto de las imprentas bolivianas, suede ser un artificio tan aparatoso como estéril de los sentimientos individuales que pretenden erigirse en sentimientos públicos. Es también una depravación del gusto y del espíritu literario."

Refiérese a la colección de guirnaldas fúnebres que anduvieron vagando en sus clasificaciones, hasta que con su reiterada presentación adquirieron personería propia y llamaron la atención del coleccionista, y que mientras esperaban turno "tocóles quedar algún tiempo junto a un rollo macizo de constituciones políticas, que también significan en Bolivia fragilidad, muerte y disolución". Hay una acerba ironía en esa comparación entre las guirnaldas fúnebres y las constituciones políticas de Bolivia. Después se ve la profunda y emotiva fricción del bibliófilo, cuando vuelve a sus queridos libros; hay placer sensual en esta manera de apreciar y juzgar los volúmenes, placer que sólo el aficionado puede comprender.

"Pero aquí los tengoya delante de mi mesa de trabajo (la lámpara en medio de ellos) a mis dos queridos y acariciados volúmenes, de pie como dos sauces llorones sombreando una existencia que alentando se confunde. Hélos aquí, después de una corta ausencia en casa del empastador, a los dos camaradas predilectos, que no sin frecuencia he visitado en mis excursiones solitarias por las catacumbas de la bibliografía boliviana. Con su flamante portada hechiza, sus lustrosos recortes, su lomo dorado y matizado con los colores nacionales, he aquí que ahora se presentan de parada a formar con sus hermanos en las filas de la patria, y he aquí que en el fondo vuelven cual se fueron, frívolos con gravedad, entre otros hijos del terruño que por su lado son siempre tan sesudos como chocarreros; los dos inocentemente falaces y cortesanos, al lado de muchos escritos que allí o son hipócritas por cálculo o son los sinceros de la casa, pero los sinceros hasta la temeridad y la indecencia. Plaza de honor a los recién venidos, que ahí están ellos acorazonados contra el tiempo y acicalados como para hacer frente a mis interminables interrogatorios y a mis escrutinios indiscretos; plaza de honor, que ahí están con

su inagotable fraseología retórica y sus hipérboles altisonantes, salmodiando sus lloriqueos en verso y sus parcas, guadaña y sus ; como ha de ser! en prosa; pero siempre y a pesar de todo, insinuantes y apacibles en el modo, y acariciados volúmenes, los dos amigos predilectos y nunca olvidados de mi estudio, entre tantos otros de la boliviana estirpe, indiferentes al sentido y ominosos por demás al alma'.

Después viene la apreciación crítica general a la esencia misma de la literatura fúnebre encerrada en esos volúmenes de guirnaldas y coronas. "¿Para qué negarlo? No todo allí se acuerda ciertamente con el respeto y majestad de la tumba. El dolor suele vestir su luto con alarvos prestados y chillones, prorrumpiendo a veces en deprecaciones melodramáticas. En esta literatura de jeremiadas anida más de una vez lo grotesco; ciertas contorsiones de la gramática asustan; algunos harapos de la ortografía apestan; una sonrisa involuntariamente burlesca se asoma de cuando en cuando a los labios del lector".

\* •

Se inicia el desfile escogido al azar de las guirnaldas fúnebres: le toca el turno al obispo de La Paz primero, y de Santa Cruz después, Francisco León de Aguirre; describe el panorama de la ciudad con su campiña, en la cual tenía el prelado su palacio episcopal. Relata las dificultades que tuvo en Chile con el obispo Vicuña, y de cómo al requerimiento de éste a que se fuese a una monja que de muy antiguo cuidaba de su salud achacosa, respondía el prelado cruceño que tampoco él pensaba nada de la mulata Pancha "que tanto ascendiente tenía en lo interior del palacio episcopal de Santiago". Continúa la revista a muchas otras páginas de varias coronas; cita a don Tristán Roca, periodista cruceño fusilado en el Paraguay por el tirano López.

Casi al finalizar el trabajo cuenta René-Moreno las emociones propias de la lectura de estas páginas tan variadas en su valor y en su arte. "No es raro en los opúscu-



los que nos ocupan dar con algunos rasgos patéticos, esparcidos aquí y allá como perlas en las arenas del mar. El grito del alma, el ímpetu irresistible del sentimiento, la transparencia sincera de la expresión, suelen de repente quebrantar de un golpe nuestra empedernida indiferencia. Las guirnaldas se vengán entonces de las burlas del lector castigándole justamente en el cuerpo y en el alma. Al tocar con ciertos pasajes, un estremecimiento general se apodera de nosotros, un frío sube de las extremidades hacia la cabeza, brasas de fuego quemán los ojos ¡cosa extraña! hasta humedecerlos y la página de la guirnalda se nubla y oscurece por unos momentos. Es que la naturaleza humana acaba de ser contagiada por la emoción de la naturaleza humana. ¡Eficacia admirable de las formas que aciertan a reflejar la verdad del sentimiento! Cuantas veces uno vuelve con intención o por descuido, a pasar la vista por los mencionados pasajes, otras tantas el fenómeno fisiológico se produce y el corazón se conmueve por el dolor".

Aquí se nos presenta un René-Moreno casi desconocido, ya que se muestra capaz de sentir y expresar en forma externa la emoción íntima. Su fotografía y lo que de su carácter se sabe, no dan mucho pábulo para imaginarlo así, y más bien se le ha creído un hombre hasta duro en ciertos momentos. Pero aquí, él mismo nos lo dice, de cómo hasta se le humedecían los ojos con la lectura de algunos de esos arranques patéticos de los discursos fúnebres. Según sus propias palabras, era "la naturaleza humana contagiada por la emoción de la naturaleza humana":

Para terminar, da una especie de juicio sintético vívido de esta literatura, de ese manojito de deprecaciones que constituyen las guirnaldas fúnebres: "Los lamentos por los viejos no conmueven nunca; los lamentos por los próceres políticos dan todos grima; los lamentos por los jóvenes no son siempre patéticos; pero los únicos lamentos patéticos son arrancados por la juventud bella, pura, inteligente, que cae en la huesa, amortajada con los ricos presentes de la vida!"

Hay algo como un canto dionisiaco a la vida y a la juventud en estas últimas frases. René-Moreno tenía 37 años cuando escribía estas líneas; hallábase en ese mismo mezzò del camin del poeta inmortal, y se nota la euforia de vida, la plenitud que reina en su espíritu, incluso al tocar un tema tan macabro como el que dio margen a este extraño cuanto precioso estudio.

Una palabra aún: entre las notas, cuenta René-Moreno que el ejemplar del folleto del Obispo Aguirre *Los cartas, etc.*, editado en Lima en 1858, fue robado de la Biblioteca del Instituto Nacional en 1869. "Los empleados tienen certidumbre moral acerca del bibliopirata que consumó este abuso de confianza, no el único. Aseguran que él goza de sus rapiñas lejos de aquí". Este bibliopirata a quien no nombra René-Moreno, no es otro que don José Rosendo Gutiérrez, conocido sobradamente por su manía bibliográfica que le hacía hasta hurtar alguna pieza que consideraba imposible de obtener por otros medios. El extrañado ejemplar se conserva hoy en la Biblioteca de La Paz, actualmente posesora de la colección Gutiérrez.

★

En la tercera y última parte de la presente publicación se han incluido unos estudios que si bien es cierto no pertenecen al acervo cultural boliviano, son ensayos de crítica literaria de gran valor, y por tanto perfectamente bien ubicados dentro del conjunto de este volumen.

Es el primero el Discurso de inauguración de la Academia Literaria del Instituto Nacional. No se olvide que René-Moreno fue casi toda su vida director de la biblioteca de dicho establecimiento, y que cúplele reemplazar a don Miguel Luis Amunátegui en la cátedra de literatura del mismo. El Discurso de referencia, pronunciado en la sesión solemne del caso el 2 de junio de 1877, se publicó en la Revista Chilena coetánea.

Comienza planteando los propósitos de la Academia, cuales son los ejercicios prácticos del estilo y los ensayos

de la composición literaria, "en una hermosa palestra de juveniles esfuerzos". En cuanto a la lucha que en las lides intelectuales se han de desarrollar, deja constancia que han de ser fieras, pero caballerescas ante todo, y que no se otorgará "como premio la humillación de nadie".

En seguida plantea las normas generales, recalcando el purismo y el cultivo y respeto a las formas gramaticales, y citando la República Literaria de Saavedra Fajardo, habla que la recién fundada Academia también tendrá sus fosos, sus murallas y sus aulas del buen gusto. Alude a renglón seguido lo libre que allí será el espíritu, lo que confirma el profundo sentido liberal de René-Moreno.

Ofrécese como guía de los jóvenes académicos en una labor de seminario; les señala amplios horizontes internacionales para el vuelo de sus gustos, pero les llama la atención sobre España como fuente pristina de inspiración. Dedica un párrafo a lo que es la juventud fresca y lozana en sus primeros frutos, y la pluma de René-Moreno adquiere tonalidades eglógicas que revelan su sano y jocundo cariño por la juventud estudiosa. Termina con una preciosa cita de los diálogos platónicos a la belleza.

La obra que desarrolló René-Moreno en el Instituto Nacional y en su Academia, sobre todo, fue fecunda y así apreciaron sus contemporáneos. En el número 194 correspondientes al 25 de octubre de 1866, del diario santiaguino LA LIBERTAD ELECTORAL, se publica una felicitación que le dirige por esa labor.

El estudio que sigue al Discurso, está dedicado a analizar un poco la vida y la obra de un poeta colombiano, injustamente olvidado hoy: se trata de Arcesio Escobar, quien nacido en Medellín en 1832, falleció en alta mar en 1867 cuando se dirigía a Europa. En 1860 y los siguientes, habíanse conocido en Santiago de Chile donde Escobar desempeñaba una situación diplomática, y el conocimiento transformóse en íntima amistad que se mantuvo epistolarmente hasta lo último a prueba del tiempo y la dis-

tancia. En la biblioteca de René-Moreno, actualmente en Sucre, se hallaban varias publicaciones del vate colombiano.

El referido estudio consta de dos partes, habiéndose publicado la primera en la Revista de Santiago, volumen II, de 1872 y la segunda en la Revista de Arte y Letras de Santiago, volumen II, de 1884. Parece que la intención de René-Moreno era dedicar al vate colombiano una biografía, la misma que se quedó en estos dos fragmentos tan sólo.

René-Moreno de suyo tan hurraño para manifestar sus afectos y sentimientos, en este ensayo acerca de Arcesio Escobar, se deja llevar de lo hondo y bueno de su espíritu y llega en ciertos momentos a una emotividad que si bien no era rara en él ni mucho menos, pero que no gustaba de hacerla pública. Revelan estas páginas una profunda y delicada sensibilidad, una ternura amistosa y una lealtad al compañero muy noble y muy digna de todo elogio. En medio de los juicios un poco agrios en que abunda René-Moreno, lo que dice de Arcesio Escobar parece un oasis de purificación.

Enuncia rasgos biográficos del poeta y habla de Medellín su tierra natal y en la evocación nostálgica de Escobar, se ve la añoranza que el propio René-Moreno también tiene del terruño, de su Santa Cruz de la Sierra que ama con tanto fervor. Relata ciertas anécdotas de la vida amorosa de Escobar; refiérese a sus traducciones de Lord Byron que es por lo que más se le conoce y se le recuerda. Cuenta de sus paseos y diálogos en comunión con la naturaleza de los alrededores de Santiago.

El prólogo que dedica René-Moreno a la tertulia de José Victorino Lastarria en Alto del Puerto, de la cual con Escobar eran asiduos concurrentes, así como el ambiente intelectual que allí reinaba, es una página sencillamente maravillosa; hay verdadera plástica en la evocación y un realismo auténtico. Ni el propio Lastarria en sus Recuerdos Literarios ha escrito nada mejor sobre aquel cenáculo que tanta influencia tuvo en la vida intelectual de Chile. Incluso el desfile de los personajes

que allí actuaban, las características del ambiente, son todo un documento que un día apreciarán en todo su valor los historiadores de la cultura chilena.

Habla de la burla, la crítica mordaz, la ironía sutil, que allí servían de impuesto a los novatos o poco avisados que adentrábanse en tal ambiente, y de paso dedica René-Moreno todo un elogio al arte de conversar. Jaime Mendoza y muchos otros nos han pintado a René-Moreno como bastante reservado en un principio, pero que después, cuando adquiría confianza, convertíase en un conversador admirable.

Dedica después, largos párrafos a confrontaciones técnicas de las traducciones que Arcesio Escobar había hecho de lord Byron, las mismas que para mejor juicio compara con el original inglés, idioma que había llegado a aprender y conocer profundamente.

\*

Cuando se lee la Literatura preceptiva que en 1891 publicó Gabriel René-Moreno para uso de los alumnos del Instituto Nacional, se puede apreciar todo el buen gusto que le caracterizaba, al ver la clase de trozos escogidos como ejemplos, así como también se juzga de cuán profundo era su conocimiento de la literatura clásica española.

No extraña por consiguiente el que haya dedicado un ensayo corto a Francisco de Rioja, ilustre vate sevillano que floreció en el siglo XVII, estudio que se publicó en la revista La Estrella de Chile, en 1878. Parte del hecho de haberse comprobado ser de Rodrigo Caro la paternidad de la famosa "Canción a las ruinas de Itálica", y deja sentado que Rioja no necesita de ella para su gloria. Entra en seguida en el análisis de su obra según la publicación pertinente a cargo de Cayetano Alberto de la Barrera y Leirado.

Razón sobraba a don Alberto Gutiérrez al juzgar que el presente estudio de René-Moreno sobre Rioja era una de las mejores páginas que había escrito. Efectivamen-



te, el estilo es inmejorable y sobre todo, pleno de emoción estética; incluso se siente a través de sus frases pulidas y elegantes, todo el refinamiento sibarítico del eximio cazador de lo bueno y de lo bello.

Hondo análisis del espíritu de cuanto escribió Rioja, comprensión fina de toda su obra y sobre todo apreciación sabia y erudita al par que delicada de su contenido y de su forma. "Lo que caracteriza la obra poética del vate sevillano, es ese fondo moral donde campea gallardamente la vivacidad de sus afectos y convicciones íntimas; es ese cielo apacible y sereno que, como una cortina bienhechora, se extiende sobre la profundidad del valle para templar sus ardores y estivos reflejos". Este juicio, refleja el íntimo pensar y sentir de René-Moreno, ya que así era él mismo en su prosa tan pulida y tan brillante, al mismo tiempo que mesurada y discreta, y encerrando en tan artística envoltura toda la profundidad de su pensamiento.

De paso hace una comparación de Rioja con Jorge Manrique, Fray Luis de León y sus contemporáneos, comparación de la cual sale muy airoso el poeta hispalense. Entra de inmediato al estudio preciso del carácter y colorido de la poesía de Rioja, demostrando gran conocimiento no sólo de su obra, sino de la difícil técnica del género. No es un simple aficionado el que tal empeño emprende, sino al contrario, un docto en la materia, que conoce todos sus secretos. En el párrafo que dedica a la poesía amorosa de Rioja, se siente vivir, cálido y jocundo el sentido dionisiaco de la vida que palpita en toda la acción y la obra de René-Moreno, y termina con una evocación al hondo contenido filosófico que deja en el alma la poesía del vate español, rematando su trabajo con una alabanza a aquello que estimó, admiró y practicó más Gabriel René-Moreno en su vida toda: la belleza encerrada en la sencillez.

Humberto VAZQUEZ-MACHICADO



**Primera Parte**

**POETAS BOLIVIANOS**

1864

## INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LOS POETAS BOLIVIANOS

### I

**E**N MEDIO del silencio de muerte que se siguió al estruendo de la guerra civil, han resonado en varios puntos del territorio boliviano las gratas armonías de músicas peregrinas, los acordados acentos de líricos cantares, que, tras el sangriento naufragio del bienestar nacional, han venido a colmar el anhelo de los corazones, sedientos de algo que fuese noble, tierno y puro, de algo que fuese parte a confortar los ánimos desfallecientes y abatidos.

Al escuchar las mágicas sinfonías de este maravilloso concierto, todos se han apresurado a preguntar: ¿Quiénes son estos seres de singular y apartada condición, que así cantan sentidamente entre las ruinas, como cisnes después de una tempestad? ¿Por cuál extraña manera estos arbustos del agostado plantel se han mantenido lozanos y vigorosos en términos de poder ahora embalsamar el aire con el aroma de sus flores y de regalarnos con sus frutos?

Echando no ha mucho tiempo una ojeada rápida a la literatura romana de los primeros días de la decadencia, paramos la atención de una miscelánea de pensamientos originales que

escribió en griego al emperador Marco Aurelio. Este libro está hoy olvidado. Tal vez habrá tenido para ello sus razones la posteridad. Así y con todo, no deja de ser un repertorio muy interesante. Sus páginas son la confidencia íntima y sincera de un hombre de superior inteligencia, en cuyos elevados pensamientos, la ruda corteza de la filosofía estoica no es parte a encubrir los visos de cierta melancolía latente, hija sin duda de los hondos pesares domésticos del emperador y del triste espectáculo de la decadencia y calamidades de Roma. De este libro traducimos libremente estas líneas:

"¿No tienes por ventura la facultad de recogerte dentro de ti mismo a cualquiera hora? En verdad no es dable al hombre encontrar en paraje alguno un reino más apartado y tranquilo, ni donde pueda más a sus anhelos estar como allá en lo interior de su propia alma, y más todavía si uno tiene allí escondido un tesoro de cosas preciosas con qué deleitarse, y cuya sola contemplación bastará no pocas veces a devolver al espíritu su perdida calma. Retírate, pues, a menudo a tan delicioso albergue, a fin de reparar en él tus fuerzas agotadas en las luchas y tribulaciones de afuera."

En Bolivia hay poetas y sus obras son manifestaciones más o menos espléndidas de un entusiasmo lírico verdaderamente sincero y espontáneo. Estas primicias del ingenio en tierra por más de un motivo ingrata y enemiga, se deben en gran parte a que los poetas son hombres que han sabido ante todo practicar las máximas de la filosofía estoica arriba copiadas.

La naturaleza, la sociedad y los propios e individuales sentimientos del alma, serán siempre tres fuentes primitivas y naturales de inspiración poética. Respecto a la primera, es fácil notar que el hombre vive en Bolivia en medio de una naturaleza rica y grandiosa; pero también, sólo un alma inmeasurablemente libre y dotada de singular y original vigor, sería capaz allí de responder con voz robusta al himno sublime y a las eternas armonías de la creación. La sociedad por su parte es un manantial casi cegado por los escombros y convertido en volcán devorador. Ese otro linaje de inspiración cuyos tipos originales existen en la propia conciencia del individuo, no es más

abundante. De los sentimientos, vivos y profundos del corazón, tan sólo se oye un grato y vago rumor en instantes fugitivos de calma. En la edad lozana en que las potencias del espíritu entran en efervescente y misteriosa incubación, los hombres son arrastrados en Bolivia por el huracán revolucionario, que jamás les deja punto de reposo, y que más tarde, como menudas piedras de aluvión que el torrente ha sacudido, golpeado y gastado unas con otras, los arroja exhaustos y en confuso hacinamiento a las trilladas y desiertas riberas de lo pasado. En las relaciones privadas la moral conserva todo su imperio; pero las almas delicadas y sensibles están en escasa minoría y como que se sienten enfermas y malhalladas. Su alimento cotidiano es la indignación, su inseparable compañera la inquietud, su pasión dominante el desprecio: ¿cómo es posible que ellas estén alerta, ni que aguarden serenas y bien preparadas las horas de la inspiración, ni que ésta abandone su patria celeste y acuda con frecuencia a sus llamados?

Y erran gravemente los que apoyándose en ejemplos inadecuados de la historia, sostienen en tesis absoluta que los odios políticos y las intestinas discordias alientan, robustecen o inflaman el numen poético. Sentada en términos tan generales, esta doctrina entraña mucho de falso y de peligroso. Las conmociones íntimas y profundas del alma, la impetuosa expansión de las fuerzas concentradas del entendimiento, fueron siempre el pábulo y el sustento generoso de las literaturas pujantes; pero las pasiones mezquinas de partido, donde quiera han esterilizado con su escoria los campos de la imaginación, y apagado con su soplo destructor la lumbrera del talento. En las bañales del despotismo y la anarquía no se entonan inocentes y patéticos cantares. Ni luciendo sus innúmeros y coloridos matices, resplandece en raudos, caprichosos y arrogantes giros la razón humana, inflamada por el fuego lento de la meditación y el estudio. En estas zambras no se oye sino la ronca algarazara del vicio, ni se ve otra cosa que el parasismo de la duda en las creencias generatrices del entusiasmo, desgaste de los resortes que impulsan la actividad generosa del hombre, desperdicio y copioso derramamiento del corazón. ¡Cuántas veces no hemos visto en Bolivia bastardearse en orgías políticas, almas vigorosas

ssmente templadas para sentir y declarar las maravillas de la poesía, —esta unidad viva, fecunda, inmortal, en que se funden, acrisolan y abrilantan las emanaciones más puras de lo verdadero, lo bueno y lo bello de la naturaleza!

Para nosotros es cosa de todo punto indudable, que en América esta anarquía incensante y a queste desborde de violentas pasiones, lejos de semejarse en nada a las agonías de la muerte, antes al contrario son las convulsiones dolorosas del alumbramiento. Pero no por esto es menos exacto que hoy la fuerza irresistible que precipita y acumula los casos adversos de la penitente purificación de Bolivia, ya parece también haber sacudido el yugo de la voluntad racional y amenaza por donde quiera supeditar al espíritu. Por eso es menester convenir entonces en que el aletar de un ingenio, que allí no sea sofocado en su actividad y desenvolvimiento por el peso de tanta fatalidad, no es ciertamente un fenómeno común y ordinario como el de la planta que, creciendo en tierra fértil y bajo clima benigno, abre presurosa sus flores en la alborada a fin de que entreguen su aroma a la primera brisa pasajera, y al sol del mediodía colore y matice sus pétalos, y la inmediata próxima estación madure y sazone el fruto: no. El ingenio que del seno de tanta miseria y desalando terrenas ligaduras, levante su vuelo a la sublime región de la belleza ideal, es un vaso adorable de elección, en el que la mano del Poeta Inmortal ha derramado una esencia purísima, incorruptible y de exquisitas virtudes como la divina sustancia.

En Bolivia uno de los rigores de la política es el de igualar el carácter de los hombres, nivelándolos moralmente a todos con ciego despotismo. En este orden no hay grados, ni jerarquías, ni diversidad, ni singularidad. Como es uno, así son todos. Aquella es una monotonía desesperante. A surcar el océano proceloso, todos se lanzan a la ventura en su barquilla; todos son luego postrados por las fatigas del mareo; en seguida, tarde o temprano, todos naufragan. El derecho califica de avería gruesa esta clase de naufragios en que se pierden juntamente velamen, aparejo y carga, y no pocas veces la nave misma.

Más ha aquí que algunos pilotos se mantienen todavía en la superficie de las aguas:

*Aparent nati nantes in gurgite vasto.*

¿Quiénes son estos esforzados nautas? Son poetas.

En efecto, a este gremio pertenecen ciertos hombres que en Bolivia son contados entre los pocos firmes caracteres que, en las vicisitudes políticas, no han perdido los lineamientos originales y la primitiva expresión de su fisonomía moral, que en el poeta son esa sensibilidad delicada para admirar donde quiera la belleza y esa entonación armoniosa para expresar con eficacia su entusiasmo. El ingenio de estos bardos es como si dijéramos un espíritu fuerte, un ánimo sostenido, cuya varonil entereza no son parte a quebrantar las dolencias, que enervan y malean en tantos otros el rico sentimiento estético con que la naturaleza los dotara.

Caso es éste muy ejemplar en la historia de las vicisitudes que ha experimentado el espíritu humano en el mundo, descubierto por Colón. Las tribulaciones son un timbre de merecimiento para el poeta que de ellas ha triunfado en su carrera, bien así como son para el guerrero sus campañas y combates.

Los que con desdén han visto a Cortés escribir versos mientras dirigía los debates tempestuosos de una asamblea constituyente, y los que se han sonreído maliciosamente al encontrar odas y endechas en su carpeta de Ministro de Estado, no han querido penetrar en el fondo de las cosas, y por lo mismo no han sabido discernir lo que realmente hay de admirable en estos hechos en apariencia vulgares.

La inspiración lírica de Bustamante se destaca y corre con tanta mayor fuerza y abundancia, cuanto más tiempo ha estado contenida y contrariada por materiales cuidados e internos sinsabores.

Ramallo ha vegetado en la indolencia por falta de estímulos de los que también han carecido sus colegas; pero no ha dejado apagarse del todo esa luz blanquecina que derrama



su musa; luz que, al pasar por el prisma del arte en el horizonte de una vida enteramente espiritual y dada a las cosas del alma, se hubiera descompuesto en los colores pintorescos y brillantes del iris.

En busca de esmaltes y camafeos para decorar sus castillos aéreos, la fantasía vagabunda de Tovar discurría animosa, ingobernable, desordenada al derredor del fantasma, sañudo del despotismo político y al través de esa desazón inexplicable que nos asalta al entrar en la adolescencia y que la orfandad y ciertas incertidumbres personales sobre lo porvenir habían agravado en el autor de la **Creación**.

En esta misma época aciaga aparecieron también algunos rimadores que en sus ensueños juveniles vislumbraron a lo lejos algunas galas del encantado reino; detuviéronse un momento a escuchar embelesados algunas perdidas notas del coro Inmortal, siguiendo con las manos el compás y preludiando a media voz algunos breves acordes; y luego desaparecieron arrastrados por las marejadas de la vida local, a la manera de esos dorados celajes de oriente, diademas de nuestras montañas antes de salir el sol, que cuando sopla el viento por las abras y gargantas de la gran cordillera, son en pocos instantes apagados y confundidos en la niebla espesa de las faldas y ribazos.

Pero quedó Galindo a quien no hemos negado el título de poeta, quedó Calvo y quedó la Mujer; esta última para conmovernos con las quejas doloridas de su inmenso infortunio, mientras los dos primeros, así en la próspera como en la adversa fortuna, pulsaban la lira, soliendo a veces arrancarla sonidos ingenuamente acordados con sentimientos naturales y verdaderos.

Ninguno de los bardos bolivianos ha podido llevar una vida uniformemente literaria. Ninguno ha podido sustraerse a la acción deletérea de los acontecimientos de su época. Casi todos han sido actores en la tragicomedia. En sus frentes se ven las señales exteriores de las heridas profundas que dejan en el alma la proscripción, los pesares y una existencia trabajosa. Su ingenio ha experimentado fatales ascendientes, pero ninguna influencia bienhechora.

Que el cielo sea obsequioso.

## II

De la ciencia y el arte es en definitiva el imperio del mundo. Ellos solos tienen por derecho divino el privilegio de realizar obras y erigir monumentos de tal magnificencia y solidez, que haya de sustentarlos el haz de la tierra y haya de dorarlos el sol con sus rayos hasta la consumación de los siglos. De manera que día de júbilo para la humanidad es cuando en la vida de un pueblo las letras, legítimamente engendradas por las costumbres, pasiones y creencias sociales, levantan bien alto su estandarte glorioso, y por entre la muchedumbre deslumbrada y atónita, se pasean como conquistadores ostentando sus lauros y trofeos. Son las letras clarísima irradiación de las múltiples y diversas fórmulas, con las cuales manifiesta del pensamiento las excelencias de todo linaje a que ha dado el ser en sus épocas de enérgica y fecunda agitación. Entonces es cuando en el mar insondable que se llama el espíritu del hombre, como olas que rugen, murmuran y suspiran en el sublime concierto de la tormenta, las ideas individuales y las ideas sociales luchan entre sí, y unas se destruyen a la par que otras se estrechan y refunden afanosas buscando el manto de la belleza y el cetro de la verdad. Con esta doble investidura, que el arte y la ciencia les asignan, se presentan a la universal expectación, y reclaman su puesto de honor en el mundo de las ideas, donde en orden jerárquico todas reinan en torno de la idea increada, nunca bien descrita por la lengua humana. — la idea de Dios.

Ausunto muy importante es el averiguar si una nación cuenta en su seno con los elementos necesarios para alcanzar algún día la gloria envidiable de las letras. Y contrayéndonos a estas regiones recién nacidas a la libertad, preguntamos ahora: con relación a la actividad literaria, ¿en qué período de desarrollo se encuentra la sociedad, y qué grado de desenvolvimiento han alcanzado la razón pública y las fuerzas morales e intelectuales en los pueblos hispanoamericanos? "Los pueblos merecen su suerte", ha dicho Montesquieu. Para Hispano-América, ¿son estas palabras una condenación definitiva de

*In do América /*

*Hispanoamérica /*  
*en el siglo XIX - 1890*

lo pasado, o una amenaza tremenda a lo presente, o bien un pronóstico halagüeño sobre el porvenir?

—En el seno de la democracia vuestra impotencia es radical, nos gritan del Viejo Mundo.

—La noche será larga y tristísima, dicen algunos hijos del Nuevo.

—¡Hosanna! porque los tiempos se acercan, claman otros con entusiasmo.

¿Cuál es la verdad? He aquí una cuestión gravísima. ¡Tan cierto es que ante el magisterio de una crítica concienzuda, exigen una resolución acertada los problemas de política y socialidad que más íntimamente interesan al espíritu humano!

Ya es cosa averiguada, que en época tal vez no muy distante, amanecerá el día en que grandes luminares del pensamiento brillen con luz propia en el horizonte de la patria americana. La sociedad se está preparando para ello de la manera más conveniente. Hay signos inequívocos y señales visibles de que existe una fermentación prodigiosa en el seno de esta democracia incipiente, con tanta severidad juzgada por las viejas monarquías. Medio siglo ya de descarríos; y, sin embargo, prescindiendo de casos particulares y examinando en conjunto el aspecto moral de las cosas, es indudable que no sólo andamos alno que subimos. Ya es hasta una vulgaridad recordar que nuestras costumbres se pulen, nuestros hábitos se corrigen, nuestras pasiones se renuevan y purifican, nuestros conocimientos se ensanchan, las luces se propagan, la industria se desarrolla. La raza, además, es impaciente, soberbia, apasionada, temeraria; y no sería extraño que una evolución de sus nebulosos instintos, abreviase el plazo de su lento peregrinaje tras un progreso gradual y una reforma sucesiva; sacándola como por ensalmo de los trillados senderos del tiempo que en el carril ordinario tanto se alarga, para transportarla en pocos instantes a los más avanzados y desconocidos confines del tiempo que con los cambios revolucionarios tanto se acorta.

Dante arrojó a los infiernos a los indolentes que nada hicieron en vida, manada miserable, indigna de elogio o vitu-

perio. Si tal suerte también les está reservada a los indolentes de los tiempos modernos, lo que es nosotros ya hemos escapado del castigo; y es lícito afirmar que en este trabajo en que estamos empeñados, tan rudo, tan austero, tan riguroso, tan fuerte, unido a tantas turbulencias y devaneo, se está retemplando la nativa energía de nuestro carácter, y en nuestro espíritu se están acoplando y asimilando los mil elementos constitutivos de una originalidad creadora y descolante. Sólo en este sentido particular limitado en cuanto a su alcance a la vez que genérico en cuanto a su aplicación, pudiera convenir al pueblo hispanoamericano en general, la doctrina de que los discordeas civiles, esas que traen en su encarnizamiento aparejada cierta grandeza, inflaman desde luego a algunos ingenios superlores, y para después son en la sociedad un abono fecundante de la inventiva literaria.

El advenimiento de esta era en que nuestra palabra por su nervio y gentileza sea un sufragio poderoso en el gran debate de la civilización, no es ni con mucho una fundada esperanza, sino una convicción profunda en las personas que se fijan menos en nuestras sediciones y batallas, pero siguen con atención al afán y movimiento intelectual de estos pueblos. Pues según es de facundo en políticos desastres, así también este suelo de América atesora en sus entrañas una tan vigorosa simiente literaria, que, cuanto sus tiernas y doradas mieses son por contrapuestos y conjurados elementos combatidas y por el hacha de la discordia segadas y aniquiladas en flor, tanto la simiente torna con incontrastable persistencia a germinar y renacer; creciendo en lozanía, hasta rendir no escasa cosecha de fragantes flores y sazonados frutos, allá en ciertos resguardados valles que la Providencia ha favorecido con más propicios y bonancibles días. Este constante fenómeno envuelve muy a las claras una importantísima como igualmente alentadora significación. En otro de nuestros escritos lo hemos demostrado hasta la evidencia, citando casos y documentos fehacientes. Siguiendo el ejemplo de las famosas naciones, que después de un aprendizaje más o menos largo y penoso, han conseguido al fin influir eficazmente con el arte y la ciencia en los destinos de la humanidad, la nación hispanoamericana ensaya ac-

tualmente sus fuerzas intelectuales, para cuando llegue la ocasión oportuna en que, apoderándose con singular arrogancia de la hermosa lengua que para el trato familiar sus padres le dejaron, levante con ella gran cúpula del suntuoso edificio de su perfeccionamiento social.

Lo que a este respecto acontece en Bolivia, es la prueba más patente de la realidad de estos hechos. Y no se piense que, para realzar con un contraste la evidencia del prodigio, vamos a trazar aquí un cuadro triste y sombrío. Achaque de esta época calamitosa es el de entretenerse en la descripción de lástimas que ciertamente no son para pintadas sino para vistas y sentidas. Tratándose de la presente condición política de Bolivia, bástanos reconocer la existencia del mal, y reconocer que este mal es gravísimo.

Pues bien, en su invasión creciente y asoladora este mal ha puesto estrecho sitio por todos lados a la actividad intelectual del país; pero jamás ha logrado penetrar, como usurpador y déspota absoluta, en el sagrado dominio donde reside la fuerza impulsiva del libre e infatigable pensamiento. En estos últimos años señaladamente, la barbarie ha asaltado con terrible empuje. Pero ha sido heroica la resistencia. Y la es todavía. Y a fe que vale la pena; pues en la historia está escrita, que en ese último reducto suele refugiarse y esconderse toda la virilidad y pujanza de un pueblo, hasta que en los secretos del tiempo suene la hora del desagravio y de la generadora victoria.

En Bolivia no hay sabios profundos, literatos consumados, insignes escritores, famosos oradores; no hay polémicas literarias, ni asociaciones científicas en constante labor. No sólo carece la vida social de este bullicio y esplendor que comunica a un país la actividad literaria, sino que faltan allí los elementos y condiciones favorables para que las letras nazcan prontamente, se mantengan y prosperen. No se ven aquellas imponentes escenas de una vida pública desembarazada y enérgica; no rugen las olas majestuosas de un activo progreso social; nadie saborea ese bienestar alentador que brinda la paz en el seno de una conveniente libertad política y civil; por las venas del cuerpo social no circula en abundancia la savia vivifi-



cante del sentimiento moral; falta, en una palabra, la acción exterior que influye ventajosamente así en el carácter como en la inteligencia del individuo. Se carece de todo esto, de mucho menos que esto. En su lugar, hay miserias políticas y postulación.

Pero el principio vital de la sociedad no ha perecido: un espíritu invisible, superior, inquebrantable la anima y sostiene, la sociedad no deja un solo instante de pensar, y de pensar bien. Sus hechos exteriores son la muestra lastimosa de sus extravíos; mas he aquí que ella tiene a la vez una palabra como expresión fiel de su razón, y esta palabra suele ser oportuna, adecuada, animosa, digna.

¿El tirano ha cometido un crimen político? inevitable es la execración, y a la faz del tirano se declara por la prensa que el tirano ha cometido un crimen. En mil ocasiones solemnes se han pronunciado elocuentísimos discursos. Se conservan varias producciones que a la verdad no carecen de cierto mérito literario. Constantemente algunos jóvenes se ejercitan bien o mal en los diversos géneros de literatura. Ojalá estuviesen vivamente penetrados de un puro y desinteresado amor al arte y, confiando menos en sus aptitudes naturales, comenzasen por nutrir y robustecer su inteligencia con estudios bien meditados y sólidos. Hay abundante y armoniosa poesía, y hay poetas que son de lo más insigne que ha producido esta América española. En general no se forman individualidades literarias; pero existe cierto espíritu y actividad literarios. Los talentos se malogran; mas no sin haber antes contribuido con su óbolo para sostener el tesoro del templo. Innumerables son estas bellas exhalaciones de una atmósfera sofocada por un sol de fuego; y en su no interrumpida y simultánea sucesión, unas brillan mientras otras se apagan. No observéis el efímero lucir de una sola: bajad los ojos y contemplad esa claridad tenue, pero fija y uniforme, que el movable y tumultuoso conjunto de todas esas exhalaciones hace descender hacia la tierra. La prensa periódica es activísima, y es la obra de todos y de ninguno. Allí para escribir nadie se cura de si está o no completamente preparado: se escribe porque se goza de esa libertad, y el hombre en Bolivia mira las cosas por el lado de



sus derechos y no por el lado de sus deberes. Este centenar diario de periódicos, folletos, opúsculos, carteles, hojas sueltas, etc., no pertenecen ciertamente a la historia inmortal del arte, sino a la crónica oscura de las flagelaciones de la gramática; pero su incesante elaboración es una gimnástica intelectual que desarrolla la fuerza del espíritu público. En los tres distritos universitarios la juventud estudiosa es considerable en número, y en las ciudades de Sucre y Cochabamba el cerebro de cada joven es un caldero en ebullición. Mientras unos conspiran, otros meditan. Este peleaba ayer en las barricadas; recogido hoy en su gabinete escribe. La vida es incompleta y desigual en el individuo. ¿Qué importa? En cambio la de la sociedad es uniforme y mantiene en perfecto equilibrio la plenitud de sus fuerzas. No ha resonado nunca aquel canto triste y fatídico: "Gocemos sin tasa, gocemos sin tardanza de la hora fugitiva", con que los pueblos degenerados se despiden de la civilización al sepultarse en la noche de la barbarie. Lejos de eso, si el individuo no se perfecciona en las diversas esferas de su actividad voluntaria, es porque sus acciones nobles y sus esfuerzos generosos se pierden fatal y necesariamente en mantener la contrastada existencia de la sociedad; y es así como es cierto que ésta tiene un cerebro en que existe concentrada una inteligencia viva, vigilante, laboriosa, incansable, fecunda. Hoguera luminosa del Cabo de las Tormentas, no graduemos la intensidad y viveza de su luz por el alcance de su difusión y expansión, sino por ese vigor inextinguible con que, en el torbellino de los cuatro vientos cardinales, resiste al peso y al ímpetu formidable de las tinieblas.

¡Observadores superficiales! Es cierto que las pasiones desencadenadas de la plaza pública precipitan la sociedad boliviana por una pendiente de ruinas y desastres; pero semejante al carro celestial de Milton cuando atravesaba los abismos del caos, ella rueda en pos del triunfo, viva, soberana, con cien ojos abiertos y centelleantes!

## III

La luz que arrojan las observaciones precedentes, da a la fisonomía poética de los bardos bolivianos su verdadera expresión.

Un hecho, entre todos los que hemos citado, resalta por su mayor evidencia: la presión ominosa que el estado político del país ejerce sobre el desenvolvimiento libre y activo de las facultades del alma. Este es un hecho capital. Norabuena que los políticos y los estadistas lo estudien en sus relaciones necesarias con los intereses generales y el bienestar de la nación. Tarea vasta y profunda. A la crítica literaria le cumple examinarlo por el lado de las secretas y perniciosas influencias que ese hecho obra allá en el santuario de la vida interior y espiritual del individuo. Análisis que requiere suma sagacidad y penetración. Si en el estudio de estos primeros rudimentos de literatura indígena, queremos señalar de una manera precisa los tintes y las sombras del pensamiento poético; si queremos conocer el espíritu y los procedimientos generadores de los diversos ensayos literarios, necesario es que ante todo descendamos al fondo del alma humana, la interroguemos con intimidad, y sepamos descubrir los estragos que en su cristal purísimo ha causado esta calamidad nacional, la política, que ya cuesta a Bolivia ríos de sangre y mares de lágrimas. Ved ahí una crítica luminosa y fecunda. Cruel infortunio moral es en Bolivia la política. Penetra con sus infinitos hilos eléctricos en las múltiples relaciones así de la vida pública como de la vida privada. No hay un solo ánimo que no se sienta tiranizado por este azote infernal. Es la sombra aterrador de Hamlet, que persigue a los hombres en el sueño y la vigilia. ¿Cómo prescindir de esta dolencia endémica y profunda, al tratar de las producciones del ingenio en un país donde éstas no son el artefacto de claustros o academias, sino el brota espontáneo de un campo enteramente abierto a la intemperie?

Aislados, sin agruparse para formar alguna especie de gremio, cada uno en su ciudad, dentro del círculo de sus relaciones meramente privadas, algunos sin conocerse ni tratarse, casi siempre sin un órgano adecuado que les sirva de trípode

en la prensa, careciendo de una capital que sea para ellos centros de ciertas ventajas especiales a la vez que escuela común y teatro permanente de noble emulación; los vates bolivianos tienen el sentimiento instintivo, la viva inteligencia, el conocimiento más o menos ilustrado de las excelencias del arte; y separados en el espacio, pero unidos en la idea y en el discurso, oponen su ejemplo a la corruptela general del lenguaje, cuyo estudio yace abandonado o descuidado en los colegios, y que, como en tiempos remotos y más atrasados, soporta todavía la competencia del quichua, admitiendo en su limpio raudal voces, construcciones y giros venidos de este idioma bárbaro.

En el diluvio de disertaciones abstractas, prospectos editoriales, destempladas polémicas, arengas fúnebres, guitarreacas coplas, misceláneas de escolar literatura, y epigramas arrastrados para venir a suplir la falta de las ideas ausentes; ved cómo estos animosos sacerdotes de las musas son los fieles depositarios de ciertas nociones elementales del buen gusto, cómo forman ellos los primeros eslabones en la cadena de oro de la tradición literaria del país, y cómo conducen al porvenir el fanal sagrado que encierra el fuego propagador de esa inspiración que como un incendio se inflammará un día al soplo impetuoso de viriles costumbres públicas. Saludemos a estos astros precursores de un clarísimo día, y sigamos con la vista los círculos cabellísticos que trazan en las sombras del horizonte sus caudas luminosas.

Zimmermann imaginó a su antojo un hombre que viviera a solas consigo mismo en medio del bullicio y tráfico del mundo. Semejantes a este avaro espiritual, los bardos bolivianos van contemplando melancólicamente su alma en medio de la disipación prosaica, algo más que prosaica, de sus compatriotas y aun de sí propios en las otras esferas en que su vida se reparte. Algunas voces acentuadas languidecen y esperan en torno suyo; pero ellos siguen modulando en las notas melódicas las conmociones de su alma, para demostrar que esta sostenida y perenne vibración, es la resultante (perdónesenos el término mecánico) de fuerzas que parten de las profundidades de su ser y de lo más íntimo de su espíritu.

Algunos autores nacionales, impulsados por una ventolera de pasajero amor a las bellas letras, han publicado ensayos en los géneros dramático y narrativo. Mas estos otros poetas de profesión sólo han cultivado la poesía lírica. Su poética se reduce a expresar símpre y directamente sus personales impresiones. Esto da más sinceridad y espontaneidad a sus obras. Las formas ingeniosas y complejas de la poesía, no hallan sustento suficiente en los pueblos cuya vida está reducida al mínimum indispensable de intensidad.

No les pidáis fuerza, gracia y viveza en la dición, ni aquella regularidad galana de la forma, en que como aliados naturales respiandecen juntos la rigidez severa del arte y el inquieto desahogo del pensamiento. El propio y solitario esmero es flaco, cuando no es el buen gusto de los lectores el que prescribe como leyes inviolables estos primores de ejecución. Y es cosa averiguada que el criterio público en Bolivia no es el mejor consejero de estas materias. Aroma que embalsama los festines inocentes de la fantasía, grato murmurio de las pasiones enfrenadas por la razón, el sentimiento exquisito de la belleza, así en los pueblos como en el individuo, es inefable contentamiento solamente de aquellos espíritus que disfrutan de quietud moral; contentamiento cuyos logros no saben paladear los ánimos conturbados por el rencor y la cólera, "vientos, como dice Petrarca, contrarios a la vida serena".

Por análogas razones no les pidáis tampoco singular novedad en la concepción, original frescura en las imágenes, varonil osadía en los pensamientos. ¡Cuán estrecha es la suerte del ingenio que no es atribulado únicamente por las tempestades de su alma y por el fuego de su propia inspiración! ¿Quis locus ingenio, nisi quum se carmine solo Vexant?

(Juvenal)

Los desastres políticos y las públicas congojas los hacen a veces onmudecer. No es indiferencia; no lo fue nunca; no lo será jamás. Los personajes trágicos de Sófocles callan cuando el dolor les desgarrá el alma. Y así es cómo, después de un breve período de esterilidad, con voz rebusta lanzó Bustamante

en las espléndidas soledades del Beni su famoso Grito de desesperación, —colmo de angustia sublime— impetuoso turbión de patética elocuencia.

En su propio país tienen los bardos bolivianos la imagen fiel de su ingenio solitario, en los ríos que llevan trabajosamente sus aguas por las profundas y escondidas quebradas de las sierras andinas.

Los escarpados montes abren estrecho paso a la corriente, que formando recodos caprichosos y chocando con estrépito contra las grandes piedras del cauce, salpica y humedece, al pasar, el musgo de las bases graníticas. En estos austeros sitios se guarece el cóndor, cuando la tempestad arrecia en las cumbres nevadas y en las altas planicies donde el hombre mora.

A trechos las áridas montañas se retiran y un tanto se dilata el horizonte. El río cruza mansamente la hondonada, y en los vallados de sus márgenes fructifican el maíz, la cebada y el trigo. En la arboleda del cortijo, para triscar y saludar la aurora, los pajarillos aguardan que los rayos del sol entiblen la brisa helada que baja de las nieves eternas. Cuando en la tarde comienzan a apagarse los pálidos reflejos del crepúsculo, el indio toca en la quena fúnebres yaravies, que penetran el alma y la sumergen en tristes meditaciones. Cierra la noche y ya no se oye sino el murmurar incesante de las aguas del río.

Pasadas las risueñas márgenes, vuelven los pasajes agrestes, de riscos y breñas nunca habitados por el hombre. El río se precipita a torrentadas en los despeñaderos, taladra las montañas, y se pierde finalmente a las miradas del más intrépido investigador, siguen su curso al través de profundas y oscuras concavidades. ¿Quién ha penetrado jamás el misterio de esos abismos, que acaso saben decir cosas muy grandes y sublimes al corazón humano? El caminante que atraviesa las laderas y mesetas de las cimas, nada ve ni oye, y confirma entonces la popular creencia de que el río no pasa por entre esas escarpadas cordilleras.

Desde esas cumbres extendes más lejos la vista. ¡Cuán pintoresco es el paisaje! Las altas sierras, cual enanas colinas, se postran en mil grupos a las plantas del Andes estu-

pendo. Los más hondos derrumbaderos son a la distancia simples sinuosidades, y la vasta extensión que abarca la vista, semeja la superficie del mar cuando la rizan los céfiros. Una larga faja de espesos vapores azulejos, descogida al ras de los picos y gargantas, atraviesa por el medio del horizonte terrestre, y va a perderse en el lejano confín. Es el río... Ha dejado los senos ocultos de las montañas, y torna de nuevo a mostrarse, brindando sus riberas a las aves del cielo y sus aguas a los rayos sedientos del sol.

Nota. — Publicada en folleto en la Imprenta de la Unión Americana en noviembre de 1864.

154 años!



## MANUEL JOSE TOVAR

**L**OS POETAS que hoy tiene Bolivia forman dos categorías.

Pertenecen a la primera aquellos que hace mucho tiempo se han creado la reputación de tales, con razón o sin ella, conquistándose en el país el honroso título de literatos, y cuyos nombres, por haber desempeñado puestos distinguidos en la administración, en la magistratura y en la enseñanza, están rodeados de cierta aureola de prestigio y popularidad.

Componen la segunda todos esos jóvenes entusiastas que desde diez años a esta parte han estado dando a luz en los periódicos muchas composiciones poéticas, y aun publicando de ella colecciones especiales; pero cuyos conocimientos y corta carrera no les han hecho subir todavía hasta lo alto de la posición social de los otros. En cuanto a sus obras, estas dos generaciones de poetas tienen también sus rasgos y caracteres peculiares que hacen más notable aún la separación que entre ellas existe.

El plan de las composiciones de los unos es sencillo y bien concebido, y perceptible la lógica interior que regula sus ondas más acaloradas; hay abundancia de ideas, más elevación, profundidad en los pensamientos, giros atrevidos y otras posiciones elegantes; manifestando en lo general más arte, más estudio;

una imaginación más castigada. Si no temiésemos abusar de la palabra, diríamos que estos vates componen la escuela clásica de su país. Ostentan los otros en sus poesías imágenes caprichosas y variadas, y profusión de comparaciones, metáforas, apóstrofes y otras figuras y adornos poéticos; dejan escapar de vez en cuando esos acentos apasionados y enérgicos, hijos de un alma llena de ardimiento que aspira a lo grande y a lo bello, y hacen por lo común, aiarde de un sentimentalismo melancólico recordando sus dichas pasadas y sus tristezas presentes, meditando en las zozobras y amarguras de la vida, en las injusticias e inconsecuencias del mundo. En este sentido, y por contraposición, se les podría llamar los románticos de la poesía boliviana; debiendo agregar, en honra de estos bardos, que no pertenecen a la peor familia de las muchas que componen esta numerosísima casta. Aquellos, en su no corta carrera, han producido bastante para hacer ver de lo que su ingenio era capaz, y la crítica pueda ya apoderarse de sus obras, con el fin de analizarlas y apreciarlas en su justo valor, emitiendo al mismo tiempo, sin temor de rectificaciones posteriores, un juicio general y concluyente sobre los que las han escrito.

Creemos que éstos alcanzarán mejores y más espléndidos triunfos en el porvenir, ofreciendo por ahora sus metros, bajo el punto de vista filosófico, un alimento a la curiosidad de los amantes de las letras, los cuales se han complacido siempre en observar los primeros pasos del genio en cualquier clima, y en medir los progresos graduales de las literaturas nacientes. Y aquí también por qué la crítica ha de ser monos severa con esta falange de poetas; por qué ha de procurar estimularles y alentarles, ejerciendo más de una vez con ellos un magisterio hasta cierto punto doctrinal.

A la primera categoría pertenecen los señores José Ricardo Bustamante, Manuel José Cortés y Mariano Ramallo. Entre los que componen la segunda merecen citarse los jóvenes Benjamín Bianco, Daniel Caivo y Néstor Galindo. Don Manuel José Tovar se cuenta también en este último número, y de él vamos a ocuparnos.

Nació el 19 de noviembre de 1831 en el asiento minero llamado Ahueljigata de la provincia inquisivi del Departamento de

La Paz. No conoció al autor de sus días, y a la edad de ocho años perdió a su madre. Más tarde, cuando ya era hombre y poeta, pudo comprender todo el valor de esta pérdida, y en sus horas de tribulación invocó a su madre, cuya imagen, a la manera de esas dulces y vagas reminiscencias de la infancia, había estado impresa hasta entonces en su mente.

Ven mitiga mi angustia,  
Ven, calma mi amargura.  
Flor escogida y pura.  
Celeste aparición.  
Ven, que tu blanco aliento  
Mi frente refrigere  
Y a su influjo modere  
Su pena el corazón.

Un corazón marchito  
Y de ilusión ajeno.  
Se nutre del veneno  
Que vierte la orfandad;  
Y lánguido fallece  
En el pecho en que mora.  
Y se deshace y llora...

¡Ten compasión... piedad!  
Como del sacro incienso  
La blanquecina nube  
Al trono de Dios sube  
Te alejaste de mí;  
Y has dejado mi vida  
Expuesta a mil azares  
En los ignotos mares,  
Que abandonaste aquí:  
Desde la excelsa cumbre  
De venturosa moras  
En mis siniestras horas  
Tu acento quise oír;  
Y velados los ojos  
Con ilanto de amargura  
Tu célica hermosura  
Quiziera descubrir...  
Mas ¡ay! denso misterio  
Siempre de mí te oculta

Y mi desgracia insulta.  
Y agrava mi dolor;  
Y yo, constante siempre  
A tu recuerdo amado,  
Ansioso he consagrado  
Ofrendas de mi amor.

¡Ay! cuántas veces madre,  
Cual de perdida estrella  
Quise buscar tu huella  
Para mirar mi fin,  
Y cuántas he querido  
Morir... y con anhelo  
Buscarte en ese cielo,  
Errante serafín.  
En vano de tu tumba  
Sobre la losa helada  
Mi frente consternada  
Con humildad bajé;  
En vano te he llamado,  
Que nada me responde:  
¡Ay! ¿qué mundo te oculta?  
¡Ay! madre ¿te hallaré?  
De lejanas regiones  
En el éter perdidas  
Con ansias repetidas  
Te pretendo evocar.  
¡Ángel de los desiertos,  
De la paz blanca aurora,  
Mira el hijo que llora  
Sin poderte encontrar!  
Ven, mitiga su angustia,  
Ven, calma su amargura,  
Flor escogida y pura,  
Celeste aparición.  
Ven, que el alma se abate  
Sin ese blando aliento,  
Y de la paz sediento  
Sucumbe el corazón.

En su orfandad Tovar pasó a la tutela de sus abuelos maternos, en cuyo tiempo recibió su educación primaria en la ciudad de Oruro. Al principiar en ésta misma los estudios de Instrucción secundaria, su tío por parte de padre D. Mariano Li-

no Tovar le tomó bajo su protección, y cuando en joven hubo avanzado algunos cursos le mandó a la capital de la República a seguir allí su carrera. Poco después de su llegada a Sucre, en 1850, Tovar fue presentado y admitido en un círculo de jóvenes, entre quienes un pronunciado sentimiento religioso y las ideas ultramontanas que profesaban habían establecido esos vínculos estrechos, esa misma franqueza y cordialidad que nace siempre de la conformidad de afecto, doctrinas y creencias. En este recinto privado leyó sus primeros ensayos poéticos, que fueron recibidos con agrado, y algunos aplaudidos; lo cual, si no es esa verdad un gran triunfo, en aquella época sirvió por lo menos de noble estímulo al autor, quien desde entonces consagró a la poesía el tiempo que le permitían sus estudios jurídicos. En ese mismo año otros jóvenes, entre los cuales merecen citarse los muy aprovechados Menacho, Caballero, Justiniano y Marizalde, fundaron una sociedad con el fin de estudiar algunas ciencias de su elección. Esto despertó vivamente la emulación de los amigos de Tovar, que desde algún tiempo habían proyectado asociarse también para disertar sobre bellas letras y sobre puntos de las ciencias sagradas. Además, se atribulan a aquella, espíritu y miras antirreligiosas; decíase que sus miembros pertenecían a la escuela de los librepensadores y se proponían estudiar la Enciclopedia del siglo XVIII; y las palabras: "Si como perseveraron nuestros padres de la Independencia perseveramos, conforme ellos triunfaron triunfaremos", con que terminaba el discurso de inauguración que pronunció don Manuel María Caballero, fueron interpretadas en el sentido de tratar de establecer en la Capital una propaganda racionalista o panteísta para atraerse prosélitos entre la juventud. El celo católico de aquellos que no solamente no participaban de estas ideas sino que por el contrario las combatían en público y privado, no vaciló más tiempo en la realización de la idea proyectada; y en efecto, la Sociedad Católica-literaria fue instalada en breva con aparato y solemnidad, contándose desde esa día a Tovar en el número de sus más decididos y laboriosos miembros. En el seno de ella ha formado sus convicciones, creencias y costumbres, y allí su corazón principió a beber en las inagotables fuentes de ese misticismo delicioso y puro de la religión cristiana, que, como poeta, no ha sabido

desgraciadamente expresar con elocuencia. Al trazar estos apuntes literarios no será demás advertir que la Filética (tal es el nombre de la otra sociedad) no se ocupó, como se dijo, de las ciencias filosóficas ni sagradas, sino de aquellas que ofrecían una utilidad práctica por sus inmediatas aplicaciones a la Industria de Bolivia. En 1885 ya tenía formado con sus fondos un no mal surtido museo de historia natural y escrito un grueso volumen de disertaciones originales sobre la mineralogía del país.

Cuando la Sociedad Católico-literaria fundó el "Amigo de la Verdad", Tovar, que hacía algún tiempo desempeñaba en ella el decanato de la sección literatura y lenguas, fue asociado a la redacción, compuesta de los presbíteros Montero y Taborga, y de los jóvenes Álvarez, Baptista y Urdinnea. Entre otras muchas composiciones que publicó en dicho periódico, insertaremos aquí dos que revelan muy nobles sentimientos en el autor.

### EL MENDIGO

¡Ay!, niña, tú que entre risas  
Dejas deslizar tus días,  
Y descuidada matizas  
Las flores antojadizas  
De halagüeñas fantasías;  
Tú, cuyos sueños son oro  
Y tienes en tu presencia  
De delicias un tesoro  
Y de arcángeles un coro  
Para velar tu inocencia;  
Tú, que te aizas en la aurora  
Como la blanca azucena  
Que el rayo del sol colora  
Y el alba en su cáliz llora  
Gota fresca y de ámbar llena;  
Tú, que duermes blandamente  
Sobre delicadas plumas  
Y sin zozobra en tu mente  
Ves que tu cuerpo inocente  
Cubren blandas como espuma;  
Tú, esmaltada mariposa



Que vuelas de flor en flor,  
 Robando acá miel sabrosa  
 Allá fragancia preciosa.  
 Y en otra parte color;  
 Tú, niña que entre delicias,  
 Vestida de muselinas  
 Vives gozando caricias  
 Lejos de las inmundicias  
 Y de punzantes espinas...  
 Dí, ¿por qué al ver a un mendigo  
 La risa a tu labio viene?  
 Entre harapos, sin abrigo...  
 ¿Su cuerpo no es el testigo  
 Del sufrimiento que tiene?  
 ¡Ay! que él pasa largas horas  
 Velando de noche y día;  
 Fieras, amargas, roedoras  
 Son sus palabras sonoras  
 En medio de su agonía.  
 Tú no lo sabes, criatura,  
 Porque entre sedas y flores  
 Vives en blanda ventura  
 Sin curar de su amargura  
 Ni de sus hondos dolores.  
 Yo bien sé que hay en tu seno  
 Un tesoro de clemencia,  
 Que de compasión está lleno;  
 Pero del vulgo el veneno  
 Emponzoñó tu inocencia.  
 ¿Ves su escuálido semblante,  
 Pálida su tez, marchita,  
 Y su paso vacilante  
 Bajo el peso que incesante  
 Sobre sus hombros gravita?  
 Con voz lánguida y cansada  
 Por amor de Dios implora  
 Y su pupila gastada  
 Deja caer desmayada  
 Una gota abrasadora.  
 ¡Ay! si en su triste orfandad  
 Llegase a esperar abrigo,  
 Si le diese con piedad  
 El pan de la caridad  
 La mano de algún amigo...!

Mas es solo, sin consuelo,  
 Es su alimento la pena,  
 Es ya su costumbre el duelo,  
 Y su lecho el duro suelo  
 Do la suerte le condena...  
 ¿Y ríes, niña, a sus males?  
 Es cierto, tú no sabías  
 Cuánto son de criminales  
 Esas sonrisas brutales  
 Que en los otros advertías.  
 Por eso sin el desprecio  
 Que en el semblante se pinta  
 De ese torpe vulgo necio,  
 Da tu caridad por precio  
 Diste una risa distinta,  
 Sí, compadece al anciano  
 Y a la mujer desvalida,  
 Tiéndeles siempre tu mano,  
 Porque un poder sobrehumano  
 A hacer el bien nos convida.  
 Tal vez ¡ay! mientras gozamos  
 De los placeres del mundo,  
 La maldición arrastramos  
 De aquellos que abandonamos  
 De su mal en lo profundo.  
 ¡Ay! quizá de sus clamores  
 La voz sorda nos consume  
 Y nuestra vida de flores  
 Al fuego de los dolores  
 Se deshaga cual la espuma,  
 ¡Oh! es triste ver muriendo  
 A un mendigo desgraciado,  
 Y al mismo tiempo riendo  
 Ver, en abandono horrendo,  
 A un vulgo desenfrenado.

## LA VARSOVIANA

¿Qué inspiración de los cielos  
 Animó la fantasía  
 Al dar en esa armonía  
 Las quejas del corazón?  
 ¿Qué ángel vino a reclinarse

Contra tu seno un momento  
 Arrancando ese lamento  
 Que demanda compasión?  
 ¿Por qué en sensible abandono  
 Tú música languidece,  
 Y así preludiar parece  
 Un acento de dolor?  
 ¿Por qué conmueve tu ternura?  
 ¿Lloras tu propia amargura?  
 ¿Sientes algún torcedor...?  
 O es que al dar esa armonía,  
 Venciendo tu fantasía  
 Lleva tu dulce armonía  
 A esa Varsovia infeliz.  
 Y del Vístula en las playas  
 Piensas tal vez que una hermosa  
 Contigo su mal solloza  
 Pensándose así feliz!  
 O es que al dar esa armonía  
 Comprendiste los pesares  
 De los seres que, a millares  
 Sufren ansias y aflicción...?  
 ¡Ay! basta..., apaga el sonido,  
 Cae tu música, Aurora,  
 Que al oír la el alma llora,  
 Se estremece el corazón.

Estos ensayos de Tovar fueron muy bien recibidos, y a ello contribuyó poderosamente una circunstancia que mencionaremos de paso. El "Amigo de la Verdad", que en su principio publica algunos artículos importantes y de no escaso mérito literario, tuvo no sabemos si la debilidad o la extravagancia de dejar invadir su redacción por unos frailes; y estos piadosos varones, pero pésimos escritores, ensartaron en él una serie de artículos en que, con un estilo lleno de sandias jocosidades, de triviales refranes y de latines de sacristía, trataban cuestiones graves y asuntos muy elevados; acompañando de vez en cuando a esta prosa, como por vía de condimento, algunas coplas a la Virgen con estribillos y retruécanos, y varias traducciones y paráfrasis de los salmos de David en el mismo metro de las fábulas "El borrigo y la flauta" y "Las lagartijas" de D. Tomás de Irlarte.

Entonces aparecieron algunas poesías de Tovar y de otros, que escasas de invenciones y pobres de pensamientos, pero ostentando algo de las formas y manera de Espronceda y Zorrilla, produjeron un admirable efecto al lado de los franciscanos engendros.

Patriota por carácter, Tovar simpatizó con la popular revolución de 1848, que muy joven le tomó, y ha sido un enemigo constante y declarado del militar y usurpador gobierno de Belzu, contra quien se expresa muy duramente en un canto titulado "Mi patria", que el autor calificó de frenético, y nosotros ahora de malo, bajo muchos conceptos. Sin conseguir despertar en él contra Belzu ese noble odio en que ardemos contra Rosas al leer la Oda de Mármol, que lleva el nombre de este tirano, y provocando en ronca voz a una guerra fratricida, de desolación y exterminación, se podría decir en este caso de Tovar, aunque envuelve un contraste la comparación, lo que M. Viennet de Schiller:

De sa plume de fer le vitriole  
ruisse; S'il n'agit sur le cours,  
il agit sur les nerfs.

En 1853 publicó "La Creación", poema lírico descriptivo en que ha ostentado una fantasía rica y esplendorosa, descubierto muchas aptitudes para la descripción, y hecho oír la sonora entonación de que es susceptible su lira cuando obedece al entusiasmo poético y no al prurito de hacer ruido con el fin de pasar por fecundo. "La Creación" es una obra de largo aliento para el pueblo en que ha sido escrita, y es sin duda el título y credencial que como poeta tiene Tovar para ser digno del aprecio de sus compatriotas y de la consideración de los amantes de las bellas letras. Más adelante insertaremos algunas estrofas.

En esta época Tovar escribió algunas composiciones eróticas, género que no había tocado aún; pues tarde para los tiempos que alcanzamos sintió la misteriosa impresión del amor. Antes, las inefables aspiraciones de su alma hacia lo infinito, tenían su germen en la piedad religiosa diciendo entonces de la creación lo que más tarde pudo decir del amor:

Hay un encanto sublime  
 que halaga en la adversidad,  
 Y si triste el alma gime,  
 El suaves gotas exprime  
 De dulce felicidad.  
 Este tesoro divino  
 Que conserva el corazón  
 Para seguir del destino  
 El misterioso camino.  
 Es la bendita oración.

Insertaremos un trozo de un fragmento titulado "Su Nombre", con el cual podrá el lector formar su juicio acerca del mérito de Tovar en el género erótico.

¿Qué me importa, bien mío,  
 Que lejos de ti aliente,  
 Que en penoso desvío  
 De llanto me alimente?  
 ¿Qué me importa que viva  
 Sediento de sosiego  
 Y que la lava activa  
 Del amoroso fuego  
 Quiera abrasar mi sien?  
 ¿Qué vale la tortura  
 Del fiero sufrimiento  
 Que quiere la ventura  
 Convertir en tormento  
 Hallándome sin ti?  
 ¿No es cierto que cual nace  
 Para la mar la fuente  
 Que en perlas se deshace  
 En su clara corriente  
 Para amarte naci?  
 Tu nombre yo repito  
 En el silencio umbrío,  
 Y tu nombre medito  
 Del onduloso río  
 Las ondas al mirar.  
 Entonces me parece  
 Que renace la calma,  
 Mi sentimiento crece...  
 ¡Feliz, dichosa el alma  
 que le puede invocar!

Es el ángel que del cielo  
Se descuelga blandamente;  
Y en el aire transparente  
Se muestra con esplendor;  
Que desplegando las alas  
Anchas como el firmamento  
Descendió del alte asiento  
Por mitigar mi dolor;  
Es el eco que suspira  
En los cóncavos perdido  
Llevando en tenue sentido  
La voz de consolación;  
Que recorre presurose  
La alta montaña y el llano  
Venciendo del Océano  
La inmensurable extensión.  
Amarte fue mi delirio  
En las horas de mi vida,  
Amarte fue mi martirio,  
Fue mi estrella maldecida.

Tovar no sólo ha cantado el amor espiritual sino también el amor instintivo o sensual, respirando alguna de sus composiciones toda la voluptuosidad del Proporcio y Villegas.

Sólo sirve para la recitación, pues en la mayor parte de sus versos falta el acento rítmico de la tercera sílaba, necesario para que la composición sea musical e cantable.

Vuelve a mí tus lindos ojos,  
Vuélvelos a quien te adora,  
Oh! no me esquives, señora,  
Este encanto celestial.  
Son tus ojos para el alma  
El bien más grato que alcanza,  
La prenda de la esperanza,  
De consuelo un manantial  
Ven, acércate a mi seno  
Niña adorada y hermosa,  
Tu cabeza, ven reposa  
En mi ardiente corazón.  
Inclina, pafoma mía,  
Sobre mi seno tu cuello  
Y al estrecharte yo el sello



Pondré en él de mi pasión.  
 Para llevarla a mi labio  
 Extiende la blanca mano,  
 Que es mi encanto soberano  
 Besártela con ardor  
 Compláceme, vida mía,  
 Dame los amados brazos,  
 Que ellos han de ser los lazos  
 De nuestro inocente amor.  
 Ven, a tu seno yo el mío  
 Quiero estrechar palpitante  
 Y gozar de tu semblante  
 La dulzura sin igual.  
 Quiero beber en tus labios  
 El perfume de los cielos  
 Y embriagarme de consuelos  
 Con tu aliento virginal.  
 Me será grato, alma mía,  
 Pasar contigo la vida  
 De mil flores retejida  
 Sin temer la tempestad:  
 Y feliz siempre a tu lado,  
 Blanca flor de mis amores  
 Mis placeres, mis dolores  
 Ofrecer a tu beldad.

En 1855 Tovar tomó parte en la redacción de "El Porvenir", periódico político y literario del cual D. Mariano Baptista, que en aquella época era un celoso defensor de los derechos del pueblo, enemigo de los gobiernos dictatoriales y de las inicuas venganzas, tenía el cargo de redactor en jefe. "El Porvenir" ha sido sin duda en Bolivia el periódico mejor escrito en los últimos diez años. Sus redactores, aunque jóvenes y lanzados a terreno tan resbaladizo en circunstancias muy graves, supieron unir la audacia con la prudencia, el nervio y vigor del razonamiento con la templanza y moderación de las palabras, logrando así poner en apurados conflictos al gobierno de Belzu y despertar el espíritu público en todos los ámbitos de la República. No es a la verdad de estos noveles pero sensatos y atinados escritores, sino de ciertas cabezas calenturientas o periodistas románticos descabellados, de quienes la moral pública de Sucre decía algunos años después:

"Animándose la ignorancia con el reinado tranquilo y triunfante del atrevimiento, se ha lanzado también a la arena periodista, y hemos visto levantarse escritores de los talleres y de más abajo, para hacer de la política un pandemónium, de la administración un caos y de la discusión un infierno! Hemos visto niños con la leche en los labios, apenas salidos de las escuelas, proclamarse maestros de sus maestros, apóstoles de falsas y perjudiciales doctrinas para ellos santas y nuevas; y, despreciando con imprudente y torpe audacia las obras de sabios de una reputación europea, universal, proclamarse superiores a ellos, y focos de luz, salvadores de la humanidad".

Entre otras composiciones de Tovar que publicó "El Porvenir" citaremos una titulada "Las Ilusiones", que mereció entonces muchos elogios de parte de los amigos del autor. Nuestra exactitud e imparcialidad de biógrafos nos obliga a declarar acerca de ella nuestra opinión, alitiendo el que sea contraria a la de estos señores. La tal oda peca por su fondo y por su forma.

En cuanto a lo primero, muchos de sus pensamientos son falsos, y los que no lo son se prestan a erróneas interpretaciones a causa del enlace que con los falsos tienen, resultando de esta amalgama no poca confusión e incoherencia. El argumento es una especie de orgía de la imaginación en que el poeta aparenta dudar de todo, asienta que la vida es un engaño y al mismo tiempo que la realidad se parece a un lodazal, y nos da esta originalísima definición:

¿Y es qué la ciencia?  
 ¡La sátira mordaz de la demencia!  
 ¡Columna de que el tiempo se relrá!

para probarnos que el saber es una mentira y la razón una quimera: siguiéndose por añadidura algunos rasgos históricos sobre los patriarcas, el paso del Mar Rojo, la toma de Jericó y de Salem, los progresos de la tierra de Canaán bajo los israelitas, con algo sobre los profetas, las playas del Jordán, el Gólgota, María Santísima, las catacumbas, etc., etc., y toda esta letanía para sacar por consecuencia que todo es ilusión y que só-

lo la fe no es ilusión. También es víctima Tovar en esta vez del constante prurito que tiene de hablar de su persona, lo cual es por lo regular en quejumbrosos versos; y decimos víctima, porque siempre hace el poeta una tristísima figura cuando aparece en medio de estos agitados y deslumbradores cuadros.

Por lo que hace a la forma, se podrían señalar muchas expresiones impropias y otras traídas nada más que para llenar la medida y satisfacer a la rima, siendo de notar además el inoportuno y exagerado empleo de atrevidas figuras, algunas faltas de armonía y el mal gusto de la frase.

de ese viento  
De vana vanidad vamos volando,

que poco le falta para correr parejas con aquel verso de Ennio:

O Tite, tute, Tati, tibi tantoa, tyranne tulisti.

Las demás poesías sueltas de Tovar, que son muchas y algunas desmesuradamente largas, están plagadas de defectos, pudiendo a su lado pasar como modelos inimitables los muy mediocres ensayos de lord Byron en los colegios de Harrow y Cambridge. Ojalá permanezcan, como hasta aquí, inéditas. La mayor parte de las que están en versos de ocho sílabas, no son sino prosa rimada: les falta ese colorido y armonía, esa entonación sublime: *ea magna sonaturum* como dice el maestro, que necesitan las obras poéticas para agradar y conmover. Tovar no es entonces hijo de las musas, y puede decir con Horacio: "Yo no entro en el número de los poetas; no basta componer versos que consten; y si alguno los escribiera como yo, en un estilo semejante a la prosa no se vaya a creer que es poeta".

*Primun ego me illorum, quibus dederim esse poetas Excerptam numero; neque enim concludere versum Dixerit esse satis; neque ni quis scribat uti nos sermoni propria, putes hunc esse poetam.*

El asunto de *La Creación* es, como su nombre mismo lo indica, la creación del mundo por Dios, en lo cual el poeta se ha ajustado a la letra de los dos primeros capítulos del Génesis, y

al sentido que les dan los intérpretes y expositores católicos. Este grandioso acontecimiento, que el inspirado y sublime Milton cantó ya, aunque a la ligera, en el libro VII del *Paraíso perdido*, es narrado por Tovar con amplitud y fuego lírico, y con todo el brillo y esplendor que da una imaginación rica y ardorosa. El poema está dividido en diez cantos, y principia con una larga invocación, cuyas estrofas más notables son estas:

Nada sé, sino sólo que hay un cielo,  
Que en ese cielo hay Dios que todo ordena...  
Mas ¿cómo nací yo, cómo la amena  
Natura me prodiga su consueño...?  
A correr tal misterio no me atrevo,  
Mi mano temblorosa se detiene  
Y sólo a contemplarte el alma viene:  
Contigo entusiasmado yo me elevo.  
Y pretendo leer, para tu gloria,  
El libro sacrosanto de tu nombre,  
En viejos caracteres, para el hombre,  
Escrita la por siempre nueva historia.  
Escucharán los hombres mis canciones,  
Dulces serán mis voces y serenas,  
Si quitas de mi pecho las cadenas  
Y das a mi palabra bendiciones.  
¡Ojalá pueda yo, Señor, pueda mi labio  
Cantar con energía de este mundo  
El origen por siempre tan profundo  
Y siempre dubitado por el sabio.  
Mas, venga sobre mí tu excelsa lumbre  
Para dar a mi pecho la energía,  
Descienda sobre mí cual algún día  
Descendió del Oreb sobre la cumbre!  
¿Qué soy, qué puedo yo sin que me venga  
un rayo de esa lumbre benéfica?  
¡Ilumina mi mente, luz creadora,  
Y pueda tu grandeza contemplar!  
De la arena soy grano en el desierto,  
Soy la flor que germina en las honduras,  
La gota que se pierde en las alturas,  
O triste se confunde con la mar.  
He seguido constante el claro día,  
De la noche he bajado a lo profundo,  
Y en la luz o tinieblas de este mundo

Los ecos de tu nombre sólo oí.  
Al descolgar el sol desde la cumbre  
Su rubia cabellera, de tu frente  
La lista pensó ver, que refulgente  
Desde el cielo bajaba para mí.

Y por siempre tus obras suspendieron  
Mi mente de pesares abrumada,  
Cual roca de los mares azotada  
Mi vida sin zozobra contemplé;  
Y siempre con placer tendí la vista  
A tu bondad, Señor, a tu clemencia  
Y en horas de sosiego o de dolencia  
Mi esperanza tú fulste y mi fe.

Tiéndeme la mirada soberana,  
Y en mil chispas deshecha tu luz pura,  
Aclare la tiniebla densa, oscura  
Del abismo que quiero descubrir.  
Quiero bajar al seno de los mares  
Y mirar en su fondo tus criaturas,  
A las aves seguir en las alturas  
Y todos tus portentos bendecir.

Cantaré de la dicha los albores,  
El origen del hombre, su existencia,  
La gracia virginal de la inocencia,  
De los amores el primer amor.  
Empero, que tu aliento me dé aliento,  
Anima tu mirada mi alegría,  
Y al decir de este mundo la armonía  
Me preste tu grandeza su favor.

He aquí algunas estrofas del canto segundo:

### ETERNIDAD DE DIOS

Los tiempos a los tiempos se suceden:  
De la noche al silencio pavoroso  
Sucede el esplendor de un bello día;  
Y a la luz argentada de la luna,  
La plácida alegría  
Del sol que reverbera en los cristales  
Deshecho en luminosos manantiales,  
Al turbión que revuelve la montaña  
Con ímpetu terrible  
Reemplaza de las auras matutinas

El aliento que sopla mansamente,  
 Y va a halagar las hojas con blandura,  
 O beber en cáliz de las flores  
 Purísimos olores,  
 Para vertir aromas deleitosos  
 En el campo desierto, o la pradera  
 A la luz que en oriente reverbera  
 Y viene en pos del rayo que la luna  
 Descuelga melancólica, tranquila,  
 El lánguido destello  
 De solitaria estrella que fulgura  
 Al borde de los cielos suspendida,  
 Cuál náyade que vierte su amargura  
 A la orilla sentada de la fuente  
 Gozando de su plácida corriente.  
 Cuando surca la nave silenciosa  
 Los mares, como cisne que resbala,  
 Y grande se presenta, poderosa,  
 Entre el cielo y el agua, solamente  
 De voces de placer y de alegría  
 Impávida la gente,  
 Mas, pronto hierve el mar: su oscuro fondo  
 Los cielos desafía; se atropellan  
 Las ondas con las ondas a porfía;  
 Los cóncavos se llenan,  
 Y las lisas, lucientes superficies,  
 Son montes encrespados, pabellones  
 De muerte levantados por pendones...!  
 Y zozobra la nave... se levanta,  
 Su frente consternada toca al cielo,  
 Confúndanla las olas... reaparece...  
 Se pierde en los abismos... va a la roca,  
 De vientos y cascadas impelida;  
 Más, aún no bien la toca  
 Su fuerza la rechaza con violencia,  
 Y en mil partes deshecha sobrenada  
 Cuando la mar se muestra ya calmada,  
 Entonces de las costas bulliciosas  
 Confusa multitud de aves se agolpa,  
 Y busca presurosa  
 Cual hueste belicosa  
 Descanso a las fatigas y sosiego:  
 Unas las aguas quieren, otras buscan  
 La roca que en el centro se engalana;



Aquellas su plumaje sacudiendo  
Descansan en el mástil más alzado,  
De nueva navegante que ha llegado;  
Y todas deliradas claman  
Con picos amorosos su alegría,  
Del céfiro rizadas, sin cuidados  
De miedos y peligros ya pasados.

Al bien sucede el mal, al mal el bien;  
Al estio sucede la frescura,  
Y todo se encadena en la natura  
Con orden prodigioso para un fin.

Los árboles, desnudos de las hojas  
Que con verdor y pompa los mostraban,  
Los que frutos dorados convidaban,  
Secos, leñosos, sin color están...  
Y no prestan alfombras de esmeralda  
El césped gramíneo en este llano,  
Ni las malvas fragantes en la falda  
De aquel monte lejano:

Es seca palidez que bien retrata  
Inmensos cementerios apartados  
Con cruces, monumentos, sepulturas  
Por un rayo de luz iluminados;  
Y gritan a los hombres de la tierra  
Los horrores del hambre y de la guerra;  
Y a las pobres naciones.  
Sus locas y forzosas mutaciones.

El hombre que ayer fue no es el de hoy día:  
Pasaron Tebas, Menfis, Babilonia...  
Los viejos monumentos se arruinaron,  
Y en el desierto hundidas  
Memorias solamente nos quedaron.  
¿Qué se hicieron los grandes que algún día  
Daban su voz por ley, y era su nombre  
El espanto y terror de las naciones...?  
Los triunfadores bélicos pendones  
¿Qué se hicieron, oh cielos, dónde están?  
¡Oh! fue humo su existencia, fue un sueño  
Acaso exhalación devastadora,  
O breve meteoro fugitivo,  
Que brilla en el espacio... desaparece,  
Y luego el horizonte se presenta  
Más negro, más adusto, más terrible

Con la luz momentánea que se ausenta.  
 Al ver que el labrador lleva el arado.  
 Cantando las canciones de su infancia.  
 En el mismo lugar en que otro tiempo  
 Las voces del tribuno se escucharon.  
 Lágrimas de dolor derrama el alma.  
 Y mira con pesar, cuánta miseria.  
 Qué de llantos amargos, qué de sangre  
 Por un solo recuerdo el hombre diera  
 ¡Tan sólo por tener una memoria  
 Grabada por los siglos en la historia!  
 Y mira con dolor tantos deseos  
 Y tantas y tan vanas esperanzas.  
 Después de las intrigas y venganzas.  
 Después de la virtud y el sufrimiento.  
 Después de los esfuerzos y fatiga.  
 Y después de luchar con el tormento!  
 Una mano enemiga.  
 La mano de los tiempos temeraria,  
 Viene a segar las flores de ventura  
 Y secar con el polvo del olvido  
 La más tierna esperanza y más amada:  
 El tiempo ha concluido.  
 Y dice: "para el tiempo queda nada".  
 Se han visto suceder generaciones  
 Las unas a las otras sin reposo:  
 Las hojas, fecundar, ya carcomidas  
 El ramaje frondoso  
 Del árbol que sucede envanecido,  
 Al árbol que esas hojas arrojó.  
 Y al ver nacer, morir al mismo tiempo  
 En vano a la materia ETERNA han dicho.  
 Y con tenaz capricho  
 En vano en su delirio clama el hombre:  
 "Todo cambia de formas, todo muere!  
 "El tiempo sólo, el tiempo es inmortal". (1)  
 En vano, muy en vano, que en el cielo  
 Hay un ser que es eterno por esencia:  
 En él tuvo principio la existencia:  
 Y a él todo lo que es digno volverá.  
 Al hacer lo que quiso en un principio (2)

(1) Bermúdez de Castro. Ensayos poéticos.

(2) Salm. 48, vers. 6.

Al tiempo destinó su gran horario,  
 Momento por momento la carrera  
 Marcando de su vuelo funerario.  
 Levantando su dedo,  
 La mirada imperiosa y voz potente,  
 Al tiempo manda que las horas cuente.  
 Parado en los dinteles del abismo,  
 Señala en la extensión del infinito  
 Un círculo finito.

Y con voz retumbante como el trueno:  
 "Esta es, oh tiempo!, dice, tu medida.  
 Corre si puedes raudo más que el rayo  
 Y cedan ante ti generaciones;

Que nazcan las naciones  
 Y mueran tras las unas las siguientes;  
 Los hombres se levanten, se sumerjan;  
 Las cosas se trastornen y las gentes;  
 Y tú, al recorrer con ese vuelo  
 Tu poderoso imperio,  
 Un punto solamente habrás corrido,  
 Del que se ve en el cielo

Círculo prodigioso, que es tu esfera  
 Y mide sin cesar tu gran carrera.  
 Veloz como el querer, anda do quieras;  
 Que mil mundos que críe se anonaden;  
 Que más de mil esferas cual la tuya  
 Tan grandes, tan pesadas, tan penosas  
 Sucesivas discurren, y a su cabo  
 Consigan alcanzar... De la que miras  
 Eternidad de Dios que es increada,  
 Habrás vencido nada".

Así Dios, en su ser, dice a ese tiempo,  
 Y ufano entonces el tiempo se envanece;  
 El orgullo le crece.

Y una voz empuñado el petro regio,  
 Lo que fue otro tiempo monte erguido  
 En arenoso llano ha convertido.  
 Pentápolis, Pempeya y Herculano  
 A sus plantas bajaron la cabeza,  
 Y mísera pavesa,  
 Sepulta por el tiempo, solamente  
 Quedó de sus grandezas, de su gente.  
 Allá donde los hombres jactanciosos  
 De fuerza y de valor dieron señales

Luchando como fieras animales,  
 Discurre la corriente silenciosa,  
 A su margen brotando bellas flores  
 De gratos y suavísimos olores.

.....  
 De ese gran orologio suspendido  
 Al terminar el curso perezoso,  
 Otra vez seguirá el negro caos  
 El vacío espantoso  
 La nada para seres mundanales  
 El todo para aquellos eternals.  
 Vendrán las tempestades de un principio,  
 Y las que fueron antes bellas fuentes,  
 Las limpidas corrientes  
 Los llanos de hermosura y vida llenos  
 Y las playas alegres seductoras,  
 Al son de las tormentas y los truenos  
 Gemitán su terrible despedida;  
 Y al pulsar en la lira de los tiempos  
 La vibración postrera de agonía,  
 El último sonido, su suspiro...  
 El gran Jehová vestido de grandeza  
 Pisará de los mundos la pavesa.  
 En medio del confuso torbellino  
 Formado de elementos en trastorno,  
 En las densas tinieblas y el silencio  
 Que reine sepulcra! en el vacío  
 Con acento sombrío  
 Una voz clamará del infinito  
 "Jamás" por el espacio repitiendo,  
 Y los ecos "por siempre" devolviendo.  
 ETERNIDAD Y DIOS, una palabra  
 Son sólo sin diversas acepciones:  
 El fue desde el principio, será siempre, (1)  
 Cual es en este instante, noche o día,  
 Porque el Verbo sagrado ya existía  
 Antes que las edades se contasen,  
 Ni los astros sus cursos empezasen.  
 Antes que lo que existe ser tuviera,  
 Antes que apareciera  
 El sol en el oriente cristalino,  
 Ni el lucero brillante vespertino,

(1) San Juan.

El carro de Jehová era llevado  
 En alas de su ser omnipotente:  
 ¡Ese carro sagrado  
 Que seguirán por siempre los querubes  
 Sobre los copos blancos de las nubes!

El canto tercero lleva por título *Primer día*, y es la obra maestra de Tovar: en esta parte de su poema se ha mostrado muy digno de su asunto, lo que ciertamente constituye al poeta de mérito. Principia así:

Era, pues, de este mundo la excelencia  
 Que se muestra armoniosa,  
 No ser, en un principio, no existencia:  
 Oscura, densa niebla, sin confines,  
 Por doquier se extendía pavorosa;  
 Cual en mar que rebulle procelosa  
 Las sombras confundidas se chocaban,  
 Ora bocas profundas presentando,  
 Ora negras columnas levantando.  
 A la voz del Eterno suspendidas  
 Un momento quedaban en reposo;  
 Después como impelidas  
 De huracanes bravíos, formidables,  
 En niebla enmarañada se encrespaban  
 Y espantosos sonidos arrojaban,  
 Los gemidos mintiendo del infierno  
 O potente la voz del Sempiterno.  
 En distancias sin término medido  
 Fosfórica una luz aparecía:  
 Era el carro de fuego que lucía,  
 El carro sacrosanto del Señor.  
 Como cruza ligero  
 En noche encapotada y silenciosa,  
 El relámpago que hiende las alturas  
 De luces, revestido, las más puras,  
 Recorre los abismos el Creador.  
 Esparrama su frente en tomo suyo,  
 Quebrados menudísimos cristales  
 Que en el caos pululan  
 Como chispas perdidas, blanquecinas  
 Que lejos en sus cóncavos circulan.

Seguido de mil ángeles, su vuelo  
 Para el Señor, y llama a la materia: <sup>(1)</sup>  
 Los átomos se mueven bulliciosos  
 Agitados en fervido conjunto,  
 Y convocado al punto  
 El germen de los seres no existentes,  
 Repara que sumiso se presenta  
 A escuchar el mandato de su Dios.  
 Allí se mueve, del negro torbellino  
 En el fondo perdida, del rocío  
 La madre fecundante,  
 Lo que será montaña, claro río,  
 Lo que fuente, cascada u océano;  
 Del más alegre llano  
 El principio sin forma y aún sin nombre,  
 Y por más complemento la del hombre  
 Materia contenida en polvo vano.  
 Elementos sin forma ni colores  
 Rebulen por doquier esparramados,  
 Ya rodando pesados en sus moles,  
 Ya raudos, presagando muchos soles...  
 Cella tu voz, oh musa  
 Y contempla confusa  
 El momento primero de este mundo...

En el siguiente trozo hay algunos rasgos que pueden servir como ejemplos de ese sublime, grave y majestuoso que tan enérgicamente eleva y asombra el ánimo:

La creadora potencia se levanta  
 Y su voz, por mil ecos repetida,  
 El caos mismo espanta:  
 Pavorosos los cóncavos retiemblan  
 Con estrépito horrendo;  
 Y cual rubes pesadas se amontonan  
 A beber de los mares el tributo.  
 Así del hondo seno convocados  
 Se presentan, los gérmenes plegados,  
 El silencio se sigue,  
 Y sigue a lo confuso lo sereno,

(1) No una materia existente ya, sino que con su poder la evocó de la nada.



Y a la faz del abismo se presenta  
 La tierra como centro prodigioso.  
 El elemento acuoso  
 Circunda la nocturna nueva esfera  
 Que, desnudada de plantas y de flores,  
 Sin ánima viviente, sin fanales,  
 Cual niño despertaba a los pañales;  
 O cual de feto humano aun no nacido, (1)  
 Es confusa la mole, y sin aliento,  
 Así dormida, silenciosa y quieta,  
 De forma vacilante e ignorada  
 En medio de las aguas fue arrollada.  
 Al crear el Señor el cielo y tierra,  
 Al tiempo destinó su poderío,  
 Y con cadenas ciñó el infinito.  
 E hizo mesurable el gran vacío.  
 Con vastos, de topacio  
 Murallones soberbios e imponentes,  
 Lo que es por siempre eterno, lo que acaba,  
 Su poder apartó de entre los entes.

Es curioso notar la manera cómo está presentado en *El Paraíso Perdido* y en *La Creación* aquel sublime y tan conocido pasaje del Génesis: *Dixitque Deus: fiat lux. Et facta est lux.* "Y dijo Dios: Haya luz; y hubo luz". El poema Inglés dice literalmente así:

—"Que la luz sea".—

"De repente la luz etérea, primera de las cosas, quinta esencia pura, brotó del abismo, y una vez lanzada de su oriente natal, comenzó a vagar al través de la oscuridad aérea encerrada en una niebla esférica y radiante, pues el sol aun no existía".

He aquí integra la estrofa de *La Creación*:

La tierra se movía sobre un eje  
 Recién aparecida en negro bulto,  
 De agua, circundada, turbulenta  
 Que en su seno profundo la sustenta.  
 La faja más oscura

(1) Job

El abismo cubría totalmente,  
Y cual lampo lucente,  
De esplendor y grandeza revestido,  
DE DIOS EL GRANDE ESPIRITU  
ERA POR LAS AGUAS CONDUCIDO...  
Cuando súbitamente  
Con majestad sublime extiende el brazo  
Parando en el espacio su carrera,  
Y dice: "¡La luz sea!"  
Y la luz al momento reverbera.

A Milton, con sus brillantes palabras y sus poéticos adornos ha sido bello en este caso, a la manera de esos matizados y deliciosos campos de las cercanías de Londres, su país natal. Y conservando Tovar su venerable sencillez, su rápida concisión y su forma dramática al pasaje del Génesis, y realizando aun más el pensamiento con esa imagen tan gráfica como vigorosa de Dios deteniéndose súbitamente en su carrera, y alzando el brazo con majestad sublime antes de hablar, ha sabido producir en nuestra alma la misma impresión que el inmenso y nevado Illmanl, cuya estupenda cumbre se pierde en las nubes.

El contraste que hace el caos con la luz que se extiende rápidamente por todos los ámbitos de la extensión, es dealumbrador y animado:

Cual manto luminoso desplegado  
En negra oscuridad, así aparece  
Llenando un horizonte  
El fanal que en el cielo resplandece;  
Baña su claridad el infinito,  
En anchos pabellones extendida;  
Reflejo es de Jehová; cubre sus sienes,  
Es orla de su manto su hermosura  
Y la gala más rica de la altura,  
Formando mil columnas de oro, brilla  
Sobre el éter delgado, transparente;  
En círculos se lanza  
Y circunda la frente  
Del ángel de la paz y la esperanza:  
Es ella de los puros serafines  
El esplendor, el brillo, la hermosura,  
Y cíñe sus cabellos

En iris descompuesta, los más bellos  
 Y cuando el mundo lleno  
 De los seres creados se presente,  
 Será sobre los mares adormida  
 Sábana inmensurable de pureza  
 Que serena refleje su grandeza.  
 En los limpios espejos de los ríos  
 Hará su reverbero diamantino;  
 El sol y las estrellas, sus fulgores  
 Beberán en su seno purpurino.

¡Eres hermosa, oh luz, yo te saludo  
 Y gozo de dulzura al contemplarte!  
 ¡Designio fue grandioso el presentarte  
 Antes que a todo ser!  
 Contigo el universo iluminado  
 De Dios el ancho templo será un día,  
 Tú darás la alegría

Y verterás la dicha por doquier.  
 Giran en derredor, regocijados  
 Los ángeles, en círculos de fuego,  
 Coronas a los aires esparciendo  
 De nácar, de alabastro y de rubí.  
 En torno del Señor, sobre sus alas  
 Tendidos libremente sus cabellos,  
 Vertiendo miles nítidos colores,  
 Entonan todos ellos  
 Los cantos de los célicos amores;  
 Y suspensos se paran y se inclinan  
 De sagrado respeto conmovidos.  
 Si del Señor la voz rasga el espacio  
 De Jehová la grandeza y la alabanza  
 Entonan con acentos de esperanza.

La luz ha sido ya; su clara aurora  
 Fulgura sin tener una importuna  
 Neblina que hasta el éter se levante  
 A volar sus mil rayos de diamante;  
 La luz ha sido ya... y el Señor dice:  
 "Sepárense las nieblas, de la lumbre  
 A términos distantes no medidos,  
 A ser eternamente  
 Con todo el medio mundo divididos".  
 Así se verifica, y en el punto  
 A la luz llama DÍA.  
 Y da el nombre de NOCHE a la gerrada.

.....

Espesa, densa niebla separada.  
 Allí fue... en aquello...  
 En los menudos átomos brillantes  
 Do se viera primero  
 Circular centellantes  
 Los fuegos de una luz consoladora;  
 Más fresca, más rosada que la aurora  
 Que hoy refleja sus rayos en la fuente;  
 Más pura, más luciente  
 Que las blancas, divinas alboradas  
 Que en los meses floridos se levantan.  
 Cuando las aves cantan  
 Sus inocentes trinos, despertadas.  
 Allí fue... en aquello...  
 En la primera noche do se viera  
 Solemne lobreguez, triste destello  
 De las profundas noches do la vida...  
 ¡De aquel silencio santo  
 Que a suspirar al corazón convida!  
 Sublime fue y grave e imponente,  
 Más grave que la noche en los desiertos,  
 Más que aquella que vemos tristemente  
 Cobijar las moradas de los muertos;  
 Sublime, sí, sublime cual aquella  
 Que negra, melancólica suceda.  
 Cuando ni quede huella  
 De los siglos que han sido o han pasado  
 Y queda nuestro mundo desolado.  
 ¡Oh! Dios, una sonrisa  
 Tu primer pensamiento nos brindaba;  
 Mas, pronto ella acaba,  
 Y tras sus mil encantos se divisa  
 Adueto tu semblante; con tristeza,  
 Moribunda, dormida la belleza...!  
 Y siempre el corazón verá lloroso  
 El triste suspirar, la noche, el llanto...  
 Y siempre el corazón verá lloroso  
 Suceder a sus goces el quebranto?  
 ¿Es que siempre la lluvia, si desciende  
 Sobre el tierno pimpollo con blandura,  
 Ha de mostrar el rayo que se enciende  
 En la región nublada de la altura?  
 ¿Es que la flor, si nace sonrosada

Y haciendo de sus pétalos alarde,  
 Vivirá nada más que una alborada  
 Y rodará deshecha por la tarde?  
 ¿Es que siempre a la calma de los mares  
 Ha de seguir la tempestad tremenda;  
 A la quietud del corazón, pesares,  
 Y a la virtud, una pasión sin rienda?  
 ¡Miserables moriajes! a la aurora

.....  
 De un bello sol que lanza sus reflejos  
 Habían de preferir la matadora  
 Oscura lóbreguez, en su conciencia...  
 ¡Cuán dulce la inocencia  
 Apareció, luciendo, en su mañanál  
 ¡Cuán sensible, cuán pura, cuán lozana  
 Se mostró derramando fresca esencia!  
 ¡Y a la tarde, las sombras del pecado  
 Eclipsaron el brillo de su frente,  
 Anublando la rica, la esplendente!  
 Corona que su Dios había formado!  
 De gracias el dechado  
 Manchó su ser excelso,  
 Y en medio del pesar y la tristura  
 Contempló la natura  
 Sin la dulce sonrisa de alegría,  
 Mirando suceder a sus contentos  
 Y a sus goces perdidos, la agonía.  
 Lloremos ¡ay! lloremos,  
 Que fue llorar nuestro fatal destino:  
 El corazón que gima,  
 Y en cantos melancólicos sus maies  
 A todas horas con dolor exprima...  
 Empero tú, Señor, que a la tristura  
 De las noches uniste ya el reposo,  
 Dad la bendita calma  
 Del sueño bienhechor, si sufre el alma.

"Tal vez los mejores momentos de la vida han podido darme fuerza en este mi primer trabajo; pero también, a la manera que algunas gotas de agua no siempre se desprenden de un cielo nebuloso, sino que se presentan sin que se vea su origen; así, en medio de mis transportes, el dolor no ha dejado de llorar una lágrima...

"¿De dónde ha sido?

"Cuando se ha presentado la gota en la atmósfera serena, es que el viento la ha traído de alguna nube que ya pasó o que está próxima.

"Cuando una lágrima se vierte en medio de los placeres, es que sin duda ha sido impelida del viento de los recuerdos o de la previsión.

"Perdone Ud., amiga mía, si alguna vez he dejado escapar-se un suspiro de las propias desgracias, cuando debiera hacer oír tan sólo las alegrías universales. Pero ya ve Ud., nunca la violeta de los sepulcros deja de hacer armonía en la corona de los desposados, ni el tenue lamento de una flauta quita su animación a una orquesta de júbilo".

Así se expresa Tovar en una dedicatoria que se lee en la primera página de su obra, refiriéndose a ciertas estrofas que, como algunas de las anteriores, se hallan impregnadas de ideas tristes y de sentimientos melancólicos.

Si no fuera más que esto, estaríamos en un todo conformes con él; porque no somos tan rigurosos que creamos que esos rápidos desvíos perjudiquen, cuando con parsimonia y tino se introducen, a la unidad de sentimientos que debe dominar en un poema de la naturaleza de *La Creación*; y los juzgamos, muy al contrario, indispensables a la armonía y variedad del conjunto. Interesantes en el sentido de que en esas digresiones se nos habla de nuestros afectos y pasiones, de nuestros deberes y de nuestra suerte. Pero es el caso que en el poema citado algunas de ellas son muy semejantes, y también idénticas, como sucede con la terrible memoria que del juicio final se hace al terminar los cantos segundo y cuarto, además de otras alusiones que acerca de este mismo suceso se encuentran en otras partes del poema. Este abuso es el que todos no podrán menos que censurar.

La narración de los amores de Adán y Eva no carece de naturalidad y sencillez, y ha debido ser naturalmente rápida y poco interesante. Aquel amor.

De los amores el primer amor.



tiene algo de fraternal y religioso, y en él no han tenido lugar esas fruiciones delirantes, esas zozobras violentas, esos dulces sacrificios, esos amargos y venturosos contrastes, esas cauficadoras preferencias, esos misterios y esa incesante actividad que, sólo cuando dos seres se aman en medio del tumulto de los hombres, hacen de este afecto una pasión, de esta pasión la unidad palpitante de las demás pasiones, y el manantial más frecuentado pero jamás agotado de inspirada y deleitosa poesía.

El lector acabará de formar su juicio leyendo un fragmento más de *La Creación*:

### SUEÑO DE ADAN

Y vedle blandamente  
Dormido de las yerbas en la alfombra;  
Susurra muy cercana la corriente,  
Y un árbol muy frondoso le hace sombra.  
Late su corazón, sus blancas sienes  
De rojo se coloran, y la brisa  
Arranca, fugitiva, de su labio  
Angélica sonrisa.  
A momentos sus miembros se estramecen  
Por un divino influjo conmovidos,  
Y se alente que crecen  
En su pecho ferviente los latidos.  
La mano entonces lleva, y en su seno  
La posa maquinal, sin energía;  
Pero pronto se torna ya sereno  
Y en su frente reluce la alegría;  
Esa alegría santa  
Que en sus cerrados párpados se cuele,  
Que tal vez a los ángeles revela,  
Lo que entonces le encanta...  
Y luego en su faz consoladora,  
En los tintes subidos,  
Se pinta la ansiedad que le devora,  
Y vierte con fatiga sus gemidos...  
¿Véisle? De su ancho pecho  
En el campo nevado, descubierta  
Una herida hay profunda,  
Que el fresco y muelle lecho

De roja sangre inunda.  
 ¡La mano del Señor la ha desgarrado,  
 Y un hueso de sus huesos le ha arrancado!  
 ¿Es ese su dolor, por eso gime?  
 ¿Por eso convulsivo  
 Su corazón altivo  
 Se ensancha con calor y se comprime...?  
 Mirad cual se levanta con firmeza,  
 Aun no bien sacudido del beleño,  
 Con que el Señor, su dueño,  
 Un momento turbara su cabeza:  
 Y antes de reparar en do se encuentra,  
 Se busca con afán aquella herida...  
 Pero ¡cuál es su espanto cuando advierte  
 En su lugar viviente carne henchida!  
 Busca entonces ansioso  
 La parte de su seno, presuroso,  
 Y al vagar su mirada con anhelo,  
 Dos pasos retrocede... luego pára  
 Sus ojos espantados, y los fija  
 En el ser que repara...  
 ¡Es la mujer! ¡Qué bella, qué hechicera!  
 El ángel de sus sueños, su consuelo,  
 La luz de su esperanza sobre el suelo,  
 Su dulce, su adorable compañera... ¡  
 Admirando sus formas y belleza,  
 La mira con pasión, busca sus ojos,  
 En ellos se contempla, se embelesa  
 Y corre presuroso a su presencia  
 A ligar con la aya su existencia,  
 Pues era más hermosa que las flores  
 Al rasgar en el alba su capullo,  
 Y su voz, blando arrullo,  
 Más dulce que del ave los clamores.  
 En sus esbeltas formas sin adornos,  
 Brilla el candor, la gracia, la soltura;  
 De sus miembros los nítidos contornos  
 Fúlgido espajo muestran de natura.  
 En su nevada frente rasplandecen,  
 Al rayo matinal que la colora,  
 De púdicos afectos, una estrella,  
 Y de luz virginal la clara aurora:  
 Sus negros ojos giran  
 Y santo amor inspiran.

¡Oh! qué dulce sonrisa  
 Del labio nacarado se desprende...  
 Cuando en su pecho enciende  
 De su primer amor, la blanda brisa.  
 Una celeste llama  
 Que en su virgineo pecho se derrama!  
 Muy bella, sí, muy bella, muy amada  
 Adán la contempló con ufanía.  
 Pues ella de su esencia compartía,  
 Pues ella de su carne fue tomada:  
 Por eso al estrecharla reverente,  
 Entre sus brazos, por la vez primera,  
 Contra su seno hirviente,  
 La dijo con pasión: "¡Mi compañera,  
 De mi hueso el hueso,  
 La carne de mi carne, mi embeleso!"  
 Con plácida sonrisa  
 El Dios omnipotente les miraba,  
 Y les dijo después, paterno, afable:  
 "Sois dos en uno solo:  
 Disfrutad de la dicha que inefable,  
 Os deparé de eterno sobre el mundo,  
 Desde los altos montes al profundo;  
 CRECED, MULTIPLICAOS  
 Y SOJUZGAD LA TIERRA:  
 Soñoros de este mundo contemplaos  
 Y de todo viviente que él encierra  
 Viviréis siempre unidos  
 En santa paz, en envidiable calma,  
 Pues dos con sólo un alma  
 En insoluble lazo sois reunidos:  
 Por eso cuando llenen  
 Vuestros hijos los ámbitos del suelo,  
 Seguirán a su esposa, abandonando  
 Cuanto de amable tienen:  
 Pues dejar ha de el hombre,  
 Sin vacilar, al padre,  
 Y también a la madre,  
 (Que con afán y con cuidado tanto  
 Meciérase su cuna con encanto),  
 Para unirse después eternamente  
 A la mujer, consuelo del viviente".  
 Dicho, los dos con júbilo se miran  
 Y sin rubor sus ojos se fijaron,

Y mientras uno y otro así se admiran  
 Ninguno de los dos se avergonzaron:  
 La fúlgida aureola  
 De angelical pureza  
 Circunda la cabeza  
 Y su frente arrebola:  
 Con indecible afecto se arrebatan,  
 Y en sus desahogos dulces e inocentes  
 Del ángel los amores se retratan:  
 De sus risueños labios exhalada,  
 Cantiga melodiosa de alabanza,  
 De amor llena, y dulzura y de inocencia,  
 Sube entonces al cielo, entusiasmada,  
 Bendiciendo la santa Providencia;  
 Y mientras apacibles sus cantares  
 El viento rompen, que las hojas mueve:  
 Las aguas de los mares  
 Y todo el universo se conmueve:  
 Todo publica el nombre  
 Del Santo de Israel, que en las alturas  
 Asienta ya su trono soberano,  
 Formadas de este mundo las criaturas,  
 Y los seres celestes, armoniosas  
 Las cítaras de oro  
 Hacen vibrar sonoras en el viento,  
 Para cantar en coro  
 Con melodioso acento:  
 ¡GLORIA AL DIOS DE LOS CIELOS! ¡GLORIA AL  
 [NOMBRE  
 DEL SANTO DE LOS SANTOS! ¡GLORIA SEA!  
 ¡BENDITA LA POTENCIA  
 QUE EN CREAR MIL PORTENTOS SE RECREA!

Sentimos que los límites de este artículo no nos permitan insertar el valiente apóstrofe al sol del canto cuarto, y varios rasgos descriptivos llenos de animación y armonía; así como también hacer algunas reflexiones a que se prestan varias partes del poema.

Bástenos ahora observar que el asunto de La Creación, así y todo como es, para satisfacer al refinado gusto moderno exigía en el autor una instrucción y fuerza de ingenio capaces de hacerle abrazar un cuadro más vasto y grandioso, en el que se hiciese una síntesis rápida y brillante de las leyes providenciales del mundo físico y las que rigen los destinos del hom-

bre, de las naciones y de la humanidad; un cuadro que pudiese elevar el espíritu, conmover el corazón y cautivar la fantasía bajo la mágica influencia de lo maravilloso celestial, y de esas sublimes imágenes que nos permiten contemplar desde aquí abajo lo que arriba pasa y mostrarnos algunos eslabones de esa misteriosa cadena que liga a este mundo transitorio con aquel mundo eterno, tal como esa imagen que nos presenta el cantor de los natchez cuando nos habla del inmortal eje de oro a cuyo rededor giran todos los universos creados, sostenido por tres ángeles que impiden la entrada del tiempo en el cielo, y más abajo de los cuales están otros tres, el ángel de lo que fue, el ángel de lo que es, y el ángel de lo que será, que cantan la ciencia de lo pasado, de lo presente, y del porvenir: sublime y armonioso concierto que algunos sabios de la tierra han alcanzado a percibir cuando han puesto el oído sobre una tumba en las noches oscuras y silenciosas; un cuadro, en fin, que hubiese hecho decir a Tovar de su Creación lo que el divino Dante de su Divina Comedia:

..... poema sacro  
Al quale ha posto mano Cielo e Terra.

Las circunstancias no han favorecido al poeta Tovar. Nació en un mineral frío y árido; creció entre las tristes ruinas y bajo el sol muerto de Oruro, y ha vivido hasta hace poco en Sucre, pueblo en donde las ideas, las pasiones y los afectos son templados como su clima. El, que no demuestra ser el poeta de las ideas ni el del sentimiento, sino el poeta de la fantasía, no debe contentarse con divisar las altas cimas del Illimani, Sorata, Chorolque, Potosí y Tunari: necesita contemplar otros cuadros de la naturaleza más espléndidos y variados que enriquezcan su imaginación y den a su pincel ese tinte vigoroso y exacto de que no sin frecuencia carece: visite esas privilegiadas regiones del oriente de Bolivia que llenaron a Cortés de sublime y ardiente inspiración, y donde se ostenta la verdadera poesía, la poesía de la naturaleza, de la cual la de los libros no es sino una imitación o un reflejo:

Hermosa poesía,  
No es la del hombre, sin colores, fría,

Sucesiva, sin luz, sin movimiento;  
Sino viva, brillante, simultánea,  
Divina poesía,  
Creación do se muestra  
Del Poeta inmortal la fantasía.

La laboriosidad de Tovar hace esperar que la abogacía y el matrimonio que ha abrazado últimamente, no le impidan en adelante su trato con las musas, a lo menos en cuanto a cumplir la promesa que tiene hecha de publicar otro poema.

NOTA. — Publicado en Revista del Pacífico, Vol. I. Valparaíso, 1858.



## MARIA JOSEFA MUJIA

**E**N LA CAPITAL DE BOLIVIA y en el seno de una familia distinguida existe solitaria y retirada una mujer, joven todavía y bella, cuyo talento y desgracia han llamado desde pocos años a esta parte la atención en aquella ciudad. Los periódicos de Sucre han publicado varias composiciones poéticas de esta joven, y la angustia y melancolía que respiran, han conmovido profundamente a todas las almas sensibles.

Nosotros vamos a dar a conocer algunos antecedentes sobre la poetisa boliviana, reproduciendo al mismo tiempo varias de dichas composiciones.

La historia de la señorita María Josefa Mujia, es corta y sencilla. Dotada de clara y precoz inteligencia, hizo en su infancia sorprendentes progresos en su educación y en el estudio de varios Idiomas. Cuando se hubo retirado del colegio y principiaba a dedicarse con entusiasmo a la lectura y al estudio de las bellas artes, la muerte de su padre produjo en su alma el más profundo dolor causándole ese continuado llanto la pérdida absoluta de la vista a la edad de 14 años. Desde entonces principiaba para la joven una vida de lento martirio y de triste soledad, en que su existencia se consume poco a poco, agitada de vez en cuando por las desesperadas ansias de ver. La familia, que ha tratado en lo posible de dulcificar a la pobre

ciega sus infortunios, le ha facilitado los medios de continuar entretenimientos literarios, y su hermano Augusto, que llegó a ser objeto del más tierno cariño de la joven, era el lector unas veces y el escribiente otras en estos trabajos.

Así vivía la señorita Mujía, desconocida y olvidada, cuando un incidente vino a revelar al público su existencia y las penas de su corazón, y a que, almas generosas e inspiradas, le dirigiesen acentos de simpatía y consuelo. Augusto había hecho formal promesa a su hermana de no comunicar a nadie nada relativo a su secretaria literaria y es preciso agregar que, constantemente, había cumplido su promesa. Pero cierta vez, conmovido y entusiasmado con una composición titulada "La Ciega", la enseñó a un amigo, y éste consiguió retenerla algunos momentos para mostrarla a otro. El resultado de todo fue que al día siguiente "El Eco de la Opinión" aparecía insertándola en sus columnas, no sin sorpresa y disgusto de la familia Mujía. Héla aquí:

### LA CIEGA

Todo es noche, noche oscura,  
Ya no veo la hermosura  
De la luna refulgente,  
Del astro resplandeciente  
Sólo siento su calor.  
No hay nube que el cielo dora,  
Ya no hay alba, no hay aurora  
De blanco y rojo color.

Ya no es bello el firmamento,  
Ya no tienen lucimiento  
Las estrellas en el cielo;  
Todo cubre un negro velo,  
Ni el día tiene esplendor,  
No hay matices, no hay colores,  
Ya no hay plantas, ya no hay flores,  
Ni el campo tiene verdor.

Ya no gozo la belleza,  
Que ofrece la naturaleza,

La que al mundo adorna y viste;  
 Todo es neche, noche triste  
 De confusión y pavor.  
 Doquier miro, doquier piso  
 Nada encuentro y no diviso  
 Más que lobreguez y horror.

Pobre ciega desgraciada,  
 Flor en su abril marchitada,  
 ¿Qué soy yo sobre la tierra?  
 Arca de tristeza encierra  
 Su más tremendo amargor:  
 Y mi corazón enjuto,  
 Cubierto de negro luto,  
 Es el trono del dolor.

En mitad de su carrera  
 Y cuando más luciente era  
 De mi vida el astro hermoso,  
 En eclipse tenebroso  
 Por siempre se oscureció.  
 De mi juventud lozana  
 La primavera temprana  
 En invierno se trocó.

Mil placeres halagüefes,  
 Bellos días y risueños  
 El porvenir me pintaba  
 Y seductor se mostraba,  
 Por un prisma encantador.  
 Las ilusiones volaron  
 Y en mi alma sólo quedaron,  
 La amargura y el dolor.

Cual cautivo desgraciado  
 Que se mira condenado  
 En su juventud florida  
 A pasar toda su vida  
 En una herrenda prisión:  
 Tal me veo, de igual suerte,  
 Sólo espero que la muerte  
 De mí tendrá compasión.

Agotada mi esperanza  
 Ya ningún remedio alcanza,  
 Ni una sombra de delicia  
 A mi existencia acaricia;  
 Mis goces son el sufrir:  
 Y en medio de esta desdicha  
 Sólo me queda una dicha.  
 Y es la dicha de morir.

Estos versos, leídos y releídos en todos los círculos de la capital, produjeron más efecto que el que podría esperarse. Muy pocos conocían personalmente a la ciega y los que ignoraban su existencia, ya la habían puesto en olvido. Otros habían visto alguna vez entrar al templo de Santa Teresa, con paso corto e inseguro, a una joven que se apoyaba en el brazo de un joven, y asistir ambos a los oficios divinos. La generalidad se apresuraba a preguntar quién era este cisne misterioso que desde su lóbrego nido daba al aire tan sentido acento. Y todos la compadecieron.

Pocos días después aparecieron en el "Eco de la Opinión" estos versos de Don Manuel José Cortés:

A la señorita María Josefa Mujía, autora de "La Ciega".

Privó a tus ojos de la lumbré hermosa  
 Del luminar del día, airado el Cielo:  
 De noche larga, triste y tenebrosa  
 Extendióse en tu vida el denso velo.

Pero dentro de ti, claro, sereno  
 El sol del genio brilla refulgente:  
 Su luz alumbró de portentos lleno  
 Un nuevo mundo que creó tu mente.

Marchitas a esa luz vemos las flores  
 Que tu vida adornaron algún día:  
 A esa luz contemplamos tus dolores,  
 Tu pena solitaria y tu agonía.

¡Ay! no lamentes, no, tu dura suerte:  
 Homero en lobreguez vivió sumido;  
 En negra oscuridad hirió la muerte  
 Al vate que el Edén lloró perdido.

¡Qué vieras ¡ay! en este triste mundo  
Más que rostros ajados de quebranto,  
Disgustos, soledad, dolor profundo,  
O al mentido placer según el llanto.

Cubriendo de crespón la hermosa frente  
Las hijas de Jesús huellan el suelo;  
¡Tú más feliz...! El ser Omnipotente  
Puso entre ti y el mundo opaco velo.

La ciega tuvo que vencer su natural modestia y dio a estos versos la siguiente contestación en un periódico:

Al señor Manuel José Cortés:

Privó a mis ojos de la luz del día  
Por horrible decreto alado el cielo;  
Y sumió el alma en triste desconsuelo  
Quitándole el placer y la alegría.

Y sólo mi corazón me ha dado en pago  
Tierno, sensible, de pesares lleno,  
Y ha derramado pródigo en mi seno  
Amargas penas y dolor aciago.

Los días de mi bella primavera  
Cubrió de espinas y de secas flores,  
Y una existencia envuelta en mil dolores  
Es el don que del cielo recibiera.

Cual planta solitaria en seca arena,  
Lánguida, sin vigor, sin lozanía,  
Pasó la vida en cruel, lenta agonía.  
Sintiendo del vivir la dura pena.

Cual rosa que en pedazos convertida  
Es por la furia del granizo crudo;  
Cual débil caña que al chocar sañudo  
Del terrible huracán es abatida:

El destino fatal así ha tronchado  
De mi esperanza el árbol y ventura,  
Y con ceño implacable y mano dura  
Las flores de mi edad ha destrozado.

Por fin, la suerte Impía me condena  
Vivir luchando así, con desventuras.  
Y mi vida es un sueño de amarguras  
Que el alma tiene de congojas llena.

En medio de mis tormentos  
Escucho tiernos acentos  
Que han calmado mi aflicción.  
¿Son los ecos de una lira!  
Se ensancha, late y suspira  
Mi oprimido corazón.

¿Será un vate de Helicon?  
Es un amigo que entona  
Una sublime canción.  
Con su grata melodía  
Ha sentido la alegría  
Mi oprimido corazón.

He hechizado mis sentidos  
Y hecho cesar mis gemidos  
Su armonioso y dulce son.  
Ha calmado mi amargura,  
Es un remedio que cura  
mi abatido corazón.

A semejanza del señor Cortés, otros vates dirigieron sus versos a la ciega poetisa, y entre éstos vamos a copiar unos que publicó anónimos D. Manuel José Továr, como asimismo la respuesta que recibieron.

A la Srta. María Josefa Mujía

¿Por qué tus ojos velados dejó  
Implacable el destino,  
Y sin compasión previno  
Sufrieras tanto dolor?  
¿Por qué al lucir de tu aurora  
Los primeros resplandores,  
Se marchitaron tus flores  
Y se perdió tu color?

¿Por qué, si ángel a este suelo  
Bajaste de las alturas,



Destilas las amarguras  
De un transido corazón;  
Y dejas pasar cual viento,  
Destructor de los desiertos  
Los armoniosos conciertos  
De la tierna inspiración?

He sentido tus pesares  
A la voz de tu amargura,  
Y ha fingido tu hermosura  
Cual del ángel divinal  
Tu tez debe ser rosada,  
Debe ser blanco tu aliento  
Cuando das tu sentimiento  
Con esa voz inmortal.

Tú sin duda desde el cielo  
Bajaste como una estrella,  
La más escogida y bella,  
Un mundo para alumbrar.  
Puso Dios una corona  
De perlas sobre tu frente,  
Y te ofreció tiernamente  
Un plectro para cantar.

Canta, paloma escondida,  
No llores, no, la amargura,  
Que si no ves la hermosura  
Ni puedes un mundo ver,  
Mil mundos resplandecientes  
Te ofrece la fantasía:  
En él tienes claro un día  
Y miras un sol nacer.

Tienes un ancho horizonte  
Para ti sola extendido,  
De noche un mar encendido,  
Astros que el hombre no ve;  
Praderas inmensurables  
Que tu vista interna halagan,  
Perfumes que te embriagan  
De las montañas al pie.

Canta, que de tus pesares  
El ronco son, es el viento

Que desborda turbulento  
Tronchando yerbas y flor;  
Y es rayo que se descuelga  
Desde la nublada esfera,  
El fuego que reverbera  
En tu angustiado interior.

Cuando lloras, es tu llanto  
Del cielo lluvia serena.  
Tu pecho pradera amena.  
Tu corazón matutinal;  
Y si alguna vez te mece  
Una esperanza divina.  
Es la estrella matutina  
Que brilla sobre tu mal.

Canta, paloma del valle.  
Esa inspiración divina.  
Canta, que tu voz inclina  
El dolor a desecar;  
Que Dios puso una corona  
De perlas sobre tu frente.  
Y te ofreció tiernamente  
Un plectro para cantar.

#### Respuesta a la poesía anónima.

¿Quién eres; cantor sublime  
Cuya dulce melodía  
Ha hechizado el alma mía  
En indecible placer?  
¿Qué ruiñeñor misterioso  
Con voz de armonía llena  
A mi solitaria pena  
Ha sabido responder?

Escuchaste mis gemidos  
Que a tu oído llevó el viento.  
Y mi dolorido acento  
Te ha enternecido tal vez;  
Y alta en tu mente inflamada  
Cual ángel me pintas pura,  
Y has fingido mi hermosura  
En mi aliento y en mi tez.

Mas, mira mi triste imagen  
 En una cándida rosa,  
 Que aun lozana destroza  
 El huracán bramador.  
 Son puros, sí, mis suspiros  
 Y puro y blando mi aliento,  
 Porque mi pecho está exento  
 Del dardo impuro del amor.

No soy expatriado arcángel  
 Sino una débil criatura.  
 No soy expatriado arcángel  
 Condenada a la amargura,  
 Cuyo destino es sufrir.  
 Canto y lloro mis pesares  
 Al son de mi triste lira,  
 Siento que el alma respira  
 Así en cantar y en gemir.

De espinas una corona  
 Puso Dios sobre mi frente  
 Y me ordenó tiernamente  
 A que abrazara la cruz.  
 Y luego... sobre mis ojos  
 Puso un negro y denso velo  
 Y dijo "Sigue en el suelo  
 Tú las huellas de Jesús".

Mas, entre la oscura niobia  
 De aquesta noche sombría,  
 Díome una lumbré que guía  
 Mi débil e incierto pie.  
 Díome un consolador faro,  
 El que a mi mente ilumina  
 Con celeste luz divina.  
 Y aqúeste faro es la fe.

Y es verdad que ésta me muestra  
 Con sus rayos inmortales  
 Otros mundos celestiales  
 Que halagan mi corazón;  
 Faro augusto y misterioso,  
 que a su luz resplandeciente  
 El hombre en su interior siente  
 La divina inspiración.

Y fue natural que otras líras vibrasen en triste y armonioso concierto con la de la ciega. Esta con todo lo que la rodeaba, joven bella, pura, sumida en soledad y negra noche, atribulada todavía más por la pérdida de algunos seres amados, y siempre llena de humilde resignación y de vida intelectual, encerraba todo lo que tiene de bello y sublime el dolor: era un manantial de poesía y de inspiración. A ella se le podía decir con el poeta Inglés: "Tu fe constante y la entereza de tu espíritu se parecen a las palmeras del desierto que triunfan del huracán; y tu melancolía es bella, así como son bellos los pálidos reflejos que dejan en el crepúsculo los rayos postrimeros del sol".

Algunos meses después el gobierno de Bolivia convocó a un concurso literario, ofreciendo una gran medalla de oro al autor de la mejor inscripción para la tumba de Simón Bolívar. A este certamen que tuvo lugar en Sucre el 6 de agosto de 1853, concurrió la señorita Mujía a instancia de sus amigos y hermanos con el siguiente soneto, que, si bien no alcanzó el premio, merece no obstante citarse por ser uno de los pocos rasgos entusiastas que ha producido su enlutada líra:

Aquí reposa el Inclito guerrero:  
Bolivia triste y huérfana en el mundo,  
Llora a su padre con dolor profundo,  
Libertador de un hemisferio entero.

Al resplandor de su invencible acero,  
Cayó el León de Iberia moribundo;  
Nació la Libertad, árbol fecundo,  
Al eco de su voz temible y fiero.

De los soberbios Andes el coloso  
Yace en la tumba, más su ilustre nombre,  
Grande cual ellos, Inmortal, glorioso.

Honra a la historia y enaltece al hombre.  
¡Bolívar! genio de eterna memoria,  
Nombre que dice: ¡Libertad y gloria!

Como lo había dicho ella misma en otra composición, de la cual vamos a ofrecer un fragmento entero:

Yo no puedo cantar ni los placeres,  
La gloria, ni el amor, ni la belleza,  
Que ardientes sentimientos y grandeza  
De ideas, pide excelsos seres.

De esta mansión de luto y de quebranto,  
Noche oscura sin luna y sin estrellas,  
No pueden, no, salir creaciones bellas,  
Ni brillar de la lira el fuego santo.

Cuande la inspiración mi mente embriaga  
El llanto acerbo que mi pena brega  
Sobre mi lira cae gota a gota  
Y en ella luego el entusiasmo apaga.

¡Un día de sol, de vida quiero!  
Y este caudal inmenso de mi alma  
Romperá impetuoso al nudo y calma  
Que hoy la oprime y sujeta en su venero.

Lumbre dad a mis ojos, Dios clemente,  
No más que una mañana en primavera;  
A mi madre, o una flor, o una pradera  
Veré: la luz no basta de la mente.

Y cantaré tu grandeza,  
Tu poder y tu bondad;  
Conservaré mi pureza  
Con religiosa piedad.

Y cuidaré a mis hermanos,  
Y en la mañana y en la tarde  
Rezaré. De los mundanos  
Placeres no haré alarde.

Y viviré entre las flores,  
A el alba despertaré,  
Y a los pájaros cantores  
Con mi lira seguiré.

Cuán blanca estará la luna  
Cual contaré con sonrisa  
Las estrellas una a una  
Y me halagará la brisa.

Cuánta será mi ventura  
Entonces y mi placer  
Al contemplar a natura  
Y el fin de mi pena ver.

Triste, muy triste y desesperante debe ser esa vida de tinieblas. Al recordar las bellezas de la creación, al oír el eco de las personas queridas, y cuando se tiene un alma sedienta de impresiones y que necesita de objetos e imágenes para dominar y crear, pensamos que será atroz esa lucha entre el deseo ardiente de ver y la amarga realidad de no ver nada. En algunas de las estrofas anteriores han creído algunos oír este grito de angustia suprema, que no se debe confundir sin embargo con los violentos e irónicos sonos de la desesperación y el despecho. La señorita Mujía tiene fe y espera:

Entre las sombras de esta opaca niebla  
Tú eres, Fe Santa, tú mi sol y guía,  
Tú luz sagrada, clara y refulgente  
Brilla en mi mente.

Bálsamo suave que los males cura,  
Seguro asilo do el corazón tiene  
La paz y calma, donde el sufrimiento  
Hable contento:

Tú haces nacer en mi alma la esperanza  
De una región eterna y de ventura,  
Y que será del alma resignada  
Dulce morada.

El hombre recibe por lo regular como una vana receta las palabras de consuelo que le dirigen aquellos que no han saboreado el infortunio ni sentido en su corazón la congoja ni el abatimiento; y por el contrario siente un alivio indefinible, un calmante suave y dulcísimo que alcanza las más de las veces a mitigar el martirio interior del alma, si es un desgraciado quien le consuela. No es, pues, extraño que algunos hayan ido a depositar sus amarguras en la pobre ciega; y ella entonces, no satisfecha de haber con admirable entereza alcanzado para sí una cristiana y sublime resignación, ha sabido también res-

ponder a los lejanos lamentos tratando de dar un lenitivo a las penas que los causan. ¡De cuánta abnegación está impregnado este bálsamo que derrama el dolor sobre el dolor!

Miré mi porvenir bello, halagüeño,  
Grata ilusión deshecha en un instante.  
Cual débil lumbre de meteoro errante,  
Cual sombra vana de engañoso sueño.

Si no halagan ni vista un claro día  
Del astro luminar los resplandores,  
Encuentra el alma mía en sus dolores

Consuelo en la amistad y en la poesía.  
Si tú sufres también, si la amargura  
Vertió en tu corazón su hiel y luto,  
No llores, no, que aqueste es el tributo  
Que exige del mortal la suerte dura.

Canta, que el genio divino te inspira,  
Y es dulce bien te concede el cielo;  
Alivia tu pesar y desconsuelo  
Con los acentos tiernos de tu lira.

Y en otra ocasión al señor Y..... B.....

No lloremos la amargura  
De nuestros míseros días.  
Ya vendrán las alegrías  
Y la calma al corazón.

Esa mano soberana  
Siempre nos trae consigo  
A ti y a mí, caro amigo.  
Alegrémonos los dos.

Sigamos la bella senda.  
Aunque esté de espinas llena,  
Sin pensar, tedio, ni pena...  
Vamos... que voy en tu pos.

En 1854 murió Augusto. Después de este suceso la ciega la guardado por mucho tiempo un profundo silencio. Nos



servimos de la lira para expresar todos nuestros afectos y toda clase de sentimientos placenteros y tristes, "a excepción, dice Lamartine, del dolor extremo que corta las cuerdas del instrumento, y que nos arranca un grito inarticulado, grito que no es ni prosa ni verso, ni canito ni palabra, sino el ruido que hace el corazón al destrozarse".

Desde fines del año pasado hasta el presente ha escrito nuestra poetisa dieciocho composiciones, la mayor parte sobre asuntos religiosos y el resto para álbumes. En todas se nota ya un gran fondo de resignación; a veces respiran contento. Algunas de las primeras son traducciones e imitaciones del italiano; la de los álbumes adolecen del defecto común a los de su clase. La señorita Mujía ha descrito los afanes en que ponen los álbumes a los poetas, y sus versos parece que llevan el sello de la experiencia propia. Aun a trueque de alargar este artículo vamos a insertar su composición por ser ella de un género aparte al de todas las demás.

### EL POETA APURADO

Puesta la mano en la frente,  
Pensativo y silencioso  
Se paseaba presuroso  
El poeta D. Clemente.

Luego habló a solas consigo  
Entre sonrisa y despecho,  
Dando un desahogo a su pecho  
Como hablando con su amigo.

"Maldita la moda de hoy!"  
Dijo tirando un papel,  
¿Habrás trance más cruel  
Como el apuro en que estoy?

"Veintidós álbums ya son  
Los que están en mi poder  
Y debo en ellos poner  
Alguna composición.

"Ahora es oye a dama toda  
(Y este es uso bien moderno)  
Pedir un verso muy tierno  
O una frenética oda:

"Un verso (dice Martina)  
Para mi álbum, D. Clemente,  
Creuyendo que elogio ardiente  
Su fealdad peregrina.

"Aplaudir tengo en Teresa,  
Las virtudes que no tiene  
También de la tonta Irene  
Pintar gracias y belleza.

"¿Y cómo decir a Inés  
Con afectuosa ternura  
Que es de un alma bella y pura  
Si todo al contrario es?

"Tengo que llamar a Rosa,  
Siendo de avanzada edad,  
Joven de rara beldad.  
Gentil, lozana y hermosa.

"Debo hacerme enamorado  
De Camila y de sus sales  
Cuando todos sus modales  
Me causan odios y enfado.

"¿Cómo elogiar la amistad  
De Ana, y su buen corazón,  
Siendo perfidia y traición  
Y abrigo de la maldad?

"Ponerme en tal compromiso!  
¡Yo tenerlas que ofrecer!  
¡Que a súplicas de mujer  
Siempre ceder sea preciso!

"¡Eh bien! Vamos a escribir  
Mentiras como poeta,  
Y todo el que a tal se meta  
Siempre tiene que sentir".

Hablando así se sentó  
A su bufete Clemente;  
Largos versos cortesmente  
En los albums despachó.

Tenemos una colección de cuarenta composiciones de la señorita Mujía. Sólo cuatro o cinco han visto la luz pública; las demás permanecen inéditas y son conocidas únicamente en el círculo de familia y de los amigos. A su tiempo vendrá la crítica que las analizará y juzgará, decidiendo si la señorita Mujía merece en efecto ocupar un lugar distinguido entre los bardos bolivianos, o si ella y sus versos pasarán solamente, según algunos piensan, como una anécdota más o menos interesante de literatura boliviana.

Tal vez nos demos lugar en lo sucesivo para hablar de los señores Blanco, Bustamante, Calvo, Cortés, Galindo, Ramallo y otros poetas bolivianos; y lo haremos como al presente sin pretensiones de ningún género, sin adelantar el menor juicio sobre ellos, y limitándonos únicamente a trazar algunos rasgos biográficos y copiar aquellas composiciones o fragmentos que, en nuestro humilde criterio les den mejor a conocer. Creemos que este trabajo debe preceder necesariamente a la crítica, la cual marchando en seguida sobre terreno conocido, podrá entonces ejercitarse con ventajas y ser útil a los amantes de la literatura americana.

Santiago, septiembre 28 de 1858.

NOTA. — Publicado en Revista del Pacífico, Vol. I, Valparaíso, 1858.

## MARIANO RAMALLO

**E**POCA EN CIERTA MANERA de activo movimiento literario fue en Bolivia el año de 1845. Ya antes de entonces, durante el mando del General Santa Cruz, habían manifestado afición por el cultivo de las bellas letras Olañeta, Serrano, Delance, Loza, Calvimontes, Méndez y otros; pero fueron de todo punto aislados sus esfuerzos, y sus ensayos poco o nada conocidos y de escasa trascendencia social. Es en el año susodicho cuando propiamente ha comenzado a rayar en Bolivia la aurora de su naciente literatura nacional; contribuyendo no poco a ello, entre otras causas ocasionales, la paz y relativa prosperidad de que a la sazón disfrutaba la República. General era entonces el afán por las lucubraciones científicas, por los estudios sociales y literarios; actividad de los espíritus, que, descendiendo tres años más tarde de las apacibles regiones del pensamiento y la fantasía a los abismos del corazón, se convirtió en fiebre revolucionaria, para degenerar en segulda en abyección, bien que momentánea. Indolencia. Inauguráronse aquel año sociedades literarias en Sucre, La Paz, Cochabamba, Potosí y en Santa Cruz una de lectura, compuesta no de jóvenes estudiantes que pretenden ejercitarse en el arte de escribir, sino de personas ventajosamente caracterizadas y cuyos talentos daban lustre a la patria. Y en tanto que en Potosí pronunciaba

Cortés un elocuente discurso sobre el espíritu y caracteres de la literatura hispano-americana, aparecían en otros puntos de la República periódicos científicos, políticos y noticiosos, en los cuales se daba lugar no sin frecuencia, a trabajos literarios y composiciones poéticas, frutos más o menos nutridos y sabrosos de la labor de aquellas asociaciones, y se disertaba luminosamente sobre la instrucción pública, de cuyo nuevo plan se ocupaba a la sazón el gobierno. Este último, que fomentaba y toleraba la discusión de todo lo divino y humano bajo condición de que no lo discutiesen a él, subvencionaba muchas de aquellas publicaciones.

Eje del movimiento general y foco de la propaganda literaria era la opulenta ciudad de La Paz. Desde allí convocaba el Ministerio de Instrucción Pública a certamen nacional para un canto heroico a la guerra de los quince años del Alto Perú, ofreciendo al autor en premio una gran medalla de oro; linaje de liza que en Bolivia se abría por primera vez al talento. Allí mismo también y mientras que activos negociantes establecían la Librería Hispano Boliviana que expendía profusamente libros para llevar los pedidos de La Paz y demás ciudades de la República, el infatigable y laborioso periodista don Juan Ramón Muñoz Cabrera, no sin haber antes superado graves obstáculos, fundaba *La Epoca*, famoso diario que, después de una existencia más de una vez interrumpida, más de trece años, fue suprimido en 1857 por el dictador Linares. Complaciente consejero en un principio de la autoridad, a la par que agente efficacísimo del progreso y moralización del país; en seguida tenaz y apasionado opositor de los rojos de 1848, y finalmente impúdico adulator del poderoso y cobarde sicario de la honra de los vencidos; los tres primeros años de la existencia de este diario están fuertemente vinculados al recuerdo de los primeros rudimentos de la literatura boliviana.

Aquel mismo año de 1845, y en las columnas de *La Epoca*, aparecieron por primera vez ensayos líricos de don Mariano Ramallo.

Nacido en la ciudad de Oruro el 24 de septiembre de 1817, recibió de abogado en la Universidad de Chuquisaca en 1842, vuelto inmediatamente a su ciudad natal para en seguida de-

sempañar allí el rectorado del Colegio Bolívar, el 18 de noviembre de 1845 era don Mariano Ramallo trasladado a la ciudad de La Paz, con el empleo de profesor en la Facultad de Derecho. Desde entonces ha comenzado la vida y la reputación literarias de Ramallo: porque allí se puso en contacto con los jóvenes más aventajados y encontró estímulos y aplausos en las sociedades literarias.

Un triunfo señaló sus primeros pasos en la espinosa carrera del arte. Conforme al decreto de 25 de agosto del citado año de 1845, el 18 de noviembre del siguiente tuvo lugar el certamen poético y nacional para el canto a la guerra de la Independencia; y Ramallo se llevó el premio.

En 1846 fue nombrado redactor de *La Gaceta del Gobierno*, y además en reemplazo de don Domingo Oro, Redactor en jefe de *la Epoca*; la cual llevó hasta fines de aquel año, en que una desgracia doméstica, que hubo de causarle la muerte, le obligó a dejar la pluma a Don Bartolomé Mitre.

Amigo personal del General Ballivián y partidario fiel de su política cuando la caída de éste en 1847, Ramallo fue desterrado al Perú. Restituido a la patria en el año siguiente, fue trasladado a la Universidad de Chuquisaca donde ha desempeñado los empleos de profesor y Decano de Derecho, y el de Consejero permanente de la Universidad hasta 1857, en que, retirado a la vida privada, se ha consagrado exclusivamente al ejercicio de su profesión de abogado.

Generalmente hablando, Ramallo ha sabido mantenerse bien-quisto con los partidos. No ha querido intervenir en la política militante de su país, a fin de evitar los compromisos y enemistades que acarrea. Y, con todo, no se le ha visto exento de persecuciones. Ya hemos visto que en 1847 fue extrañado al Perú. Pues bien en 1853 sufrió otro destierro por haber escrito y publicado una elegía a la muerte del General Ballivián.

La anécdota carece a la verdad de romanesco interés; pero en cambio se relaciona con la vida literaria de Ramallo, arroja alguna luz sobre la perversidad, a las veces ridícula de ciertos hombres de la época, y contiene un dicho concebido sin reglas

del arte y .asaz agudo por casualidad, del cual puede sacar ventaja el crítico biógrafo.

La muerte del General Ballivián causó en Bolivia una impresión profunda. Sus amigos la lloraron como una pérdida irreparable y verdaderamente nacional. Quedó extinguido el odio en el pecho de sus enemigos, que en esta vez supieron abrir sus almas a tan justa aflicción. La República entera olvidó en esos momentos las graves faltas y hondas miserias del hombre, para enaltecer las relevantes prendas del capitán ilustre y del estadista de altísimas miras. Constituyéndose noblemente el gobierno en intérprete del sentimiento público, decretó al finado honores fúnebres y solemnes exequias. Resonaron en la cumbre del Parnaso boliviano los sentidos y armoniosos lamentos de los consagrados sacerdotes de las musas, y los de otros no consagrados que en aquella ocasión allí se subieron, pero que luego se bajaron y no tomaron a subir otra vez.

¿Por qué no había de llorar el antiguo amigo del General Ballivián en momentos tales que el más implacable adversario de éste, el Gobierno de Bolivia, estaba o aparentaba estar llorando también?

Y apareció la ya citada elegía de Ramallo.

Nada más sano e inofensivo que esta inocente composición.

Cuentan que el General Belzu, a la sazón Presidente de la República, la leyó y al terminar dijo sonriendo: "Coplas de doctor". El General Belzu por ignorancia daba el nombre de copla a toda composición poética, e irónicamente de doctor o doctorcito al graduado en Derecho y en general a toda persona entendida y culta.

Peró uno de los Ministros del Despacho encontró insolentemente sarcástico, amenazador y sedicioso el concepto siguiente:

Pasarán las pasiones  
Que a tu preclaro nombre  
Han osado poner negros borrones:  
Pasarán, pasarán pasiones viles.



Denunciado el crimen ante el Consejo de Ministros, el Jefe del Estado que hasta entonces había tenido la honradez de no reparar en él, expidió la orden de extrañamiento contra el infeliz poeta.

Ramallo cogió su lira y su báculo de peregrino y emprendió su viaje repitiendo aquellas palabras de Lamennais.

**"Que dieu guide le pauvre exilé".**

El verdadero poeta se muestra siempre poeta. ¡Tiranos! en vano os cansáis. Lo arrojaréis impunemente del hogar en que nació; pero vuestro poder no alcanzará jamás a prescribirle de ese cielo libre y radiante de la imaginación, que es su patria querida, donde él vive la vida pura e inefable del alma, la vida del sentimiento. *Coplas de doctor*, dijo el General Belzu; y habló sin saber como un La Harpe.

Acaso alguno de nuestros lectores recordará que en la época del coloniaje, cuando moría el Rey de España o algún Infante o Infanta muy conocido en el real palacio, en todas las villas y ciudades de las colonias americanas se elevaban preces al Altísimo y se celebraban pomposas exequias por el descanso de su alma. Y es el caso que en México, Lima y otras capitales importantes se publicaba con tal motivo un folletico en el cual, tras una pedantesca descripción de la fúnebre ceremonia, se daba cabida al hueco panagírico que en la misa había pronunciado algún clérigo con beneficio, o que tenía intenciones de colarlo, o que aspiraba a mitrar. Para formar con lo anterior un variado y armónico conjunto, anexas venían una o más piezas elegíacas, escritas en vil prosa rimada, vacías de sentimientos pero colmadas de comunes e hiperbólicos conceptos y pobres de entonación, si bien ricas de colorete retórico; parto estupendo del cacumen de algún oidor de la Real Audiencia, o del Asesor del Virrey o más generalmente de algún doctor in utroque de la Universidad.

No esperamos ciertamente ser tachados de temerarios, si decimos que la dementada elegía de Ramallo, mal que les pese a los que por espíritu de partido tanto la celebraron, es punto menos como las que en las ocasiones arriba mencionadas, el

Fuero Juzgo y las Siete Partidas que inspiraron a nuestros antepasados. Y es tan cierto que el estéril talento de éstos y el ingenio poético de Ramallo han estado, para la invención elegíaca, en condiciones de impotencia estética enteramente iguales; que el bardo boliviano ha incurrido aquí en una falta, por la que nadie acaso le puede tildar en ninguna otra poesía suya, siquiera sea de las que compuso cuando era estudiante; tal falta no es otra que la bombástica exageración; planta raquítica y vana que solamente nace en los páramos de la fantasía. La plaza que analizamos termina con este verso:

¡¡¡Ingavi y Ballivián llenan el mundo!!!

Para el final reservó Ramallo esta bomba incendiaria, que causa en el corazón del lector el mismo estrago que una descarga de hielo disparado por una batería de grueso calibre.

El postrero de sus primores, viene a ser también la pincelada postrera para completar la pintura de esta famosa elegía, que costó a su autor un violento destierro. ¡A falta tremenda, tremendo castigo!, y así nos veríamos libres para siempre de los malos versos.

Hemos dicho que Ramallo se ha mostrado frecuentemente ajeno del hinchado y campanudo estilo; y así es la verdad, porque nada tampoco está más distante de la naturaleza del numen que le inspira. Los rasgos más espontáneos y característicos de su poesía, son siempre de una modestia tan nativa, que a menudo raya en humildad. En su forme y sustancia ella carece de esos primores artísticos, y de esos osados arranques de inspiración que prodigan en sus obras los poetas insignes: bellezas de vario linaje que en grados diversos y por diversas maneras, también saben producir y ostentar en las suyas, muchos bardos hispano-americanos. Inútilmente buscaréis en los versos de Ramallo, la sonora entonación de Olmedo, la suave melodía de Navarrete, la límpida frase de Bello, la galana expresión de Mageriños Cervantes, el castizo decir de Pardo. En vano asimismo buscaréis en las concepciones de su ingenio, el sostenido estro de Arboleda, la amorosa blandura de Lillo, la gentil inventiva de Sanfuentes, la gravedad solemne de Valdés,

la enérgica melancolía de Maltin la sublime fantasía de Heredia, aquel poderoso pensamiento de Caro. Los acordados sonos de la lira de Ramallo, distan de ser peregrinas armonías que hechicen los sentidos y sublimen el espíritu. La pintura de sus afectos no deslumbra la imaginación, ni en sí mismo son estos tampoco de tal naturaleza que inflamen el alma del lector y le causen conmociones profundas. Sus pensamientos son por lo regular verdades a lo Perogrullo; y cuando medita, no penetra audazmente en el fondo sino que discurre perezosamente por la superficie de las cosas.

La mayor excelencia de su musa consiste (para valernos de una sabrosa cuanto expresiva frase de Fray Luis de León) en una cierta manera de condiciones sencillas, que esparce en la sentida modulación de sus trovas, agradable cordialidad y suave atractivo: lejana melodía de un canto que antes de ahora nos fuera muy conocido pero que hacía tiempo no escuchábamos; traída al través de la soledad de la naturaleza por benígnas brisas; cuyas desiguales y cortadas ondulaciones privan de vez en cuando a nuestros oídos de algunas notas musicales, notas o frases que nuestra memoria o exaltada fantasía sabe al punto suplir. Ciertó y muy cierto que no resplandece en los cuadros de nuestro poeta un singular y vigoroso colorido; pero hay en cambio aquel dulce color morado de las violetas silvestres, sobre el cual se posan amorosamente los ojos del caminante deslumbrados y encendidos por el fuego de los rayos solares. No paladea en verdad el alma fruiciones intensas, ni la mente remonta por el pensamiento su vuelo a los etéreos horizontes; pero escucha el corazón la sabrosa plática del amigo que consigue interesarnos contándonos aquellas mismas cosas con las cuales otros nos fastidian. La modesta musa del bardo boliviano obtuvo el honor de ser convidada al festín de los hijos predilectos de Apolo: falta de valor y ardimiento no se atrevió en busca de galas nuevas, a internarse en el espléndido pensil de la naturaleza cuyas flores son tan fáciles de admirar como difíciles de coger; presentóse pobremente araviada, confundida entre la muchedumbre: bien pronto como avergonzada y corrida por el lujo de sus compañeras, recogió del suelo algunas flores ya marchitas y empolvadas; sacudiólas con el

soplo de su aliento, y se adornó en seguida con ellas, no sin haberlas antes empapado con algunas gotas de esa emanación del alma que se llama sentimiento: ¡Lluvia del corazón que como rocío del cielo, perfuma, colora y vivifica las invenciones lánguidas del ingenio!

Tal es la fisonomía característica de la poesía de Ramallo: tal la impresión general y dominante que su lectura causa. Nunca olvidemos que ello tiene su gracia, su interés, su delicia particular. En esto consiste también el mérito del bardo boliviano. Esas sensaciones intermedias por su casta y categoría, si no son parte a conmover hondamente el alma, tienen a no dudarlo la peculiar virtud de modificarla de una manera más o menos indeterminada, más o menos viva, imprimiéndola una placentera actividad.

De aquí mismo la dificultad de analizar a Ramallo. Semejante dificultad no existe, por ejemplo respecto de Bustamante y Cortés, dos compatriotas suyos, y sus rivales en fama lírica. En la poesía de éstos, encontráis rasgos prominentes, brillantes matices, visibles, que se pueden señalar con el dedo. Experimentáis sensaciones profundas y directas, fáciles de ser discernidas, cuyo principio fundamental descubre al punto el crítico atento. Los pormenores no vienen después sino a realzar las bellezas descolantes. Así, en el primero, tras de aquel exquisito buen gusto que se señorea en la gentileza y majestad del estilo y en la cadencia numerosa de la versificación, os sorprende el entusiasmo lírico en dos de sus manifestaciones más enérgicas — la oda marcial y heroica, y la elegía del dolor y la amargura. Conceptos elevados y fecundas, vigorosas imágenes que no vierten a raudales sino que destilan gota a gota el sentimiento; soberano dominio sobre el ritmo para amoldarlo despoéticamente y ajustarlo con exactitud a la sustancia poética. Ved ahí los culminantes caracteres de la musa de Cortés.

Pero en Ramallo ¿quién puede percibir ni distinguir bien este claro-oscuro, a medias tintas extendido a perderse, como dicen los pintores, en el fondo del cual son tan delicadas las líneas, tan vagos los contornos, tan imperceptible el colorido, tan poco abultadas y salientes las figuras? ¿Quién puede

medir ni seguir con fijeza las fugaces notas de esa melodía que escuchamos atentamente pero sin saber a punto fijo de dónde nos viene, que halaga nuestros oídos como tierna y misteriosa vibración de arpas eólicas, y tal vez no por virtud propia sino por efecto de una viva asociación de ideas; a la manera que la dulzura de la voz y suavidad de los brazos de su hijo adoptivo, entristecían al viejo Chactas, trayéndole a la memoria la edad de las pasiones, esas tremendas tempestades que atormentaron su juventud?

Nunca es más forzoso ceñirse a las formas artificiales de la lógica natural, inventadas por los filósofos, como cuando se quiere llegar al descubrimiento de la verdad en cosas por naturaleza tenues y vagas. Bien, la poesía de Ramallo; he ahí un efecto. Ahora preguntamos: ¿Cuál es su causa? Y para precisar mejor la cuestión: ¿Cuál es su naturaleza esencial, en último análisis qué expresa, qué viene a ser reduciéndola a su primitiva sustancia?

Hay un linaje de crítica que, sacando en cierta manera su origen de las tradiciones clásicas de la literatura, tiene por sistema el fundir las obras en el crisol del análisis, a fin de comparar sus primores con otros análogos que la historia de las Bellas Letras suministra y de apuntar los defectos ocasionados por la mala aplicación e inobservancia de los preceptos que establece la metafísica racional del arte. Descendiente legítima de la revolución que el Romanticismo ha consumado en la república de las letras, hay asimismo otra crítica, que, sin dejar nunca de apoyarse en la estética inmutable del espíritu humano, pero buscando sus luces principalmente en la ciencia social, trata siempre de descubrir todo lo que del mundo contemporáneo hay en las creaciones del moderno ingenio y de examinar hasta qué punto éstas se adaptan en su concepción y desempeño a las condiciones particulares de vida y desenvolvimiento del pueblo que con ellas se saborea y alimenta. Mas, como en sana filosofía no existe entre una y otra crítica una separación profunda, hanse concertado más de una vez para caminar unidas y obrar de consuno en el campo libre de la literatura, y especialmente en los sagrados dominios de la poesía, una influencia prolifera y regeneradora.



Lo que llevamos dicho sobre el ingenio de Ramallo, basta para dejar ver que en rigor sus cantos no ofrecen alimento suficiente a ninguna de estas dos especies de crítica. ¿Pertenece Ramallo a la escuela **idealista**? No; porque aun cuando la poesía lírica, única que ha cultivado se presta a maravilla por su naturaleza, a ese sistema de expresar la conmoción del alma por medio de la directa y desnuda descripción de los fenómenos internos que entonces se suceden en el espíritu, y aun cuando algo de ello hay en las poesías oróticas íntimas del bardo boliviano, ésta no es ciertamente en él una manera generalmente dominante ni característica. ¿Está afiliado en la escuela contraria, llamada de la **realidad** porque expresa la conmoción por medio de los signos exteriores y con ella naturalmente se pinta a sí misma y se manifiesta a los demás? Tampoco. Ramallo se ha empapado con la lectura de Lamartine y Beranger, sus poetas predilectos, y no ha aprendido del primero a imitar la naturaleza sobrepujándola, ni del segundo a copiarla con hechicero servilismo. ¿Es por ventura clásico? Nada menos que eso: en los versos que nos ocupan no hay poesía de estilo; demás de que hoy es más que nunca imposible emplear la manera de escribir que enseña la fecunda poética de Grecia y Roma sin haber antes apurado el estudio de los modelos antiguos, lo cual no ha hecho Ramallo. Por fin ¿será romántico? Imposible; malestar en el alma y tempestad en el corazón, que a menudo tienen su germen en la inquietud y anarquía moral de afuera, son en el poeta lírico la fuente viva de esa inspiración singularmente patética que, a nuestro juicio, constituye lo romántico en las odas; y las poesías de Ramallo son hijas del retiro seguro y tranquilo del estudio, concebidas en horas de recogimiento y meditación, cuando uno se sustrae de los azares de la vida, real, y de los hombres y cosas de la sociedad. Todos los elementos que constituyen la existencia del hombre como individuo privado y como ciudadano, si es cierto que han dado ocasión a sus trovas, también lo es que, lejos de suministrar al ingenio de Ramallo el pábulo necesario a su desenvolvimiento lírico, han pasado sobre él como una capa de plomo.

Nos hemos hecho esta pregunta: ¿qué es la poesía de Ramallo en su más simple expresión? y lo que intentamos sencí-

llamente descubrir es la fuerza ingénita y primaria que, como un atributo de su interna sensibilidad, impele al poeta a cantar. Este, y no otro, es el problema que pretendemos resolver.

Nuestro estudio es sobremanera interesante. Vamos a penetrar hasta el alma de Ramallo, para atisbar en una de sus fases más recónditas algunos de sus movimientos más instantáneos: Vamos a asomarnos por un momento a lo interior de la vida íntima y espiritual de un semejante nuestro, y de un semejante nuestro que desde veinte años atrás viene recreando con sus cantares a dos millones de hombres.

NOTA. — Juan Ramón Muñoz Cabres: Ya que la oportunidad se presenta de hacer justicia a este verdaderamente insensable obrero, que por el espacio de quince años ha estado figurando como propagandista de las ideas civilizadoras, ya en Bolivia, ya en Chile, ya en el Perú, ya en el Río de la Plata; perdonémosle su modestia si diseñamos, bien que brevemente, sus servicios en la prensa.

Después de haber fundado *La Epoca*, pasó el señor Muñoz a Lima, donde fundó el *Talaimán*, semanario de literatura que alcanzó cierta voga en la sociedad de gente principal, y que vivió un año.

En 1874 fundó en el Callao un diario titulado *El Telégrafo*, que promovió grandemente los intereses de aquella localidad, y que murió con la retirada del señor Muñoz a Bolivia.

En ese mismo año, de regreso a La Paz hizo revivir en ésta *La Epoca*, que había dejado de publicarse a consecuencia de la caída del general Ba. Bivián.

En 1851 ocupó el señor Muñoz la redacción del *Mercurio* de Valparaíso reemplazando primero a don Anacleto de la Cruz, y más tarde al señor Chacón (don Jacinto).

Invitado en 1852 por el gobernador de Mendoza, después de Montecaseros, para trasladarse a dicha ciudad y fundar un diario, dejó la redacción del *Mercurio*, y pasó a Mendoza donde fundó *El Constitucional*, que mucho tiempo ha sido reputado como uno de los buenos diarios argentinos.

De Mendoza pasó el señor Muñoz a Buenos Aires, donde fundó *La Tribuna* (1854); no sin haber redactado antes el *Noticioso* en Montevideo; periódicos ambos, que sostuvieron la idea liberal.

Separado de *La Tribuna*, fundó más tarde *La Crónica*, que al cabo de un año hubo de desaparecer en virtud en el impetuoso torrente de los sucesos políticos de que entonces fue teatro Buenos Aires.

Con este motivo se retiró de la prensa el señor Muñoz, (1855); pero sólo duró un año su retiro, porque en seguida pasó a Córdoba y allí fue encargado de la fundación del *Diario*, papel gubernativo si bien de ideas liberales.



## GABRIEL HENE-MORENO

De Córdoba pasó a Mendoza, y redactó alternativamente *El Constitucional* y *La Constitución*; dirigiéndose en 1858 a Valparaíso, donde ha sido sucesivamente redactor del *Mercurio*, del *Album Literario*, del *Tiempo*, y de las *Revistas de Sud-América y del Pacífico*.

En esas diferentes épocas ha mostrado nuestro amigo sensatez, buenos principios, y un liberalismo de ideas en armonía con la moderación de su carácter.

Como fundador de *La Epoca* y agudador del espíritu de asociación literaria en 1845, don Juan Ramón Muñoz es acreedor a las consideraciones y aprecio de los bolivianos.

## NESTOR GALINDO

**C**UANDO LLEGUE EL DÍA que vivan sossegadas en Bolivia las malas pasiones, bien será que se exalte únicamente el mérito insigne de los que hayan conseguido señalarse entre los buenos. Mientras tanto, es menester honrar las prendas del talento, del patriotismo abnegado, del cívico denuedo, de la moralidad política cada vez que aparezcan, y aunque no ostenten proporciones heroicas ni hayan realizado grandes cosas, con tal que hayan combatido sin desaliento contra el mal y brillado para ejemplo de los demás.

Bolivia debe por estos títulos a la memoria de Néstor Galindo una manifestación solemne de simpatías y gratitud.

Si alguna vez hubiera sido posible juntar a la mayoría de individuos de todos los partidos para escuchar en un momento dado la voz secreta de sus conciencias ¡qué coro de remordimientos se hubiera alzado, capaz de aterrar al espectador! Aquella hubiera sido la montaña exploratoria de los pecadores de Dante. Por entre una algazara de lamentos y recriminaciones habríamos atravesado la muchedumbre para llegar hasta Galindo; y ¡quedáramos entonces maravillados de la paz de su sueño, de su tranquilo despertar, de la mudéz imperturbable del juez interno que vigila sus actos!

¡Y sólo Dios sabe de cuánta fortaleza hubo menester su buena índole para resistir al ejemplo corruptor!

A los que navegan en los albañales de la granjería política, era dispensarles su carencia de fe y perdonarles sus negras traiciones, a trueque de exigirles tan sólo algo de esa compostura exterior de la vergüenza. De este modo el alborozo de la victoria, los halagos del mando, el enagrebimiento del buen éxito, servirían únicamente para aturdir con sus falaces goces al culpable, pero no irían hasta tentar y escarnecer la triste soledad de los hombres de bien.

"No se debe valorar la virtud de un hombre por ciertos esfuerzos sino por lo que hace de ordinario". (1) Este pensamiento de Pascal tiene su más profunda aplicación en Bolivia. En esta democracia tumultuaria, minada y contaminada por las facciones, dilacerada por una soldadesca ciega y sin freno, que durante el día cae en los últimos de la servidumbre para lanzarse en la noche al extremo de la licencia, es aún penosísimo el vivir, caminando de puntillas y a saltos como quien pisa entre brasas, la capa recogida para que no se la quiten, ocultas las manos para que no se las tiznen, a quites con la cabeza para que no se la corten. Es menester convenir en que de esta suerte el hombre está fuera de su quicio natural, y que lo que nada cuesta en otra parte, aquí es una virtud rígida.

Y cuánto apocamiento de caracteres se esconde tras de tanta insolencia!

Cierto profesor de la Universidad de La Paz, viejo de ingenio agudo y sarcástico, escribía hace pocos años a un naturalista del exterior:

"Ya he dejado de botánica para estudiar en los cuarteles, en las plazas y en el palacio la zoología. Aquí, amigo, hay muchos perros, cerdos, gusanos, alacranes y uno que otro calmarcito, a guisa de esos basiliscos que después de una avenida quedan en los fangos del Nilo. Luciano nos cuenta la historia de un hombre convertido en asno: pues yo estoy escri-

(1) PENSES DE B. PASCAL, Diderot, 1833. Art. XXV, párrafo XIV.

biendo las aventuras de ciertos reptiles que andan por ahí en figura de hombres".

Más bien que contra las dañadas intenciones, esta severidad de lenguaje parece un vituperio de la frecuencia con que se ejecutan en Bolivia ciertos actos que al pudor moral repugnan, que la dignidad viril rechaza. Eso no va contra los perversos, sino contra los que, en vez de andar, prefieren arrastrarse.

Hasta en las grandes luchas de los partidos se echa menos la impávida energía de otro tiempo. Suelen éstos encontrarse a veces frente a frente en el Congreso. La mar ruga y se encrespa; pero cuando va a estallar la tempestad, he aquí que de súbito se levanta de los polos una brisa glacial que disipa las nubes y apacsa las olas. Y acontece que mientras arde la saña en los corazones, brotan los labios raudales de cortesía. Todos en su encono quisieran ser verdugos, ninguno acusador; y en la necesidad de emitir como aciago el trámite de la pesquisa indagatoria es fuerza recurrir a otros medios, ruines y tenebrosos a veces, para bundir al contrario. ¿Cobardía? No la conocen los que con furia salvaje se batan diariamente en los campos y en las barricadas. ¡Es la conciencia! Una vez osó un sacerdote levantar la voz para acriminar a otro diputado. "¡Silencio!, le gritó Baptista: tengo pisada tu alma". Y el clérigo calló.

Si Galindo hubiese ido al Congreso hubiera usado de la palabra con el mismo eficaz atrevimiento. Dejando aparte la exaltación melancólica de su fantasía, la fuente de su inspiración lírica y a las veces origen de tantos destallecimientos de ánimo, cierta noble y franca altivez, ajena a las provocaciones pero pronta a desdenar, constituía por decirlo así algo del fondo mismo de su carácter. Como simple particular y como empleado público, como periodista y como poeta, Galindo se mostró siempre muy celoso de su prerrogativa de hombre libre. Inteligente, responsable, llamado a un destino inmortal. En la no dilatada carrera de su vida y desde el modesto lugar que le cupo en las filas de la política militante, ofrendó en el altar de la patria las primicias de la virtud más rara y, por lo mismo, más estimable de su tiempo y de su país: la elevación moral del carácter, la dignidad.

Y después de todo, su muerte en el campamento del vencedor, en la condición de prisionero de guerra, y después de la batalla, en la que entrara no como revolucionario sino como sostenedor del orden legal; esta muerte cuyos pormenores y circunstancias abren el alma a la conmiseración y claman por el desagravio al Dios de los cielos y a la conciencia pública; esta muerte con su cortejo de lágrimas y horrores, es la aureola de gloria cívica que más bien realza aquella figura seria, dulce y triste, haciéndola más notable todavía ante Bolivia y más querida y sagrada para sus amigos.

Con sobrada justicia se pudieran aplicar a Galindo aquellas hermosas estrofas que en 1856 él leyó en la sepultura del distinguido profesor y tribuno don Luis Velasco.

Mártir de libertad, su vida ha sido  
Una lucha sin treguas y sin fin;  
Un funeral y lúgubre gemido  
Cuyos ecos repleta el porvenir.

Alma esforzada, con sublime anhelo  
Cruzó en borrascas de la vida el mar.  
Y ya cansada remontó su vuelo  
En pos de su adorada libertad.

En vano los tiranos de la tierra  
Tentaron abatir su altiva sien;  
Sólo encontraron la sublime guerra  
Con que combate al mal, rígido el bien.

Mas nunca vio lograda su esperanza  
Y volóse a buscar playa mejor,  
Y apagó para siempre su pujanza  
Su raudó pensamiento creador.

Pobre, proscrito, triste y sin fortuna,  
Rico sólo de heroísmo y de virtud,  
El infortunio le mecía en su cuna  
El infortunio le acostó en su ataúd.

La vida de Galindo es una historia romanesca de aventuras, en que la proscripción, las vicisitudes, la política, los libros,

los viajes, los negocios, los paseos solitarios, forman la trama de la urdimbre; en que una instintiva vocación poética con sus ayes lastimeros y sus quimeras sombrías, da el tono dominante y la unidad de estilo; en que la ternura filial y el amor son el episodio más patético y al mismo tiempo la expresión más viva y penetrante.

Néstor Galindo nació en la ciudad de Cochabamba el 23 de enero de 1830. Fue hijo legítimo y primogénito del finado general don León Galindo, vencedor en Junín y Ayacucho, y de la señora doña Antonia Argüelles.

Hizo sus estudios de humanidades en el colegio Sucre de Cochabamba, y en 1848, próximo ya a terminarlos, hubo de pasar al Perú acompañando al destierro a su padre.

Después de una corta permanencia en Lima, el joven Galindo y su familia fijaron su residencia en Tacna; y es en esta ciudad donde aquél pudo entonces decir con Petrarca: "Bendito sea el día y el mes, y el año, y la estación, y el tiempo, y la hora, y el instante, y el hermoso país y el paraje mismo en que fui hallado por los lindos ojos que me tienen cautivo; y bendito sea el dulce primer tormento que sufrí al juntarme con Amor, y benditos el arco, las flechas que me clavaron y la herida que llega hasta mi corazón".

Queriendo el General Galindo poner atajo a esta pasión que a la verdad tuvo mucho de impetuoso, envió al hijo a Valparaíso con el encargo especial de estudiar idiomas. Allí entró a un colegio particular que a la sazón dirigía un tal Mr. Percy. La edad, y, sobre todo, los hábitos de independencia que había contrido el joven emigrado, su afición decidida a las novelas, y espectáculos dramáticos, el sistema mismo de la enseñanza del establecimiento, no le permitieron soportar a éste, más provecho que el del conocimiento del francés, que más tarde llegó Galindo a hablar bien.

Aunque eran muchos los libros de amena literatura en que vivía engolfado, George Sand y Zorrilla eran a la sazón sus autores favoritos. Las *Cartas de un Viajero* y *Lelia*, si no lograron socavar su fe religiosa, dieron pábulo a la ingénita inclina-

dón de Galindo a la melancolía. Él no sospechaba entonces que la mujer extraordinaria que en las agonías de la duda exclamaba en 1835: "¡Estey deselada, la muerta cuanto antes!", veinte años más tarde había de declarar que todas esas negras ideas provenían de una obstrucción de bilis en el hígado. (2) En cuanto a Zorrilla, su influencia le fue perniciosa bajo otros respectos y Galindo vino a sacudir su yugo muy tarde, después que aquél se había burlado de sus imitadores en el prólogo de su poema religioso a la Virgen. Por mucho tiempo le miró como fanal del templo de las musas, cuando en realidad no es allí sino un candil de reverbero.

En las primeras páginas de sus *Confesiones*, Rousseau nos refiere que cuando niño se amanecía leyendo novelas con su padre. "A favor de tan peligroso método, dico, adquirí en poco tiempo, no solamente una extremada facilidad para leer con sentido, sino también un conocimiento único a mi edad sobre las pasiones. Casi no tenía idea alguna de las cosas, cuando ya todas las sensaciones me eran conocidas: nada había concebido hasta entonces, y ya sabía sentir mucho. Las conmociones confusas que unas tras otras iba yo experimentando, no alteraban ciertamente un juicio que aun no existía; pero ellas me lo formaban a su amallo, dándome de la vida humana nociones extrañas y anoveladas, que más tarde la experiencia y la reflexión no han logrado extirpar completamente". (3)

Punto menos, este es el caso de Galindo. En Cochabamba y Tacna había apurado la lectura de novelas y poesías románticas. En Valparaíso prosiguió la tarea. El efecto debió ser prodigioso en un adolescente como él, de suyo dado a fantásticas divagaciones. Su razón tierna, era impotente para regir este mundo imaginario en la edad crítica de las pasiones nacientes. Su alma era una borrasca continua. Un amigo íntimo suyo, admirador de sus bellas prendas y para quien la memoria del malogrado bardo será objeto siempre de un culto tierno y pladoso, no pudo entonces obtener de él una confidencia inge-

(2) HISTOIRE DE MA VIE, vol. 12, cap. XXXV, pág. 52 de la edición de Leipzig, 1855.

(3) LES CONFESSIONS, lb. I.



nua y completa sobre las causas morales del desorden que a la sazón se observaba en su espíritu. "Verdad, es, agrega en un breve apunte de reminiscencias juveniles con que me ha favorecido, verdad es que él mismo se hubiera visto embarazado para describir las nuevas impresiones que entonces le oprimían y en cuya superficie fluctuaban en confusión extraña las sombras de otros recuerdos que él había recogido en su tierra natal. Llegué en esos días a persuadirme de que, más bien que la intensidad de un afecto verdadero atormentaba el alma de Galindo la necesidad imperiosa de amar a todo trance y aunque hubiera de ser sin causa y sin objeto. ¿No es así cómo debe estar templada el alma de los poetas?"

Para que se vea hasta qué punto en esta época se mostraba ya exaltada la imaginación de Galindo, voy a transcribir el siguiente relato, que debo a la condescendencia del amigo antes citado:

"Una noche asistíamos juntos en el teatro de la Victoria a la representación de un drama romántico, *El Terremoto de la Martinica*. Noté desde el principio que Galindo se sentía impresionado cada vez más profundamente, en términos que la agitación de su espíritu se abría paso al exterior por demostraciones que él no era parte en dominar. Poco tiempo después, no pudiendo ya reprimir el estallido de sus impresiones, paróse repentinamente en su asiento de platea, lanzó un grito penetrante y se precipitó, sin sombrero y desatentado, fuera del teatro. Logré alcanzarle en la plaza, donde corría despavorido; y le conduje a casa. Fue menester rodearle de los más solícitos cuidados para devolverle a la calma".

A mediados de 1849 Galindo regresó a Tacna, para juntarse con su familia. Esta se restituyó en breve a la patria; pero aquél permaneció en la mencionada ciudad hasta 1851.

La aventura bruscamente interrumpida de sus amores, pudo entonces, sin obstáculo grave, tocar a un desenlace feliz. Mas, todo induce a creer que, al acercarse a la que tanto había llorado ausente, Galindo la contempló, como dice Moreto:

Sin susto del corazón  
Ni admiración de la vista.

¿Qué había ocurrido entre ambos? No se sabe. Alguien le motejó entonces de inconstante. El aseguró que había experimentado un triste desengaño. Un compatriota le dijo en tono amistoso: "Si hubieses encontrado a tu amada convertida en espectro, hubieras visto en ello el coímo de tu dicha; pero tus ilusiones no han podido sostenerse ante el prosaico espectáculo de una niña risueña, cuyas mejillas supieron conservar su color sonrosado a pesar de haberlas azotado el soplo de la ausencia". Tal vez había algo de verdadero en el fondo de esta chanza. Pero si a falta de mayores datos, pudiéramos considerar este desvío como una vejeidad propia de la juventud, no es lícito dudar por eso de la sincera vehemencia con que se señalaron siempre sus sentimientos; pues todos los actos de su vida confirman lo que él dijo en esta cuarteta:

¿Ves cómo grande el Illimani se alza?  
 ¡Así tan grandes mis pasiones son!  
 Nunca dijo mi labio amistad falsa;  
 Jamás amor mintió mi corazón.

Vejeidad juvenil, se ha dicho; y, a mi juicio, el hecho se relaciona de una manera asaz curiosa con cierta ambición de su fantasía; mejor dicho, fue la consecuencia necesaria de la nueva dirección impresa al espíritu de Galindo por una fuerza naciente, que, partiendo de lo más hondo de su naturaleza moral, debía en adelante, tender a asimilarse todas las sensaciones venidas de fuera, y arrastrar consigo todos los impulsos espontáneos que a su paso encontrase, modificándolos a su manera para darles una forma externa de manifestación. Este agente es el instinto poético que acaba de despertarse en Galindo, y que, mal contento de su condición pasiva de súbdito, pretendía allá en las regiones del alma el cetro de soberano.

Por este tiempo cayó en manos del joven emigrado un ejemplar de la *América Poética*. Este es un hecho importante en la historia de su iniciación poética; pues no cabe duda que Galindo admiró en demasía este jarrón de arcilla extranjera convertida en porcelana indígena, embalsamado con la flor de los trópicos y modelado primorosamente según el gusto moderno por manos criollas.

En efecto, los más antiguos ensayos métricos de Galindo son, sin duda alguna, de esta época; pues no merecen siquiera el nombre de tales, los renglones rimados que en el colegio de Cochabamba solía poner sobre la tapa de sus cuadernos. Pero lo más digno de saberse es, que algunos meses antes de esas composiciones con fecha de 1850, escritas evidentemente a fines de ese año y que pasan ante el público por sus primeros ensayos, ya habían salido de la pluma de Galindo otras tres que, con destino al *Mercurio*, él había remitido a un camarada de Valparaíso, que éste devolvió a su autor, que el autor hizo pedazos en el acto y que no por haberse perdido del todo la memoria de su estructura y sentido, me han permitido asistir con la imaginación a la labor de ese ingenio incipiente en esos días ricos de ensueños, ávidos de gloria y conturbados por rocios huracanes.

Absurdas en su concepción y en su forma, estas tres piezas fueron tres abortos sucesivos de una fantasía delirante, arrojados por el choque de los elementos contradictorios que pugnanaban en el espíritu de Galindo: lucha perdurable, de la que iban a brotar algunos destellos de inspiración lírica, pero de la cual también sacarían su origen lo falso y lo verdadero que se anidan juntos en el fondo de casi todas las producciones del autor.

Con sus lecturas y cavilaciones, Galindo no había hecho hasta entonces sino refinar ese tedio habitual que todos le conocieron y que más adelante describiré. En edad temprana quedó marchito para siempre el fresco verdor de su existencia. La aspiración vehemente hacia las cosas ideales, la sed insaciable de lo infinito, vinieron a devorarlo cuando ya su memoria fatigada, que no su experiencia, sólo podía brindarle miseria, y cuando su imaginación le ofrecía en lejanía un espectáculo sombrío de las cosas humanas. Su alma fue removida hasta el profundo; en un instante mismo levantada y abatida por visiones de una claridad purísima y por certidumbres desoladoras. Y la fiebre moral, con sus fantasmas y crueles angustias, se declaró al punto mismo que se tocaron en el espíritu del hombre el fuego inextinguible de su corazón y las nieves eternas de su tristeza. Entonces la mente se alzó para pintar

este abismo. Dios prestó en esos momentos supremos a su criatura un cuadro sublimé, trazó algunos rasgos informes, sacudido por las contorsiones nerviosas del desvario, y cayó imponente sobre la tela.

Tales fueron, sin duda, las primeras escenas del drama singular que comenzaba a desenvolverse en el interior de Galindo cuando éste tomó a ver a la que fue la primera en inspirarle una pasión: drama cuyas vicisitudes se sucedieron unas a otras aun en medio de los rigores de la adversidad; drama en que entraba a la vez como resorte y como obstáculo el afán incesante y nunca bien colmado de arrancar al arte sus secretos mágicos, a fin de transmitir al mundo los más sentidos y enérgicos acentos del protagonista; drama, en fin, que iba a desconcertar la armonía que debió siempre reinar entre las más altas potencias de su alma, que iba a abatir con sus estragos la personalidad activa del individuo, pero que también hará de éste, por la turbulencia de sus conmociones, una naturaleza eminentemente poética y lírica.

¡El amor! ¿Cuál había de ser ahora el imperio de ese amor que, después de haber surcado el piélago proceloso de la pasión, se avecinaba a las playas serenas del matrimonio?

Motivos sobaban a Galindo para creer a pío juntillas que estaba predestinado a subir en triunfo a la cumbre del Parnaso. El primer fracaso no le desalentó. La América Poética le señalaba ejemplos tentadores. A fuer de soñador sentimental, con haber fantaseado a maravilla, y con haber a su edad vivido de la vida del corazón más que el común de las gentes, llegó a persuadirse de que su alma era morada de peregrinas melodías, santuario vivo de las musas. Acababan de serle revelados nuevos destinos. Algo de extraordinario dentro del pecho, que ya no se contentaba con los tesoros de otra alma carinosa sino que pretende en su avidez abarcar y absorberse el universo entero, exigíale tiránicamente la consagración exclusiva de sus fuerzas en un campo abierto a todo género de impresiones y con el goce de la más amplia libertad. Las blandas lides, el tierno abandono, los anhelos sin alarma, las reflexiones apagando con su soplo los ardores del deseo, los misterios hu-

yendo con sus suspiros ante la realidad que se acerca con sus efectos duraderos, legítimos y obligatorios; todo ese ameno pensil del amor seguro, y próximo ya a secar sus flores para rendir el fruto; todo ese plantel tan bien labrado, tan bien cercado, que en breve será menester cuidar día y noche, fue sin lástima arrancado de raíz por el torrente que bajaba de la montaña, buscando en su gravitación ciega climas desconocidos y otros campos que fertilizar.

Obedeciendo tan sólo a esta impulsión de su fantasía, y a menudo sin curarse de interrogar resueltamente a su propio corazón, o cuando menos, de aguardar el momento propicio para acercarse a él con cautela a fin de sorprender sus espontáneos latidos, el recién iniciado vate se lanzó en cuerpo y alma a fabricar versos gordos y flacos; y desplegándolos a la deshilada o en columnas, paso redoblado o regular según los casos, al son de ataque unas veces, pero más comunmente con cajas destempladas y armas a la funerala, los hizo marchar y contramarchar por mar y tierra en el espacio de más de seis años, y desde los álbumes de sus amigas hasta las márgenes del río Mapocho, y desde el cementerio de Tacna hasta las regiones etéreas de lo infinito.

Esta precipitada incontinencia, ¿es un bien o un mal?

Que el instinto poético es impotente por sí solo para alentar y sostener la inspiración, es cosa que está al alcance de todos, aunque se conceda que su despertar sea vivaz y subitáneo. Para que de simple apetito consumidor pase a ser, como dicen los economistas, agente productor, es menester que el mero instinto se convierta en perenne y activa pasión. Pero en lo que no todos están conformes es en ajustar su conducta a las máximas directivas que de esta verdad se deducen.

En sociedades grandes y que rayan bien alto en civilización y cultura, la especificidad relevante de ciertas dotes en los unos, supedita los meros instintos naturales de los otros, los cuales apenas si lanzan bajo el yugo suspiros ahogados, esparciendo en su primer mañana aquí y allá algunas flores, que el sol de mediodía al punto marchita y aniquila. Mas en esta nuestra civilización rudimentaria de Hispano-América, alborada en

vuelta en sombras y sin astros deslumbradores, las cosas pasan de una manera muy diferente.

En el orden moral apetitos impetuosos nos consumen, y en muchedumbre de casos, ciegos instintos desempeñan entre nosotros el oficio de potencias creadoras. Política, administración, enseñanza, artes, letras, etc., etc., no sin frecuencia son acá otros tantos esfuerzos y yerros de los instintos naturales por satisfacer apetitos del momento. Un sud-americano distinguido decía con sorna un día: "Comienzo a creer que poseo talentos enciclopédicos. He sido militar, diplomático, banquero y poeta. Desafío a Wellington y Metternich, Rotschild y Byron, a ser cada uno entre sus compatriotas, lo que yo, que he valido por los cuatro juntos entre mis contemporáneos".

Por lo demás, no hay que pedir a los instintos inventores, timidez ni modestia; estas monedas de baja ley están excluidas de sus cofres. Ellos jamás hicieron nada duradero; en cambio su altanera arrogancia es eximia en la adoración de sí propia.

El apetito desordenado de alabanza suele acá en América llamar a las puertas del instinto poético; hace saltar a éste en cueros de lecho, y le lleva por calles y plazas alborotando al vecindario y alarmando al directorio de la Casa de Orates. Lo que es la policía, no siempre para mientes en ello. De sobra tiene que hacer con los motines y asonadas, para andar persiguiendo aquello que, en otras partes bastó a extirpar, lo ridículo mismo del caso.

La pueril vanagloria produce estos sofocamientos del cacumen, bien así como en la pubertad ciertas comezones del cuerpo acaban por una erupción cutánea. Pero mucho se engañaría quien creyera que este achaque es en Bolivia peculiar de la juventud pretenciosa y desaplicada, cual acontece en otros puntos de América; porque allí la manía de los versos suele acometer también a hombres graves, en quienes la florecencia primaveral del instinto poético ha muchos años que está ya sepultada, aguardando la resurrección de la carne.

Por estos mismos tiempos que corren vivía en la ciudad de Sucre un sujeto de muy buen sentido, miembro nato de toda

junta codificadora, antiguo magistrado de una alta corte de justicia. Nació, se casó, hizo su testamento y se murió: he ahí su biografía. Su más apurado percance fue un paseo a la ciudad de Santa Cruz, muy divertido ciertamente, pero hecho con custodia y bajo partida de registro. La prosa terrible de su existencia fue una roca de granito, de la cual ni la varita milagrosa de Moisés hubiera podido hacer saltar, no diré una vertiente, pero ni una gota siquiera de poesía. Más en el ocaso de su vida, él dio en la flor de creer que soplaban las musas, y publicó un disparatorio con el título de *Poesías histórico-sagradas para la entretenida instrucción de la juventud curiosa, y Regias o consejos de la sabiduría para vivir con alguna tranquilidad entre los habitantes de la tierra.*<sup>(4)</sup>

A estos ensayos en las musas épica y didáctica viene de añadidura una elegía. Cuando mozo él había oído cantar en los estrados de Chuquisaca, a son de guitarra y clave aquella trova que tanto gustaba al General Sucre y que comienza así:

¿Te acuerdas tú la noche que en el campo,  
Sin más testigo que el espacio azul...?

Y esta reminiscencia fue la chispa poética que allá en su alma inflamó la estopa de sus memorias pasadas. He aquí dos estancias de esa composición lírica, única muestra que de su numen elegíaco ha dejado a la patria el ilustre legista. No se dirá que ellas no tienen las virtudes refrescantes y el agri dulce del tamarindo:

Hago recuerdo que me ví cosido,  
Y cuai fardo en cuero retobado:  
Mas vos, ¡Señor!, me hubisteis asistido

(4) Sucre, 1834. Imp. de Beeche. Un vol. en 8º de más de 100 págs. En las *POESIAS HISTORICO SAGRADAS* contando Fardón sus sueños a Josef, dice (pág. 43) entre otras cosas:

"A esos siete aguileros orossiete,  
Deformes y flacos macilentos  
Cuales nunca se vieron tan hambrientos,  
Que a los gordos comieron cual rosquete."



Porque no fuese del todo quebrantado.  
Me acuerdo por fin que despatriado  
Pasé los días y noches muy amargas,  
Venciendo los peligros y agitado  
En jornadas continuas y muy largas.

¡Oh vosotros jueces, de alzadas y de casación, generales en grado heroico y eminente, obispos y arzobispos! En verdad os digo, velad y orad para que no caigáis en tentación.<sup>(5)</sup>

Por lo que respecta a Galindo, ya hemos dicho que la índole de su carácter era eminentemente poética y lírica. Pero es indudable que no poseía, como dota natural y espontáneo, el arte de la forma para transmitir con claridad y eficacia la emoción estética. Sus ensayos prematuros le hicieron adquirir tal cual destreza en versificar; pero le alejaron del estudio paciente y de la meditación profunda, que desarrollando los gérmenes de su ingenio, le hubieran llevado por un camino, más largo es cierto pero más seguro, a las eminencias en que la mente encuentra sin esfuerzo la fórmula genuina y la imagen sensible de su pensamiento.

A fines de 1851 se decidió Galindo a dejar Tacna para regresar a Bolivia. En tres estrofas a manera de octavas reales que llevan por título **Al partir**, se despidió del pueblo y del monte de Arica, mudos confidentes de sus horas de desaliento y de sus transportes de entusiasmo:

Adiós, morro subilme. Allá en tu cumbre  
Una noche inspirado me sentí;  
Mas mi canción fue triste cual la lumbre  
Que la luna rieñara del cenit.  
Un lamento de negra pesadumbre  
Tras un suspiro alcé... luego gemí;  
Verti, después, de llanto amarga gota  
Postrado ante tu cruz que al cielo invoca.

Adiós, ¡Oh triste pueblo! Ya me alejo,  
Con un recuerdo sólo al alma grato;  
Pero fugaz como el que yo te dejo...

(5) Véase al fin la nota A.

¡Un recuerdo sin dichas y sin llanto!  
De mis pesares con el cruel cortejo  
Hoy de la muerte en pos voy, insensato.  
Doquier buscando un solitario asilo,  
En qué dormir en paz sueño tranquilo.

A la verdad, que cuando se ve a un mancebo de veintinueve años no cumplidos, y que nada ha hecho todavía en el mundo, entonar el *Invideo quia quiescent* del infatigable Lutero, uno quisiera levantar los brazos caídos de este perezoso de la Escritura, sacudirle de hombros y decirle con las palabras famosas de Arnault: "¿No queda la eternidad entera para descansar?"

Cuando divisó el Tacora, el caminante se detuvo para admirar la soberbia majestad de este coloso de los Andes. Levantó hasta él su pensamiento; pero fue para caer al punto en las nieblas habituales de su melancolía.

Mas, aunque eres gigante y altanero,  
Y aunque te muestras cual titán, Tacora,  
Mañana al despertar la nueva aurora,  
Esa tu hermosa diamantina sien  
Mis plantas licilarán, más que tú aitivas...  
Pero después en tu región de hielo  
Con el alma inundada en hondo duelo,  
Derramaré una lágrima también.

¿Por ventura el sol de la patria vertió calor suave y vivificante en las venas de este joven, que se decía decrepito bajo el cúmulo de sus pesares? Sus versos declaran que no: y sería inoficioso señalar aquí el extremo a que llegaron sus declamaciones sepulcrales, así en esta época como en las subsiguientes hasta fines de 1856.

Llegado a su tierra natal no se le escatimaron, sin embargo, ni los tiernos halagos del hogar paterno, de la amistad y aun del amor; ni las floridas márgenes del Rocha dejaron de brindarle sitios risueños y pintorescos, desde donde pudo contemplar juntas en un solo cuadro las cosas de Dios y las cosas del hombre.

¿Quién, que haya visitado Cochabamba, no se la perdió en una tarde de primavera entre las mil vueltas y encrucijadas que

forman los huertos y jardines de ese embalsamado valle de Calacala, que desde la orilla norte del río se extiende hasta las plantas de la cordillera? Tendido allí en la verde grama con la faz hacia el azul profundo del cielo; a su cabecera la arrogante cresta del Tunari teñida de rojo violáceo por los últimos rayos del sol; en frente y a lo lejos el panorama de la ciudad, cuyas cúpulas y campanarios decuellan en grupos sobre los empinados sauces del valle; por donde quiefa el confuso e intermitente rumor de voces, cantos, galopes, ladridos, cornetas que interrumpen el silencio de la naturaleza como para recordar al hombre solitario su misión social: en presencia de esta escena, ¿quién, digo, será el que no olvide por un instante sus tristezas y el infortunio de los tiempos, y no sienta brotar con fuerza en su corazón los gérmenes de esa filosofía alentadora y fecunda, que hace consistir el soberano bien en amar religiosamente el mundo y la vida?

Pero Galindo no conoció esas conmociones fuertes que se nutren del ardor de la existencia, del espectáculo de la naturaleza y de las armonías universales. En una composición titulada *Calacala*, quiso, en vano, pintar con sus esmaltes y colores aquel vergel, y derramar algunas gotas de poesía anacreóntica, rica de bienandanza voluptuosa y de gracia epicúrea. En otros desahucios a que lo arrastró el prurito de la imitación, él sufrirá la pena solo; pero aquí le acompañan otros cantores de la tierra: *parva Comitatus musarum caterva*, los cuales en vez de himnos campestres para celebrar los placeres de Calacala han compuesto compas de carnestolendas, de esas que allá se gritan danzando en rueda a son de pitano y charango. Este es también un cargo contra ciertos jóvenes de talento. Ellos, que tanto han saboreado y ponderado las delicias de ese Edén, ¿cómo es que no han sabido todavía bosquejar con mediano acierto su espléndida belleza? Muy bien pudieran decir de sí propios con fray Luis de Granada: "Somos como los niños que cuando les ponen un libro delante con algunas letras iluminadas y doradas, huelgáanse de estar mirándolas y jugando con ellas, y no ven lo que dicen, ni tienen cuenta con lo que significan".<sup>(6)</sup>

(6) Símbolo de la fe. Part. I, cap. 2o.

Disfrutando a la sazón de algún reposo, y reportada del marasmo en que la sumieran sangrientos y no remotos disturbios, Cochabamba volvía en los primeros meses de 1852 a su actividad floreciente, a su afán por las polémicas, a sus jurados tumultuosos, a su hervidero de celos y amartelamientos, a paseos y cabalgatas, a sus parcialidades militantes de émulos y contraditores, a la deificación del talento y a la idolatría de la libertad. El coliseo abrió sus puertas enmohecidas; llovían las visitas domingueras con frac azul; renacían la charla y el rocambo en los estrados; se organizaba la "Sociedad del buen gusto" para unir las familias en los placeres de la danza, el canto y el trato cortesano; profesores, escritores versificadores y doctores se disputaban la gloria de servir de tema favorito en los corrillos. Eso sí: prescindencia absoluta de la cuestión política. Por lo demás, libertad amplísima para no entumirse dentro de su casa y para agitarse en la calle y darse de calabazadas por lo que mejor plugiere.

Apareció entonces la *Revista de Cochabamba*, y fue uno de sus fundadores.<sup>(7)</sup> Primera de esta forma que aparecía en Bolivia, la mencionada publicación se anunció haciendo un llamamiento a todos los hombres "capaces de producir ideas arias y útiles" en el debate de los intereses materiales, intelectuales y morales del país. Resistiendo a mil tentaciones pícantes y desafiando malévolas provocaciones, la *Revista* caminó derechamente a su objeto; y en medio de las diatribas y algarazas del día, se contrajo a asuntos de vital importancia, disertando en tono circunspecto sobre navegación fluvial, legislación civil, agricultura, enseñanza, historia americana, etc., etc. Al cabo de un paso puso fin a sus tareas, despidiéndose del público en términos sentidos y desconsoladores.

"Cuando el año pasado, dije, emprendimos esta publicación seis jóvenes amigos, creíamos en nuestra inexperiencia que la sanidad de nuestro objeto, sería bien estimada. Pero la calumnia y la mentira han venido más tarde a desengañarnos y a hacer pesar sobre nosotros cargas injustas, que hasta hoy hemos soportado, no obstante, con dignidad y valor.

---

(7) Véase la nota B.

"A pesar de esto, habríamos continuado sosteniendo nosotros esta publicación hasta cumplir para con el público las obligaciones que nos impusimos, si riesgos de magnitud no nos amenazasen al presente.

"Ha visto la nación en este año frustrarse un proyecto de envenenamiento, contra la persona del Jefe del Estado, quien se ha visto después amenazado por otro proyecto de asesinato igual a aquél. Reprobando nosotros en el fondo de nuestro corazón tales crímenes, no hemos alzado sin embargo el grito contra ellos, como los órganos oficiales del gobierno, porque no era del plan de la Revista ocuparse de los hechos políticos de Bolivia. Pero nuestro silencio nos ha comprometido ante aquellos, que creen que el primer deber del escritor es rendir homenaje y tributo al poder nacional".<sup>(8)</sup>

Estas palabras pintan muy bien los tiempos de entonces; pero no los de ahora que son peores.

El afán progresista de 1845 dio pábulo a la actividad naciente de la prensa; pero tuvo como agente motor al Gobierno, y sin dejar tras sí páginas durables, halló muy luego su sepulcro en La Paz, donde había tenido su cuna. La comparsa de sus arengadores y copleros se cansó a poco andar; y como el coro de la comedia de Aristófanes, se ocultó diciéndo: "Retirémonos: nuestro coro ha figurado ya demasiado".

Ramallo no se lo debió todo a esa pacífica agitación. Ella le sirvió solamente de escabel. Cuatro años antes, los viejos del partido restaurador celebraban en Sucre con sus esposas y sus hijas, el grato son de las sinfonías de Tirado y Rosquellas, el segundo escamoteo de poder, que aquella logia de prestidigitadores políticos acababa de ejecutar. El soplo de esas brisas restauradoras prendió los fulgores inciertos y flotantes de la musa de Ramallo.

Al mismo tiempo que Galindo y sus amigos servían de centro en Cochabamba a la actividad propagadora de las buenas y

(8) La REVISTA DE COCHABAMBA forma un tomo de 439 págs. en 4o. y fue publicada en la imprenta de la Unión, 1852.

útiles ideas, las sociedades literarias de Sucre, con menos estrépito, sirgaban pensadamente en el océano político, orillando con cautela sus escollos y haciendo de esta suerte mejor pesca para los estudios sólidos. De esta escuela han salido Baptista, Calvo, Tovar, la Mujía. A ella pertenecerían otros más, si el tiempo no los hubiese oscurecido.

En cuanto a la *Revista de Cochabamba*, su apareamiento no tiene una significación meramente literaria. Siempre será digno de recordarse que una falange de jóvenes, encaramándose por algún tiempo sobre las miserias de una época aciaga, planteó los problemas más vitales y urgentes del progreso nacional, invocó el patriotismo de los hombres pensadores para darles resolución, y pretendió impulsar y dirigir el movimiento de los espíritus hacia las labores fecundas de la paz. Esta iniciativa animosa fue la primera manifestación de la personalidad militante que, por su varonil independencia, comenzó desde entonces a asumir la juventud de Cochabamba en las filas indisciplinadas del partido liberal.

Un rápido viaje mercantil a Chile en los primeros meses de 1852; un destierro pasajero en 53 por haber publicado un canto fúnebre a la muerte del General Ballivián; una corta proscripción en 54 por haber tomado parte en el alzamiento del entonces coronel Achá, dejan ver que Galindo hizo en Cochabamba lo que todos hacían en Bolivia: trabajar poco, aguantar mucho, conspirar demasiado.

La proscripción sin dejar de ser un lamentable revés, fue no obstante la cosa más natural y lógica del mundo.

El destierro por haber hecho versos elegíacos, demuestra que nuestra democracia republicana ha alcanzado ya aquellos hermosos tiempos del Imperio de Domiciano, que Tácito nos pinta cuando dice: "...entonces se levantaba sumaria de cada uno de nuestros suspiros, *quam suspiria nostra subscriberentur*".<sup>(9)</sup> Las amargas veladas de ese destierro dictaron el poe-

(9) JULII AGRICOLAE VITA, S. XLV.

ma titulado el Proscrito<sup>(10)</sup> y muchos artículos para la prensa de Tacna.

En cuanto al viaje mercantil, Galindo, a lo que parece, quisiera entonces hacer también él, un viaje poético, según consta de los versos que derramó en su ruta. Ciertos liricos insignes de nuestros días, notando en el aspecto de algunos lugares analogías o contrastes vivos con los sentimientos de su alma, han solido modular de pasada acentos de un sentido tan profundo, que sin motivo se reputan como la declaración más elocuente de la muda poesía de esos lugares. Pero más de una vez Galindo, al pretender imitarlos, apenas ha hecho lo que esos niños traviesos que, herágameando fuera de la escuela, graban con el cortaplumas su nombre en la corteza de los árboles, y escriben con tiza o carbón letreros en los muros de los edificios.

Lo que acaso ningún otro hacía en Bolivia, y constituya no obstante la ocupación preferente de Galindo, era aquello de tributar culto asiduo a su propia tristeza; grave error, que nos explica el carácter del hombre y los versos del poeta.

Los escritores ascéticos dicen que el más eficaz remedio contra la pena interior, es no amarla; y esta opinión de los médicos espirituales está confirmada en parte por la experiencia. Pero el vate boliviano hizo de su tristeza un dulce hábito, el blasón, el mote y la divisa del hidalgo caballero en los torneos de la vida; la deidad tutelar en tiempos de paz o de guerra, en el festín delante del libro de facturas y en el estrado, donde esa deidad solía a veces convertirse en astuto cupulillo, oculto tras el brusco desdén que aleja y cierta efusión candorosa que atrae. De la pena de Galindo se pudiera decir lo que Marcel sobre la fiebre de Lentino, en aquel epigrama justamente celebrado por su fina ironía, y que pudiera traducirse de esta manera:

"Te quejas y lamentas sin cesar, Lentino, de que la fiebre no te deje en tantos días. ¡Ingrato! Ella visita, pasea, se di-

(10) Un fragmento de ese poema apareció en "El Cóndor" de Cochabamba, número 3, correspondiente al 3 de mayo de 1856. Es la única que se conserva.



vierte y concurre a los baños junto contigo: ella come ostras y hongos, bebe cécubo helado y se embriaga con falernos: viva engalanada y perfumada y duerme sobre plumas y púrpura. Si está tan bien alojada, si está tan bien tratada, ¿cómo queres que tu fiebre te abandone y se vaya a casa de villanos?"<sup>(11)</sup>

Reflejo fiel de esta pasión de ánimo con todo lo que ella tenía de real y antojadizo, fue la colección de poesías intitulada Lágrimas que apareció en Cochabamba el año 1856.<sup>(12)</sup>

Este libro y algunos versos políticos, marciales y patrióticos que aparecieron el año 1860 en La Polémica de La Paz, constituyen todo lo que hasta ahora se conoce del joven bardo en las costas del Pacífico. No tuvo otras obras a la vista don Gregorio Víctor Amunátegui, cuando en 1861 escribió su examen crítico sobre Galindo.<sup>(13)</sup> Ello ha perjudicado no poco a la reputación del poeta. Después, éste ha compuesto algo muy superior y más estimable que todo eso.

Falta de naturalidad en la pintura de los afectos, prurito de imitación, pobreza de fantasía, descuidos métricos y gramaticales; todos los cargos formulados entonces contra el mencionado libro, no fueron, como suele decirse, sino "la pura verdad". Al mismo tiempo se reconoció el nervio y la entonación de ciertas piezas.

Esos preludios no habían sido otra cosa que la intuición confusa de un numen nascente. Eran el sentimiento instintivo del arte, que en su ardor juvenil se afanaba buscando su ruta en el laberinto de la imaginación. Sentimos venir la fuerza; pero ésta no se asoma, ni se despliega, ni nos cautiva. Como las tragedias del viejo Esquilo, esas poesías nos llevan a la contemplación de una ancha y uniforme faz del espíritu. El llanto del

(11) Lib. XII, epig. XVII de la edición Panchoucke.

(12) Un volumen de 226 páginas en 4.º imp. de Quedo. Véase nota C.

(13) Dicho examen apareció por primera vez en la REVISTA DEL PACÍFICO, tom. IV, pág. 78; poco después fue reproducido en los ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE, tom. XVIII, pág. 359; y finalmente formó parte de la obra intitulada JUICIO CRÍTICO DE LAS OBRAS DE ALGUNOS POETAS HISPANOAMERICANOS, un vol. 4.º, Santiago, 1861: imprenta del Ferrocarril.

poeta no es una fuente cristalina en que se retratan con todos sus colores la soledad de la selva, la melancolía de la tarde, el luto funeral de la noche. Es una corriente turbia y sonante que se arrastra entre los escombros y zarzales de un cementerio abandonado, es un chubasco del tormentoso verano que empaña el cielo sin limpiar la tierra, dejando en nuestro ánimo la amarga desazón que trae siempre consigo las alteraciones repentinas de la atmósfera.

Si la regla acerada de la crítica ha caído sin lástima sobre esas frágiles estrofas, culpa es de los que sin mayor discernimiento llevaron a cabo una publicación inmadura. La crítica ha tenido por esta causa que internarse en la muchedumbre de los defectos para dar con algunas bellezas, bien así como el conquistador español buscaba en la Florida la fuente de la juventud entre riscos y eriales. Ella arrojará del altar muchos vasos pintados y flores de mano; pero quedarán algunos frescos lirios balanceándose con gentileza en sus toscas macetas de greda.

Pero si en la pintura de su inveterada pasión de ánimo, Galindo no acertó ni con mucho a emplear los símbolos naturales, expresivos, simpáticos, fuertes, que requiere el ardimiento lírico, no por eso es lícito concluir, al igual que no pocas personas rectas de fuera y dentro de Bolivia, que la carcoma de su tristaza no existió en realidad, sino que antes al contrario fue un tema convencional para versificar según la común manera romántica de entonces.

Fiel cronista de esta noble y contrastada existencia, ¿no me será permitido caer en una digresión, para vindicar la memoria y contar, como el viejo romancero, las cuitas secretas de este apuesto adalid, que en tierra de moros, entre pronunciamientos y tiroteos, vivió siempre cautivo de la eterna belleza y del amor a las musas?

Contestes en afirmar la existencia del hecho tantas veces mencionado en estos apuntes, testigos oculares y fidedignos discrepan no obstante, sobre la verdadera causa.

Galindo bajó al sepulcro llevándose consigo el secreto de su oculta e incurable dolencia, y acaso sin haberlo nunca penetrado él mismo.

Pues conviene advertir que aquí no se trata de los rigores de la suerte, ni del infortunio de los tiempos, ni del tormento de las pasiones, ni de la inquietud inexorable y mal contentadiza del corazón humano, ni del humor melancólico engendrado por ciertas enfermedades, ni de los que gimen bajo el peso del dolor real, ni del *toedlum vitae* de los antiguos, ni de esa crisis pasajera de la juventud que Chateaubriand llama con gracia lo vago de las pasiones.<sup>(1)</sup> ni del hastío que persigue a quien buscó el deleite para mortaja de sus difuntas creencias. Estos y otros males frecuentes pertenecen al común patrimonio y deben mirarse como efectos necesarios de causas ya conocidas.

Hay una pena congénita y habitual cuya íntima naturaleza es todavía un misterio. El mal moral es verdugo de una perversidad tan ingeniosa y refinada, que en su encarnizamiento contra la humana condición, ha inventado para ciertos hombres un suplicio aparte, donde secretamente o bajo engañosas apariencias son torturados sin tregua ni piedad algunas almas de generoso aliento. Hay un licor amargo que nos viene de fuera destilado por las cosas, y hay otro que mana espontáneamente del propio corazón. La historia y la filosofía nos enseñan algo de muy importante acerca del primero, pero los escrutadores más perspicaces de las profundidades de la conciencia humana, poco, muy poco, nos dicen del segundo. Son ciertas revelaciones vagas de los poetas las que a este respecto paran nuestra atención, haciéndonos pensar seriamente sobre lo que hemos notado en otros o sentido dentro de nosotros mismos.

¿Cuál es la faz o repliegue del alma, si es permitido hablar así, donde se localiza esta sensibilidad maligna? ¿Es nativa en el temperamento de ciertos individuos? ¿Qué género de impresiones o circunstancias externas las encuentran y desarrollan?

Cuestiones son éstas cuya dilucidación suministraría abundante luz al moralista y al crítico. Por de pronto, y entre varias ventajas de un orden más elevado, se reportaría esta otra: que

(14) GENIE DE CHRISTIANISME, part. II. Lib. 3º, cap. IX.

con mejor criterio, tal vez seríamos menos zumbones y más caritativos con algunos poetas de esta joven América, cuya vida social es tan ruda, tan inexperta, que causa extrañeza ver que alguien se queje aquí de desazones sin motivo visible, propias más bien de sociedades muelles, degeneradas o decrepitas.

Entretanto, no se pueda negar que aquella insólita afección existe, y que es una de las que suelen aquejar a la naturaleza humana. A mi juicio, Galindo fue de ella un ejemplo.

El mal es al principio una dolencia poca aguda; pero haciéndose con los años crónica, acaba por contaminar todas las fuentes de la sensibilidad interna, acompañando sin descanso a la víctima hasta el sepulcro. A nuestro lado suelen pasar algunos de estos hombres de espíritu doliente, sin que reparemos en ellos. ¡Cuántos habrá que tras la indiferencia de una serena y taciturna apatía, esconden la desolación inexplicable de su alma!

En vano es dejarse llevar por los seductores consejos de Fray Luis de León y de Rloja. Los placeres del campo, el retiro de una vida modesta, son ciertamente un puerto de refugio en el mar tempestuoso del mundo, pero no un asilo de sanidad para las íntimas dolencias. Al desgraciado que ya lleva en las entrañas la llaga de que vengo hablando, no le valen la quietud de la conciencia, la sobriedad del corazón, la guarda de los sentidos. Esta secreta tristeza es un gusano roedor, que acechando el momento en que duermen en paz las pasiones y reina un profundo silencio en el alcázar del alma, se desliza cautelosamente por el muro al través de alguna brecha o resquicio; penetra en las augustas moradas, desentraña, remueve y enturbia cuanto pueda haber allí de misérable o pernicioso, e incapaz de causar por sí solo mayores estragos, introduce por donde quiera la alarma y la inquietud. Pero que suceda al reposo el tumulto de las pasiones, y al punto, o ya no hacen mella las lastimaduras del mal, o éste desaparece aguardando un momento cualquiera de recogimiento en el espíritu para ejercitar de nuevo su pérfido aguijón. Que sobrevengan los cuidados graves o el dolor, y entonces el escondido tirano suelta sin esfuerzo su víctima, abandonándola gustoso a la dureza y

crueldad de la suerte: abrazo seglar que hiere y mata a las claras, sin distinción de fueros.

Pacientes hubo que se refugiaron en el jardín de las musas. Pero según una ingeniosa alegoría del libro de los **Consue-  
los**, el sabio cuanto infortunado Boedo consintió que aquellas fuesen expulsadas de su lado, cuando le rodeaban solícitas en el calabozo.<sup>(15)</sup> Lo que es Gallindo, quiso hacer de la poesía a la vez néctar, bálsamo y maná. Desdeñó siempre lo útil por buscar en donde quiera y amar exclusivamente lo bello. Como antídoto específico contra la tristeza, las delicias poéticas llevan oculto un vicio radical que las convierta en veneno: la imposibilidad de poseer lo bello. A los incautos que se abandonan sin tasa ni medida al culto de la belleza, era de aconsejarles que leyeran la página admirable, donde Mr. Jouffroy pinta los estragos terribles de esta pasión serena, inocente y dichosa en apariencia.<sup>(16)</sup>

No mucho tiempo antes de su muerte, describiendo en una cierta camilona de partidarios políticos y de estadistas, decía entre otras cosas el ilustre poeta boliviano Cortés:

"... Llególe su turno al café de Yungas y a la ideología. Entonces el dueño de casa habló sobre la Independencia y equilibrio de los tres poderes públicos; otro se expresó contra el alma de los brutos; uno a mi lado, que se quejaba de una feroz calda de mula, opinó porque se arbitraran fondos para componer los despeñaderos que hoy se llaman caminos en Bolivia, "a fin, agregó, de que los representantes del pueblo puedan llegar con piernas al lugar de las sesiones". Alcérme aquí para observar que aquello de fondos, despeñaderos y piernas se avenía mal con las elevadísimas cuestiones tratadas por los prebrindantes. El de la calda convino en ello, y peroró entonces sobre la misión social del maestro de escuela. Gallindo estaba sombrío como un convento; puesto en el caso de hablar, disertó sobre la diferencia entre lo temporal y lo eterno".

(15) BOECIO DE CONSOLATIONES PHILOSOPHIAE, lib. prim. § II. Puede consultarse la elegante traducción francesa, en prosa y verso, de Mr. Louis Judicis de Mirandol. París, 1851, Hachette y Cie.

(16) COURS D'ESTHETIQUE, cinquième leçon.

Aun suponiendo que todo esto no sea real, sino una sátira en forma, muy certera, contra los que allá se llaman **hombres de principios** (entre los cuales figuró el mismo Cortés) es indudable cuando menos, que, en lo que a Galindo atañe, por entre los hábitos mundanos y gustos galantes del joven bardo, el malicioso narrador había quizá columbrado tal cual tendencia hacia la calma o hacia la vida devota.

¿Habría hallado la paz allí?

Úlceras mortales han sido curadas radicalmente en las aguas maravillosas de la religión cristiana. Tal vez el peso omnipotente de una creencia o disciplina absoluta, hubiera sepultado para siempre en el pecho de Galindo las inquietudes de su alma. Una aspiración de celeste júbilo hubiera sido quizá el epítafio de su melancolía. Lo dudo, no obstante. En lo interior de la vida mística o devota uno se encuentra a solas consigo mismo, frente a frente con su pena original. El hombre es allí triste o alegre según su carácter. San Juan Crisóstomo cuenta la historia de un joven cenobita, Stagiros, acosado, abatido, aniquilado, anonadado, dilacerado, devorado, ultimado por la tristeza.<sup>(17)</sup> "Allá donde el cristianismo no lleva la paz, lleva la inquietud y deja clavado el puñal en el corazón", dice un autor profano.<sup>(18)</sup> Abro la *Imitación* y leo: "Cuando el hombre quisiera ser más espiritual, tanto la vida le será más amarga; porque sentirá mejor, y verá más claro los defectos de la co-

(17) En los libros sobre la PROVIDENCIA se habla de Stagiros y su melancolía. No conozco ninguna traducción francesa o castellana de esta obra, donde, a lo que parece, se sondea con profundidad una llaga moral, que es muy común en los tiempos modernos. No tengo a la vista la traducción latina del P. Montfaucon, de la edición de los benedictinos. Ignoro si Dübner habrá dado la versión de dichos tres libros en el segundo tomo de su *SANCTI JOANIS CHRYSOSTOMI OPERA SELECTA*, (Paris, tip. del Instituto de Francia), cuyo primer tomo salió en 1861, para formar parte de la famosa BIBLIOTHEQUE DES AUTEURS GRECS de Fermin Didot. Me atengo a fragmentos sueltos citados por autores modernos y al sumario expositivo de Tillemont en sus *MEMOIRES POUR SERVIR A L'HISTOIRE ECCLESIASTIQUE*, tom. II, art. X.

(18) SAINT BEUVE, *Causeries du lundi*, "Chateaubriand romancier et amoureux".



rupción humana".<sup>(19)</sup> Los cuasi-suicidas de cierto romanticismo puritano de nuestros días, ya no se matan como en las novelas y dramas de la escuela exagerada; pero exclaman en sus accesos de desesperación, ni más ni menos que Santa Teresa en un transporte de sublime esperanza: "¡Oh vida, enemiga de mí bien, y quién tuviese licencia de acabarte".<sup>(20)</sup>

Las dichas de la vida son un río cuya corriente es seguida por la muchedumbre afanosa de los alegres de corazón. El hombre triste camina solo y cabizbajo a lo largo de la ribera. Su pena es la pena del que queda mientras los demás se alejan para recorrer nuevos horizontes.

Nada hay comparable a la dulce gravedad que imprime en el carácter este quebranto, cuando sus sombras vagas no llegan a empañar la serenidad de la inteligencia ni la sencillez del corazón. La tristeza habitual es de suyo inofensiva y tímida; no es raro verla reposar en brazos de una tierna benevolencia. Pero ¡ay del temerario que atiza su propia tristeza! Porque cuando ésta se asocia con la saciedad y el remordimiento; cuando se junta con el orgullo, la impaciencia, la duda u otras agitaciones del ánimo contemplativo; cuando sube con la razón a los dominios del pensamiento pretendiendo resolver allí el enigma de nuestra existencia o asomar la vista al abismo impenetrable de nuestro destino, el espíritu experimenta vértigos terribles; y entonces ¡adiós, oh fiel, inocente y suave tristeza! que aquí ya vienen la irónica amargura, la negra melancolía, la desesperación, desencadenando todas sus furias y ocasionando convulsiones violentas en la naturaleza moral del hombre!

Y es así cómo, a mi juicio, de la fermentación de aquella pena oscura y sin nombre, dimanar muchas de esas otras que el análisis sutil de la crítica ha señalado con calificativos diferentes. ¡Tristezas ilustres, de que la historia recuerda algunos ejemplos y el arte algunos tipos ideales, muy afamados!

Es fácil conocer, que ese malestar pasivo no puede por sí solo servir en los cuadros de la poesía sino para una conta-

(19) IMITACIÓN DE JESUCRISTO, lib. prim. cap. XXII, S. I.<sup>a</sup>

(20) EXCLAMACIONES, S. XVII.



nanza a medias tintas, o a lo más, para un suave claro y oscuro que nada quite al tono y armonía especial de la composición, a la osadía del dibujo, la gracia de las figuras, a la variedad del colorido. Aun cuando, como Young, se ponga al servicio de ella una fantasía vigorosa, se habrá de caer sin remedio en lo falso y en la exageración, que fue lo que a Galindo, sin otros títulos valaderos a la originalidad aconteció en muchos casos.

En 1857 se publicó anónima en Cochabamba<sup>(21)</sup> una pieza intitulada *El Pabellón*, que, entre varias de Galindo que aparecieron después de *Lágrimas*, demuestra un verdadero y muy estimable progreso en el arte de expresar con eficacia las pasiones del ánimo.

Antojósele un día al Presidente Melgarejo decretar el privilegio exclusivo de enarbolar en su palacio el pabellón nacional. De los listones de éste se habían de formar en adelante tres clases de banderas de un solo color, cuyo uso en las fiestas cívicas se repartiría entre los edificios particulares y las oficinas y establecimientos del Estado. Esta extravagancia del despotismo hará sin duda sonreír desdeñosamente a la posteridad; pero la generación desposeída apenas pudo en los primeros instantes reprimir un sentimiento de profunda indignación. Las ya citadas octavas de Galindo son una protesta enérgica y elocuente de tamaño desecato, el desahogo impetuoso de una saña tan justa como patriótica.

Con oportunidad ingeniosa y con robusta entonación, el poeta cuenta en las cinco primeras estrofas el origen de la nacionalidad boliviana, y recuerda como Bolívar mismo designó y plantó solemnemente en la cima del Potosí, este pabellón, sellado con la sangre de tantos mártires, malla impenetrable de la patria en los combates, lábaro de la libertad sagrada. Iris de paz y nuncio de victoria y hoy...

Despedazada vela que naufraga  
Al furor de contrarios aquilones.

(21) REFORMA, núm. 5, correspondiente al 4 de mayo.

Y es aquí justamente donde estalla toda la Imaginación del poeta:

¡Oh mano impía! La rasgada enseña  
De tantas glorias y victorias tantas,  
Patriota el corazón, noble desdén,  
Que ya no es digna de ocupar la planta  
Roto girón que nada al alma enseña  
Ni le recuerda sus memorias santas,  
No es pabellón, ni enseña, ni bandera,  
Ni aun divisa de imbéciles siquiera.

Pobre cendal de ínclito estandarte,  
Escoria vil de pabellón grandioso:  
¿Dó está el pondón que tremolara Marte  
En los campos triunfales, ardoroso?  
Harapo ruín que un déspota reparte  
En pedazo tan ruín como afrentoso:  
No es ya la insignia santa, inmaculada,  
De toda alma patriota venerada.

¡Oh! Si no hay voz que enérgica levante  
Sus ecos en reclamo de tal mengua,  
En las bordonas do mi laúd puante  
"Reparación!", ... exclamará mi lengua.  
Y si a los ecos de mi voz, delante  
Alguien avanza y nuestra infamia amengua,  
Con voz terrible, unísono y fuerte  
Bolivia exclame: "¡Maldición y muerte!"

Los partidarios de la sobriedad exquisita en las formas privilegiadas de la poesía, quisieran tal vez aquí más arte y primor. Pero que estos leales escuderos del blasón de las musas que perdonen en este caso mi apego a la desenvoltura democrática. Esta ruda franqueza, esta pasión tribunicia, esta varonil lisura en el decir, esta escoria vil de pabellón grandioso que es de una osadía incomparable, este algo persuasivo y penetrante que es el espíritu de toda la pieza que me ocupa, no son el eco trivial de una comunidad o localidad cualquiera, ni el clamor motivado pero transitorio de un bando político, sino un acento verdadero y profundo del corazón humano.

Cuando uno ve que de esta manera Galindo, dejando por un instante de remar en las aguas territoriales de Zorrilla, Espronceda, Donoso Cortés y de la América Poética, se lanza con intrepidez a alta mar para voltejar allí a rumbo fijo; cuando uno ve que a despecho de las inclemencias del tiempo, comienza ya como a pintar la madurez de su ingenio, y que esta pesada y complicadísima máquina del lenguaje, se convierte de repente entre sus manos en fiel y dócil instrumento, se ocurre naturalmente preguntar: ¿qué dirección saludable imprimió a su espíritu la revolución popular de 1857, que conmovió a la sociedad entera y llevó a la suma del poder al partido de Galindo, brindándole la ocasión de cumplir sus brillantes promesas?

No es mi ánimo acusar ni condenar aquel nuevo orden de cosas, pero es lo cierto que la dictadura absoluta que sucedió a las formas constitucionales y apaciguadoras del gobierno anterior, ni trajo en cambio al poder un plan preconcebido de política, para hacer converger los elementos dispersos y discordantes de la actividad social hacia la unidad, que por ahora es el afianzamiento del orden público; ni buscó su sostén en alguna nueva combinación de medios que no fuesen la fúnebre rutina de los destierros y fusilamientos que entonces como siempre, constituyeron al Gobierno en azote de los vencidos, a éstos en pesadilla constante del Gobierno, y a los hombres independientes en tímidos espectadores, o partidarios morosos, o solapados enemigos. La historia tomará más tarde en cuenta los obstáculos, absolverá a muchos hombres bien intencionados, mencionará algunas nobles virtudes, hará justicia a cierto sentimiento de decencia y de honradez que caracterizó al Jefe del Estado, a algunos de sus inmediatos consejeros y a no pocos de sus partidarios; pero también confirmará el hecho que importa consignar aquí; y es que, lejos de elevar el nivel moral de los espíritus, ese régimen prosiguió la Vieja tarea de abatir la dignidad humana, imponiendo al partidario la sumisión sin límite y fulminando contra los enemigos del ultraje.

Galindo fue uno de los partidarios más sinceros y desinteresados de la dictadura, sirviéndola desde un principio en el puesto de jefe de sección de una de las secretarías de Estado. Ni desdeñó, en su defensa, ocupar las columnas de la Polémica,

gaceta ministerial, para ataques violentos y personales. Más tarde, cuando la dictadura cayó, Galindo cayó también con ella y cayó para siempre, no buscando jamás fortuna ni en los conciliábulos ni en las antecámaras de los gobiernos posteriores.

Pero ya que las cosas de la época no le ofrecían nada grande ni aventajado, capaz de ensanchar su mente y levantarla hasta la perspectiva de los horizontes del arte, el amor, a lo menos, hizo vibrar con intensidad y fuerza su alma generosa, dictándole una queja verdaderamente sentida y elocuente, y alentándole para escribir un poema sobre la mujer: empresa temeraria, concebida años atrás, puesta desde ahora en ejecución.

Causas y eventos que no es del caso referir, dieron a esta nueva y última pasión amorosa de Galindo un término a la verdad muy poco lisonjero. Cuánto sufrió entonces su alma, declaró un autógrafo inédito, escrito con mano temblorosa en la noche del 8 de agosto de 1859, y que tengo en este instante a la vista. Es una Plegaria de versos heptasílabos, de dos en dos a la manera de alejandrinos castellanos.

Lisias compuso con esmero un discurso y se lo llevó a Sócrates, empeñándole a que lo recitase como defensa ante sus jueces. El filósofo leyó con gusto la arenga; pero devolviéndosela al joven retórico, le dijo: "Si me hubiesels traído unas zapatillas de Sycyone primorosamente trabajadas y hechas en mi pie, las hubiera rehusado igualmente, porque su uso no sienta bien a un varón".

La viril energía que echaba de menos Sócrates en la arenga de Lisias, no escasea ni con mucho en la Plegaria de Galindo, la cual es más bien elocuencia que poesía; pero el arte del estilo, en que tanto se esmeró el orador griego, deja algo que desear, atenta a la naturaleza del caso, en la deprecación del bardo boliviano. No puede uno leer sin conmoverse estas quejas de un alma hondamente atribulada; el hombre pinta aquí la verdad real de su amargura con tosco pero vigoroso colorido; nada ciertamente más patético, ni más íntimo, ni que más persuada a la compasión. Pero el lirismo puro puede ir todavía más lejos cuando sabe usar el dialecto escogido de las musas, esa flor de lenguaje que no se contenta con transparentar el

fondo mismo de lo que uno siente en realidad, sino que, a virtud de una confusión misteriosa de la sustancia estética y la forma, convierte el himno lírico en aquello que pudiéramos llamar "la cristalización de la belleza ideal en el arte". NO es ésta una censura: Tratando de discernir la índole del placer, que indudablemente causa con su lectura la citada pieza, formulé una observación, que así como recae de lleno sobre todas las poesías de Galindo, es aplicable por más de un concepto a la líra hispano-americana en general.

La Mujer es un poema lírico escrito en variedad de metros y que consta nada menos que de tres mil seiscientos sesenta y cuatro versos. Mientras permanezca inédito estará al abrigo en puerto seguro; pero una vez lanzado a la publicación, es de temer que no logre atravesar airosa la mar del olvido y que naufrague en ella sin remedio: Cautela fuera en los deudos del autor el desmembrar de este embrión literario algunos fragmentos dignos de conservarse y ser notados: pues muestran vigor natural y cierta efusión tan calurosa y vehemente, que, a no dudarlo, brotó sin esfuerzo de una fértil vena poética. Consienten de buen grado esta sustracción la naturaleza lírica del poema y la falta de inventiva en su asunto, esto es, la ausencia de una idea dominante que sirva como de punto de mira a la unidad, y a cuyo desenvolvimiento concurre el conjunto armónico de las diversas partes. Si tal no se hiciera, el caso corre riesgo de semejarse al del navegante avaro, que pereció con todas sus mercancías por no haber querido en la tormenta aligerar el barco.

Afecto dominante fue en Galindo el amor filial: El cariño que sintió por su madre, sobre todo, tuvo asomos de verdadera pasión. Esta fue siempre en él una nota íntima y profunda, cuya sonora vibración subió a menudo de las ternuras del alma a las fantasías de la mente, transformándose en numen que busca en el ritmo el arte y su ideal: El más notable de esos trozos de La Mujer, arriba aludido es el siguiente, con que Galindo interrumpe el asunto del poema para dirigirse en tono Invocatorio a su tierna y piadosa madre:

Genio inmortal, que vívido y ardiente  
 Un porvenir para el mortal augura:  
 Alma sublime, cariñosa y pia,  
 Alma llena de amor... ¡oh madre mía!

Permite al pobre y desdichado vate  
 Que al invocar tu nombre se arrode,  
 Y la grandeza de tu ser acate  
 Y ante tu santa majestad se humille:  
 Deja que en himnos de piedad dilate  
 Su corazón, y en sentimientos brille;  
 Y así será este cántico la prenda  
 De su cariño, y de su amor la ofrenda.

¡Santa mujer! Encarnación viviente  
 De la madre de Dios sin mancha y pura;  
 Espíritu del bien, que eternamente  
 De la existencia en el cenit fulgura;

Deja que en triste, más sentido canto,  
 Tus amarguras y tu amor proclame  
 Y que piadoso y en filial encanto  
 Con los quejidos de mi voz te llame.  
 Yo regaré tu nombre con mi llanto  
 Por más que en él mi vida se derrame  
 Y en la honda sima de la tumba fría  
 ¡Bendita seas! clamaré, alma mía.

A ti del alma adoración cristiana,  
 Cuyo amor ha surgido entre dolores;  
 A ti, que siempre de la vida humana  
 Me ofreciste por bien las bellas flores;  
 A ti, primer cariño de mi vida,  
 A ti vuelvo hoy mi vida entristecida.

A ti te envío las vivientes notas  
 De mi filial ternura reverente;  
 Las cuerdas de mi lira no están rotas,  
 Aun tienen para tí verso candente;  
 Hondas y tristes armonías ignotas  
 Que te mando en las alas del ambiente:  
 Efluvios de un amor y una ternura  
 Que en su crisol, el tiempo más depura.

Mi vida es una tarde silenciosa,  
 Sin celeste ni luz, pálida, triste.  
 Que en la de ayer idealidad lujosa  
 Murió la luz de la esperanza hermosa,  
 Y el alma melancólica se viste  
 Con el crespón de las acerbias penas  
 De amarga hiel y de ponzoña llenas.

Hay en lo más sensible y más oculto  
 Del corazón una mortal herida;  
 Y a una memoria triste y dolorida:  
 Memoria cruel, cadáver insepulto  
 Que en las angustias llevo de mi vida,  
 Y que en la horrible y sanguinosa liaga  
 Su tétrico esplendor jamás apaga.

Abre el santuario de tu amante seno  
 Para guardar allí mis pensamientos;  
 Tú los despojarás de su veneno  
 Enviándolos al cielo en tus lamentos;  
 Porque ellos son la ofrenda con que lleno  
 El corazón está de sentimientos,  
 Y han menester las alas solamente  
 De una esperanza divina y ardiente.

El sentimiento verdadero está aquí de manifiesto, y su rústico desenfado se muestra con viveza en el ropaje del estilo, y hasta en la suavidad balbuciente de la entonación.

Los años que han seguido al golpe de Estado de 1861, son sin disputa los más sangrientos, desastrosos y nefandos de Bolivia. Durante ellos han recibido golpe de muerte la instrucción pública, el poder del talento, el ascendiente del mérito, el estímulo por los estudios, la alición a las letras. Sus compromisos anteriores, sus convicciones políticas y sus deberes de ciudadano, no hacían a Galindo extraño a las turbulencias del día; antes al contrario, todas las veras de su corazón pendían de estas cosas de la patria atribulada, de este dilaceramiento convulsivo de sus entrañas, que tanto se avecina a la descomposición del cuerpo social. Mas no por eso flaquearon su amor a la poesía y su gusto por las letras.



Constantemente fue en Cochabamba, centro conocido de conversación para tratar de las cosas del espíritu y de los intereses generales, voz ilustrada que se alzó en cualquier tiempo para patrocinar las exigencias del progreso moral e intelectual del país: especie de corredor literario que lleva, trae, da, pide, presta, cambia, lee y comenta en los corrillos, libros, opúsculos, revistas y periódicos de amena lectura: divulgador infatigable de la poesía flamante de ultramar, que lee en Víctor Hugo: "El hombre es una lágrima del destino", y se enamora de la peregrina del concepto, y no piensa en otra cosa todo el día, y busca a sus amigos para hacerles partícipes de su admiración, y no descansa hasta juntar un coro de admiradores. Los primeros rudimentos de la literatura boliviana deben a Galindo importantísimos servicios. Iniciador y sostenedor de diversas publicaciones, viósele más de una vez estimular a noveles rimadores, a periodistas de ocasión y a tribunos improvisados, distribuyendo aplausos y consejos con prodigalidad indiscreta. En éste como en otros puntos, le guiaron siempre su buen corazón y el espíritu literario. Y ya se deja ver, que aquí en el elogio va envuelto el vituperio; pues, a la vuelta de este entusiasmo y afán, es cosa averiguada que en tratándose de la propia y de la ajena heredad, más que de la buena simiente y del guano que fertiliza, se curó de la más pronta y abundante cosecha. Ovidando que ante todo "las letras tienen amargos las raíces, si bien son dulces sus frutos".<sup>(22)</sup>

En la esfera de sus afectos íntimos se trabó durante sus últimos años una porfía de la cual pudieran ser un resumen estos versos admirables del poeta latino:

Odi et amo: Quare id facian fortasse requiris?  
Nescio: se fieri sentio, et excrucior.<sup>(23)</sup>

"Amo y odio a la vez — ¿Cómo es eso? acaso diréis — lo ignoro; pero yo lo siento así, y es un tormento".

(22) SAAVEDRA FAJARDO. *Idea de un Príncipe político-cristiano* Empresa V.

(23) CATULO. Oda LXXXV, en la colección de Mr. Nisard.

Nadie ignora que este estado moral es perfectamente poético y muy ocasionado a la inspiración lírica. Pero Galindo prefirió alejarse más y más de la fuente viva que llevaba dentro de sí propio, ¿para qué? Para perderse en las frágiles veredas de la imitación, por donde tanto gusta merodear la generalidad de los poetas bolivianos.

Cierta escuela de imitadores con mucha gramática y ninguna espontaneidad, cuyos caporales se pudieran señalar con el dedo acá en la América, trabaja sin descanso, en la redoma del arte métrico, helados de canela y garapiña de grosellas francesas para consumo de las damas. Llenan los álbumes y las gacetas y birlen en buena hora todos los gajes de la profesión; pero sepan estos rimadores de la culta insipidez que nada tienen que ver el arisco y desaliñado Galindo, cuyas imitaciones, algunas veces frías, tienen más comunmente viveza, calor y cierta fragancia mixta, semejante a la de esos ramilletes de flores naturales, que el mal gusto tuvo el capricho de perfumar con filtros y esencias.

Entresacando de todas las poesías de Galindo las estrofas en que ha encontrado la expresión verdadera de un pensamiento bien concebido, se pudiera formar un mosaico sobremanera curioso de ver.

Puestos en consideración tiempo y lugar, una sola de esas estrofas sería título suficiente de gloria.

De todas las poesías sueltas de la segunda época, esto es, posteriores a la publicación de *Lágrimas*, se pudiera formar otro tomo tan voluminoso como el primero. Tengo a la vista sólo las principales.<sup>(24)</sup> Una crítica indulgente y bien contentadiza concedería el peso de unas seis; pero una crítica estricta y rigurosa daría su aprobación tan sólo a tres: *El Pabellón*, *Plegaria*, *En la muerte de la señorita Benigna Terrazas*.<sup>(25)</sup> Esta última es una sentida elegía, donde campea una versificación en su mayor parte limpia, sueita y armoniosa.

(24) Véase la nota D.

(25) *PATRIA* de Cochabamba, N.º 3, correspondiente al 16 de junio de 1864.

En cuanto a las poesías de la primera época, sé decir que a mi juicio, el cual no puede ser ya más severo, son dignas de figurar en el parnaso hispanoamericano unas diez.

La memoria de Galindo no será jamás desatendida ni olvidada en su patria. La intensidad manifiesta de su vida interior se brinda al análisis moral y a observaciones tan útiles como curiosas. Alma templada maravillosamente para sentir el dolor, sin fuerzas para domarlo, las hubiera tenido quizá para erigirle con la poesía un trono delante de los hombres, si hubiera aprendido al arte de bien decir ese dolor. En las obras de este talento incompleto, contemplará la juventud boliviana los estragos de la imitación, y verá cómo hay casos en que es indispensable tributar culto reverente, apasionado y casi pagano a la forma. Patrota esclarecido, logró a lo menos la dicha de sacar de los lodos políticos limpia su reputación, y le tocó morir fusil en mano por haber peleado en defensa de un Gobierno enemigo; pero que era el Gobierno legal de la República, el único reconocido por la Constitución que se habían dado a sí mismo los pueblos.

## NOTAS

### (a)

I. — Hay fundados motivos para creer que el doctor don Mariano Serrano, Presidente Interino de la República, magistrado de la Corte Suprema, Plenipotenciario, etc., etc., es autor de un opúsculo en verso intitulado: **Cantos consagrados a S.E. el Presidente de Bolivia, Restaurador de la Patria y vencedor en Yanacocha**. Impreso después en Arequipa (1836); este opúsculo es hoy rarísimo. Puede verse en el intérprete de Santiago Número 7, correspondiente al mes de julio de 1836, un extracto de él.

En la invocación dice el poeta:

¡Oh! nunca, nunca la voz mía  
Cante, propale, chiste  
Elogios del que inviste  
Negras insígnias de la tiranía.

Dirigiéndose más adelante al **Presidente de Bolivia** dice:

Dulces recuerdos de la bella Lima  
De esa Georgía grata  
Que el Paraíso retrata  
Y tus servicios altamente estima  
Súbitamente vuestro pecho asaltan  
Hieren, conmueven, perturban, exaltan.

Hablando de los preparativos de defensa del peruano contra el Invasor boliviano, dice:

Tanto ruido, tanto estruendo y estallido...  
Artillería, banderas, fusiles...  
Y prende atrevido al mayor Rubina  
El leal muy noble y sincero Orbegoso...  
¡Bolivia viva! Carga bayoneta.

El doctor Serrano fue, además el que redactó el acta de la Independencia de Bolivia, documento que comienza así:

"Lanzándose furioso el León de Iberia desde las columnas de Hércules hasta los Imperios de Motezuma y de Atahualpa, es por muchas centurias que ha despedazado el desgraciado cuerpo de América y nutridose de su sustancia..."

II.— El doctor don José Manuel Loza, Vocal de la Corte Superior de La Paz, Cancelario de su Universidad, Codificador de la Nación, Ministro de Instrucción Pública, etc., etc., ha publicado varios opúsculos literarios. Acerca de ellos y de este señor me ocuparé al fin de esta nota.

III.— Don Mariano Sañas, antiguo empleado de la Casa de Moneda y del Banco de Rescatos de Potosí es autor de los opúsculos siguientes:

No me olvides, o la memoria de un amigo. Potosí, 1838, 12º Primer cuaderno.

No me olvides, etc. Potosí, 1838. Segundo cuaderno de 112 páginas.

Inscripción puesta al frente del **Primer cuaderno**:

Al presentarte estos versos  
 Tu amigo sólo te pide,  
 Que aunque la tumba le oculte,  
 Que tu amistad no le olvide..

Las siguientes líneas se leen en la dedicatoria del segundo cuaderno:

"... Usted, noble amiga, que siempre ha manifestado mucho gusto por la poesía, espero que encontrará el mismo agrado que yo al leer los buenos versos que he copiado; mas no sucederá lo mismo cuando usted recorra aquellos que, como hijos de mi afición estéril a las musas, son fríos, carecen de las pinturas de la imaginación, de las hermosas flores del arte, de aquella sublimé invención que caracteriza al genio. Yo he tenido el atrevimiento de afear con ellos esta miscelánea por... Acaso ya conoce usted por qué, y si lo sabe, estoy seguro de que no podrá usted negarme su indulgencia".

El No me olvides es acaso la más antigua colección de poesías publicadas en Bolivia.- No tiene designación de imprenta.

Armonía poética y religiosa. Imitación de Lamartine. Opúsculo de 14 pág. en 8° Sucre, (sin año). imp. de Beeche y Cía.

Conozco además, las siguientes poesías de don Mariano Selas:

Una lágrima de consuelo. Imitación de Lamartine. "Restaurador" de Sucre, tom. IV, núm. 3°.

Praxiteles y su Venus. "Restaurador" de Sucre, núm. 5° extraordinario del tomo IV, correspondiente al 23 de mayo de 1842.

Mi adiós a la poesía. "Restaurador", tom. IV, número 9.

Al Potosí, silva heroica. "Restaurador", tom. VIII, número 49. Contiene dicha silva el siguiente retrato del Libertador:

¡Bolíver! ¡Ah! Un día tú le viste  
 A tu cumbre subir a saludarte  
 De libertad con ósculo divino

Cuando llorabas tu ignominia triste;  
 Le viste, esa frente descarnada,  
 Anchurosa y rugada,  
 Que escaso pelo apenas sombreaba,  
 Que empero revelaba  
 Un alma grande, noble, prodigiosa;  
 Viste también pasmado  
 Su prominente ceja, ojos hundidos,  
 Inquietos, penetrantes,  
 Como estrellas del cielo rutilantes;  
 Su enjuta faz tostada,  
 Sus miembros consumidos  
 Por los ultrajes de la activa guerra,  
 Que fiel sostuvo contra vil tirano,  
 Que sojuzgara al pueblo americano,  
 Le viste tú, le viste  
 Y alegre sonreíste,  
 Cuando en tu cima con potente mano  
 Tu tricolor bandera colocara,  
 Cuando suspenso allí sobre las nubes  
 Libertador de un mundo se mirara.

En el núm. 3° del tomo IV del *Restaurador de Sucre* está insertada una oda a la *Victoria de Ingavi*, sin nombre, y que es quizá debida a la pluma de don Mariano Salas.

No conozco una leyenda conocida vulgarmente con el nombre de "El Bernardito" de Salas.

Don Manuel José Cortés en el cap. VII de su *Ensayo sobre la historia de Bolivia* (Sucre, 1861, Imp. de Beeche, un vol. 4°) cita una poesía de don Mariano Salas, *El Crucifijo*, imitación de Lamartine, la cual no conozco a pesar de sus varias ediciones, y la considera superior a la de Berriozábal, sujeto que tampoco conozco de nombre ni de obras. Y agrega:

"Las poesías eróticas del señor Salas se recomiendan por la delicadeza de los sentimientos: el amor en ellas es tal como lo conciben los poetas modernos".

Movido por la fama que gozaba en Bolivia don Mariano Salas pensó don José María Gutiérrez hacer a éste figurar en la *América Poética*; y al efecto pidió y obtuvo del autor un ejemplar de todas sus obras líricas. Pero no solamente no alcanza-

ron ellas el honor de aparecer en aquella colección, sino que fueron quemadas todas en la trastienda de la Librería del **Mercurio**. Este auto de fe, llevado a cabo por el brazo secular de los editores de la **América Poética**, tuvo lugar en el año 1846.

IV. — El general don Manuel Rodríguez Magariños, vencedor de Yanacocha y Socabaya y condecorado con la medalla de los vencedores de Ingavi, publicó en la *Epoca de La Paz*, núm. 1.525, una *Canción Guerrera*, dedicada al ilustre capitán General don Manuel Isidoro Belzu, datada en Cochabamba a 2 de mayo de 1853, en la cual canción se leen las estrofas siguientes:

Armado bien la bayoneta  
Y marchemos denodados,  
Que el boliviano soldado  
Sabe cargando vencer.  
Ya la victoria os espera,  
Con noble marcial corona,  
Que os ha tejido Belona  
De verde hermoso laurel.

#### C O R O

A la lid, etc.  
Seguid el paso de ataque  
Siñe el plomo, la metralla,  
Soldados a la batalla,  
¡Viva Bolivia, avanzad!  
Y el que cadáver sangriento  
Quede en el campo tendido,  
En mármol será esculpido  
Su nombre en la eternidad.  
A la lid, etc.

Honor al guerrero, jefe  
De Bolivia y sus Legiones,  
Que los bravos batallones  
Conduce en heroica lid.  
Marcial corona su frente  
Orle, y su nombre de gloria  
Registre preclara historia,  
Grabada en oro y zafir.  
A la lid, etc.



V. — El señor Presbítero don Hilarión Padilla Atoche ha publicado últimamente en opúsculos sueltos las siguientes piezas rimadas:

**Canto a las faldas del Potosí.** Al triunfo del Callao sobre la escuadra española. Composición leída en el gran comicio popular del 27 de mayo de 1866. Potosí, 1866, tipografía del Progreso. 8° que contiene 11 octavas reales en 6 páginas.

**La Paz y sus Protomártires.** En su aniversario el 16 de julio de 1809. Potosí, tipografía del Progreso. 8° de 8 páginas, que contiene trece octavas reales. **Plegaria e Himno a la Virgen.** — Potosí, 1867, 8° de 8 páginas. — En el folleto intitulado: **Gran comicio popular, reunido con motivo del bombardeo de Valparaíso, en la ciudad de Potosí a 28 de abril de 1866.** (Potosí, tip. del Progreso 16 páginas en folio), se encuentra una pieza rimada, cuyo título es: **El grito de los pueblos libres, por el Presbítero Hilarión Padilla Atoche.**

El **Canto a las faldas**, comienza así:

Del Callao los cañones han tronado:  
Nuestros hermanos, grandes cual los mares,  
Ardiendo en heroísmo han peleado,  
Y huyeron mil y mil peninsulares,  
Valparaíso queda ya vengado,  
Asordemos los aires con cantares,  
Con guirnaldas ciñamos hoy las frentes,  
Que entre dos mundos yerguen los valientes.

El incendio voraz de Valparaíso  
Ha abrasado en valor a los guerreros,  
Ellos ante esa luz, con firme piso,  
Otra vez han blandido los aceros:  
Hemos jurado el triunfo, y es preciso,  
Amortajar con sangre a los lberos  
Fuerza es sellar con sangre esta Creencia  
Libertad, — Democracia! — Independancia.

**La Paz y sus protomártires**, comienza así:

Al pie del Illimani truena el rayo,  
Los godos se desploman en desmayo,  
De los Andes conmuevense los hielos

¡Este trueno es La Paz! que en libre ensayo,  
 Arroja la corona por los suelos;  
 Sobre el mundo despliega sus banderas  
 Independiente, — mártir, — gran guerrero!  
 Sorprendida la América al traquido,  
 Despierta, se levanta de repente;  
 Arde un raudal volcánico vertido  
 Dentro su corazón, dentro su mente.  
 Mira en el cielo un Ángel suspendido  
 Vertiendo resplandor sobre su frente;  
 ¡Mira a La Paz que pisa con la planta  
 Del León ensangrentado la garganta!

En la *Plegaria e Himno a la Virgen María* el señor Padilla Atoche tiene desahogos como el siguiente con que comienza dicha plega:

¡Madre Virgen de Dios y de los hombres!  
 Con lágrimas ardientes en los ojos,  
 Yo te depreco con distintos nombres:  
 Escucha mi clamor; estoy de hinojos.  
 El hombre torturado por la suerte  
 Trémulo se refugia en tu santuario;  
 El hombre en la agonía de la muerte  
 Columbra la esperanza en tu sagrario.  
 Madre mía, yo vago como el viento  
 Que incesante solloza en las arenas,  
 Están mis ojos a cualquier momento  
 Como las negras nubes de aguas llenas.  
 En sus sacudimientos mi existencia  
 Se azota como el mar embravecido;  
 Mi corazón se quaja en su dolencia,  
 Como en la oscuridad bicho perdido.  
 Atiende a mis lamentos y mi ruego,  
 ¡Oh Virgen de clemencia y de dulzura!  
 No me abandones al ardiente fuego  
 De tanto sufrimiento y desventura.  
 Cual moribunda lámpara, mi vida  
 Va a apagarse, mas mi voz te clama:  
 Porque tu corazón nunca se olvida  
 Del naufrago que exánime te llama.

.....  
 ¿Qué cantar, cuando rudos sufrimientos  
 Dobléganme y prorrumpe en alaridos?

¡Qué cantar! cuando a par remordimientos  
Me roen de preceptos infringidos?

VI — He aquí ahora los opúsculos que del doctor don José Manuel Loza conozco:

**Victoria de Lago Negro, canto en prosa de Santa Cruz.** Impreso en el Cuzco y reimpresso en La Paz, 1835. — Un día Olafeta se mofaba junto con otros magnates, en presencia de Santa Cruz, del Canto en prosa y el protector impacientado se volvió y les dijo: y ustedes, ¿por qué no hacen otro mejor? Con este motivo el doctor Loza puso en la edición esta notita: "Hay una Musa podestris en expresión de Horacio".

**Canto lírico en memoria de los constantes y heroicos esfuerzos del Alto Perú durante la guerra de quince años por la Independencia americana.** Escrito en metro latino por el doctor don José Manuel Loza, y traducido al verso castellano por el doctor R. Z. Contiene notas curiosas históricas y geográficas, y un examen crítico literario sobre el mérito de la obra. Sucre, 1855, imp. de López, opús. en 4° — El examen crítico es escrito evidentemente por el mismo doctor Loza, y versa en general sobre las analogías de su oda con la canción de Herrera a la batalla de Lepanto, haciendo ver que aquella sobrepaja a ésta en más de un pasaje. Para prevenir cualesquiera cargos viene una noticia que dice: "Se ha trabajado (la referida oda) en idioma latino por ser éste una de las lenguas clásicas, en que escribió el Príncipe de la poesía lírica".

**Memoria biográfica del Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, primer presidente de Bolivia.** La Paz, 1854, imp. Paceaña, folleto de 30 páginas en 8°.

**Apéndice al opúsculo. Inviolabilidad de la vida humana, por su mismo autor, etc.** La Paz, 1837, imp. de la Opinión, 10 pág. en 8°.

**Necrología del Illmo y Rvmo. señor Arzobispo de La Plata. Manuel Angel del Prado.** La Paz, {sin año}, imp. Paceaña, folleto de 12 páginas en 8°.

**Opúsculo poético latino. Segunda edición corregida y aumentada por el autor.** La Paz, 1859, imp. Paceaña, 12° de 65 págs.

El doctor Loza ha publicado tres opúsculos más, que no tengo a la vista en este instante, y se titulan: 1° *La Mujer*; 2° *Discurso sobre la pena de muerte*, que ha obtenido tres ediciones, 3° *Orden y Progreso*. El intitulado *Geografía* referente a los límites territoriales de Bolivia, permanece inédito.

En el Consejoero del pueblo, de La Paz<sup>(26)</sup>, puede verse una interesante biografía del doctor Loza, escrita por el infatigable escritor boliviano don Félix Reyes Ortiz. De ella aparece que aquél nació en una finca de Copacabana el 5 de enero de 1799 y murió el 2 de octubre de 1862.

Un hecho veo asentado en dicha biografía: y es que los *Opúsculos poético-latinos* sirven de texto de traducción en muchos colegios de Bolivia. Este hecho está confirmado por las siguientes palabras que ponen los editores al frente de la segunda edición: "La constante solicitud de muchos jóvenes y padres de familia interesados por obtener estos "Opúsculos", aplicados por el gobierno a la instrucción métrico-latina en los colegios de la República, nos induce, etc."

El Senado de 1855 declaró al doctor Loza *Literato Boliviano* y le asignó una medalla de oro en premio de su literatura insigne.

"Cinco grados universitarios: ocho medallas de honor, y nueve comisiones legislativas, demuestran que se han amado constantemente: Honor, Libertad y Patria". (Apéndice a la biografía citada).

He aquí ahora el prólogo con que el doctor Loza hace preceder sus *Opúsculos poético-latinos*, que en Bolivia sirven de texto en las clases de latinidad, según su editor y su biógrafo:

"Los Museos conservan las preciosidades de la Arqueología y de la Historia Natural con un culto apasionado que honra la ilustración de los pueblos y gobiernos que los posean, y expresan, el gusto, celo y filantropía de los sabios, ocupados en la investigación y custodia de esos monumentos de la natura-

(26) Números 2, 3, 5, y 6, correspondientes a los últimos días de enero y a los primeros días de febrero de 1862.

leza y del arte. ¡Mudos y quizá estériles testimonios de la ciencia y curiosidad humana!

¿Podrán formarse igual concepto de la lengua del Lacio, que sobrevive bella y majestuosa sobre las ruinas del Imperio Romano; que dicta leyes y preceptos de justicia al mundo culto con la legislatura de Justiniano; que ministra con Tácito máximas de profunda política; que perora con Cicerón en el Senado y el Foro; que canta con Virgilio, solloza con Ovidio Nason y pulsa la lira con Horacio Flaco; que describe la Historia con Tito Livio, la medicina con Celso y la Historia Natural con Plinio; que recorre campos de gloria con Julio César y Lucano; o se encumbra con Agustino, Jerónimo y Bernardo, para descifrar los arcanos y delicias de la Religión; y que constituida intérprete o depositaria de la divina palabra en la Biblia, ofrece variados y sublimes modelos de literatura; y donde comparados Píndaro con David, Homero con Isaías y Tulio con Pablo, exhiben el contraste de lo finito y terrestre con lo infinito y celestial? No; la lengua del Lacio no es una momia que afecte únicamente los sentidos, o que sólo existe un recuerdo de lo que fue.

“Cuando la lengua latina era el idioma sacramental de los Etruscos, y es uno de los idiomas clásicos más enfático y sonoro, y aun más propio que el griego para expresar grandes ideas y pensamientos sublimes; cuando los idiomas Italiano, Francés, Castellano y Portugués son sus dialectos y le deben su filiación romántica, habiendo sido el latín el lenguaje diplomático hasta el congreso de Viena de 1815; cuando él mismo contiene la tecnología de casi todas las ciencias y es la clave del Filólogo, del Médico, del Sacerdote, del Jurista y del Literato; cuando su traducción a las lenguas vivas, no pueda presentarlo si no degenerado, cual sucede con la flor y el fruto trasplantados a otro clima, como la imitación en bronce no puede ser idéntica al modelo de oro y porque todas ellas carecen de la nativa majestad del latín embellecido con las gracias áticas de esa Grecia a la que conquistaron los romanos con sus armas para ser cautivados por sus letras; ¿fuera posible olvidar, despreciar, abandonar esa lengua inefable, cuyo cadáver es incorruptible y balsámico, cuyos manes hablan todavía de salud

y vida sobre las tumbas, y cuya influencia puede ser imperecedera como el pensamiento del hombre?

"Motivos que me han inducido a consagrar mis ojos a ciertas pequeñas lucubraciones. Ojalá sean otros tantos granos de arena que concurren a sostener el espléndido monumento de la **Literatura Clásica**; y ésta se conserve, como esas pirámides respetables del desierto y aún indestructibles, a despecho del tiempo y de sus injurias, al través de los siglos y después de la muerte de sus autores.

"Aceptad, juventud estudiosa, estas honestos y quizá útiles entretenimientos de los que no se había desdeñado el mismo guerrero vencedor de Waterloo. En edad octogenaria y cuando comúnmente desaparecen las inspiraciones del genio, dirigió un canto latino al **Sauce de Babilonia**, y en el que los israelitas ceigaron sus harpas, para llorar su sombra sobre su cautiverio y evocar las esperanzas de su libertad. ¡Qué bello y singular ejemplo de entusiasmo literario!!!

"¿Por qué abandonáis a la **Madre de los idiomas**, hijos de la **Literatura Clásica**, del buen gusto literario? Si ya está muerta; ¿por qué no evocáis siquiera su sombra respetable; por qué no recordáis sus servicios imperecederos, sus legados de sabiduría; por qué no invocáis con ese lenguaje enfático y grandioso, con que se despedía el Lírico latino: **Exiji monumentum! Aere perennius regalique situ pyramidum altius?**

"¿La abandonáis por esas nodrizas inglesa, alemana, francesa-castellana, cuya lactancia no puede seros tierna y nutritiva como aquella; o por esos hijos degenerados (dialectos) que jamás representarán la majestad y dulzura de su madre sólo repudiada o desnaturalizada por la discordia fraternal, por disolución del Imperio Romano!

"Si en otros idiomas encontrareis palabras tan enfáticas y sublimes como las de **Fiat lux; Fiat mihi secundum verbum tuum** de la Sagrada Escritura; tan bellas como aquéllas, **O et praesidium et dulce decus meum** de Horacio, tan profundas como el **Fuit illium**, de Virgilio; o tan patéticas como aquéllas del mismo: **Nos patriae fines et culcitra liquimus arvas, nos patriam fu-**



gmos; si en la abundosa lengua castellana, en la romántica francesa, en las severas alemana e inglesa encontráis tanto bello y sublime, que parece intraducible, con la misma precisión y majestad de lengua-madre, emancipaos de esa vieja, caduca, inútil y retrógrada, (aunque sea inmortal en las ciencias y artes) con aquel adiós de Tulio: *Ave vale et esto felix, mater charissima*".

El Apéndice a la biografía del doctor Loza, comunicado por un amigo anónimo al señor Reyes Ortiz, dice, hablando de las medallas que aquél obtuvo:

"Espera recibir la que le remita el Pontífice Pío IX en virtud de la calificación que ha hecho la Universidad de Roma declarándolo sobresaliente en tercer lugar entre los diferentes Escritores del Orbe Católico, que han defendido en la última época la Concepción Inmaculada de María Santísima".

La defensa aludida no es otra que una oda en latín a la Inmaculada Concepción.

El latín del doctor Loza ha resonado también en París. Un distinguido escritor europeo, que medita vastos proyectos de alianza intelectual, moral y social entre los pueblos de raza latina para contrabalancear, en las lides de la civilización moderna, el engrandecimiento amenazador y crecientemente de las razas del Norte, dio en París ahora nueve años un banquete a varios sudamericanos notables. El General Belzu fue uno de los escogidos en aquel cenáculo. Después de los postres, el sabio comenzaba ya a desenvolver su gran pensamiento sobre las razas latinas, cuando interrumpiéndole el ex-presidente de Bolivia, le dijo: "Bolivia, señor, no puede meterse en eso, porque el único que allá sabe latín es el doctor Loza".

Pero si el **tercer lugar** en el certamen del orbe católico y lo de la medalla de Pío IX no pasan de noticias pasmosas, el que los **Opúsculos poético-latinos** sirva de texto de traducción en algunos colegios de Bolivia es cosa seria y por demás gravísima. Esta consideración me mueve, muy a mi pesar, a faltar aquí al propósito de que el lector en esta larga nota juzgue por sí mismo a los autores. Pues, fijándome únicamente en la pieza intitulada **Etopeya**, que es de las más cortas y en la cual



por hablar el autor de su persona, hubo de ser tal vez más esmerado; me tomo la libertad de decir que, además de los errores ortográficos y de la embarazada construcción gramatical, noto en lo que atañe a prosodia y métrica lo siguiente.

En los versos 11 y 14 aparece como larga, la penúltima de *muliérís*, que debe ser breve. En el 13 están empleadas como breves las dos primeras sílabas de *heróum*, que deben ser largas. En el 20 aparece como de dos sílabas, la palabra trisílaba *theátra*, formando una sinéresis intolerable. En una composición en que se cometen faltas como las que he mencionado, no debe extrañarse que aparezca en un grave descuido en lo que toca a la censura: bajo este aspecto hay versos que no es posible oír, como por ejemplo el 15.

No hay para qué decir nada de los conceptos que constituyen el fondo de la tal *Etopeya*. Son perfectamente ridículos. La plaza ha merecido los honores de una traducción en verso del señor Reyes Ortiz.

### (b)

Fueron también los redactores de la *Revista de Cochabamba* los siguientes señores:

Don José María Santiviáñez, autor de una importante *Memo-  
ria sobre la Instrucción pública en Bolivia*, (Cochabamba, 1851, Imprenta de la Unión, y de los dos opúsculos titulados: el 1º, *Chile y Bolivia cuestión de límites* (Cochabamba, 1865, Imprenta del Siglo), el 2º, *Refutación de la obra que con el título de Cues-  
tión de límites entre Chile y Bolivia ha publicado el señor don Miguel Luis Amunátegui* (Cochabamba, 1864, imprenta del Siglo). Don José María Santiviáñez es, además, autor de un folleto intitulado: *Estudios sobre la moneda feble boliviana, se-  
guido de un proyecto para la reforma del sistema monetario ac-  
tual* (Cochabamba, 1852, imprenta de Gutiérrez), y de otro inti-  
tulado: *Proyecto de ley de caminos* (Cochabamba, 1864, Impren-  
ta del Siglo).

Don Francisco Santiviáñez, hermano del anterior, ventajosa-  
mente conocido por sus estudios sobre la industria nacional.

Don Cupertino de la Cruz Méndez, joven de talento distinguido, que ilustró la prensa con muchos escritos y murió valerosamente el 8 de septiembre de 1857 en la sublevación de la fortaleza de Oruro.

Don Rigoberto Torrico, joven profesor que se distinguió siendo todavía estudiante en las aulas de la Universidad de Cochabamba y murió víctima de su aplicación, en edad temprana, el 24 de abril de 1855. Fue uno de los pocos ejemplos de pasión por los estudios rigurosos y sólidos. Es autor de muchos artículos de periódicos y de las siguientes importantes traducciones: 1°, *Historia Universal de Juan Müller*, traducida del francés (Cochabamba, 1852, imprenta de la Unión, dos tomos en 4°, el 1° de 258 páginas y el 2° de 173). 2°, *Filosofía elemental por Damiron* (La Paz, 1854, imprenta de la Opinión, tres entregas, correspondientes a la Psicología, Moral y Lógica, formando todas un volumen en 4° de 212 páginas). El prólogo de esta traducción se publicó más tarde en el número 4 del *Cóndor de Cochabamba*, correspondiente al 8 de mayo de 1856 y en él Torrico expone sus opiniones así en un punto a sistema filosófico como a método de enseñanza.

Don Benjamín Blanco, nacido en Cochabamba el 29 de diciembre de 1833, recibido de abogado en la Universidad del mismo nombre en 1854, escritor del *Album* (1857) y del *Republicano* (1861) en colaboración con don José Manuel Gutiérrez. Es autor de una leyenda poética en variedad de metros titulada *La venganza de una mujer* (Cochabamba, 1853, imprenta de la Unión), y de un poema lírico que lleva por título: *María, concebida sin mancha* (Cochabamba, 1863, imprenta del Siglo).

Fueron colaboradores en la *Revista de Cochabamba* don Miguel María de Aguirre y don Rafael de la Borda.

Don Eugenio Caballero se separó de la redacción de la *Revista* porque sus colegas no le admitieron un mal soneto a la Libertad. Fundó entonces el *Meteoro* papel eventual, para desahogar en él sus pasiones del momento. Cinco años más tarde lo hizo reaparecer con idénticos fines.

Los redactores de la *Revista* fundaron el *Termómetro* para responder a los ataques del *Meteoro*, el cual tuvo también que

habérselas con el Toro, redactado por don Pedro Lozano, quien se resintió gravemente porque Caballero no quiso admitirle en el *Meteoro* un articulazo furibundo contra Cupertino Méndez.

## (c)

Como edición, "*Lágrimas*" es la colección más copiosa y perfecta de poesías, que hasta hoy se ha hecho en Bolivia. Acaso sea de alguna utilidad para la bibliografía del país, el tomar nota de los opúsculos rimados y colecciones de versos que siguen, no mencionados en otros lugares de este trabajo:

"*La jornada de Viacha. Canto dedicado al héroe vencedor, por un boliviano aficionado a las musas*". [¿Don Agustín Asplazu?] La Paz, 1841, imprenta del Colegio de Artes, más de 16 páginas en 4°.

"*Melancolía*", poesía de D... (Daniel Caívo). Cuaderno 1° dedicado a los poetas M. J. C. y M. R. Chuquisaca, 1851, imprenta de Sucre, en 12°.

"*Actos de atrición y contrición en verso*", por el P. Fray Gregorio Cintora. 2° edición, aumentada con los "*Deseos del Paraíso*". Sucre, 1852, imprenta de Beeche, 12° de 15 páginas.

"*Afectos del alma al pie de la cruz*", etc., etc., por Bernardo José Guevara, hermano lego de la Real Congregación del Oratorio de San Felipe Neri de la ciudad de La Plata, 1853, imprenta de Beeche, 12° que contiene 30 décimas y 9 octavas.

La décima "*Bendita sea tu pureza*", glosada por el P. Fray Gregorio Cintora. Seguida de dos acrósticos relativos a ella y de dos versiones del himno "*Stabat Mater*". Sucre, 1853, imprenta de Beeche, 12°.

"*La Creación*", poema lírico-descriptivo por Manuel José Tovar. Sucre, 1865, imp. de López, 8° de 168 págs.

"*El Salmo Miserere mei, Deus*", compuesto en devotas décimas por el illmo. Señor Azamor, etc. La Paz, 1857, imprenta de Alarcón, 12° de 11 páginas.

**"Plan de una representación"**, juguete dramático, que sirvió de prólogo a la función teatral que los alumnos de Derecho de la Universidad de La Paz, dedicaron a S. E. el Presidente Provisorio de Bolivia etc., etc., por Tirzo. Paz de Ayacucho, 1857, tip. del Vapor, 8° menor de 23 páginas.

**"Canto al pie del Illimani"**, por José Rosendo Gutiérrez. La Paz, 1859, imprenta del Vapor, 8° de 62 páginas con más de 16 composiciones.

**"Fundación del Irmo"**, Fragmento de una leyenda por Francisco Gómez. Potosí, 1860, Imprenta Republicana, 12° de 50 páginas.

**"Flores de un día"**, por Benjamín Lens. La Paz, 1861, Imprenta del Vapor, 8° de 137 páginas con 52 composiciones.

**"Colección poética sobre temas americanos"**, Sucre, 1862, tip. de Pedro España. Dos entregas en 8° menor de 56 páginas.

**"Himno sintonía de la Unión Americana"**, etc., etc. La Paz, 1865. Imp. de la Opinión, 4° menor de 14 páginas, con 30 composiciones.

**"Colección de poesías"**, de los señores Angel C. Valda, Ramón Rosquellas y Santiago Vaca-Guzmán, hijo. Sucre, 1867. imp. Boliviana, 8° de 48 páginas con más de 22 piezas.

**"Homenaje al pueblo mejicano"**, por Jorge Delgadillo. Sucre, 1863. Tip. del Siglo XIX, 4° de 6 páginas con 24 octavas reales.

Es fácil citar muchas hojas sueltas contraídas a hacer circular algunos versos de circunstancias u otras composiciones de carácter permanente.

No es en las publicaciones especiales donde se encuentra la mayor copia de versos. En Bolivia éstos aparecen comúnmente en los periódicos, en los opúsculos conmemorativos de alguna solemnidad, y en las coronas fúnebres. Así por ejemplo, el núm. 7 de **El Sol de Septiembre**, de Sucre, correspondiente al 10 de noviembre de 1861, contiene 7 composiciones, alusivas todas a la reciente muerte del dictador Linares. Algunas de ellas son de indisputable mérito. A la clase de los opúsculos conmemorativos pertenecen los dos siguientes:

"Inauguración de la Sociedad de la Unión Americana en Sucre, capital de Bolivia, en 8 de febrero de 1863", tip. de P. España, folio a dos columnas con 29 páginas. Contiene documentos, discursos y tres piezas rimadas.

La "corona fúnebre o guirnalda fúnebre" es un opúsculo en prosa, pero de ordinario en prosa y verso, que se ha hecho frecuente desde 1855 en que apareció la de Rigoberto Torrico (Cochabamba, Imp. de la Unión 4º menor de 36 páginas), la cual contiene entre varios discursos, dos elegías. He aquí algunos otros opúsculos de este mismo género:

"Necrología del limo. y Rvmo. Arzobispo de la Plata Manuel Angel Prado". La Paz, (sin año). Imprenta Paceaña, 12 páginas en 4º menor. Contiene una elegía por don Ricardo Bustamante.

"Corona Fúnebre del doctor Casimiro Olañeta, boliviano". La Paz, 1860. Imp. del Vapor. 4º menor de 96 páginas. Contiene ocho composiciones en verso.

"Homenaje a la memoria del Excmo. Señor Doctor don José María Linares". Potosí, 1861. Imp. Republicana, 4º mayor de 30 páginas. Contiene una elegía y un epitafio.

"El Coronel Cortés". La Paz. Imprenta del Vapor, 4º menor de 20 páginas. Contiene seis piezas rimadas.

"Corona Fúnebre del boliviano doctor Manuel José Cortés", Potosí, 1865. Tip. Municipal, 4º menor, de 44 páginas. Contiene 8 composiciones en verso.

"La mujer", poema por don Manuel María Gómez. Potosí, 1867. Tip. del Progreso, 8º de 14 páginas que contiene 39 octavas endecasílabas.

Esta última pieza me trae a la memoria una notita marginal del tomo de Lágrimas, donde Galindo ha dicho que el fin del poema La mujer sería "enaltecer la condición de esta bella mitad del género humano, dándole la conciencia de sus deberes y de su influencia social". En este deseo han concurrido muchos de los que en Bolivia han escogido a la mujer como tesis literaria o poética. El doctor don José Manuel Loza ha escrito sobre

la mujer un opúsculo de prosa encomiástica. Cupertino de la Cruz Méndez escribió en la *Revista de Cochabamba*, una serie de artículos sobre este asunto, con el mismo espíritu. No es raro ver entre las abstractas generalidades de los periódicos políticos, ésta de la mujer considerada en sus diversos estados de amante, esposa, etc. Uno de los libros más leídos en Bolivia es el de Almé-Martin.

Por una carta reciente, muy interesante y noticiosa, veo que el distinguido poeta boliviano don Ricardo J. Bustamante, en el saco de la ciudad de La Paz, ocurrido en los días de la revolución del 12 de marzo de 1849, perdió los tres cantos y más de medio, esto es, como 180 octavas reales, que llevaba escritos de un poemita que debía constar de seis cantos bajo el título de *Los amores de un ángel*, cuyo tema era "pronosticar la regeneración moral del mundo por medio de la mujer, personificación del espíritu de caridad cristiana, obligada a reparar, con su benéfica influencia futura, el mal inmenso de haber, con su influencia primitiva, precipitado a la humanidad de las delicias del Paraíso". Tengo en mi poder las diez octavas de la introducción.

(d)

He aquí una nómina de las composiciones poéticas de Galindo, inéditas en su mayor parte, posteriores a la publicación de *Lágrimas*, y que tengo ahora a la vista. Se puede calcular en tanto más, las poesías del mismo autor que andan todavía dispersas en álbumes, carteras, etc., sin contar las que aquel ha destruido y las que su familia se ha negado a manifestar.

"Fragmento del Canto IV del proscrito".<sup>(27)</sup>

"El Pabelón".<sup>(28)</sup>

"La Biblia".<sup>(29)</sup>

"Al Poeta Cortés en retribución de una poesía" (1857).

"Garza Marina". (Id.).

(27) CONDOR de Cochabamba No. 3, correspondiente al 3 de mayo de 1857.

(28) REFORMA de Cochabamba, No. 3, correspondiente al 4 de mayo de 1857.

(29) REFORMA, Núm. 19, correspondiente al 3 de septiembre de 1857.

- "Pobre Flor", balada (1859).  
 "Plegaria", (id.).  
 "Estancias de Byron", trad. (1860).  
 "Y todas nacen flores", (id.).  
 "La Caridad", (id.).  
 "¡Guerra!"<sup>(30)</sup>  
 "18 de Noviembre de 1841".<sup>(31)</sup>  
 "Esperanza en Dios", trad. de Víctor Hugo (1860).  
 "A ....." (1861).  
 "Linares", octava real, (id.).  
 "No me olvides", (id.).  
 "En un álbum", (1862).  
 "Melodía", (id.).  
 "La Infancia", (id.).  
 "En la muerte de la señorita Manuela O'Loglin", (1865).  
 "En dónde está la dicha...", trad. de Víctor Hugo, (id.).  
 "Adiós a Lord Byron a Inglaterra".<sup>(32)</sup>  
 "En la muerte de la señorita Benigna Terrazas".<sup>(33)</sup>  
 "Fragmentos de un diario", (1865).  
 "9 de Febrero", (id.).  
 "En la muerte del doctor don Manuel José Cortés", elegía.  
 (34)  
 "Niñas y Flores", (se ignora el año).  
 "La noche y la soledad", (idem.).  
 "La Mujer", estancias puestas en música, (idem.).

(30) POLEMICA de La Paz. Núm. 5, correspondiente al 19 de marzo de 1860.

(31) POLEMICA. Núm. 19, correspondiente al 18 de noviembre de 1860.

(32) SIGLO de Sucre. Núm. 34, correspondiente al 22 de marzo de 1861.

(33) PATRIA de Cochabamba. No. 3, correspondiente al 16 de junio de 1864.

(34) CORONA FUNEBRE DEL BOLIVIANO MANUEL JOSE CORTES.  
 Potosí, 1865. Tp. Municipal.

NOTA. — Publicado en la Revista de Buenos Aires. Año VI, No. 67, Buenos Aires, noviembre de 1869.



## RICARDO J. BUSTAMANTE

### I

**E**STE POETA BOLIVIANO apenas si es conocido en el mundo literario de Sudamérica por una oda al Libertador en la América poética. Sin embargo, su fama en Bolivia es inmensa: no hay allí quién no se haya formado de él un alto concepto como poeta y como literato, y las gentes que se tienen por entendidas, para otorgar la supremacía poética de su país, no atinan todavía todavía a decidirse si por Cortés, por Ramallo o por Bustamante.

Estas circunstancias bastan por sí solas para hacer que se lean con interés unas cuantas noticias sobre su vida y antecedentes literarios, y algunos apuntes críticos sobre varias de sus composiciones.

Nacido Bustamante en la ciudad de La Paz por los años de 1822, muy joven, casi tierno niño, fue enviado a Buenos Aires, donde tanto se desarrollan las imaginaciones poéticas acaso por la influencia del clima, o por el espectáculo del caudaloso Plata y de esas pampas cuya monotonía se presta a la poesía melancólica. Allí hizo sus estudios de humanidades sin estar bajo el solícito cuidado de un deudo que le guiase en los prime-

ros pasos de la vida. Pero su mismo aislamiento de entonces le inclinaba al tierno y grato esparcimiento que la poesía proporciona a las almas sensibles. Hacía versos siendo estudiante, y era el malogrado joven D. Florencio Balcarce el confidente y primer director de su musa.

Estando próximo en 1839 a ingresar a las aulas de derechos, el feroz despotismo de Rosas, que ahuyentaba a todos, obligó a Bustamante a dejar aquella ciudad. En un soneto y otros versos que publicó por entonces *El Nacional* de Montevideo, expresó Bustamante a Buenos Aires sus sentimientos de despedida:

Adiós tierra de amor, patria nodriza  
De un lefeliz y errante peregrino,

ocía en uno de ellos.

De Montevideo se encaminó a París, donde se dedicó a tomar conocimientos generales, asistiendo a las clases de Literatura, Historia y Economía Política de la Sorbona. En esa capital, con la amistad de D. Eugenio de Ochoa, cultivó su gusto por la poesía, concurriendo a una sociedad literaria compuesta de los Sres. Martínez de la Rosa, Escosura, Donoso Cortés, Maury, el General D. Juan de la Pezuela y otras notabilidades de España, que a la sazón acompañaban en su emigración a la reina Cristina. A estas relaciones de Bustamante alude sin duda D. Juan María Gutiérrez en la breve noticia que da de él en la *América Poética*. El álbum de Bustamante contenía autógrafos apreciables de aquellos literatos, entre quienes aventuró alguna vez el joven americano la lectura de sus versos, y *Un pensamiento en el mar*, a la memoria de Colón, fue aplaudido allí mereciendo ser leído por el Sr. Donoso. Sabemos que Bustamante, en un viaje reciente regresando de Chile a su patria, ha perdido ese álbum, el cual tenía por introducción estos pocos pero armoniosos versos:

La lumbré nunca de su genio apague.  
Y si en raudal de inspiración le pague  
El dueño del saber, de la alta esfera,

Al noble vate o generoso amigo,  
Que una limosna de su ingenio quiera  
Echar aquí en el cofre de un mendigo.

Bustamante ayudó en París al sabio viajero Mr. Alcides d'Orbigny en su notable trabajo literario y científico destinado a hacer conocer a Bolivia en sus riquezas naturales, y D. Eugenio de Ochoa en una de sus obras de estudio sobre la literatura del siglo XV, cita a Bustamante recomendándole por haber sido su colaborador inteligente.

Por entonces entró en la carrera diplomática de adjunto a una legación boliviana en el Brasil encargada al General Gullarte. Retirado este señor de aquella corte, quedó confidencialmente encargado Bustamante de la gerencia de los negocios, hasta que dos años después fue trasladado a Lima a la Legación para el Congreso americano que no llegó a efectuarse.

Cuando Bustamante llegó al Pacífico se encontró en Valparaíso con el ex-presidente Ballivián, quien le había empleado en estas dos comisiones.

Después de recorrer algunas ciudades de la costa entró a su patria, presa a la sazón de una encarnizada guerra civil, cuyas consecuencias ruinosas sufrió él indirectamente a causa de la protección que le había dispensado Ballivián. En consecuencia salió Bustamante de Bolivia y vino a Valparaíso, donde aquel general le ocupó en un trabajo biográfico que fue dejado a poco de principiar.

Regresó a Bolivia en 1850, y sin embargo de mantenerse alejado de la política fue puesto en lista con otros más por la autoridad local de La Paz y confinado al Beni.

Poco después volvió a entrar en la carrera oficial, siendo sucesivamente Prefecto y comandante general del Beni, Prefecto de La Paz, Cónsul en las provincias del Norte de la Confederación Argentina, Prefecto de Cobija, Cónsul en Valparaíso y últimamente en Salta, donde hoy se halla desposado con una señorita salteña.

Cuando después de una ausencia de veinte años pensó Bustamante en volver a Bolivia, bullían en su mente y en su corazón

de joven y de poeta atrevidos proyectos literarios y patrióticos con cuya realización pensaba alcanzar fama o nombradía. Bien pronto esta dorada ilusión cedió su lugar al desencanto y a la amarga tristeza. Una vez en Bolivia, vio el poeta a su patria envuelta en todo género de miserias, y su alma, que no pudo ser indiferente a este espectáculo, perdió desde entonces mucho de su calor y su brío, abandonó los deseos de reputación y la ardiente sed de gloria literaria. Acometió pues, a Bustamante el mismo desaliento de que están poseídos en Bolivia muchos jóvenes de buenas y generosas intenciones, y ciertos pensadores u hombres de Estado. El carácter débil y poco ejercitado de los primeros se ha acobardado y su corazón se ha amillanado hasta el fallecimiento ante el triste y espantoso cuadro de los males nacionales; sus desengaños públicos y sus desengaños privados han hecho perder a los segundos toda fe y toda esperanza en una eficaz regeneración, y ya no hay en ellos valor para arrostrar el peligro ni abnegación para aceptar el sacrificio.

Pero en Bustamante esta enfermedad del espíritu debió ser todavía más grave y cruel. Habiendo pasado casi dos tercios de su vida en las ciudades más principales y florecientes de Europa y América, hallábase en el caso de sentir con más fuerza, y al mismo tiempo con más amargura, el contraste que forma el adelanto y creciente prosperidad de esos pueblos con el estado cada vez más lamentable de Bolivia. Ninguno menos que él podía formarse ilusiones acerca de su país. Ninguno podía saborear mejor la sarcástica hiel de esta inscripción puesta en el Teatro Nacional de Sucre al pie de un cuadro alegórico de grandes dimensiones:

Bolivia rica, libre y feliz.

En ese cuadro se representa a Bolivia en la figura de una hermosa doncella con el gorro frigio en la cabeza y el cuerno de la abundancia en la mano, sentada en un inmenso valle cubierto de variada y exuberante vegetación. Cruzan este valle en opuestas direcciones dos grandes ríos, el Mamoré y el Pilcomayo, cuyas ondas retratan el puro azul del firmamento y en cuyas

márgenes paca la ligera alpaca y la sedosa vicuña. El sol se asoma por la cumbre de aquel memorable Potosí de fabulosa riqueza, y quiebra sus rayos en la blanca faz del estupendo Illimani, dejando en la sombra los opuestos y lejanos horizontes.

"¿De qué sirve ese suelo fértil y dilatado, debió exclamar sin duda Bustamante al contemplar el cuadro, si ha de estar desierto y sin cultivo, ni que civilización nos traen esos caudalosos ríos sin embarcaciones, ni qué abundancia dan esos minerales ricos pero abandonados? ¿Para qué ese cielo puro y con un sol ardiente si bajo de él no ha de agitarse un pueblo industrial, moral, inteligente, libre? ¿Qué sublimes pensamientos ni grandes acciones ha de inspirar a los bolivianos el portentoso gigante del Nuevo Mundo, si de continuo se ha de ver oscurecida su alba frente por los turbios vapores de la sangre que a sus plantas se derrama?"

Y en cuanto al cuerno de la abundancia, Bustamante, que es amigo de la verdad, esperó sin duda ver en su lugar, mientras llegan mejores días, el cuerno de la pobreza; y por lo que es hoy no pensó quizá encontrar pintado el gorro de la libertad sobre la cabeza de Bolivia, sino sobre una picota, que es donde realmente está y ha estado siempre.

Nada que halagase su fantasía, nada que aguzase su ingenio, nada que conmoviera enérgicamente su alma halló, pues, en esa patria que él había dejado rica y vigorosa, ceñida aun su frente con los laureles de la independencia, dirigiendo sus pasos hacia un grandioso porvenir; en esa patria que poco después fue señora de un inmenso territorio, que pasó sus pendones desde el Montenegro hasta el Tumbes, entonando los himnos de la victoria, que infundió respeto y temor al extranjero con el poderoso prestigio de su gloria militar. Y así el recuerdo de los mejores días de la patria fue lo único que dio pábulo a su inspiración, cantando la más pura y legítima de todas esas glorias en los siguientes versos, que no carecen de fuego y de armonía:

CANTO HEROICO AL 16 DE JULIO DE 1809

Prestadme inspiración, libertad santa,  
Para entonar los cánticos de gloria  
Al contemplar el sol que se levanta  
Alumbrando la página en la historia  
Que guarda de este día la memoria.

El día de los héroes, sin segundo,  
En que los hijos de mi patrio suelo  
Un grito alzaron, que en el ancho mundo  
Tronó, cual rayo por la faz del cielo.

Así ya estaba escrito!  
De aquel solemne y aterrante grito  
La centella sagrada,  
Que de un héroe después brilló en la espada,  
La ninfa que Colón encontró un día  
Bella y acentada sobre un mar sereno,  
De lo profundo de su virgen seno  
Exhaló con dolor: cuando mordía  
(¡Hambrienta de ser libre, y triste sierva!)  
Los duros hierros de opresión proterva.

Así ya estaba escrito!  
La América arrancó de sus entrañas  
Aquel fecundo grito  
Que el eco repitió de sus montañas;  
Y ¡Libertad! clamando, la primera  
Magnánima ciudad que el reto diera  
Al robusto león de las Españas,  
Fue nuestra Paz tan bella,  
Flor de los Andes, de Bolivia estrella.

No más esclavitud! —dijo anhelante  
De ser libre el paceño denodado;  
Y hasta el otro confín del mar de Atlante  
Aquel sublime grito transportado.

El regio pavimento  
Hizo temblar del orgulloso trono  
Do el déspota cruel, con nuevo encono,  
Un rugido sangriento  
Lanzó cual fiera que al mirarse herida,  
El fin presiente de su horrenda vida.

Sí: como chispa ardiente  
Que presa en frío pedernal no pudo  
Brillar hasta que siente  
De acerado eslabón el golpe rudo;  
Tal por tres siglos, en medroso pasmo,  
En vuestros pechos, con dormir profundo,  
Hijos del Nuevo Mundo,  
De libertad yaclera el entusiasmo.

Mas estalló, por fin, el portentoso  
Rayo que hiere a la soberbia España;  
Y del Ande ríscoso  
A la pampa feraz que el Plata baña,  
De la libertad ya cunde la centella,  
Los sepulcros del Inca conmoviendo,  
Y en pos dejando fulgorosa huella.  
En sed de gloria ardiendo  
Ya el oprimido pueblo se levanta,  
Y saludando su futura estrella  
Lidia el guerrero y el poeta canta.

La Paz, empero, que se alzó gigante  
Como el coloso que a su lado vela,  
Heraldo eterno, eterno centinela,  
Y en cuyo yelmo, que envidió el diamante  
La casta luna sus fulgores rieja...  
La Paz, que un día, sobre la alta cumbre  
Del más erguido de los altos montes,  
Donde los rayos de su estiva lumbré  
Quiebra el sol al tocar los horizontes...  
Quiso plantar el estandarte santo  
De libertad, a fin que, cual lucero  
Que Dios ostenta en su azulado manto,  
Mirado fuese por el orbe entero...  
La Paz, en tanto, se postró vencida  
Por los tiranos; y en la senda oscura  
En que de nuevo se encontró sumida  
Su llanto devoró con amargura.  
Del déspota feroz bajo el cuchillo  
La sangre vio correr del gran MURILLO!  
GRANEROS, BUENO, CATACORA Y LANZA  
SAGARNAGA también y FIGUEROA,  
JIMÉNEZ Y JAÉN... de la venganza  
Del airado español víctima fueron.  
Otros patriotas, que en sus fastos loa



Este pueblo Inmortal, tristes siguieron  
De la tierra extranjera los caminos,  
Proscritos, peregrinos;  
Pero en el corazón siempre grabada  
La dulce imagen de la patria amada.

Mas ¡guay! que en el gran libro del destino,  
Del Ser Eterno la Imperiosa diestra,  
Con rasgo diamantino  
Escrito había la venganza nuestra,  
Y todo fue entusiasmo, y todo vida:  
Sus campiñas Colombia en sangre nuestra  
De opresoras teñida:  
Allí guerrera juventud, clamando  
¡Libertad, libertad! con noble acento,  
La espada desnudando  
La vaina arroja al viento  
Y entre mil vivas a la lid se lanza,  
Contrarrestando la feroz pujanza  
Del terrible español, que el polvo muerde  
Y palmo a palmo su conquista pierde.

En nuestro cielo, el sol, tras larga lucha,  
Del Nueve de Diciembre se levanta,  
Y el universo escucha  
La voz del libre que victoria canta,  
Del gran SUCRE en la diestra al fin flamea  
La bandera sagrada  
Triunfante de Ayacucho en la jornada.  
Calla al punto el clarín de la pelea:  
Y con sonoro estruendo  
El Invicto cañón ya vitorea  
Al hijo de Colón, que audaz rompiendo  
El torpe yugo que humilló su frente,  
Se alza ante el mundo ¡libre, independiente!  
Oh padres de la patria, que en el Templo  
Habitáis de la Fama: vuestros hijos,  
Para encontrar virtud en vuestro ejemplo  
Guardan los ojos fijos  
Sobre los timbres de tan grande gloria  
Que dejasteis del hombre en la memoria,  
Incultos capitanes,  
Cuya fuerza envidiaran los titanes;  
Si en la frente hoy se ve del Nuevo Mundo  
De libertad la flor siempre íozana

Vuestra es la obra que el deber fue vuestro...  
Mas nos queda también campo fecundo,  
Oh noble juventud americana,  
Que el porvenir, el porvenir es nuestro!

1850.

Pero era éste el relámpago que hace más oscura la noche. El rechazo era inevitable. Lo presente le hizo buscar lo pasado, y éste a su vez le trajo lo presente. Los hechos y los paladines de otros tiempos le hicieron ver con mayor tristeza los hombres y las cosas de hoy día. Pudo entonces decir como el gran Leopardi:

O patria mia, vedo le mura e gli archi  
E le colonne e i simulacri o l'armi  
Torri degli avi nostri;  
Ma la gloria non vedo.  
Non vedo il lauro e il ferro ond'eran carchi  
Y nostri patri antichi.

Y la constante presión de estos sentimientos encendió y desarrolló en él una verdadera pasión de ánimo.

Las amarguras del destierro y el furioso huracán de las pasiones vinieron después a aumentar la tribulación y el desaliento de Bustamante. Mientras estuvo confinado en el Beni experimentó vértigos terribles. No fueron solamente sus penas propias ni la suerte de Bolivia lo que entonces inquietó su espíritu; lloró también por la América y por la humanidad entera. El poeta había visto deshechas sus ilusiones; no le quedaban después de este triste naufragio ni el afecto de un amigo ni el cariño de un hermano; nada había en el mundo ligado a su angustiosa existencia. En su patria reinaba la abyección y el desenfreno de inmundas pasiones. La América había olvidado sus recientes glorias y era presa de la anarquía y del despotismo. El poeta encontraba, en medio del grande aparato de la civilización moderna, síntomas visibles de una decadencia inevitable. Nunca en la historia de los pueblos cristianos se vio que imperasen los sentidos sobre la inteligencia y el corazón con tan irresistible empuje y con un carácter de universalidad tan alarmante,

como en esta sociedad del siglo XIX minada por la miseria, helada por el egoísmo, oprimida por la tiranía, devorada por esa sed insaciable de oro ante la cual se sacrifican diariamente los sentimientos más generosos y las más nobles aspiraciones. Y estos pensamientos que, si bien no tienen el mérito de la novedad ni de la originalidad, pero que no por eso dejan menos de influir en el ánimo cuando no van acompañados de ciertas verdades consoladoras y atenuantes, acabaron por convertir la pena del bardo boliviano en desesperación, su desaliento en odio a la vida. Con una elocuencia digna ciertamente de mejor asunto, pidió Bustamante la muerte a Dios en unos versos titulados **Grito de desesperación**, que a pesar de haber sido escritos en 1851, se han conservado hasta hoy inéditos. Helos aquí:

### GRITO DE DESESPERACION

Si donde quiera que mis pasos llevo  
 Encuentro soledad y mil dolores;  
 Si llanto y hieles en mis ansias bebo;  
 Si marchitas por siempre ya las flores  
     Están de mi esperanza,  
     A tu bondad yo pido,  
 Señor, la sombra del eterno olvido.

Al pie de tu cruz santa prosternado,  
 Buscando alivio en la plegaria mía,  
 Con lágrimas humildes he lavado  
 La piedra que el madero sostenia;  
     Pero siempre en la senda  
     ¡Ayl del dolor, tan larga,  
 Sólo apago mi sed en onda amarga.

¡Cuántas dichas, empero, cuando niño  
 Yo soñé por mi mal; y al soplo vano  
 Del tiempo disipadas, ni el cariño  
 Me quedó de un amigo o de un hermano.  
     No hay un alma en la tierra  
     A la mía ligada,  
 Y nada espero que me halague — ¡nada!

Los ojos tiendo sobre el mundo, y veo  
 La estupenda maldad y la impureza,

Colmada cada cual en su deseo  
 Levantar más feroces la cabeza:  
 La humanidad en lucha  
 Contemplo, en un abismo  
 Entre el negro dolor y el egoísmo.

Cadenas y cadalsos allí miro,  
 Acá la mano de Caín aizada,  
 Allá ciudades semejando a Tyro,  
 Aquí el dominio de sangrienta espada;  
 Y a par de la discordia  
 Doquiera el vicio inmundo  
 Rey absoluto domieando el mundo.

Por las regiones de esplendente lumbre,  
 En alas de mi noble fantasía  
 Ora mi alma acongojada encumbra  
 Y busque ansiosa en lo futuro un día...  
 Todo es horrenda noche,  
 Y un faro de esperanza  
 No columbro, siquiera, en lontananza.

Esa virgen del mundo que tan bella  
 Como una flor brotó del Océano,  
 Y en cuya fronda se miró la estrella,  
 Nuncio halagüeño del destino humano.  
 ¿Por qué perdió su dicha  
 Tan breve: y tanta gloria  
 Hoy ve escondida bajo inmunda escoria?

Oh América, tu suelo en que natura  
 Derramó portentosa ricos dones,  
 Donde la libertad con la bravura  
 De tus hijos ganó tantos blasones,  
 Hoy en lago de sangre  
 Se mira convertido  
 Y sus grandezas devoró el olvido!...

Y la hija hermosa del mayor guerrero,  
 Que por la augusta libertad lidiando  
 De América en las cumbres con su acero  
 Dejó esculpido un nombre venerando,  
 La boliviana estrella,  
 También oscurecida,  
 También ya miró sin fulgor, aln vial...

En ella impera la abyección profunda,  
Y es el desorden su normal estado;  
Su trono al despotismo en ella funda  
O el puñal amenaza al magistrado.  
Con satánica rabia  
Emponzoñan su seno  
Las pasiones del mal en desenfreno.

¡Oh patria! que en mis sueños infantil  
Vi cual la tierra por Adán perdida,  
Arroyos de cristal, áureos pensiles,  
Edén sus campos de apacible vida...  
Y ahora tantos encantos  
Viento infernal derrumba  
Y eres ¡oh patria! pavorosa tumba!

¿Qué más queda en la vida si no llanto?  
¿Qué resta al corazón si no amargura?  
Cayó la venda de tamaño encanto  
Y en vano el hombre hasta la paz procura.  
La paz de los sepulcros  
Pido, Señor bendito,  
Si al cielo alcanza mi doliente grito...

Si días más serenos amanecieron para el desolado poeta; si una elevada posición política le dispensó ventajas y estímulos; si ausente de la patria pudo respirar aires más puros y vivificantes, no por eso sacudió su corazón la languidez y melancolla de que se hallaba poseído, ni entró su aventajada inteligencia en una saludable y fecunda actividad. Ved cómo se expresa en las siguientes endechas reales escritas tres años ha y publicadas en *El Celaje* de Potosí:

#### PAGINA ENVIADA AL ALBUM DE UN AMIGO

¡Ay amigo! preguntas  
Por qué calla mi lira  
y no produce férvidos  
Ecos de amor para la gloria mía.

¿Fuera acaso preciso  
Confesaron que tibia  
La inspiración sus fiébiles  
Acentos sólo al corazón hoy brinda?

¿Olvidar pretendieras  
Que el vivir ya declina  
Para mí, que tan tétrico  
Vi siempre en nieblas caminar mis días?

Amo el bien, y las flores  
Que contemplo marchitas  
Sobre el valle de lágrimas  
Siempre consiguen arrancar las mías.

He llorado desgracias;  
Bianco fui de la envidia,  
Que me mostró sus horridos  
Dientes, y he! me hizo libar un día.

A mi patria tan bella,  
"De mil glorias vestida",  
He modulado cánticos  
¡Ay! que ni un eco al porvenir envían.

La amistad es mi cuito,  
Y el honor que la inspira  
Nunca en afectos frágiles  
Unió las almas que por él se ligan.

Pero todo en el curso  
De los años vacila  
Y como un sopio fétido  
El egoísmo los afectos mina.

¿Es verdad que es un yermo  
Para mí ya la vida?  
¿Que adentro de mí párpados  
Mustios mis ojos y sin luz ya giran?..

¿Es verdad que en mi seno  
El dolor sólo anida,  
Como el nocturno cárabo  
En el silencio de ignoradas ruinas?

Es así, caro amigo;  
-Ya mi edad se desliza  
Llevando en vuelo rápido  
Mis esperanzas, mi ilusión querida!

En laúd se trocara  
¡Ay! aquella mi lira  
Que festivas y armónicas  
Alguna vez sus notas producía.

También rotas las cuerdas  
Del laúd, no más vibran  
Esos acordes místicos  
Que de consuelo al corazón henchían.

¡Y qué mucho, si todo  
Me abandona y abisma  
En sueños melancólicos  
Mi alma infeliz para el pesar nacida!...

¡Si los dulces ensueños,  
Miel que la edad destila,  
Entre vapores gélidos  
Huyen, y dejan mi ansiedad vacía!...

¡Oh! mis jóvenes años,  
Con vosotros perdidos,  
-Lloro ilusiones plácidas,  
Voces que al alma preludiaron dichas.

Densas brumas de otoño  
Ponen velo a mi vista,  
Y an lontananza lóbrega.  
Sólo descubro una morada umbría.

La campana del tiempo  
Suena cerca y me avisa  
Que esa morada fúnebre  
Ofrece paz al que sufrió en la vida.

En la tarde. Mis pasos  
A la noche caminan...  
Tantos fantasmas pálidos  
¡Ay! por qué vagan en las auras frías!



Hay un antro allí abierto;  
 Todo en él precipita  
 El vendaval mortífero  
 Que troncha flores y que abate encinas.

Paz, silencio, reposo,  
 Dé esa noche a mis cultas  
 En sus fioridos cármenes  
 Ya el mundo guarda para mí cenizas.

¿Ves, amigo, cuán tristes  
 Pensamientos transitan  
 Por mi angustiado espíritu,  
 Como entre tumbas las nocturnas brisas?

Pasó el sueño dorado...  
 Ha caliado mi lira;  
 Roto el jaúd gemífero,  
 Su última endecha para ti destina.

La funesta indolencia literaria de Bustamante debía con el tiempo convertirse en un mal crónico, en una firme creencia, en un verdadero sistema. Invitado por el poeta peruano D. Manuel Nicolás Corpancho para que prestase su colaboración a una revista literaria de Lima, contestó negándose en una carta asaz interesante, la cual es el resumen de sus convicciones acerca de la poca parte que él piensa tienen hoy las letras en el movimiento progresivo de la sociedad y del prestigio en que cree se encuentran ellas en nuestra América. Como son poco conocidos sus escritos, vamos a insertar íntegra esa carta, tomándola de *La Industria*, periódico fundado el año antepasado en Salta, por el mismo Bustamante.

"Sr. D. Manuel N. Corpancho.

"Si; saboreo, amigo mío, con la lectura de la interesante carta de Ud. el recuerdo de tiempos de juventud más ricos de esperanzas cuando tuve el placer de conocerle, me siento a la vez atribulado; porque ¿de qué manera corresponder al llamado honorífico de Ud? Me ha parecido como que una voz amigable pero severa me arrancara de un letargo para pedirme cuenta documentada sobre la acción y el empleo de mi inteligencia en

un lapso de muchos años, sin yo poder contestar otra cosa sino que dormitaba vergonzosamente. Esta es la triste verdad. Un día creí tener el don de expresar las sensaciones delicadas del alma en esos tonos consagrados por el genio de la poesía; probé la influencia magnética de esas aspiraciones hacia la región de vagos y desconocidos encantos. Lo propio que Ud., sentí todas esas cosas que la generalidad desconoce, y cual a Ud.,

Brindaba a mi alma,  
Para elevar su vuelo,  
Sus alas la esperanza  
Su gran poder la fe,

"Pasó ese día; y vuelto a mi patria, noté en torno mío la ausencia de todo estímulo que lisonjeara los anhelos del poeta o del literato. Amortiguóse desde luego la flor aromada de tantas ilusiones queridas. Vinieron después los días amargos, uno tras otro como una cadena enorme, a pesar sobre mi ánimo... y desfallecí. Al recobrarme de tal desmayo hube de examinar me concienzudamente; las santas creencias y el sentimiento de lo bello estaban conmigo, silenciosos como mi tristeza; empero la poesía y los ensueños de gloria literaria habíame abandonado del todo. Desde entonces, si jamás dejé de deleitarme escuchando las armonías secretas de mi corazón herido, guardé la mudez más completa; o si rarísima vez tomé la pluma, fue para rasgar el papel antes de estampar un pensamiento en acabada forma.

"Bien quisiera sincerarme explicando a Ud. las principales causas de mi desaliento para ocuparme de tareas literarias, aun de pequeñas. Entre muchos jóvenes también atacados de igual indolencia en nuestra actualidad fermentante de intereses, más de vida positiva que no bellas idealidades, ¿qué podría yo agregar de más, sobre lo que ellos dijeran, sino que he desconfiado sin cesar de mis aptitudes líricas para producir cosas dignas de leerse, y más aún de ser eficaces en algún fin de utilidad moral?

"Conocido es el espíritu dominante del día. En el común de las almas sólo encuentran eco los sonidos metálicos; cada

cerebro es como una de las modernas cajas fuertes de los capitalistas; y va el corazón de par con aquél como es consiguiente. Piensan los hombres de la civilización conducirse al porvenir con mayor acierto arrastrándose por la faz de la tierra sobre carriles férreos, y no en esos hemisferios globos expuestos a perderse en la vaguedad de los aires sin resortes que a rumbo fijo los guíe. Miguel Chevalier, cuyos estudios importantes halagan las tendencias positivistas en las sociedades modernas más adelantadas, nos ha dicho: "que la inteligencia debe buscar en las esferas del interés material común el pedestal de su dominio"; bien que la voz del bardo bretón nos grita desde ultratumba, que la civilización material es infecunda para producir algo, y que los pueblos llegarán a su perfección por los caminos del cielo, no sirviendo los ferrocarriles sino para conducirlos con mayor rapidez al abismo.' Ambas autoridades son respetables. Dirá alguna, entre tanto, que en la virgen América, mundo de alboradas serenas de creencias juveniles y de fe primitiva, no ejercen poderosa influencia semejantes ejemplos de añeja egoísmo. Mas, así como hemos comenzado, al organizar nuestras sociedades, por la forma política más perfecta y última expresión de esa perfectibilidad social en cuya procuración trabajaron tantas viejas generaciones, así también predomina hoy con fuerte poderío, entre nosotros americanos, el prurito de vestir nuestra inexperiencia con el más nuevo ropaje de las preocupaciones, las prácticas y pretensiones del antiguo mundo.

"Este es un hábito pegado ya a nuestro cuerpo social, que, mal que le venga, es su hábito definitivamente adoptado.

"Hay en América sed ardiente de progreso a la vez que indiferentismo por todo lo que no sea materia e intereses positivos; nuestra atmósfera moral es de pasiones egoístas, de rencores políticos; y la poesía es flor agostada donde no se columpla el soplo de las efusiones generosas del alma; sobre todo, no se la ama ya entre nosotros porque la Europa, veneranda maestra, presenta a nuestra vista el desprestigio en que las bellas letras han caído. La piedra sepulcral que arrojó oscuridad eterna sobre los restos de Chateaubriand, cerró como una pesada cubierta el libro de los encantos poéticos de que él escri-

biera la primera página. El romanticismo espiritual, melodía divina en su origen, subyugó los corazones durante el primer tercio del siglo; después la exageración petulante en las imitaciones de la extravagancia, hizo los caer bajo el dominio de lo irrisorio; y esto ahuyentó el gusto por las creaciones ideales. Hoy, a excepción del Maconés sublime, a quien acaso han salvado para el presente sus trabajos más serios, no hay un nombre bastante reverente en la milicia de los bardos. De Hugo debe creerse que explota su situación de proscrito para afamarse, haciendo alarde de un martirio vulgar, fruto de pasiones encontradas, y de mal acordados manejos en un hombre de años y actor en un siglo todo de verdad y no de vaporosas ideas. Los demás escritores europeos especulan; escriben no con unción y fe, no con fecundidad inspirada, sino por cálculo y cansada difusión como que deslían frases para recoger más partículas de oro de sus tareas de pluma. Hoy la pluma en uso general es una confección metálica de las fábricas; la pluma que para el escritor suministrábale antes las alas del águila ha sido desechada para siempre: ¿no podría considerarse como simbólico semejante hecho en la historia literaria de la época?

"Si en nuestra madre España el afán literario parece en verdad fluir sinceramente de la inspiración y del amor al arte, cuando se quiere estudiar al hombre social en el vato de ingenio, se le descubre mal avenido con el sentimiento de lo justo, descaradamente incrédulo y enojoso de parodiar en su conducta con relajación vulgar esos arranques de libertinaje que en Byron estimarse pudieron como descarríos sublimes porque fueron espontáneos de la debilidad humana, y que en ese raro genio llevaban como todo lo demás un sello de grandeza.

"Por mucho que duela despojarse de encantadoras ilusiones, juicioso es conformarse con la severidad de la época: universalmente ella desea como alimento intelectual otra cosa que poesía: pide graves trabajos de utilidad social y política acompañados de demostraciones prácticas: si complacida admite bellas producciones literarias, para momentánea distracción: considera el drama, la epopeya y los trozos elegíacos como armonías fugaces, efímeras notas que al igual de los recreos acús-

ticos, pasan por el alma sin dejar, tras la dulce sensación del instante, eco imperecedero ni prolongados recuerdos.

¿Estoy engañado en pensar que éste sea el estado de los ánimos respecto de la bella literatura? ¿Será imaginaria, por mi desaliento, tal convicción sobre un hecho, al cual supuesta su verdad me habré sometido siguiendo la corriente del vulgo sin vigor por mi parte para resistirla? Tal vez deba yo asegurar que también algo de todo ello ha contribuido a hacerme renunciar tácitamente a un culto manifiesto por las musas. Hasta busco rara vez lecturas del género porque suelen ya dejar en mi alma un vacío desolante, recordándome la pérdida de ilusiones que tan halagüeñamente me sonrieran en otro tiempo. Séame, pues, permitido, migo mío, decir coplando en cierto modo el concepto tan adolorido cuanto bello del Infortunado Gilbert:

Huésped nada feliz, en el banquete  
de los bardos del mundo de Colón  
Aparecí un instante... y en el giro  
De otro instante mi rumen se extinguió!

Advierto que, con propósito de justificación, doy a esta carta un tono de peroración pretenciosa como para desalentar a Ud., mi inteligente amigo. Bien apartada de mis intentos quiera considerar Ud. tanta malevolencia. Todo lo contrario; y así como he manifestado mi pequeñez de ánimo sin el menor embozo, créame Ud. que envidio sus privilegiados talentos, su constante contradicción, su vivo amor al arte y las satisfacciones inefables que con ello gozará su alma. En la primavera de sus años produzca su ingenio con prodigalidad esas lozanas flores de la inteligencia, que, como se ha dicho de Cicerón que hizo versos en su juventud, prometen sazonados frutos para el resto de la vida.

Con cuánto placer he leído las producciones que acaba Ud. de mandarme: son ellas de lo muy bueno que hoy se escribe. Magallanes, sobre todo, me ha parecido un laurel verdadero de poeta. El Templario abunda en bollezas, y lo único que en su lectura detenida he podido notar como un defecto, que por otra parte hace sobresalir las altas dotes poéticas del autor, es la



profusión de ese lirismo casi oriental, es la riqueza de cantares en el diálogo; accidentes que sofocan la bella acción moral, debiendo a mi juicio predominar ella bajo más sencilla expresión para el efecto artístico del drama.

"Una última palabra: a pesar de todo lo dicho, tal vez pudiera mi dormido numen despertar a una nueva aurora literaria: si tal prodigio se obtiene en mí, Ud. lo sabrá, mi joven amigo; se lo prometo. Llegaré humildemente a llamar a las puertas de la Revista, por cuya fundación le felicito..."

Hasta el momento en que escribimos estas líneas no ha despertado el dormido numen de Bustamante a los albores de esa aurora literaria y poética que él parece presentar. Durante el periodo de su madurez, poco o nada ha hecho por su patria en la esfera de la inteligencia. Están cerrados sus libros y su lira permanece colgada.

## II

La carta de Bustamante a Corpancho es una verdadera oración fúnebre pronunciada sobre la tumba de la poesía y las letras. A Dios gracias; éstas no han muerto en el siglo XIX, y es grato asegurar por el contrario que no escasean hoy en día hombres de inteligencia y de corazón que las cultiven con provecho. Lo que hay en el caso es que Bustamante no sólo es poeta cuando escribe en verso sino también cuando escribe en prosa: altera los hechos o los finge en su fantasía, ora cante en la música divina de las musas, ora hable en el lenguaje ordinario de los hombres. "¿Será dice, imaginaria, por mi desaliento, tal convicción sobre un hecho, al cual supuesta su verdad me habré sometido siguiendo la corriente del vulgo, sin vigor por mi parte para resistirla?" Así es cabalmente; y nosotros trataremos aquí de combatir, si bien a la ligera y descendiendo más de una vez a observaciones generales, esa preocupación y ese desaliento del bardo boliviano. Al ocuparnos de este asunto, que por otra parte creemos de importancia e interés en la actualidad, obedecemos a un doble sentimiento de pena y de temor: sentimos que una errónea creencia no permita sacar de Busta-

mente, para su propia gloria y acaso para el bien de los demás, todo el fruto que sus excelentes dotes poéticas prometen; y tenemos con sobradas razones que su ejemplo ejerza una influencia funesta y perniciosa sobre la juventud de su país.

Al querer, en la carta citada, señalar la acción que corresponde a las letras y a la poesía en el movimiento social de nuestros días, Bustamante se encuentra desde luego en presencia de dos escuelas radicalmente opuestas: los partidarios del progreso material por un lado, y los defensores del progreso moral e intelectual por otro; ¡cosa extraña! el poeta no atina a decidirse por ninguna. Contentase con citar palabras textuales de escritores de las dos escuelas: como es natural, el uno dice blanco y el otro dice negro; y concluye afirmando que "ambas autoridades son respetables".

Esto en el campo de la teoría, que en cuanto a los hechos y la práctica, Bustamante no vacila en sostener de lleno que el espíritu y tendencias del siglo son enteramente materialistas, que es de todo punto una quimera tratar de detener esa poderosa corriente.

¿Qué mucho que exagere ciertos hechos, desconozca otros, y de semejantes premisas deduzca erróneas consecuencias, si no tiene, como se ha visto, ideas propias ni fijas acerca de las nociones más generales sobre el verdadero progreso y la verdadera civilización: nociones sin cuyo auxilio es imposible colocarse a la altura conveniente para observar la complicada marcha y descubrir las ocultas tendencias de una época entera?

¿Qué es civilización?? ¿Qué es progreso?

No es necesario internarse en los recónditos senos de la metafísica para responder a estas preguntas; basta no olvidar las sanas y sencillas prescripciones del buen sentido. Civilización es el mayor grado de perfeccionamiento en la sociedad. Progreso es el desarrollo gradual, la marcha constante y segura, la gravitación hacia la perfección.

El hombre es un cuerpo y un alma inteligente y libre. Ha menester de la materia para satisfacer las necesidades de su cuerpo, de luz en su inteligencia para descubrir los inmensos



horizontes de la verdad y la virtud, y de la semilla del bien en su corazón para no abusar de la libertad.

El progreso en el hombre consiste en el desarrollo armónico y constante de su actividad en el campo de la materia, de la inteligencia y de la virtud.

Lo que se dice del individuo se aplica a la sociedad. Ilustración, riqueza y buenas costumbres constituyen una sociedad perfecta, civilizada. No es ciertamente hombre perfecto aquél que atesora inmensas riquezas, pero que es en cambio ignorante o corrompido. Del mismo modo, no es verdaderamente civilizado un pueblo en que la industria ha llegado a un alto grado de desarrollo, si por otro lado la moral pública y la privada están en decadencia, o si la instrucción está abandonada o no marcha a la par con el adelanto material.

El progreso social consiste en el desarrollo armónico y simultáneo de las fuerzas productoras de la sociedad en el orden físico, moral e intelectual.

Una vez lanzada la sociedad en la vía del adelanto general, el desequilibrio entre estos tres progresos o la exageración en alguno de ellos, produce el desorden y arrastra tarde o temprano a la decadencia.

Aunque estrechamente ligados entre sí estos tres progresos para prestarse mutuo apoyo, la unión entre el progreso moral y el intelectual es, sin embargo, muy más íntima y constante por razón de su común naturaleza. Ambas se ejercen en el alma y tienen por fin primordial el perfeccionamiento interior del hombre, mientras que el progreso material se ejerce en la materia y tiene por objeto nuestro perfeccionamiento exterior.

Causa extrañeza que algunos pongan en duda estas verdades universalmente reconocidas.

¿Cuál es el progreso generador que, siendo como el centro común de donde irradia todo otro progreso, siendo por decirlo así el eje en ese movimiento de traslación de la humanidad hacia sus grandes destinos, debe ser por consiguiente el pensamiento, la pasión, la voluntad firme, decidida, dominante de

la América, pueblo incipiente y nuevo que tanto se afana buscando el camino más corto y seguro que a la civilización conduzca?

El perfeccionamiento de la materia —¡la industria!— gritan los materialistas.

El perfeccionamiento del hombre —el saber y la virtud,— responde la historia, la razón y el buen sentido.

"El poder de la industria es sin igual... En los pliegues de su manto lleva el bienestar del género humano, y con el bienestar la dignidad del hombre, y la libertad... Como decía de la república francesa el audaz negociador de Campo Formio y Leoben, su existencia es como la del sol, no tiene necesidad de que se le reconozcan sus títulos al poder; desgraciado del que no lave..."

Estas y otras palabras semejantes pronunciadas en el Colegio de Francia por Mr. Michel Chevalier, de quien también cita otras Bustamante en apoyo de las ideas materialistas, se han repetido más de una vez en América como voz de salvación y de concordia general, como la palabra de vida que ha de operar una redención social y política en los desgraciados pueblos hispano-americanos.

¡La industria! La industria, como todo el mundo sabe, no es otra cosa que la inteligencia aplicada a la materia, el feliz resultado que da la práctica de los principios descubiertos por las ciencias, el espíritu humano que sujeta a su dominio los elementos de la naturaleza, la industria abraza todas esas cosas que se conciben primero en la mente y se ejecutan después con las manos; es una hechura del hombre para que, como una vil esclava sirva con su inventos a la satisfacción de las necesidades de nuestro cuerpo. Extraña inconsecuencia la de los que quieren la industria para la América sin difundir antes las ciencias que enaltecen el espíritu y hacen al hombre apto para las profesiones, las artes y los oficios. Extraña inconsecuencia la de los que quieren la civilización material sin aceptar primero el germen fecundo que la produce. No ven que la industria sin el auxilio de las ciencias es una planta exótica que no crece o que el menor evento seca para siempre.

Decir que la América debe buscar su salvación y el cumplimiento de sus grandes destinos lanzándose en las vías del progreso material con preferencia al progreso moral, a más de olvidar las leyes providenciales de la historia y las causas que han determinado nuestra condición social y política en lo pasado y en lo presente, es cerrar los ojos para no ver lo que hoy pasa en ciertos pueblos de la vieja Europa donde la industria no reposa sobre la ancha base del progreso moral.

Nadie ignora que actualmente la industria, en vez de ser una madre solícita es por el contrario una cruel madrastra para con sus hijos en los mismos pueblos donde ha llegado a un grado prodigioso de desarrollo. No es éste el lugar de hacer un cuadro de los males que acarrea el mayor número el actual régimen industrial. Bástenos citar los hechos. Conocida es la honda miseria en que yacen las clases obreras de las grandes ciudades a causa de la acción simplificadora de las máquinas que deja sin trabajo a muchos y disminuye el salario de todos. Sabido es también que la ilimitada competencia, convertida hoy en día en única ley de la industria, fomenta una abierta rivalidad entre los dueños de fábricas, y acaba por encender un odio implacable entre los trabajadores, los cuales se miran unos a otros como perros hambrientos que se disputan el pan.

Desde los sansimonianos de 1831 hasta los socialistas y comunistas de 1848, los remedios propuestos para curar estos y otros males semejantes han resultado contradictorios, quiméricos y absurdos, cuando no propios para agravar y aumentar las llagas sociales, exasperar a las masas y provocar desastres como los del 89.

¿Qué hacer entre tanto?

Entonces muchos de éstos que un tiempo despreciaron la religión y la política y predicaron la rehabilitación y el culto de la materia, han venido a parar a la conclusión más espiritual y ortodoxa confesando paladinamente que el único medio de hacer que los principios de la equidad y de la justicia presidan a la organización y régimen de la industria, es despertar ante todo en los corazones el más sincero amor al bien, es unir primero a los hijos de los hombres con los estrechos vínculos de

la concordia y la caridad. El espíritu antes que la materia. El progreso moral como condición precisa para que la industria rinda óptimos frutos y no se convierta en elemento de destrucción.

Ciertos escritores de América ya han insinuado la idea de que la más grande obra de la presente generación americana es una obra moral y política que haga cesar las crueles angustias que nos aquejan y que el gran pensamiento del mundo de Colón, el que debe agitar la mente de los gobiernos y de los hombres de bien, ha de ser ante toda la difusión de las luces, la reforma de las costumbres sociales y la mejora de las costumbres privadas, como medios de alcanzar poder y riqueza, como segura garantía de que ésta no servirá de pábulo a la corrupción y de arma a las malas pasiones. Ellos nos anuncian la libertad como inestimable recompensa de nuestros trabajos, la libertad que, descansando sobre la ancha base de la ilustración, las buenas costumbres y el bienestar material, llegará a ser realmente entre nosotros lo que es en teoría: el resumen de todos los derechos y de todos los bienes sociales y políticos.

Tal ha sido siempre la naturaleza de las cosas.

¿Está un pueblo sumido en la barbarie? — Ponedlo en contacto, dicen, con los pueblos civilizados para que sienta en su alma todo el peso de su miseria e ignorancia, estudie y se agite con el fin de obtener las ventajas de la civilización. Elevad el espíritu humano.

¿Un pueblo civilizado camina a la decadencia? — Propagad, dicen todavía, los conocimientos que dignifican al hombre y moved poderosamente las almas a la práctica del bien. Elevad el espíritu humano.

Ante todo el espíritu. Siempre el espíritu.

La indecisión que manifiesta Bustamante es, pues, de todo punto injustificable.

Pero no ha sido únicamente el oído de estas teorías sencillas y universales, cuya rápida exposición bien habríamos omitido aquí si con ella no quisiésemos hacer resaltar más el error de Bustamante, lo que le ha decidido a abandonar el cultivo de

las letras y obligándole a colgar, quizá para siempre, su no mal templada lira. Bustamante ha renunciado a la poesía principalmente porque cree que en el suelo fértil de América no nace ni crece el laurel que ha de ceñir la frente de los poetas; porque "hay en América sed ardiente de progreso a la vez que indiferentismo por todo lo que no sea materia e intereses positivos".

Esta aserción es contradictoria y falsa.

Lo hemos dicho y lo repetimos. Progreso, en el sentido más alto de esta palabra, es andar todos los caminos que conducen a la civilización. Cuando se dice que una sociedad se agita en sentido del progreso, es porque aspira a las glorias de la inteligencia en el mundo moral y material; es porque no sólo desea enriquecerse y engrandecerse con la industria y las ciencias, sino también ennoblecerse y engalanarse con el ropaje magnífico de las letras y de las bellas artes. No se ha de decir que progresa una sociedad que desprecia las producciones de la inteligencia y las creaciones del arte, de la fantasía y del corazón, que se han contado siempre entre las más preciosas conquistas del espíritu humano, como la manifestación más espléndida de la cultura de un pueblo.

No cabe duda que en América, pueblo joven y vigoroso, es donde se ha empeñado y se empeña actualmente con más tesón esa lucha constante entre la libertad y la fatalidad, entre el espíritu y la materia, que Michelet descubre en la humanidad entera; y una de las pruebas más señaladas del progreso en el mundo de Colón es esa aspiración unisona que se manifiesta en sus diferentes secciones a crear una literatura nueva y grande cual la virgen y esplendorosa naturaleza que nos rodea. Que algo, aunque poco todavía, se ha hecho en este sentido no es posible negarlo. No ha mucho tiempo que se pensó hacer una segunda edición del interesante libro titulado *América poética*, aumentada con las composiciones más notables y originales escritas desde 1847, fecha de la primera edición, hasta nuestros días, y se tuvo que renunciar a la empresa por su misma magnitud, notándose que la obra, si no había de ser muy incompleta, necesitaba aumentarse por lo menos en dos volúmenes de tan

grandes dimensiones como el existente, sin incluir en ellos más que la poesía lírica.

Otro hecho muy notable y que dice lo bastante en favor del progreso intelectual y literario de América, es la prensa periódica, privilegiada palestra no ha muchos años a la cual salían de vez en cuando a combatir ciertos escritores y hombres de Estado, hoy arma poderosa a las veces terrible, de una juventud respetable por más de un título. Recuérdese además que en Buenos Aires se han sostenido tesis literarias con talento y exquisito gusto, y debatiéndose cuestiones diplomáticas con admirable tino y profundidad. Frecuentemente llaman la atención de la sabia Europa los trabajos científicos publicados en Chile; y como en México los intereses de los aristócratas y en Bogotá los principios liberales, ha sido dicho que en Santiago se han defendido las ideas ultramontanas con una dialéctica y elevación de conceptos dignas del Viejo Mundo.

El enemigo de las letras en América no es la indiferencia, sino la grosera ignorancia de la mayoría. Las clases que saben leer, lejos de mostrarse indiferentes a los honestos placeres y provechosas lecciones de las letras, son por el contrario en la actualidad el único apoyo de éstas, el auditorio que las escucha con más interés e indulgencia. Ciertamente nada ha influido en el progreso social del continente una falange numerosa de escritores adocenados. Ciertamente han sido mirados con desdén por las clases ilustradas esos poetas vacíos de inspiración y de originalidad, quienes, a semejanza de Lope de Vega, que después de describir con mucho fervor un prado y una laguna, concluye de esta suerte:

Y en este prado y líquida laguna,  
Para decir verdad como hombre honrado,  
Jamás me sucedió cosa ninguna;

no tienen más numen que la destinada furia de hacer versos y el vano prurito de llamar la atención sobre sus insignificantes personas. Más también es forzoso confesar que esta castellanía de buen gusto natural, es más bien una preciosa cualidad que cede en honra del noble espíritu de los americanos, y es para las letras la mejor y más segura garantía de un progreso di-



radero y legítimo. Loada sea la buena intención de esos autores, cuando la hayan tenido; y en su mérito, no usemos de malignidad con ellos publicando su pobreza y ridiculizando sus defectos, sin que procuremos, en bien de su honra y tranquilidad, que el polvo del olvido caiga ligero sobre sus escritos. ¿No es éste un acto de justicia?

Pero si la gran mayoría ignora los rudimentos de la lectura y escritura, no por eso falta en América un auditorio compacto, numeroso y respetable, el cual nunca dejó de escuchar con atención a quien le supo hablar con verdadera elocuencia. La comunidad de idioma y de origen, la igualdad de instituciones políticas, la grande unidad moral que reina entre las repúblicas hispano-americanas, hacen que las clases ilustradas o civilizadas de todas ellas formen en conjunto un gran y solo pueblo, al cual puede dirigir el filósofo y el historiador sus lecciones, el orador sus discursos, el poeta los sentidos y armoniosos acentos de su lira.

A pesar del aislamiento en que viven unas de otras las naciones de América, el poder de un buen libro, como en todas partes, ha hecho siempre salvar a éste las fronteras del pueblo en que ha sido escrito o publicado. No nos fijaremos en los Principios de Derecho Internacional, la Gramática castellana y la Ortología y métrica, de Bello; el Diccionario y el Derecho canónico americano, de Donoso; el Diccionario de galicismos, de Baralt; el Semanario de la Nueva Granada, reimpresso últimamente en Europa, ni en la Colección de obras y documentos sobre la historia antigua y moderna del Rio de la Plata, de Angelis; la Biblioteca del Comercio del Plata, de Varela, la Colección de documentos sobre la vida pública del Libertador Simón Bolívar, de que se han hecho dos ediciones en Caracas; ni en tantas otras obras publicadas después de la Independencia, notables en la misma Europa, donde se han hecho copiosas ediciones de algunas de ellas sin auencia de sus autores. Aunque su consumo y creciente demanda están probado que en América hay grandes necesidades intelectuales que satisfacer, son con todo obras de una utilidad manifiesta, de un interés didáctico y científico que las hace indispensables. Tampoco haremos argumentos de libros como el del general Mosquera y el de Irisarri so-



bre el asesinato del general Sucre, la Historia de la revolución de la república de Colombia, por Restrepo; las Memorias sobre la guerra de Tejas, por Filisola; la Historia de la guerra entre México y los Estados Unidos, escrita por una sociedad de mejicanos; las Tablas de Sangre, por Rivera Indarte; la Campaña en el ejército grande, de Sarmiento; la Defensa de la autoridad de los gobierno, etc., por Vigil; ni citaremos los numeros escritos de Monteagudo, Irisarri, Luis Mora, Yastarría, Alberdi, Frías, Bilbao, etc., etc. Acaso dirá Bustamante que esos libros, que ya han llegado por su circulación a ser vulgares, y esos escritos esparcidos profusamente en el inmenso territorio hispano-americano, deben su popularidad o a las circunstancias en que han sido publicados, o al grande interés social y político que encierran. Queremos que Bustamante arroje una mirada únicamente al campo de las bellas letras y la poesía; y verá cómo ni nuestras discordias civiles, ni el lamentable atraso de la industria tipográfica en la mayor parte de nuestras repúblicas, ni el subido costo de los libros publicados en el continente, ni la competencia de la Europa en el precio y el mérito literario, ni tantas y tantas dificultades con que tropezán todavía las letras en América, han sido parte a entorpecer su vuelo audaz, a debilitar la fuerza vital que las propaga y robustece, a marchitar sus flores ni desvirtuar sus perfumes.

¿Será preciso que hagamos aquí una lista de los numerosos trabajos literarios escritos en América que han alcanzado inmensa popularidad? Bástenos citar entre otros las Peregrinaciones de Alpha, por Ancizar; las Memorias sobre la vida del Libertador, por Mosquera; el Compendio histórico del descubrimiento colonización de la Nueva Granada, por Acosta; las Biografías de americanos, La Reconquista española, y la Dictadura de O' Higgins por los Amunáteguis; la Historia General de la independencia de Chile, por Barros Arana; la Colección de artículos de Jotabeche, por Vallejo; la Historia del Paraguay y Río de la Plata, por el dean Funes; el Facundo y los Recuerdos de provincia, por Sarmiento; el Caramurú y el Celar, por Magariños Cervantes, etc., etc. Las obras poéticas de Maítín, Caro, Mármol, Sanfuentes, Blest Gana, Lozano y tantos otros, andan en manos de todos; y no solamente en América, sino también en Europa, se han

hecho ediciones de las de Heredia, Navarrete, Plácido, García Goyena, Madrid, Aboleda, Olmedo, J. M. Valdés, Corpancho, Mat- ta, Real de Azúa, Echeverría, Magariños Cervantes y algunos más. ¿Quién no conoce en nuestro hemisferio la *América poética* que publicó Gutiérrez, la *Historia General de México* por Alamán, y la *Historia antigua y moderna de Venezuela* por Baralt y Díaz? La copiosa edición que en Valparaíso se tiró de la primera, se halla desde mucho tiempo agotada; la prodigiosa circulación de la segunda no ha disminuido sino aumentado la demanda que hay de ella en América y España; y en cuanto a la estimación de que goza la tercera, es curioso ver cómo se disputan o arrebatan las muchas personas interesadas el ejemplar de esta escasa obra que de vez en cuando viene a América a proporcionar una fuerte ganancia a algún librero.

Si la poesía y las letras se mirasen en América con indiferencia y desdén, no veríamos a sus acreditados representantes gozando del respeto y estimación de todos los americanos. Una aureola de gloria rodea el nombre de casi todos los escritores y poetas que acabamos de citar. Sustantemente no puedo negar este hecho. Estos mismos escritores y poetas han ocupado, además, u ocupan actualmente en su patria, y aun en las naciones hermanas, los puestos sociales y políticos más distinguidos. Y ya que en este punto se hace también preciso citar nombres propios, para ahorrarnos tan larga tarea nos contentaremos con recordar a Alamán, Lanzas, Pesado y Quintana Roo en México; a Irisarri y García Goyena en Centro América; a Maltín y García Quevedo en Venezuela; a Madrid, Salazar, Zea, Restrepo, Arboleda, Ancizar, Samper, los Pombos y tantos otros en Nueva Granada; a Olmedo en el Ecuador; a Pando, Pardo, Márquez y Corpancho en el Perú; a Sanfuentes y García Reyes en Chile; a Varela, Mármol, Frías, Mitre, Alberdi, Gutiérrez, etc., en las márgenes del Plata, Irisarri, García del Río, Heredia, Sarmiento, Pardo, Bello, no solamente han desempeñado en su país natal destinos de importancia sino también en las vecinas repúblicas; algunos hasta el de Ministros de Estado y el de Plenipotenciarios.

Que la miseria y las persecuciones hayan amargado u oscurecido la existencia de algunos americanos de noble corazón

y arrogante pluma, no quiere decir sino que desde Homero y el Dante que vivieron desgraciados, hasta Cervantes y Camoens que cosecharon hambre y menosprecio, la suerte suele ser injusta en todos los tiempos y países, y que ciertas causas accidentales alteran de vez en cuando la rigurosa constancia con que se suceden ciertos hechos en el mundo moral.

Es todavía más inexacta e injusta la aserción de Bustamante por lo que toca a Bolivia. Allí se ha aplaudido siempre a todo el que escribe con tal que lo haga recia y apasionadamente. El público es tan poco exigente, que no para la atención ni en la buena o mala ortografía de sus escritores. Todo le sobrecoge y le toma de nuevo, y esto por causas muy fáciles de adivinar. No solamente han gozado allí del atra popular los escritores de algún mérito, como el estadista Dalence, el historiador Urcullo, el folletinista Olañeta, el periodista L. Velasco, los poetas Cortés, Ramallo y Bustamante, sino que también se han decretado honores y medallas al declamador Loza, que ni es tampoco un declamador a la manera de Volney y de D. Casimiro Olañeta; se han escrito artículos pomposos y llenos de elogios en favor del poeta Galindo, a quien no se debía aplaudir sino curar; han sido, en fin, considerados por los gobiernos y vitoreados por la juventud, esos atolondrados que en ocasiones se han apoderado de la prensa periódica para decir necedades, comprometer graves intereses políticos y atizar el fuego de la revolución.

Bustamante no habrá olvidado un hecho que le es muy personal. Cuando fue elevado a la prefectura de La Paz, departamento el más populoso e importante de Bolivia, no se tuvieron ciertamente en cuenta ni antecedentes políticos, ni conocimientos administrativos, ni experiencia de los hombres y de las cosas de la República. Recién llegado a Bolivia después de una ausencia de veinte años, sólo se sabía de él que era literato y poeta.

Pero aun aparte de los hechos, decir que el alma de los americanos limita su acción y sus aspiraciones al mundo de la materia y de los intereses positivos, es, o negar implícitamente la unidad de la especie humana suponiendo que no tenemos todas las facultades que el resto de los hombres, o des-

conocer la esencia íntima de la poesía y el sentimiento estético de nuestra naturaleza que le sirve de fundamento. Lo primero es un absurdo que no merece otra contestación que la bula de Paulo III, la cual manda se considere y tenga a los americanos como a hombres de la misma naturaleza y especie que los demás de la tierra. Lo segundo es un error o una preocupación que, si es común entre ciertas gentes entregadas exclusivamente a la vida de la materia y de los sentidos, es extraña, imperdonable en el poeta Bustamante que, como tal, no sólo ha sentido en su corazón la sed de lo infinito al contemplar lo bello y lo sublime de la naturaleza, sino que ha comunicado a los demás esas armonías misteriosas del alma.

¿Por qué canta el poeta? preguntan en tono burlesco ciertos materialistas que creen sin duda que la poesía es un capricho de esta o aquel país, la moda de cierta época, o un fútil entretenimiento de circunstancias. Porque el prado y el bosque, el llano y la montaña, el río y el lago, la gloria y el amor, la felicidad y el infortunio, porque la naturaleza entera dice al corazón llena de fuego y armonía del poeta: "ama y canta". Preguntar por qué canta el poeta es lo mismo que preguntar por qué el condor sube hasta la nevada y altísima cumbre de los Andes; por qué la pija y la juvia rinden sus dulcísimos y copiosos frutos a las márgenes del Orinoco; por qué la generosa palmera y el arrogante cocotero yerguen sus copas en las llanuras amazónicas; por qué en la inmensa pampa se escuchan en la noche ruidos misteriosos. El poeta canta porque esa es su naturaleza, porque, como dice Zorrilla, su gémien es el amor, su esencia la armonía, y su destino cantar donde y cuando la inspiración le domina y arrebate.

¿Qué importa lo que forma la esencia del poeta?  
 ¿Qué importa lo que guarde su inquieto corazón?  
 Su alma, cual los vientos, a nada está sujeta:  
 Su espíritu no tiene ni patria ni región.  
 Su pecho está colmado de amor y de armonía:  
 Los átomos más leves le traen la inspiración,  
 Y canta, como canta a la luz del nuevo día  
 El ave a quien da el bosque nocturno pabellón.  
 Él es un átomo que forma coro

Con cuanto tiene cuerpo sonoro  
Armonizando la creación:  
Mas ¿por qué canta? ¿con qué se inspira?  
Por lo que canta cuanto respira,  
Cuanto en el orbe produce son.

Canta porque su germen  
es la armonía:  
Por ley de quien del caos  
le trajo el día  
cuya ley santa  
Con cuanto es le dice:  
"¡Cántame!" y canta.

Oyeme, pues, ¡oh mundo! Mi ser con tus tesoros  
De amor y de armonías ha henchido el Criador,  
Y canto como cantan los átomos sonoros,  
Y amo como aman los átomos de amor;  
Yo hechizo de la vida las horas más ingratas,  
Yo aduerto las febriles vigilijs del dolor,  
Al son de mis alegres nocturnas serenatas  
Que imitan el amante cantar del ruiseñor.

Creólas loca mi fantasía  
Vistiólas ricas mi poesía  
Con cuánta gala creyó mejor:  
Y sus compases, tal vez extrañan  
Porque a mi antojo les acompañan  
Atica ilra, moro atambor.

Porque yo, bardo errante,  
cosmopolita,  
Canto a par en el templo  
que en la mezquita,  
y risa y llanto  
Díceme al mismo tiempo:  
"¡Cántame!" y canto.

Los que afectan desconocer ciertos hechos que sacan su origen de la naturaleza humana; caen no sin frecuencia en contradicciones flagrantes. Napoleón despreciaba a los poetas y el mismo lo fue, y poeta de soberbia inspiración, en el momen-

to de las grandes batallas. Mr. Chevalier, que en sus escritos sobre organización social no toma en cuenta a lo que parece todo ese orden de ideas y sentimientos que satisfacen el instinto poético innato en el hombre, no ha podido sustraerse a la influencia de la imaginación al tratar de una ciencia cuyos únicos guías son la fría observación, el desnudo raciocinio y el cálculo matemático. En su *Curso de Economía Política* hay páginas que son un himno heroico en loor de la industria, un dithirambo de sonora entonación en que se cantan las glorias de la materia con el mismo fuego lírico que Quintana la invención de la imprenta en la inmortal oda de este nombre. El mismo Bustamante nos dice que ha tenido que abandonar la lectura de esas obras que responden a las ocultas armonías de su corazón de poeta, porque siempre dejan en su alma un inmenso vacío y una penosa impresión recordándole sus ilusiones y proyectos literarios de otros tiempos. Hace como los compañeros de Ulises, que, en su peregrinación por los mares en busca de su patria perdida, se tapaban los oídos para no escuchar los cantos de las sirenas, cuya seductora armonía había de serles tan funesta.

Poniéndose a andar desbarató victoriosamente Diógenes los argumentos de un filósofo que negaba el movimiento. No hay más que ponerse a cantar para confundir a esos que desprecian la poesía y no piden para el individuo y la sociedad sino oro y materia.

Bustamante apunta como causas de nuestra esterilidad literaria: primera, la sed de oro que en la época actual devora al común de las almas; segunda, la decadencia de la literatura europea, nuestra maestra y nuestro modelo; y tercera, nuestras discordias civiles.

Probada la falsedad del hecho, como creemos haberlo probado, nada tenemos ya que ver con las causas, si no es para considerarlas como simples fenómenos sociales que hayan tenido una influencia más o menos directa sobre nuestra literatura.

La codicia es muy vieja en el mundo. Data del tiempo de Caín. En los pueblos de avanzada civilización se presenta amenazadora porque obedece a estímulos poderosos, y en las na-



ciones semibárbaras o atrasadas porque no hay fuerzas morales que la traben y aniquilen. Y con todo, las letras no han dejado de florecer en muchas ocasiones, ni la ley del progreso ha dejado de presidir y regular constantemente la marcha de la humanidad. Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita, en su poema, notable por ser uno de los monumentos más antiguos de la literatura española, satiriza la influencia y el poder del dinero en su tiempo, de un modo picante y asaz amargo. Vamos a copiar ese fragmento de vieja poesía castellana a fin de que se vea cómo lo dicho por el Arcipreste acerca de la sociedad del siglo XIV, que no por esto era menos una época de ardiente fe, acendrado patriotismo, valor esclarecido e incontrastable lealtad, puede aplicarse en sustancia a esta sociedad del siglo XIX, la cual, sin embargo, tanto se diferencia de aquella en otras cosas.

Mucho fasce el dinero, et mucho es de amar;  
 A el torpe fasce bueno, et omen de prestar;  
 Fasce correr al cojo, et al mundo fablar;  
 El que non tiene manos dinero quiere tomar.  
 Sea un home necio et rudo labrador  
 Los dineros le fascen fidalgo y sabidor:  
 Quanto más algo tiene tanto es más de valor,  
 Et que non ha dineros non es de sí señor.  
 Si tovleres dineros habrás consolación;  
 Placer é alegría, del Papa ración;  
 Comprarás parayso; ganarás salvación;  
 Do son muchos dineros es mucha bendición.  
 Yo ví en corte de Roma, do es la santidat  
 Que todos al dinero fasen gran homildat,  
 Gran honra la facían con gran solenidat,  
 Todo a él se homillan como a la magestat.  
 Fasia muchos Priores, Obispos et Abades,  
 Arzobispos, Doctores, Patriarcas, potestades;  
 Fasia de verdat mentira, et de mentira verdades,  
 Fasia muchos clérigos e muchos ordenados;  
 Muchos monjes e monjas relijiosos sagrados  
 El dinero los daba por bien examinados.  
 A los pobres desian que non eran letrados,  
 Daba muchos juicios, mucha mala sentençia;  
 Con muchos abogados era la mantenencia  
 En tener pleytos malos et faser avenencia;



En cabo, por dinero había penitencia.  
 El dinero quebranta las cadenas dañosas;  
 Tira cepos é grillos, et cadenas plegosas;  
 El que non tiene dineros, échanle las posas.  
 Por todo el mundo fase cosas maravillosas.  
 Yo vi fer maravilla do el inucho usaba,  
 Muchos merescian muerte, que la vida les daba;  
 Otros erant sin culpa, él luego los mataba;  
 Muchas almas perdía, et inuchas salvaba.  
 Fase perder al pobre su casa é su viña;  
 Sus muebles é raíces todos los desaliña;  
 Por todo el mundo anda su sarna é su tiña.  
 Do el dinero juega, allí el ojo guiña.  
 El fase caballeros de neclos aldeanos;  
 Condes é ricos omes de algunos villanos;  
 Con el dinero andan todos los omes lozanos;  
 Quanto son en el mundo le besan hoy las manos.  
 Vi tener al dinero las mejores moradas  
 Altas é muy costosas, fermosas é pintadas.  
 Castillos, eredades, et villas entorreadas  
 Todas al dinero sirven, et suyas compradas.  
 Cointa inuchos manjares de diversa naturas,  
 Vestía los nobles paños, doradas vestiduras;  
 Guarnimientos extraños, nobles cabalgaduras.  
 Yo vi a muchos monjes en sus Predicaciones  
 Denostar al dinero eta sus tentaciones;  
 En cabo por dinero otorgan sus perdonas,  
 Asuelven el ayuno, así fassen oraciones

Toda inujer del mundo et dueña de alteza  
 Págase del dinero et de mucha riqueza;  
 Yo nunca vi ferrosa que quisiere pobreza.  
 Do son inuchos dineros, y es inucha nobleza.  
 El dinero es alcalde et juea mucho loado,  
 Este es consejero et sutil abogado;  
 Alguacil et merino bien ardit esforzado;  
 De todos los oficios es muy apoderado.  
 En suma te lo digo, tomalo tu mejor,  
 El dinero del mundo es gran revolvedor;  
 Señor fase del siervo, del señor servidor;  
 Toda cosa del siglo se fase por su amor, etc.

Lo que no sería quizá desacertado, es decir que estamos en una época de transición y por consiguiente de estudio, de análisis en todos los ramos de la actividad humana; y que el espíritu moderno no es decididamente práctico, positivista y emprendedor. No creemos que este espíritu sea funesto para las letras: quiere decir que éstas y en especial la poesía, se han de espaciar menos en las regiones de lo ideal y fantástico, y que han de bajar con más frecuencia a la tierra para mezclarse con la vida real y tomar su parte de trabajo en la constante labor en que está empeñada la sociedad. Esta idea, popular hoy en día y en el mundo de Colón, lejos de considerarse como una rémora, se tiene como uno de los medios de dar a nuestra literatura un tinte americano y propio, un carácter de marcada originalidad.

Por otra parte, esas tendencias positivistas y esa infatigable laboriosidad de la presente generación, son más favorables a las letras que lo que a primera vista pudiera uno pensar. Cansado del trabajo y aturdido con el estrépito de la industria, hoy busca el hombre de bien en la lectura un descanso grato y reparador, y quiere generalmente que se le instruya y convenza deleitando al mismo tiempo su imaginación. De aquí ha nacido la estrecha alianza de las ciencias y las letras; pues para hacerse populares las primeras han tenido que pedir prestadas a las segundas sus formas elegantes y seductoras; de aquí también ese baño poético que hoy ostentan todos los géneros de literatura, y que ha hecho decir a algunos que el espíritu moderno es superficial.

Bustamante habla también de la decadencia de la literatura europea. Si tal vez no faltan razones para afirmar este hecho con respecto a las de Francia e Inglaterra, no se puede decir lo mismo en cuanto a la de España que, no sólo por los vínculos naturales que a ésta nos ligan sino también a causa de esa reacción de simpatías tan noble como ilustrada que en favor de la madre patria se va declarando hoy en América, y en fuerza del mismo brillo e indisputable mérito de un crecido número de poetas y escritores españoles contemporáneos es la literatura moderna que de algún tiempo a esta parte influye más decididamente sobre la nuestra. Y aun cuando así no fue-

ra no sabemos en virtud de qué ley histórica o literaria la decadencia de la literatura de un pueblo viejo ha de arrastrar en su corriente la de otros pueblos nuevos en el mundo de la civilización y cuyo estado social es enteramente diferente. La historia cuenta que sobre las ruinas de la civilización y literatura griegas se levantaron pujantes y vigorosas la civilización y la literatura del siglo de Augusto, y, en tiempos más cercanos a los nuestros los astros brillantes que alumbraron a los hijos de Carlos V en el siglo XVI, cuando el poder y civilización de España dominaban en ambos hemisferios, se eclipsaron tristemente a la entrada del siglo XVII para dar lugar en el horizonte europeo a los grandes luminares del reinado de Luis XIV en Francia. Las decadencias no se comunican si no a los pueblos que ya tienen gastados todos los resortes de su vida social y no puedan por lo mismo resistir a esos empujes devastadores. ¿Qué hay que deba morir en América, si recién ésta se agita con las angustias y los dolores del alumbramiento? La Europa es nuestro modelo en literatura, como lo son Grecia y Roma, únicamente en sus obras maestras; cuyo estudio, adiestrando nuestro ingenio con la imitación, templando nuestra alma con la admiración y al entusiasmo, elevando nuestro espíritu y ensanchando el orden de nuestras ideas con ese inextimable legado de pensamientos y de sensaciones, enriqueciendo, en fin, nuestra fantasía con esa esplendorosa multitud de tipos de belleza creados por la mente sublime de hombres extraordinarios, irá preparando en nuestro suelo la fecundidad, para cuando el genio de la inspiración y de las altas concepciones, traído de otros pueblos, renazca en el Nuevo Mundo y posea de firme sus alas sobre la cumbre de los Andes.

Acá en América nuestras discordias civiles, si no han permitido en verdad que el afán y el movimiento literarios se aumenten y propaguen cual es de esperar de mejores y serenos días, no han sido ni con mucho tan funestas para el espíritu y el corazón que hayan secado el manantial de las dulces y tiernas armonías, e impedido que fructifique el germen de las ideas y de las producciones científicas. Así y todo como es, la literatura americana es ya un hecho cuya verdad e importancia, comprobados con documentos suficientes, algunos de los cua-

les son también grandes y nobilísimos esfuerzos del ingenio, habrán que tomarse doblemente en cuenta en la historia de la civilización de estas regiones, y en la historia de los progresos del espíritu humano. Algunas vez nuestras sangrientas discordias son también la porfiada lucha de ideas y de principios convertidos en pasiones, el choque tremendo de sistemas políticos y sociales llevados hasta la exageración o la violencia; y allí ha encontrado abundante pábulo una elocuencia lozana y vigorosa, y allí se ha inflamado la noble alma de los poetas, produciendo actos sublimes y patéticos. Esa actividad de los espíritus durante la borrasca, no se ha calmado ni extinguido cuando en el horizonte político han brillado algunos días de bonanza: sino que, buscando infatigable otro campo donde ejercitar sus fuerzas, lo han encontrado vasto y fecundo en las letras y en los estudios científicos, sociales y políticos. Los poetas entonces, al contemplar las grandiosas soledades del Nuevo Mundo, se han sumergido en profundas meditaciones acerca de las misteriosas verdades del destino humano; y en pintura animada de sus afectos y pasiones, han avanzado conceptos muy elevados para llegar a la solución de los importantes problemas del siglo XIX, pudiendo más de uno decir como Guttinguer:

Il est rece génie  
Qui cherche dans le monde un mot mystérieux,  
Un secret qui du ciel arrache le génie,  
Mais qu'aux yeux d'un amant ont demandé mes yeux.

Y en ese mismo silencio de muerte que dejan tras de sí nuestras revoluciones, cuando los nobles espíritus caen en el desaliento y en la tribulación, en vista de los males de su patria y de la raza hispano-americana, cuando todos lloran al amigo, al hermano, al esposo, al hijo, al padre, encarcelados, proscritos o muertos en la refriega; la poesía, la dulce y tierna poesía, íntima y solícita compañera de la tristeza del alma, tibia brisa de la mañana que reanima las flores marchitadas por el frío de la noche, es entonces el deseo vivo y ardiente de los corazones, una necesidad imperiosa en la sociedad entera. Sólo una profunda degradación moral nos haría impotentes en materia de literatura. En América no estamos envilecidos por los vicios

infames, ni degenerados por los placeres sensuales, para no sentir la noble aspiración a lo verdadero, a lo bueno y a lo bello. Es preciso no confundir la vejez con la infancia, la extenuación que conduce al sepulcro, con los tropiezos y caídas de la niñez que enseñan a caminar. Una cosa es el caos que precede al aniquilamiento, y otra la tempestad deshecha que acaba por purificar el aire y fecundizar la tierra.

### III

Con un argumento histórico o que envuelve por lo menos algún interés nacional, casi todas las poesías líricas que conocemos de Bustamante son la expresión del entusiasmo o sentimiento público. La *Armonía fúnebre en la muerte de mi hija*, y la *Página enviada al álbum de un amigo* son las únicas que con propiedad pertenecen a ese género de poesía doméstica e íntima del alma, tan cultivado y manoseado por los poetas. Muy extraño es, por ejemplo, que jamás haya dado a la estampa una sola composición amorosa, cuando ni el R. P. Fr. Manuel Martínez de Navarrete ha dejado, entre los americanos, de pagar su tributo a la musa inmortal de los amores. El ha escrito ciertamente canciones, endechas, madrigales y otras composiciones ligeras, así como también varios ensayos épicos y dramáticos; pero como cree que las obras poéticas, especialmente las que no se proponen un marcado e inmediato fin social, se consideraron en esta época de positivismo "como armonías fugaces que, al igual de los recreos acústicos, pasan por el alma sin dejar, tras la dulce ilusión de un instante, eco imperecedero ni prolongados recuerdos," las tiene cuidadosamente encerradas en las gavetas de su escritorio y se ha negado con firmeza a publicarlas.

Bustamante es muy dueño de hacer con sus versos lo que le pareciere mejor; pero no tiene derecho para acusar al siglo XIX. Creemos de nuestro deber el repetírselo esta vez más.

Los poetas adocenados no tienen por qué extrañar el desdén del siglo. Hace mucho tiempo que Horacio se los ha predicho con paternal solicitud cuando dice:

..... mediocribus esse poetis  
Non homines, non Di, non concessere columnae.

En cuanto a los poetas de genio, no deben éstos olvidar que el dulce, el sencillo, el pladoso Bernardino de Saint-Pierre conmovió profundamente al frío, al escéptico, al materialista siglo XVIII.

Mr. Villemain ha dicho: "Aunque un siglo esté preocupado por graves intereses, por estudios científicos, o aunque un siglo sea frívolo, epicúreo, que se paga en literatura de ingeniosas agudezas, si le mostráis la verdadera poesía, fijaréis poderosamente su atención, le arrebataréis, os haréis escuchar. Poetas, quienesquiera que seáis, no acuséis jamás a vuestro siglo; entre tanto, siglos, acusad alguna vez a vuestros poetas".

Pero entremos de una vez en el examen de las poesías de Bustamante.

Los autores suelen mirar con amante predilección a aquella de sus obras que no llega a ser jamás la favorita de los contemporáneos, ni de la posteridad, ni del buen gusto. Es debilidad común así a los pequeños (lo cual no es de extrañar) como a los grandes ingenios. Refitiéndose Lope de Vega a su *Dorotea*, que es de las más inferiores de sus producciones, decía muy satisfecho:

Por fortuna de mí la más quetida;

y Cervantes esperaba alcanzar mayor fama de los *Trabajos de Persiles y Sigismunda* la peor de sus novelas, que de cuanto había escrito, incluso del *Quijote*.

Lo propio acontece a Bustamante con su *Armonía fúnebre*, composición que si él mira con vivo interés y decidida preferencia, quizá por tocar tan de cerca a su alma, está muy distante de alcanzar ni merecer semejantes honores de parte del público, siendo, como es en efecto, inferior en inspiración y colorido a otras del poeta, y la peor de todas en su versificación.

Y decimos la peor de todas en cuanto a versificación, porque Bustamante, generalmente esmerado y totundo en sus ver-



sos, tiene aquí algunos flojos, inarmónicos y prosaicos, y porque, con excepción de dos o tres pasajes, carece su entonación de esa fluidez y flexibilidad que, por el título de *Armonía* que lleva la pieza, debería ostentarla en muy alto grado. Por lo demás, la artificiosa variedad de metros en que ella está escrita, no alcanzan ni con mucho a satisfacer las exigencias del oído.

Pero lo que no se perdonará nunca a Bustamante es el haber prorrumpido su llanto por la muerte de su hija con esta malísima estrofa:

Prenda la más querida de mi alma;  
Mi Luisita, mi ángel, mi tesoro;  
En tus helados ples mi ardiente lloro  
Has llevado a la eterna oscuridad!  
Ayl ahora mis lágrimas son hielo;  
Hielo mortal que el corazón congela;  
Mi corazón sin ti ya nada anhela;  
Ya no habrá para él felicidad!

Una composición del carácter y tono de la que nos ocupa debe contener en su principio las expresiones más atrevidas y enérgicas, los rasgos más notables por la viveza y el colorido, como que ése es el punto en que estalla el dolor y rompe diques la amargura del poeta. *Prenda la más querida de mi alma; mi Luisita, mi ángel, mi tesoro*, es una trivialidad de puertas adentro, un concepto de recámara que las abuelas prodigan a sus nietecillos y las amas a los niños de cría. El último verso es tan prosaico como los dos primeros. Los pies son un lugar poco a propósito. La palabra *lloro* para significar las lágrimas es impropia, debiendo en su lugar decirse *llanto*. "Una esposa que ha perdido a su esposo y llora sobre su tumba, derrama *llanto*". Como Bustamante es cristiano y cree por consiguiente en la resurrección de la carne, es de suponer que haya hecho traición a su pensamiento la expresión *eterna oscuridad* que él emplea para designar el sepulcro. *Congela* no es voz poética, y en sentido figurado se usa mejor el verbo *halar*: así se dice "dolor o espanto que *hiela* el alma, que *hiela* el corazón," y no que "congela el alma, que *congela* el corazón;" "frío mortal que



hiela el alma, que hiela el corazón." y no "que congela el alma, etc."

Mala en su principio la elegía de Bustamante, no lo es menos en su parte final, que contiene un concepto natural y oportuno en sí, pero deslucido por una comparación retórica y por algunos versos lastimosamente prosaicos.

He aquí el argumento de esa elegía:

Comienza el poeta invocando a su hija y dando libre curso al dolor y amargura de su corazón. En el exceso de su angustia llega a dudar de la eterna misericordia. Mas he aquí que un coro de voces celestiales, venidas en alas de su propia fantasía a los oídos del poeta, resuena en las regiones superiores:

Mas... ¿qué armónico sonido,  
Que el oído  
Trasmite el alma perpleja.  
Mudo mi laúd de duelo  
Por unos instantes deja;  
Y el consuelo  
Difunde en todo mi ser?  
¿Qué voces rompen el velo  
De mi espíritu sombrío?  
¿Son los ángeles del cielo  
Que la entrada  
Festegan del ángel mío  
En esa feliz morada  
Con cánticos de placer?

.....

De la orilla del lago de la vida,  
Do me columpio cual tronchada palma,  
Te grito con mi voz despavorida  
"¡Cuánta amargura, oh Dios, hay en mi alma!"  
Y el mísero lamento  
Torna otra vez al labio que te nombra,  
Señor, que guardas bajo eterna sombra,  
Esa flor que dio miel al pensamiento.

Pasado este transporte, ocasionado por una ingeniosa cuanto fantástica invención del mismo bardo que llora, continúa éste expresando de un modo llano, pero sentido, su profunda tri-

bulación, hasta que la duda, tan propia en ese estado del alma entregada exclusivamente al objeto que la devora, asoma de nuevo a su flaco espíritu. Clama entonces al Señor y le pide en elocuente plegaria el bálsamo consolador de la fe. En tal estado viene otra vez la fantasía a detener con su varita mágica la impetuosa corriente del dolor. Como aconteció poco ha, y en virtud de una transición semejante, voces armoniosas del cielo suspenden los gemidos y las quejas del padre:

Mas... ¿qué armónico sonido  
Que el oído  
Transmite al alma perpleja.  
En mis labios el gemido  
Otra vez suspenso deja.  
Y hace enmudecer mi queja.  
Y apacigua mi dolor?  
¿Eres mi ángel de consuelo,  
Que del cielo  
Me mandas cantos de amor?

.....

En la orilla del lago de la vida  
Viento de soledad sobre mí zumba;  
Y hace vibrar el harpa enmudecida  
Con un gemido que arrancó a la tumba  
Y el mísero lamento  
Torna otra vez al labio que te nombra,  
Ángel que hueilas la cerúlea alfombra;  
Vagando entre la luz del firmamento.

Vienen después a su memoria las dulces horas de felicidad de que gozara cuando estaba en posesión del bien que acaba de perder. Hoy la desolación le cerca por doquier, y el amargo quebranto va a ser su alimento cotidiano. Acuérdate entonces de su esposa, que también gime a su lado: con ella no lo ha perdido todo en el mundo.

Como se ve, la disposición de este argumento no es en todas partes propia del asunto ni de la situación de ánimo en que el poeta se encuentra. A lo natural se ha mezclado en él lo artificial, a la verdad la mentira: quedando de esta suerte casi

sin efecto los rasgos patéticos de que está sembrada la elegía. En buena hora que Bustamante se consuela en su dolor con la cristiana idea de que su hija está en el cielo; pero no por eso ha podido en esos momentos, sin violentar la naturaleza, fingir en su fantasía sonidos armoniosos. Su alma está agitada por una violenta pasión para que pueda pensar en esas invenciones del arte. Esos *ritornellos* en el metro estudiosamente dispuestos, serán quizá en otras composiciones un adorno elegante, pero aquí son hasta una especie de ultraje al dolor. Este es desordenado, irreflexivo, espontáneo en sus arranques; y si en el presente caso hubiésemos de personificarlo, él habría dicho, arrojando sus ropajes y arreos de gala, lo que Fedra en la tragedia de Racine:

Que ces vains ornemens, que ces volles me présent!  
 Queile importune main, en formant tous ces noeuds,  
 A pris soin sur mon front d'assembler mes cheveux?  
 Tout m'afflige et me nuit et conspire à me nuire.

En la alegía Al cadáver de Fany, que, dicho sea de paso, es lo mejor que en su género se ha escrito en Bolivia, encontramos este verso:

¿No es verdad, Fany, que en el cielo moras?

Puede muy bien ser una exageración de nuestra parte; pero es lo cierto que en esta sola y sencillísima frase de Calvo hallamos más ternura, más sentimiento, más piadosa resignación que en muchas de las artificiosas estrofas de la *Armonía fúnebre*.

Lamartine es autor de una elegía intitulada *Getsemaní* o *La muerte de Julia*, que D. Eugenio de Ochoa ha traducido al castellano en cadenciosas silvas. En ésta y en la *Armonía fúnebre* el asunto es exactamente el mismo; pero en cuanto a desempeño, hay entre ambas la misma diferencia que entre Bustamante y Lamartine. El sentimiento está allí expresado con el decoro conveniente. El canto, sin esas variaciones obligadas sobre un mismo tema, que sólo sirven para ostentar estudio y destreza, es grave, tierno y sencillo a la vez. Para que se vea el genio y el arte consumado que han entrado en la concepción de esa elegía, vamos a hacer un descarnado resumen de su argumento.

El poeta fue siempre perseguido por la desgracia. Un instinto fraternal le lleva a los lugares tristes y desolados. Por eso ha ido al huerto de los Olivos, donde el Salvador del mundo apuró las angustias de la agonía. Siéntase allí en una piedra: repasa en su mente todas las amarguras de su vida, y queda a pocos momentos sumergido en un profundo letargo. No lejos había él dejado bajo los cuidados maternos a su adorada hija, la hermosa Julia. En su sueño el poeta ruega por ella al Altísimo. Pero a poco advierte que Julia desfallece, y que, al fin, cae exánime a sus pies. ¡Horrible momento! Herido de muerte se encamina al altar y deposita allí el cadáver de su hija. Julia era su único bien, el alma de su vida. A un sollozo arrancado de lo más hondo del pecho, despierta el infeliz padre anegado en sudor y llanto. Rápido se lanza a sus hogares, suspendo el corazón entre el temor y la esperanza. Llega en fin. ¿Dónde esté Julia? ¡Ay!... ella le espera para decirle adiós, y, pocos momentos después, expira en los brazos de su padre!... Aquí termina la elegía.

Así, la oda de Lamartine es un verdadero drama, con su exposición, su enredo y su catástrofe. Al leerla parece realmente que asistimos a una representación dramática: tan rápido es su movimiento, tan vivo el interés que despierta, tan profundas y múltiples las sensaciones que produce.

Pero es necesario leerla íntegra y en el original, para poder admirar su robusta inspiración, su valiente colorido y los encantos de su armonía. Nuestros lectores perdonará el que traslademos aquí algunos trozos de la traducción de Ochoa:

Al pie del solitario  
Monte de los Olivos.  
Hay a la sombra de los altos muros  
De do cayó Sión desmoronada.  
Un sitio a do jamás los rayos puros  
Del sol descienden: casi desecada  
Del Cedrón la corriente  
Filtra allí lentamente  
Una agua escasa entre sus dos riberas.  
El Josafat allí de sus colinas  
Con las mustias laderas

Se abre como un sepulcro: en vez de césped  
Hace la tierra germinar ruinas,  
Y las raíces de los viejos troncos,  
Que los siglos desgajan,  
Las blancas piedras de las tumbas rajan.

.....  
Para vibrar su corazón al mío

Y filtrar en mi pecho su alma toda  
Como un puro rocío.  
Ni un punto de mis ojos apartaba  
Sus miradas suaves,  
Y ¡oh Dios! tú solo sabes  
Cuánto amor en el fuego se encerraba  
Con qué mi corazón la cobijaba!  
Indecisos a fuerza de cariño,  
Do posarse mis labios no sabían;  
Provocábalos ella como un niño,  
Con júbilo inocente.  
Y a un tiempo a mis caricias se ofrecían  
Su boca, sus mejillas y su frente.

Y en este corazón que tanto la ama,  
Yo decía al Señor: "¡Señor, Dios mío!  
¡Ah cuántos bienes para ella ansío,  
Bajo sus pies derramal  
Dale toda mi parte de ventura,  
Y mientras me ilumine la luz pura  
De esos ojos, mi encanto,  
De amor y gratitud perpetuo canto  
Entonaré mi labio en tu alabanza.  
¡Ahl cólmala, Señor, de bendiciones:  
Haz por ella que en todas ocasiones  
Frutos logre la flor de su esperanza.  
Guárdale un nupcial leche  
Y de un esposo enamorado el pecho."

Y mientras de esta suerte dirigís  
Mis súplicas al cielo, no advertía  
Que aquellos pies helábanse en mi mano,  
Y que su frente sobre mí inclinada  
Cada vez iba siendo más pesada.  
¡Juhai! ¡Julia! ¿por qué tu rostro muda?  
¿Por qué esa palidez? ¿por qué tu frente

Heladas gotas suda?

¡Deja esos juegos, ángel inocente!

Háblame, Julia! tu halagüeño acento

Vuelva a mi corazón su movimiento!

Otra elegía de Bustamante es la que lleva por título *Una lágrima a la memoria del Arzobispo de la Plata D. D. Manuel Angel del Prado*. Esta pieza literaria es de escasísimo mérito. Conceptos vagos y genéricos, imágenes comunes, versificación sin encantos, a pesar de estar conforme con las reglas de la gramática y del arte métrico, todo induce a colocarla en la categoría de esas composiciones poéticas que diariamente echan al viento por docenas las prensas americanas. Y no se ha de creer que el asunto no ofrezca recursos al poeta; pues antes al contrario es muy fecundo en notabilísimos y sublimes rasgos de valor moral, virtud y celo apostólico, tanto más dignos de admiración cuanto más raros son hoy en Bolivia. Nada dice, por ejemplo, Bustamante de la visita que, a costa de penurias y sacrificios sin cuento, hizo aquel pastor ejemplar a las misiones olvidadas de las vastas soledades del Beni y Chiquitos; nada del cruel ultraje y amargos sinsabores que le llevaron al sepulcro; nada de cuanto la distingue y caracteriza en medio de una multitud sin méritos, de cuanto le da una fisonomía propia y digna del recuerdo y alabanza de la posteridad. La elegía que nos ocupa es una serie de lugares comunes, que así se pueden decir del Sr. Prado como de cuantos obispos o arzobispos que hayan muerto en el mundo; y no hace más efecto sobre el ánimo que el fuera uno de esos discursos de cementerio tan usados en Bolivia, especialmente en Cochabamba, y a los cuales se refiere aquel cuarteto epigramático:

—Temo, ay amigo Morales,

Morir aquí en Cochabamba.

—Pero ¿qué temes? — ¡Catambá!

Los discursos funerales.

Queriendo el gobierno boliviano hacer grabar en el mausoleo erigido en Caracas al Libertador por los venezolanos, una inscripción en que se expresase la gratitud de Bolivia hacia este grande hombre, convocó a todos los ingenios nacionales a un

gran certamen literario para el 4 de abril de 1853, en la capital Sucre, señalando como premio una medalla de oro al autor de la composición que, a juicio de un jurado que nombró al efecto, fuese digna por su mérito literario del objeto arriba indicado.

En virtud de una prórroga, el certamen no tuvo lugar hasta el 6 de agosto del mismo año.

A Bustamante cabe la gloria de haber sido el laureado en este concurso, en el cual también tomaron parte Calvo, Cortés, Galindo, Ramallo, la Muja y otros poetas bolivianos; una octava real suya fue declarada por el jurado como la mejor y más digna entre las composiciones que se habían presentado; adjudicósele en consecuencia la medalla ofrecida, y la octava, grabada con letras de oro en una hermosa piedra de berenguela, que transportará a Caracas una comisión nombrada por el gobierno, será puesta en el mausoleo de Simón Bolívar para que la lean las generaciones venideras.

Como es de suponer, mucho dio que hablar en esos días la susodicha octava. Profesores de literatura y críticos ociosos se apresuraron a discurrir acerca de su valor literario, comentándola y analizándola de diversos modos. Sentimos no tener a la vista esos documentos, así como también el informe del jurado; informe en el cual se indicó al autor una corrección que éste reconoció ser fundada, puesto que la salvó después, presentando definitivamente el epitafio en esta forma:

## BOLIVIA

### A LA POSTERIDAD

De América el Gigante vels dormido  
Dios y la Libertad guardan su lecho,  
Dominador del Tiempo y del Olvido,  
Su gloria es grande y su sepulcro estrecho;  
Y si del mundo hasta el postrer latido  
Hay fibra ardiente en el humano pecho,  
Se inclinarán los hombres ante el hombre  
Que me dio vida y me legó su nombre.



Este trozo de poesía es una prueba más del prestigio y novedad que dan a pensamientos obvios y aun comunes, los encantos de una Versificación fácil, robusta y armoniosa. No se puede negar que el oído queda completamente satisfecho con la lectura de estos versos, y es muy posible que entonces más de una Imagen se exalte hasta el punto de olvidar que en ellos no están los conceptos a la altura de la entonación musical. Los que saben que la poesía está principalmente en el fondo mismo de las obras, y no en la forma, hubieran tal vez querido encontrar en ese epitafio el gran pensamiento de una generación entera sobre el genio de Bolívar: un rasgo de patética elocuencia rápido, pero inmenso en su alcance y significación, que, ya hablado, ya escrito, ya en prosa, ya en verso, fuese capaz de conmover el ánimo de un modo profundo y duradero. Cuando Bolívar se toma el permiso de hablar a la posteridad, y cuando lo hace para expresar su amor y admiración por Bolívar, su discurso, para que sea verdaderamente digno, es necesario que sea también un discurso sublime. La octava real de Bustamante ¿cumple con estas condiciones? Es evidente que no; y bastarían desatarla en prosa, conservando sus mismas palabras y figuras, para hacer ver de un modo incontestable que sus conceptos no pasan de una elevación poco menos que mediana, y que su principal mérito estriba únicamente en la riqueza de su rima y en la cadencia de sus versos.

Viniendo a los detalles, no se encuentra ella tampoco exenta de algunos defectillos.

A propósito del segundo verso se nos ocurren varias observaciones. En primer lugar, el buen gusto exigía que, en cuanto a valer e importancia, hubiese entre las divinidades o entes que sirven de guardianes al sepulcro del Libertador, una justa y congruente igualdad. La diferencia de categorías entre Dios y la Libertad, es desproporionalmente enorme: aquél es la divinidad única, real, infinita, por excelencia; ésta es limitada, ficticia como hay muchas otras en la imaginación. Más razonable y fácil (porque esto de personificar virtudes nunca fue obra de romanos) hubiérale sido al poeta decir: La Libertad y la Justicia, o la Libertad y el Patriotismo, o la Libertad y el Genio, etc. En segundo lugar preguntaremos ¿por qué Dios guar-

da el sepulcro de Bolívar y no el de cualquier otro hijo de vecino, a mayor abundamiento el de aquéllos que vivieron santamente en la tierra? Y si en virtud de una ficción poética se ha de suponer, siquiera por un momento, que éste es honor concedido únicamente a los grandes hombres, claro está que no es privativo, ni singular, ni característico de Bolívar. En tercer lugar, si en las más libres y atrevidas combinaciones de la fantasía debe entrar siempre una lógica profunda, aunque no resaltante ni ostensible, no merece disculpa la impropiedad metafísica de suponer obrando a Dios y además a su lado a la Libertad, que es una emanación suya, uno de sus atributos, una virtud o calidad, si es lícito expresarse así de su misma esencia. Tanto valdría decir que un general y su mano custodian ésta o la otra cosa.

Nótese que los versos:

Y si del mundo hasta el postrer latido  
Hay fibra ardiente en el humano pecho.

expresan una condición tan implícita, que si se dejase de enunciar no se menoscabaría en lo más mínimo el sentido de lo que antecede y sigue. Este es evidentemente un rípo que el poeta ha encajado aquí para completar los ocho versos de la octava; rípo tolerable quizá en una obra larga, pero de ningún modo en un epitafio, donde debe reinar la más estricta concisión.

Sono los primeros en elogiar el nervio de los pareados:

Se Inclinarán los hombres ante el Hombre  
Que me dio vida y me legó su nombre.

Pero si este último verso produce tan buen efecto por ser el más gráfico y característico de la octava; el único tal vez que da intrínsecamente a conocer que en ésta se trata de Bolívar y no de otro héroe; tal no sucede con el primero en el ánimo de los que se acuerdan de aquel verso de Rioja hablando de Trajano:

Ante quien muda se postró la tierra.

del cual alguno quizá encontrará en el de Bustamante una pálida imitación.

Salvando los lunares apuntados, la octava real que analizamos alcanzará a ser por el brío y sonoridad de sus versos una excelente estrofa de oda o de poema, una flor lozana en una hermosa guirnalda. Pero nunca será un buen epitafio. La luz que éste derrame no ha de ser, en el presente caso esa tranquila y suave claridad de la aurora en los hondos valles, sino el ígneo e instantáneo fulgor del relámpago nocturno en las altas montañas que en un segundo deja contemplar inmensos y variados horizontes.

Entre los epitafios que en el certamen de Sucre quisieron disputar al de Bustamante la palma del vencimiento, los más notables son sin duda los presentados por D. Mariano Ramallo y D. Manuel José Cortés. He aquí el primero:

Sobre eternos laureles duerme el Hombre  
Que ha llenado dos mundos con su gloria:  
Es BOLIVIA la cifra de su nombre,  
LA LIBERTAD DE AMERICA es su historia.

He aquí el segundo, tal cual lo encontramos en una colección de poesías inéditas de Cortés, con que nos favoreció hace algún tiempo, D. Daniel Calvo, amigo del autor:

Los siglos os dirán quién es el Hombre  
Que dejó a un mundo Independencia y gloria:  
Es BOLIVIA la cifra de su nombre,  
LA LIBERTAD DE AMERICA es su historia.

Marzo de 1853.

Lo que más llama la atención en estos epitafios es su semejanza, la cual es tanta que los dos últimos versos del uno son iguales a los dos últimos versos del otro. Temiendo que hubiese aquí una equivocación, escribimos al Sr. Ramallo consultándole sobre el particular, y nos contestó lo siguiente: "Con respecto a su duda de la coincidencia de los dos últimos versos de mi epitafio al Libertador con los dos últimos del de Cor-

tés, no sé qué decir a Ud. amigo mío. Yo concurrí al certamen literario a mi regreso del destierro, en julio de 1853, y Cortés estaba entonces emigrado a consecuencia del descalabro de Mojo. Elio es en verdad un misterio; pero yo puedo asegurar a Ud. que no he copiado a nadie".

Nos complacemos en asegurar que así también lo creemos nosotros, y no encontramos dificultad para que en esta vez hubiese ocurrido realmente una coincidencia. Las obras medianas suelen ser iguales o parecidas; sólo las que llevan impreso el selio del genio son singulares, únicas. Esos dos epitafios son semejantes, bien así como lo son esas imágenes de santos que fabrican nuestros escultores. Pero no hay más que un solo Apolo de Belvedere.

En otra colección de poesías inéditas de Cortés encontramos esta variante de su epitafio:

No una losa, los siglos, del grande Hombre  
Al mundo mostrarán la inmensa gloria:  
UNA NACIÓN, dirán, LLEVA SU NOMBRE;  
LA LIBERTAD DE AMERICA ES SU HISTORIA.

Esta forma dramática da sin duda más fuerza al pensamiento, pero no quita el que hubiera sido todavía mejor escribir únicamente en la tumba de Bolívar:

Una nación lleva su nombre;  
La libertad de América es su historia.

Al ver estos nobles pero impotentes esfuerzos para honrar al Libertador no puede uno menos que exclamar con el poeta venezolano Maltin:

¡Fuera toda inscripción! Ninguna encierra  
Harto valor, grandeza y energía.  
¿Queréis honrar al grande de la tierra?  
Poned: BOLIVAR, en su tumba fría.

Pero el defecto ha sido en cierto modo general en América. Las hazañas del genio inmortal de nuestro Continente, han

sido el tema de los cantos heroicos de muchos poetas americanos. Hanle celebrado en sus prodigiosas marchas, en su indomable constancia, en medio del furor de los combates, en sus triunfales entradas a las poblaciones, en los blenes de la independencia debidos en gran parte a su mente y a su brazo. A este armonioso concierto de entusiasmo y admiración, se han mezclado los triste y graves acentos que recuerdan el ostracismo y la muerte del héroe. Honra altamente a los bardos americanos el que así como proclamaron con trompa marcial la gloria inmensa, hayan pulsado el laúd para llorar el inmenso infortunio de Bolívar. He aquí un catálogo de las composiciones poéticas, de nosotros conocidas, que tienen por asunto al Libertador:

A BOLIVAR, oda, por D. Abigail Lozano.

A BOLIVAR, oda, por id.

HOMENAJE A BOLIVAR, oda, por D. José Antonio Maltín.

PARALELOS, CANTO A BOLIVAR, por id.

CANTO A BOLIVAR, por Terepalma.

A BOLIVAR, oda, por D. Cristóbal Mendoza.

EL 28 DE OCTUBRE, oda a Bolívar por D. J. Iilas.

MEDITACION SOBRE LA TUMBA DE BOLIVAR, por D. Heraclio María de la Guardia.

ODA ELEGIACA EN LA TUMBA DE BOLIVAR, por D. José R. Yepes.

DELIRIO DE BOLIVAR SOBRE EL CHIMBORAZO, por D. José R. Yepes.

DELIRIO DE BOLIVAR SOBRE EL CHIMBORAZO, por Stenio Bolívar, oda, por D. D. Martínez.

A BOLIVAR, canto épico, por D. José Heriberto García Quedo.

BOLIVAR, soneto, por D. Juan Vicente González.

BOLIVAR, soneto, por O. Ramón Isidro Montes.

CANCION AL PADRE DE COLOMBIA Y LIBERTADOR DEL PERU, por D. José Fernández Madrid.

**AL LIBERTADOR EL DIA DE SU CUMPLEAÑOS**, oda por Id.  
**CANCION AL LIBERTADOR EN SU CUMPLEAÑOS**, oda por Id.

**LA ESTATUA DE BOLIVAR**, oda, por D. Lázaro María Pérez.  
**A BOLIVAR**, oda, por D. Juanario Silva.

**LA VICTORIA DE JUNIN, CANTO A BOLIVAR**, por D. José Joaquín de Olmedo.

**AL LIBERTADOR SIMON BOLIVAR**, octavareal, por D. J. A. A. LOA, representada en el teatro de Lima con motivo de la inauguración de la estatua ecuestre del Libertador, por D. José Vicente Camacho.

**BOLIVAR Y EL PUEBLO PERUANO**, diálogo, por Id.

**BOLIVAR**, oda, por D. Néstor Galindo.

**ODA A BOLIVAR**, por D. Ricardo José Bustamante.

Deben contarse además las inscripciones que concurrieron al certamen de Sucre.

D. José Joaquín de Mora ha compuesto también un himno a Bolívar.

D. Andrés Bello, en los fragmentos que ha dado a luz de un poema titulado **La América**, le dedica algunos versos llenos de fuego y armonía. A este tenor se encuentran alusiones a Bolívar en muchos cantos patrióticos y heroicos de poetas americanos.

Los señores Juan Vicente González, Francisco Aranda y Ponte, y N. Camacho, han escrito sobre el mismo asunto calurosas páginas de poesía en prosa.

Muchas de estas composiciones son notables por la dignidad de los pensamientos, por el fuego y grandeza de las imágenes, por la galanura y brillantez del estilo, por su lenguaje lleno de encanto y armonía, y no sin frecuencias están sembradas de rasgos tan valientes como éste de Bustamante:

Porque tú eres el libre entre los grandes...  
 Porque tú eres el Cóndor de los Andes...  
 Y el Águila francesa y su legiones.



Y las romanas Aguilas guerreras,  
Cual tú las bendiciones  
No alcanzarán de las remotas eras!

Pero en nuestro humilde juicio no han hecho todavía los poetas americanos más que la pintura exterior y aparente de Bolívar, y no han alcanzado a expresar las ideas más profundas y los sentimientos más íntimos que éste ha debido inspirarlos. Han entonado himnos triunfales y tiernas elegías para expresar lo que a multitud y los contemporáneos sienten; pero no han sabido ser los inspirados sacerdotes de las musas, que penetran en los secretos del alma para iluminar la historia, e interesar y conmover a todos los hombres. Han visto desde lejos las irrupciones del volcán; pero no han tenido valor para subir hasta el cráter a escuchar el mugido de las corrientes interiores.

La oda de Bustamante Al general Ballivián es una composición de un mérito poco común. Está escrita en veinticinco octavas reales de una entonación verdaderamente soberbia, y que en la riqueza de sus rimas y en sus cadencias y cortes variados hacen recordar al duque de Alvas, cuya manera de decir grandilocuente también tiene Bustamante.

¡Oh Bolivia lumínar fecundo!  
Si a Dios confía mi amistad su llanto,  
Quiere arrancarte mi dolor profundo  
De las regiones del eterno espanto.  
¡Varón ilustre que dejaste el mundo!  
Oye las notas de mi flébil canto.  
Y da a las cuerdas de mi ronca lira  
El alto acento que la gloria inspira.

El que principió con una invocación como ésta, después no decae un punto en la fluidez y armonía del verso, ni en la dignidad y elevación del estilo; sino que más bien aumenta por grados el esplendor y grandeza de las imágenes, y la fuerza del sentimiento.

Véanse algunas estrofas:

La corona de espina de la gloria  
Puso por prez la envidia en su cabeza.



Marcando así del tiempo en la memoria  
Cuánta es de un pueblo ingrato la flaqueza,  
¡Oh grave ejemplo de la humana historia!  
Después que el hombre conquistó grandeza  
Con heroica virtud, es necesario  
Que la tumba se eleve de un calvario!

.....  
Pueblo inconstante, si olvidaste un día  
A quien tan grande consagró en tus aras  
Cuanto ardor en su pecho contenía,  
Para que al mundo, en el cenit brillaras  
De fortuna, de prez y nombradía,  
¿Por qué no al punto tu esquivez reparas  
Y la noble reliquia del guerrero  
Vas a pedir al sol del extranjero?

Proscrito, él aguardó que a tu ribera,  
De ese mar de inconstancia en el reflujo,  
Aun más gallardo su bajel volviera,  
Y que el ingrato huracán que lo condujo  
¡Ay, mísero! a buscar playa extranjera,  
De augusta libertad al santo influjo  
En un viento propicio se tornara,  
Que a un porvenir sin sombras le llevara.

.....  
Ay! borra tal baldón, patria, y levanta  
Tu grito de pesar hasta las nubes;  
Gloriosos himnos a su nombre canta;  
Y, si a la altura de cien siglos subes  
En vida y en poder, la egregia planta  
De tu Illimani audaz, que a los querubes  
Usurpa la región del firmamento,  
De Ballivián sustente el monumento.

.....  
Ay! de Bolivia sobre el suelo santo  
Tus restos vengán a dormir un día;  
Que no se pierdan bajo el triste manto  
De extraña zona, donde en noche fría  
Se guardan lejos de amoroso llanto:  
Aquí recojan en ofrenda pia  
Lauros de un pueblo, que pregone al mundo  
Sobre una tumba su dolor profundo.

¡Cuánto sentimiento y nobleza respiran esas estrofas en  
que el poeta recuerda los males de su patria!

Sombra sagrada del varón preclaro,  
 De la ignota región en donde moras  
 Oye en el suelo que te fue tan caro  
 Cual rebraman tormentas destructoras.  
 Tu gloria sea el rutilante faro,  
 Que en el espanto de sus negras horas,  
 Salve a la patria de la sirte horrenda  
 A do la empujan por tan triste senda;  
 ¿No prestaste el oído a sus clamores  
 En el supremo instante en que tu pecho  
 Se cerraba del mundo a los dolores?  
 ¿No te agitaste en el mortuario lecho  
 Al ver la inmunda hiel de los rencores  
 Corriendo en ondas y en raudal no estrecho,  
 Por este suelo que en abyecta vida  
 Es cual precito de quien Dios se olvida?  
 ¡Oh! la clemencia en el empíreo implora  
 Por la flaqueza razón de los mortales!  
 ¡Solivia al eco de tu nombre hoy llora:  
 Que a su seno descienda en mil raudales  
 El agua del honor, que el sabio adora;  
 Y en los puros, fecundos manantiales  
 de la paz, de virtud y patriotismo  
 Sus timbres lave, que enlodó un abismo.

Cuentan los viajeros que la línea de montañas que hay en la ribera del mar a la entrada de Río de Janeiro, presenta a lo lejos la maravillosa figura de un gigante tendido con la faz hacia el cielo. El poeta se aprovecha de este accidente de la naturaleza para hacer elusión a la muerte del general Ballivián, que tuvo lugar en esas playas, estampando así en la oda un rasgo muy notable por su colorido:

Del piélago espumoso del Atlante  
 Las turbulentas ondas tiene a raya,  
 Acostado en su margen un gigante  
 Que es de un trono imperial el atalaya.  
 Al coloso de piedra, fulgurante  
 El sol calienta en brasilera playa,  
 Do se mecen al viento las palmeras  
 En eternas fragantes primaveras.  
 Allí el astro de Ingavi halló su ocaso,  
 Y al lado del gigante allí tendido.

Gigante también él, en su fracaso  
 Al rumor de las oías se ha dormido.  
 Allí la muerte le detuvo el paso;  
 De allí ha lanzado en el postre, latido  
 Ese gran corazón en desconsuelo  
 Un ¡ay! doliente por su patrio suelo.

Sólo un pasaje habría que tildar en esta composición, y es aquél en que, no pudiendo el poeta contenerse en los límites debidos, ha caído en la exageración.

Los siglos rodarán: generaciones  
 Llenas de vida cruzarán el mundo  
 Y dejarán en pos hondas lecciones  
 Del humano esplendor germen fecundo:  
 Se alzarán en Bolivia mil campeones;  
 Empero, del más alto, no el segundo  
 Serás tú, oh BALLIVIAN, que cual flamero  
 Su sonda alumbrará siendo el primero.

La estrofa es bellísima; pero éste es el caso de exclamar con el antiguo poeta español:

..... "¡Lástima grande  
 Que no sea verdad tanta belleza!"

No menos alroso ha salido Bustamante en el desempeño del Grito de desesperación, del Canto heroico al 16 de Julio, y de la Página enviada al álbum de un amigo. La primera deja una honda impresión en el ánimo, y con esto hemos hecho su mayor elogio. En la segunda se pueden admirar estrofas como la siguiente, en que, después de pintar el exterminio que los españoles causaron en los patriotas de la ciudad de La Paz, dice:

Mas ¡guay! que en el gran libro del destino,  
 Del Ser Eterno la Imperiosa diestra,  
 Con rasgo diamantino  
 Escrito había la venganza nuestra.  
 Y todo fue esperanza y todo vida:  
 Sus campañas Colombia en sangre muestra  
 De opresores teñida:  
 Allí guerrera juventud, clamando  
 Libertad, libertad, con noble acento,

La espada desnudando,  
La vaina arroja al viento,  
Y entre mil vivas a la lid se lanza,  
Contrarrestando la feroz pujanza  
Del airado español, que el polvo muerde  
Y palmo a palmo su conquista pierde.

La *Página enviada al álbum de un amigo*, clásica en la forma de su metro, lo es también por la exquisita abundancia de su poesía. En ella ha vencido Bustamante las dificultades de la rima esdrújula, y con tal acierto, que lo que gana la composición en armonía, no pierde, como suele acontecer en casos como éste, en naturalidad y sencillez. A poco de haber principiado su lectura, se apodera del alma una dulce melancolía, y no atina uno a saber cual es el verso, la estrofa, o la imagen que le ha conmovido; porque el sentimiento que respira es un gas sutilísimo que se escapa cuando lo queremos asir.

Las odas: *Al general Ballivián*, *Grito de desesperación*, *Al 16 de julio de 1809*, y *Página enviada al álbum de un amigo*, son los laureles con que D. Ricardo J. Bustamante puede ocupar un esiente honroso entre los poetas distinguidos de la América española.

Santiago de Chile, mayo de 1860.

NOTA. — Publicado en la "Revista del Pacífico". Tomo II. Valparaíso, 1860.

## DANIEL CALVO

**D**ICHOSOS LOS QUE RECIBIERON al nacer los dones del ingenio, y que trajeron al monumento incipiente de la literatura hispano-americana un trozo siquiera labrado en su taller. Para algunos de estos beneméritos obreros los estímulos del renombre, las expectativas de la fama, los lauros de la gloria inmortal.

Pobres de los que llevaron al cultivo de las letras los anhelos más caros y ardientes de su alma, conociendo ellos mismos que las fuerzas más viriles de su espíritu no llegarían jamás hasta la impulsión que inventa y que produce. Ocio estéril son sus labores. Grato olvido descienda sobre ellos al aceptaron su suerte sin envidia, ni amargura, y si antes al contrario preconizaron los títulos literarios de los otros, empleando su sentido común en trillar el sendero todavía agreste de la crítica.

La crítica desinteresada y previsora nunca estará más obligada a usar de su derecho democrático de examen, como en esta época primitiva y rudimentaria en que nuestros gérmenes literarios se agrupan buscando cohesión y solidez, y cuando los diversos ensayos que aparecen van acaso destinados a las bases y cimientos de la nueva literatura que se levanta.

Hoy por hoy es un libro de poesías, que viene ¿de dónde? de Bolivia, que busca asilo en tierra de Chile, que se hospeda en

esta capital, imprenta de **El Independiente**, y que sale después a la calle, muy sí señor, vestido con la estampa tipográfica bajo el nombre de **Rimas de don Daniel Calvo**. Dondequiera hoy se le verá; en los clubes, en las librerías del comercio, en los salones de lectura, en las bibliotecas públicas. Los hombres del charqui aprensado y del ocho y medio por ciento lo arrojarán como importuno; los políticos militantes que no sueñan sino en la salvación de la patria lo mirarán con desdén; los cultos y letrados se detendrán a observarlo; y como su cálculo, en materia de versos criollos, fue siempre cometer una sola injusticia probable para escapar de noventa y nueve chascos seguros, acabarán por apartarse del libro distraídos e indiferentes. No le queda a éste por de pronto sino la acogida generosa y benévola de los amigos de las letras del continente, animados a este respecto de un noble cuanto ventajoso espíritu de corporación y confraternidad internacional.

Para ellos, afortunadamente, el autor no es un extraño desconocido. Las gacetas de Bolivia y algunas publicaciones literarias de Chile y aun de Europa, han presentado ya algunas muestras de su cosecha poética. Desechando no pocos de esos primeros ensayos e incluyendo la leyenda **Ana Dorset**, que corre impresa desde 1859,<sup>(1)</sup> el presente volumen ha recogido con enmiendas algo de lo ya publicado y mucho que todavía no ha visto luz pública.

"Muchos padres, dice Lope de Vega, son como las aves: en sabiendo volar el pájaro, válgale el aire y ayúdele el pico". Pero en la paternidad poética es siempre de otro modo; porque el bardo ruiseñor queda ahí, a responder del vuelo y pico de los hijuelos que privó de los arrullos del nido para lanzarlos a los rigores de fuera.

Y ante todo, ¿quién ese ese progenitor aventurero? La respuesta a esta pregunta de la curiosidad vidriosa, es muy breve en el caso presente.

Nacido en Sucre el 18 de septiembre de 1832, don Daniel Calvo tiene la dicha poco común de haberse mantenido en Bo-

(1) SUCRE, imp. de España, 4<sup>o</sup> de 90 páginas.



livia constantemente fiel al honor, "cuyos altares, aunque estén abandonados, reclaman siempre y siempre sacrificio".(2)

Ha enseñado y dirigido con fruto algunos años a la juventud. Luciano decla. que "a esos que Júpiter detesta los hace en cualquiera parte maestro de escuela..." Y profesores en Bolivia, era de agregar para encarecer debidamente estos servicios de Calvo.

En el bendecido recinto de su hogar y en su pequeño mundo de relaciones, estudios y quehaceres, la poesía no fue nunca para Calvo una bagatela pasajera; sino un comercio íntimo, un recogimiento íntimo, un recogimiento grave, una predilección sin reparos, hambre del alma.

Cuando uno ve en Bolivia estas vocaciones irrevocables y, como prueba de ellas, un volumen literario sin necesidades ni barbarismos, quisiera al punto trabar disputa con ciertos pesimistas recalitrantes y burlescos de Hispano-América.

Parapetados tras un muro de gacetas de toda especie, boletines, carteles de anuncios, memorias del despacho, ordo restandi offici, redactores del congreso, recetarios de guisos y postres, guías de litigantes, precios corrientes, bandos de policía, vindicaciones sobre empréstitos, tarifas de avalúos, bulas de cruzada, informes de sociedades anónimas, lenguajes de las flores, alegatos de bien probado, manuales de táctica para las tres armas, oráculos de la buenaventura, pastorales, silabarios, novenas, almanaques y pólizas, que, entre varios otros frutos del país, son los renglones con más demanda en el mercado y forman por lo mismo el sustento habitual de nuestra industria tipográfica; parapetados, declamos tras este muro enorme, entre risas y bravos irónicos los utilitarios empedernidos lanzan contra su contendor una lluvia de parnasos, narratorias, arengatorias y de cuanto aborto literario acertó, en el espacio de treinta años, a servir de ludibrio a la malignidad humana en las repúblicas de América. Y como su estrategia estriba en escoger bien su momento y en no dejar al contrario punto de reposo, en lo-

---

(2) CHATEAUBRIAND.



grando asentar el pie en la efectividad de algunos hechos y ponerse del lado de las apariencias, la burla antiliterata como que se tornará de repente en campeón invencible.

Dejémosla ahí con su buen humor, y hablemos acá formalmente.

Por poco que uno se detenga a examinar la presente actividad intelectual de Hispano-América, no dejará, sin duda, de conocer que, en lo que mira a las labores literarias y poéticas, esa actividad no corresponde ampliamente al despertamiento de ahora quince o veinte años. Los que hallaron este aserto aventurado confesarán a lo menos, que si aquellas épocas fueron una alborada precursora, no ha brillado aún el claro día de una rica primavera.

No se crea que aquí vamos a entrar en la abstracta y conabida tesis del progreso y de las decadencias. La civilización de un pueblo es algo de muy complejo, para que, con sólo ver el lento giro de una de sus ruedas durante algunos instantes, vayamos a afirmar que la máquina anda trabada en sus movimientos o que amenaza ruina. La verdad es que las mejoras y adelantos que por entre mil obstáculos vamos allegando, y esa gravitación irresistible que a la sociedad hispano-americana impulsa a un estado más próspero, son hechos de primera evidencia, como que ellos mismos constituyen nuestra porción de bienestar moral, social y político.

Mas, no por eso es menos cierto que en la suma de tamaños bienes no entra por mucho, ni aun en la mera parte que debiera, la manifestación escrita del pensamiento. La prensa cotidiana subviene a nuestras necesidades más urgentes; pero el ingenio no busca todavía con ardimiento sus formas predilectas, esas formas que ajustándose aquí a los peculiares requisitos requeridos por nuestros países, constituirían el arte literario en hecho notorio a la vez que en agente efficacísimo de cultura y progreso.

A otros pueblos cupo la gloria incomparable de amamantarse a sí propios, de formarse por sí mismos, de adquirir sin extraña ayuda el vigor y robustez de la civilización. Una ley providencial e histórica dispuso que esta América en un prin-

cipio tuviese a España por madrastra, y más tarde (y quién sabe hasta cuándo) a la vieja y sabia Europa por inevitable nodriza.

Lanzados de improviso y en edad temprana a regir sus propios destinos, los requiticos pueblos hispano-americanos gastan hoy los más activos conatos de su pensamiento y consumen lo mejor de sus energías y de sus esfuerzos, en el afianzamiento de sus nuevas cuanto movedizas instituciones; y no es mucho que de esta cotidiana tarea a las veces terrible y sangrienta, saiga el individuo mal dispuesto para la meditación espontánea y serena fuente de la originalidad creadora, y que se contente con acopiar en su memoria los tipos ultramarinos, que en la esfera de lo útil y de lo bello, viene a brindarle aquí a sus mismas puertas una civilización forastera, pero sin disputa la más avanzada de cuantas registra la historia.

La imitación he aquí, pues, un lazo muy conocido de parentesco y el aire más común de familia entre nuestros bardos. La imitación genérica, sin ahínco y como por efecto de un ascendiente inevitable; la imitación, decimos, de ciertos líricos franceses de la primera y legítima generación de la casta romántica, es en la fisonomía de los versos compuestos por don Daniel Caive una fección muy pronunciada.

La verdad es que volviendo a los contratiempos de nuestra literatura, no se divisa cuándo tendremos acá una labor incansante con muchos expertos operarios. Por ahora es en vano volver los ojos a ciertos hombres que mostraron alguna vez felices disposiciones, que tienen dadas pruebas de ilustración y saber, y que nunca pierden la afición ni los hábitos del literato. Porque fuera de algunos casos notables en el Plata, Chile y Colombia, ellos están prendados de sus autores favoritos y como enfrascados o refinados o saciados o estragados o repietos y satisfechos con las literaturas extranjeras; las cuales, si a menudo suelen levantar en los cerebros juveniles ventoleras de imitación en la inventiva de estos repastados sibaritas, dejan casi siempre la impotencia y la esterilidad incurables.

Vedios, y qué soberbios y cómo derraman a torrentes el desdén sobre cuantos ensayos dieron a la publicidad jóvenes mal preparados sin duda, pero animados siquiera de nobles y

levantadas miras! Aduaneros inexorables de la república literaria, ¡ay del temerario que sin la venia fiscal junta su bagaje y se asoma a los sagrados linderos! Custodios solapados del sancta-sanctorum de la poesía, incapaces de adorar con ofrendas, ahí están ellos para castigar las profanaciones; y en sus manos el buen gusto se convierte en lima acerada, la crítica en hacha de leñadores, la erudición en masa para demoler.

¿Qué extraña es esta furia de los doctos, cuando el vulgo, que nunca supo desdeñar a los vocingleros perjudiciales, suele ensañarse a tontas y a las locas contra ciertos principantes estudiosos y de buenas aptitudes? Años atrás decía el poeta Cortés en una carta: "He alentado a Calvo mientras muchos le hacían la guerra". Vera en efecto un justo motivo de orgullo. Más tarde, Cortés, ministro, destituyó a Calvo rector, que se había separado del amigo para militar en su contra, sin duda por aquello de Cicerón: *Ab amicis discedendum esse, si peccen in res publican*: "Se debe romper con los amigos cuando pecan contra la patria".(3)

Loado sea Dios; y maravíllense cuanto quieran los burlo-  
nes, los apáticos y los indolentes. Así y todo, hay ya una na-  
ciente literatura en América, compuesta de cierto número no  
despreziable de obras duraderas, aparecidas aquí y allá, años  
atrás y ayer, en días serenos y en noches de tempestad; aca-  
badas con el arte algunas, arránques los más de una afortunada  
improvisación; frutos de semillas importadas de otros climas  
entre flores indígenas que brotaron a la intemperie en el crá-  
ter de los volcanes.

---

(3) "Solo diré a Ud. que he sido de continuo alentado en mis trabajos por las  
insinuaciones repetidas y generosas de mis amigos, entre los cuales por el  
vivo interés que siempre me manifestó, he figurado antes de ahora don  
Manuel José Cortés, de quien desgraciadamente ocurrencias políticas me han  
alejado un tanto últimamente. Fue tal nuestra confraternidad literaria, que  
hemos sometido alternativamente a nuestra recíproca censura nuestros ver-  
sos y trabajos de todo género, aceptando con franqueza y agradecimiento  
nuestras mutuas correcciones. Así he tenido largo tiempo en mi poder el  
libro de composiciones literarias de Cortés, como él ha tenido en el suyo  
cuanto bueno o malo ha salido de mi pluma." Carta de Calvo, fecha 26 de  
mayo de 1864.

Sin duda alguna el cultivo literario ~~exige~~ en nuestro suelo virgen una estación todavía más benigna, pero que no se abatan los pueblos del continente abrumados por un cúmulo de desdichas, ni se engrían tampoco los que supieron fundar la paz pública y a su sombra el bienestar privado. Porque este nuevo ingenio que se levanta no tiene por lo visto hijos desheredados, ni preteridos, ni mejorados; y los que por su cultura precoz ganaron en corrección y abundancia, perdieron la gallarda sencillez de los que yacen en rústico abandono; o porque donde quiera truenan los ímpetus de la pasión en unos, al lado del melodioso murmurio y la blandura melancólica de otros.

Y eso que acá no hay genios- lumbreras, sabios- palancas, focos académicos, patriarcas consagrados de tradiciones venerables, apóstoles de innovaciones flamantes, faianges de secretarios, culminantes jerarquías, palestras de las artes, etc., etc. Recortes ya vistos de literatura conocidas; y ¡cuán errado anda quien, por sólo echar menos vuestro imponente estrépito, concluya que aquí el afán literario no consume una parte de nuestras fuerzas espontáneas con visos de tornarse en trabajo forzoso de la vida!

No hay en verdad todavía con qué sostener las pompas y los esplendores de un culto público, solemne, nacional; pero el culto privado y solitario de los espíritus está ahí de firme, y se puede certificar su existencia con documentos fehacientes muy estimables. Así como las praderas de los valles andinos se fueron formando por aluviones sucesivos y eventuales, el monumento popular de la literatura hispano-americana, se va componiendo poco a poco de agregaciones de partes yuxtapuestas, labradas en distintos parajes, en ocasiones diferentes y en variedad de matices y figuras; que a cualesquier giros del pensamiento y a toda suerte de gustos provinciales se sabe adaptar en su riqueza esta flexible lengua castellana! Singular y extraordinaria arquitectura, que vinculará los caracteres de su originalidad, no tal vez en las piezas separadamente ni en el invento de tipos desconocidos hasta ahora, sino en las mismas extrañas circunstancias de su formación, en la profunda unidad democrático-cristiana del conjunto, en el aspecto y propor-

nes de perspectivas que le darán los destinos misteriosos de esta raza ilusa, turbulenta y apasionada.

Mientras tanto, la imitación no es más que una travesía donde muchos consumirán sus provisiones y sucumbirán. En rigor no es vorágine, sino escollo. Las poesías de don Daniel Calvo nos lo recuerdan tanto y tan naturalmente hoy, cual antes de ahora las de otros poetas estimables de nuestra América.

No hay duda que la imitación tímida, servil, artificial, colmo de aspiraciones, es a menudo signo de impotencia y rauda lleva en derechura al olvido. Pero librenos Dios de pensar que la muchedumbre de nuestros bardos distinguidos, don Daniel Calvo entre ellos, pertenecen en alma, vida y corazón a esta escuela de maniáticos. Lo que podríamos sostener aquí, contrayéndonos a éste, es que el defecto de su poesía o, más bien, la deficiencia de su poesía, dimana de haber él frecuentado, sobre todo al comienzo de su carrera, las vías imitadoras. El manoseo de la imitación voluntaria le hizo caer en la imitación imprevista.

Calvo, con todo, no se muestra muy experto en la ciencia de verter poesías francesas, inglesas y alemanas a nuestra lengua de muy inspirado en el arte de la imitación específica de ciertas piezas deliberadamente escogidas. Helne, Byron, Lamartine, Hugó, tienen por ello graves cargos contra él. En el volumen que nos ocupa pueden verse unas pocas de esas poesías extranjeras, una de ellas tan mal avenida con la carta castellana de naturaleza que ha querido otorgarle Calvo, que no cede un ápice en mérito a la caterva de traducciones e imitaciones de esta especie que pululan cada mañana en América; y esto es mucho decir de quien no es ciertamente un rimador pedante. Pero es muy probable que Calvo no haya atribuido ninguna importancia a estas inocentes profanaciones autorizadas por la moda. De otra suerte, su propia conciencia fuera la primera en reclamar contra estos cuasi delitos. Por lo demás, no puede escaparse a su buen criterio, que si entre la mortandad cotidiana de esos partos sietemesinos subsisten todavía, por ejemplo todas las imitaciones que atesoró el ilustre Bello, las que estampó Irisarri y las dos traducciones que de Byron dejó



el malogrado Arcesio Escobar, es porque en su primor concienzudo el arte acertó a modelar en ellas lo que el alma había sagazmente interpretado y concebido.

La plaga de la imitación vaga y genérica, y el calco y el remedo específicos con su alarmante estadística de defunciones, han infundido un pánico terrible a ciertos pensadores, que con estos y otros males ven puestas en inminente riesgo la suerte y la existencia de la literatura hispano-americana.

No participamos de terror semejante; y es fuerza que él no haga olvidar a sus víctimas los ejemplos, en contrario, de la historia.

Una nación inmensa, en grado subido, inteligente y sensible, que hablando una lengua inmortal en medio de una naturaleza virgen y espléndida se ejercita heroicamente en la vida libre por todos los caminos de la civilización, constituye, de grado o por fuerza, más tarde o más temprano, una personalidad poderosa, original e irresistible en la manifestación literaria de su pensamiento. Los obstáculos actuales y otros aun más graves que sobrevengan, retardarán quizá los resultados necesarios; pero no cambiarán la existencia eficiente de este hecho fundamental.

Además, como adherencia de una iniciativa individual espontánea y libre, la imitación en sí misma es fuerza y lleva a la originalidad. En las bellas letras no es derecho inviolable el dominio. Con un solo rasgo bien acentuado, el ingenio puede hacer también suyo eso mismo que ya era de otro. En pedestal ajeno se esculpe estatua propia, y viceversa; o el mismo material se refunde conforme a una actitud nueva; o en la alhaja el engaste es de uno y la piedra de otro. Sobran casos de las mil diversas maneras de esta comunidad en las obras del arte.

Esta libertad suele convertirse en despotismo. El timbre fuerte, por ejemplo, borra el timbre débil. El título antiguo cede entonces al nuevo, cuyo poseedor entra al punto a adquirir con dominio pleno, absoluto, sin partícipes ni comuneros. Lo peor es que, según lo acredita la experiencia, estos despojos violentos no son los más expuestos a ulteriores revocatorias. Pero

raros. Lo más corriente es apropiarse lo que no llevando todavía sello personal, impreso o grabado, se reputa *res nullius*, aunque ya otro lo haya arrojado en el comercio humano.

¿No imitaron Olmedo y Heredia entre nosotros? El entusiasmo lírico, esencialmente personal, repentino, fugaz, no está con todo menos expuesto que los otros a las invasiones periódicas de las influencias literarias. Los siglos gloriosos imitaron. La historia del arte escuela es de buen gusto. Modelarse en sus dechados no es intrepidez en muchos; pero siempre es cautela. Es buscar un tipo de lo perfecto por el camino de la experiencia; y lo perfecto es requisito de la inspiración, no la inspiración misma.

La anarquía y el despotismo, engendrando en Bolivia el decaimiento moral, han encorvado el ánimo de la juventud hacia el vasallaje de la imitación inconsiderada; bien así como han arraigado el predominio del tambor mayor de palacio, de los prestidigitadores alevés, de los histriones patibularios, de los saltimbanquis, las concubinas, los cacos y los juglares de quena y charango. Belzu decía con sonrisa irónica ahora veinte años: 'Déjenlos conspirar, que ahí les soltaré yo mis perros rabiosos'. Pero es la verdad, que ni en sus accesos de hidrofobia dio suelta aquí y allá a más de un can. Tiempos atrasados, Bolivia es hoy presa de la jauría hambrienta de todos los perros rabiosos.

Como puede notarse en la colección de sus rimas, esta pobre patria ha arrancado a Calvo nobles, sentidos y varoniles acentos. Aunque los estadistas nada durable acertaron a constituir y aunque entre tantos escombros hoy sólo quedan de pie dos de las tres cosas que dejaron los fundadores; esto es, la independencia nacional y la democracia (ya que el territorio ha visto cercenada su integridad últimamente), la musa de Calvo se ha espaciado tejiendo guimaldas a tres de esos estadistas. Sea en buena hora; y no estamos nosotros para rebatir al poeta su idealismo de admiración patriótica ni sus quimeras en materia de biografía heroica.

Aplaudimos de paso el olvido a que ha condenado el mismo su canto funibundo contra Belzu. No carece en verdad de



cierta fiereza vibrante; pero sus estrofas sobrepasan en su mayor número el diapason del arte.

Si Calvo no lo publicó en febrero de 1853, fecha de su composición, no fue por cobardía sino por prudencia. Algo más que lanzar al rostro del tirano una invectiva en cuartetos alejandrinos, fue alzarse a fines de 1854 contra él en la sublevación del entonces coronel Achá; campaña que, como la del sur en 1865 contra la usurpación de Melgarejo, a que concurrió Calvo en calidad de secretario general, tuvo un éxito desastroso y junto con muchos llevó a este último rápidamente al extranjero.

En Bolivia no hay conservadores ni liberales; y las facciones victoriosas, perversas o tolerables, no se designan con otros nombres más significativos que los meses del año y aun los días de la semana. Calvo fue partidario de la causa de septiembre, como hoy es enemigo de la causa de diciembre.

La causa de septiembre no es otra que la dictadura de Linares, que se entronizó en 1857 y vino a tierra por lo que allí se llama el golpe de Estado de 1861, en que los mismos ministros del despacho, solidarios políticos del dictador, mantataron a éste y lo enviaron a Chile a morir de pena y enfermedad.

Al inaugurarse el régimen setembrista, Calvo sirvió una jefatura de sección en las secretarías de Estado. Al principio, en los días tempestuosos de la general y del combate, había redactado oficialmente el *Boletín Republicano*. Más tarde, en la época del afianzamiento, fue rector del Junín, confirmado a propuesta en terna de ambos consejos universitarios y municipal, y escribió en favor del gobierno *El Siglo de Sucre*.

Merece notarse que como redactor gobiernista Calvo se apartó de la ruta ordinaria de la adulación al poder; y todavía se recuerda las nobles palabras que en el *Boletín* dirigió a sus correligionarios y a la prensa amiga, cuando comenzaba a rugir horas después del triunfo el frenesí de las reformas y de las venganzas.<sup>(4)</sup>

4.— BOLETIN REPUBLICANO, de Sucre, número 13 y 25 correspondientes al 25 de octubre y 26 de noviembre de 1857.

La negrura sin ejemplo de los palaciegos de 1861, señaló como puesto obligatorio a su honor las filas opositoras, Calvo lo aceptó con denuedo.

Pocos días después, Calvo preguntaba con visible inquietud en la Causa de Septiembre, si había todavía septembristas. Cómo no los ha de haber, se contestaba a sí mismo, cuando la sociedad necesita subsistir, y la bandera de aquéllos fue: civilización contra barbarie.

Esta manera de plantear el problema político de Bolivia es un abstracto de una exactitud matemática. Pero en concreto, "civilización contra barbarie" es fórmula que allá no abona a ningún partido de oposición política, en virtud de aquella reglita peripatética: **Argumento que prueba demasiado, no prueba nada.**

Ante la impotencia radical, cien veces probada y comprobada, de todos los partidos para constituir el público sosiego, y cuando con tiranía o con libertad la anarquía devora cada vez con más furia el cuerpo social, los lemas políticos bien o mal intencionados no significan nada: nadie puede decir con acierto, **yo estoy por la civilización y aquél por la barbarie;** y la sociedad puede echar lejos a rodar a los estadistas con su ciencia política y a los partidos con su derecho público.

En Bolivia todo gobierno, por espurio que sea su origen, por depravados que sean sus hombres, por ruinosos que sean sus medios, hoy se presenta de hecho o de derecho como ejecutor de esta ley suprema y salvadora: "Necesidad moral del orden". He aquí un programa categórico, evidente, preferible a otros más bellos por cuanto para su ejecución cuenta desde luego con el poder y la fuerza pública.

Lo duro y lo triste está en que con la majestad soberana de este principio, que fluctúa entre manos aviesas y osadas, encubre su lodo, su podre y su veneno el éxito de la fuerza brutal de los cuarteles. Pero es esta extremidad a que han llegado las cosas; y ni poltrones ni revolucionarios tienen por qué quejarse; y, prescindiendo de excepciones individuales, ninguna facción o partido colectivo puede arrojar con mano limpia la primera piedra: y en pro de la civilización y contra la barbarie es

claro que esas facciones y partidos tienen, por ejemplo, para con el gobierno mismo de la causa de diciembre, hoy triunfante, graves, imperiosos y heroicos deberes.

La causa de septiembre acabó con su caudillo. Sobre erróneo, era ya inoficioso levantar a los alres como estandarte suyo el principio de los derechos esenciales de la sociedad. Pero sea dicho en su elogio, esa causa logró dejar ciertas tradiciones políticas honorables. Convenía, pues, no desperdiciarlas, antes bien utilizar en otra forma los esfuerzos combinados de sus partidarios fieles.

La fundación y organización de un partido constitucional concurrió a este propósito, y es sin disputa en Bolivia un ensayo político de la mayor importancia, aun en vista de la ineficacia actual y de los sacrificios infructuosos que ha costado.

Calvo coadyuvó a él desde un principio y hasta lo último. Dos campañas electorales, una legislatura de oposición parlamentaria, la destitución que ya sabemos, la redacción de El Constitucional en 1864, la signatura de la protesta en masa contra la apelación al pueblo con que un gobierno quiso derribar la ley fundamental, la persecución consiguiente a este acto valeroso, la campaña militar y la emigración de 1865, la inseguridad constante de su hogar, si son gajes de la vida ordinaria en Bolivia, tienen su distintivo honorífico cuando se sabe que, como soldado de la causa constitucional, Calvo no "vivió con variedad de costumbres", *varia moribus egit*, como dice Tácito, historiador de los tiempos nefandos; ni es como esos otros poltrones del mismo partido: *magis extra vitia quam cum virtutibus*, "más bien sin vicios que con virtudes".

En medio de circunstancias tales, el bardo boliviano ha proseguido su labor literaria; siendo siempre tributario sumiso de las musas desde 1851 en que dio a luz sus primeros ensayos métricos<sup>(5)</sup> hasta el presente que aparece este volumen.

—"Soy mozo, soy rico y soy enamorado. — Las tres partes se tiene vuesa mercé andadas para ser buen poeta".

(5) MELANCOLIA, Poesías de D. — Chuquisaca, Imp. de Sucre, cuaderno 1° en 16°

Este diálogo pasó entre un rimador de pacotilla y Cervantes, que extensamente y con su habitual donaire lo cuenta en la Adjunta al Parnaso.

Si la postrera y cuarta parte de la jornada es el talento, un talento indisputable (acerca de lo cual calla Cervantes), no cabe duda que Calvo tiene ganada ya la mansión de los buenos poetas.

Es rico, porque no está condenado a una lucha enérgica y constante contra la miseria, porque su bienestar le ayuda a mantenerse en lo que es debido a la dignidad del arte, y porque pueda decir con Juvenal:

**Est, aliquid, quocunque ioco, quocunque recessu,  
Unius domini sese fecisse lacerto.**

"Algo es poder llamarse dueño de un pedazo de tierra, por pequeño que sea y donde quiera que esté situado".

En cuanto a enamorado, Calvo lo está siempre de la misma que es hoy su esposa a la cual como a Eloisa su Abelardo, pudiera llamar mi única.

En la pieza intitulada *Separación*, de una verdad y aobriedad perfectas, se hace referencia al misterio de otra pasión antigua contrariada por el deber. La reserva del autor a este respecto es un rasgo de sensatez y buen gusto, que aplaudimos doblemente por lo demasiado confidencial, doméstico e indiscreto que se va haciendo cada día el parnaso entre nosotros. Es en vano buscar en las poesías de Calvo endechas, madrigales y anacreónticas almibaradas para requerir de amores a las damas; ni quejas, ni maldiciones o sarcasmos amasados con sangre y lágrimas para conturbarlas y sublevarlas. Ni Filis ni Teresas. La fe de una sola persona amada no es en verdad una nota amplia, bien sentida y numerosa de su poesía; pero el culto de este afecto profundo, sereno e invariable consta de sus versos más o menos sincera y naturalmente, a veces al trasluz de uno que otro requlebro romántico al uso de la época.

Sollozo elocuente de ternura casi filial, que rompió con independencia y fuerza en la famosa oda elegíaca al cadáver

de Fany, y que se prolonga todavía en algunos suspiros vagos y fugitivos, *En un álbum de... Visita fúnebre* y algunas otras. Fany en realidad no es otra cuerda diferente, sino una modulación muy particular y acentuada de la misma nota erótica; o si se quiere, otra nota, pero nota dominante, de un mismo acorde armónico.

"Soy mozo" pudiera decir también Calvo; y si no, aquí están sus poesías que lo declaran más bien.

Ante todo una restricción.

Esas poesías no son un himno del mágico poema que vive o que vivió dentro y fuera de cada uno de nosotros: la juventud. En ellas no alienta la expansión exuberante del alma en sus años floridos, con su tráfago de alegrías, penas y desengaños; no brilla la fiesta primaveral con sus transportes e inexorables inquietudes, y con sus ensueños de amor, de gloria y de libertad.

"La juventud, dice un malogrado poeta francés, la juventud se parece a las florestas vírgenes combatidas por los vientos: ella sacude a todos lados los ricos presentes de la vida y en su follaje reina siempre algún profundo murmullo".<sup>(6)</sup>

Es esto último solamente, este rumor quedo y misterioso, estos estremecimientos vagabundos del viento en la espesura, lo que de la ardiente juventud canta y gime en las poesías de don Daniel Calvo.

Y hemos ahora en campo abierto y frente a frente con aquella deficiencia de su musa, deficiencia que arriba hemos atribuido a un estrago de la imitación.

Porque es menester convenir en que esta trecura juvenil que se contenta con ser lozana, afable, simpática, tierna, pero que no se atreve impunemente a ser pomposa, magnífica, profunda, marcial, tétrica, novelesca, hábil, ingeniosa, fantástica, mística, etc., no muestra en verdad el abatimiento de una esclava sino la voluntaria sujeción de una musa libre.

(6) GUERIN. *Le Centaure*.

El mendigo dadivoso fuerza es que hurte. Calvo no se halla en este caso. Distanos ¡vive Dios! de increparle un crimen, cuando sólo queremos tildarle una imprudencia.

El ingenio que se embeleza a menudo voltejeando en los campos-elíseos de las musas, y se para de repente a dejar un invento que allí viva, es ni más ni menos un tamerario; pues se arriesga entonces a un peligro, el de caer en las reminiscencias, peligro a que no está expuesto quien inventa a solas, sin emulación, recogido y absorto en sí mismo.

¿Cómo en ese instante de exaltación discernir delicadeza, lo lícito y lo ilícito? ¿Cómo separar escrupulosamente lo propio de lo ajeno? ¿Cómo abstraer la emoción de lo que uno acaba de admirar en otros, a fin de que brote puro, ingénito, espontáneo el propio acento del alma? ¿Es éste el momento oportuno para arrancar a ésta sus secretos, provocar su pujanza nativa y lanzarla en alas de un entusiasmo concentrado en su misma intensidad?

La lima, el yunque, el crisol...

Pero no lo olvidemos; estos purificativos son tardíos, se emplean o no, a menudo no se emplean, mortifican, apagan el entusiasmo lírico, su eficacia no es perfecta ni segura. Además el cantor descansa tranquilo en su buena conciencia; y allá va esa oda hija del alma. No hay que temer al vulgo; pues para él es nuevo y flamante lo que le llega primero, y en punto a reminiscencia vive siempre en la más saludable ignorancia.

Según las Doce Tablas, los hombres o son ingenuos o libertos, o siervos. Esta división del estado civil romano es aplicable a la condición de los espíritus en la república literaria. Después de una buena lectura el libre aplaude y pasa, el que fue *alleni juris* admira y se siente subyugado, el esclavo a *nativitate* idolatra y cae de hinojos; y como está escrito en la ley el que no sea persona sino cosa, si se levanta es para servir de recipiente.

El epígrafe, la cita nominal, la traducción de algunas piezas, la imitación expresa de otros, las tesis poéticas, las reminiscencias persistentes: he aquí los tributos que, aun largos años



después de sacudida la voluntaria servidumbre, el talento de un fiel liberto suele prestar en homenaje a sus patronos.

Sobra mérito para creer que don Daniel Calvo se ha emancipado ya completamente: pero los que quisieran ver siempre lozanos los laureles que ha sabido conquistarse, deben decirle todavía: alerta contra las reminiscencias involuntarias; alerta contra las odas deliberadamente compuestas conforme a una tesis preconcebida.

No fue exacto decir que Calvo pertenece a una escuela mística cualquiera: pero es indudable que en sus versos el sentimiento religioso aparece como cuerda de su lira. Muy bien puede ser que ciertas cadencias cristianas no sean en rigor acentos originales de su alma, sino ecos simpáticos de melodías venidas de lejos, simples reminiscencias lamartinianas. Con todo, la presencia divina en las maravillas de la naturaleza y el coro de las armonías universales al Ser Supremo, son cuando menos una idea poética de su imaginación, cuyo ardimiento consiguiente la lira de Calvo ha querido en épocas distintas de su carrera modular al canto.

A nuestro juicio, el gran himno de Jehovah todavía no ha sido entonado con acento duradero por ningún poeta hispanoamericano. Dios ha sido para ellos un tema lírico muy brillante, un asunto de oda propio para estentar fuego y riqueza de fantasías. Los padres griegos con el lujo oriental de su elocuencia, y Bossuet y Fenelón en el río majestuoso de su prosa oratoria, no lo consideraron de otra suerte cuando querían declarar y exaltar la razón filosófica, cristiana y providencial de las cosas creadas. Pero ya se deja ver que por este camino los más afortunados de nuestros vates no habían de hacer sino paisajes magníficos, en el fondo de los cuales, merced a algunas tintas de Chateaubriand, Lamartine y Hugo, la omnipotencia divina se diseña como fermante hacia los confines del horizonte un cielo profundo y sereno.

Si por el camino de la fantasía trazaron cuadros, pero no lograron entonar a toda orquesta la sinfonía de la naturaleza en homenaje a su Creador, tampoco lo han conseguido por la vía mucho más breve y adecuada del sentimiento. A la verdad, no



escasean acá cierta clase de piezas del género sagrado, y hasta se han preludiado melodías simples e individuales que desenvuelven el motivo de la alabanza divina más o menos ampliamente en una forma florida. Pero el alma penetrada de las maravillas de Dios está aquí lejos todavía; y preferimos mientras tanto, la salmodia cotidiana del salvaje patagón, que, sin limitar a nadie y levantando al cielo su alimento, diga: "¡Hombre poderoso, jefe de las tribus, dueño del sol! Yo soy un pobre, *po-yuchi*: protégeme. Que mañana tenga yo agua, caza y sueño. Mi comida de hoy aquí está; muy escasa, ya lo ves. ¿Tienes hambre? Tómala padre mío".

Un sentimiento vivo de la naturaleza en sus relaciones simpáticas con el hombre y con lo infinito, y la unción religiosa de una alma entusiasta y apasionada: tales son, a nuestro juicio, las fuerzas virtuales del estro que haya de convertir en ritmo lírico, el transporte de amor de la criatura humana al contemplar la gloria de Dios en los esplendores del universo. Este cántico tiene coros de melodías unísonas y acordes con diversidad de armonías concertantes. El fervor religioso no basta; pero sobre todo abandonemos como fin y medio exclusivos y primordiales la descripción y la enumeración. Ante todo, es menester "sentir alta y magníficamente de Dios", como dice fray Luis de Granada, pintor sublime de la naturaleza, que contuso y enternecido arroja de repente su paleta, y dice:

"Y por esto suplico yo ahora, Dios mío, a vuestra infinita bondad, que en tanto que yo estuviere apocando vuestra gloria con mi rudeza, por no saber más, glorificándoos estén allí en el cielo los que os saben atabar, y ellos compongan lo que yo descompongo, y doren ellos lo que el hombre desdora con su poco saber".

¡Qué música!

De las fuerzas elementales que constituyen el ingenio poético, la imaginación, en su carácter de facultad pasiva, es sin disputa de las más susceptibles de cultura y desenvolvimiento. El entusiasmo, y sobre todo esta flor del entusiasmo que se llama numen lírico, es brote espontáneo y natural. Pero si en todo caso era forzoso que al producirse quedase atenido el estro

a sus propios alcances, a lo menos jhan sido, en su apoyo, muchas y muy fuertes las imágenes que en la memoria de Calvo han dejado mediante una experiencia personal los libros, la reflexión, la vida? La respuesta es interesante porque se refiere a un bardo y todavía en carrera.

En la estrofa octava de **Voces del corazón**, pieza de algún mérito escrita en junio de 1854, están exhibidas las alhajas principales del cofre patrimonial de su musa: el ave, la flor, la brisa, la nube y el arroyo. Estas galas y sus congéneres inmediatos han formado siempre el atavío diario. En las fiestas de guardar, la musa más bien que a empréstitos forzosos, ha recurrido a las reminiscencias vagas y muy a menudo a la fantasía, servidora de apuros, caballito de siete colores ponte allá, que en sus alas le trajo no sin deterioro preciosidades lejanas y nunca vistas por el poeta.

Abrimos el acaso el volumen en las páginas 17, 24, 49, y 74; y he aquí a las aves, las flores, las brisas, los arroyos y las nubes, solas o con sus ampliificaciones, sirviendo de vestidura al pensamiento en tres no malas poesías: A. F. LI. de L. señalada por su acento de sinceridad; Ayer, Lucy, tristísimo... soledad florida en donde, a los sitios que denuncia con su firmeza la fuga sin retorno de las dichas allí pasadas, nada añaden las nubes volanderas; y A. Elvira, sáficos-adónicos intencionalmente sin rima y accidentalmente con algunas rimas. El asonante furtivo y clandestino alca muchedumbre de composiciones de Calvo. La cuarta intitulada **La Vuelta**, galano ejemplo de sobriedad selecta, es muy natural en la pintura del sentimiento, juntando a los matices de la naturaleza la Iglesia de la aldea y la lámpara del santuario.

A veces cualesquiera de esos objetos o imágenes constituye lo principal de un pequeño cuadro, o forma el marco, o es la pincelada que da el tono a la tela. De esta clase son los dos sonetos **Para el álbum de...** y **La Flor de las ruinas**, y también **La rosa**, **Emigración**, **Visita fúnebre**, **Separación**.

Pero si se escapan de continuo a la percepción del poeta mil sensaciones pertenecientes a otros gremios; si éstas de la naturaleza campestre, para él quizá las menos familiares, no le

ayudan a imprimir una fisonomía individual a sus obras; con todo, cuando el poeta sabe con claridad de antemano lo que va a decir, lo cual no sucede con frecuencia, estos pocos colores le bastan por sí solos para breve paisaje mediante un procedimiento muy natural: la figura humana, diestramente colocada en los planos posteriores de animación y vida a todo el esbozo, haciendo resaltar los contornos del primer plano. **Desconsuelo** pertenece en cierta manera a esta especie; pero más propiamente **Otoño** y **Primavera**, bellas composiciones escritas en épocas muy distantes.

A pesar de pequeñísimos descuidos métricos y gramaticales, **Primavera** es una pieza notable por más de un título. Esbelta aparece allí la musa lanzando una mirada centellante y melancólica sobre la vida humana. Uno teme por el brío con que prorrumpe; pero la vivacidad lírica cruza con rapidez y garbo lo trivial, y va a morir muellemente entre las sombras que ella misma ompujó y acumuló. Leyendo **El premio del bien hablar** de Lope de Vega y **El mágico prodigioso** de Calderón, nos hemos preguntado varias veces ¿por qué los consonantes parecidos del **estilo precioso** de la comedia clásica, no pasan con más frecuencia al lirismo de la oda? **Primavera** ha venido a mostrar que, asociados en largas estrofas con el pentasillabo doble en su apariencia rigurosa de unidad no ofrecen los inconvenientes conocidos hasta ahora, antes bien su recurrencia sirve para ligar las notas más variadas, repasando a la vez en escalas ascendentes o descendentes los tonos de la anacróntica y la elegía.

Estos felices aciertos no autorizan a Calvo a seguir confiadamente la vía pecaminosa de los paisajes decorativos. Unas cuantas de las obras más estimables de sus últimos diez años confirman esta predilección suya por la fantasía de los colores. No es ojeriza la nuestra al género descriptivo; pero verdaderamente nada hay superior a la conmoción del alma, y el prurito de esas pinturas tiende a sustituir, a lo moral, lo material de los sentidos. No desconocemos el mérito de esas telas de Calvo; pero ¿durarán?

No están en el volumen las poesías colocadas en el orden cronológico de su composición. Con todo, **Compensación**, **Sa-**

turnino y **Esther**, que figuran al fin de las poesías sueltas, son de fecha punto menos que reciente. Sin pretender apocarlas, declarámos que a nuestro juicio no son ellas en sí ni un progreso ni una renovación. **Compensación** es un soneto inferior a la mayor parte de los de Calvo y Calvo los ha trabajado excelentes; uno puede calificarse de obra maestra. **Saturnino** contiene un romance descripto no exento de colorido local; pero la composición en general es casi insignificante. En la primera parte de **Esther** hay verdad, y merece ser recomendada. Pero con ella acabó el aliento de la inspiración. En la segunda y tercera partes comenzó la tarea del fantaseo por el rimador que forja su estrofe. La actualidad repentina en que vuela el estro lírico, no consta en Calvo, como en la mayoría de los bardos, sino de un solo momento preciso. La oda dividida en capítulos ha sido el escollo de la secta que proclamaba *l'art dans la reverie et la reverie dans l'art*. Motivos diversos aconsejan a Calvo no flarse más que del primer arranque de su entusiasmo, y de esa forma simple e independiente, casi imprevisto, que admite más tarde lima pero no tijera.

Nuestro bardo es siempre tierno en la expresión de un sentimiento entrañable de la naturaleza. A mi hijo **Eduardo** no es una poesía para el paladar delicado de los hombres del arte; pero tiene su sabor a fruta del huerto de casa, fruta que todos hemos probado y cuyos gratos dejes no se pierden jamás. A mi padre, familiar en el ritmo, es amante y sentida. **Dos de noviembre**, acabada en la forma, es una lágrima purísima. No se lee una vez sólo sino tres y cuatro, que es además muy breve. **Elegía** es un lamento conmovedor, artístico en las dos primeras estrofas. El soneto **A mi madre** es una joya de primer orden. Se parece a las obras que al pasar graban de un golpe los bardos soberanos, hasta esas telarañas que tapizan los muros del hogar desierto, son de una verdad pintoresca muy sobresaliente.

Al cadáver de **Fany** y **Visita fúnebre** son flores del mismo germen, pero que dos estaciones apartadas hicieron brotar, gentil la una, aromática la otra. Fuerza y suavidad. Como arte son dos términos importantes de comparación: lo improvisado de la partida, y un punto en la carrera desahogada ya. La elegía **Al cadáver de Fany** es conocida con aplauso en la América española.



Si una veintena de composiciones sueltas de poesía, distinguidas o notables, han establecido ya la reputación de Calvo como bardo cantor, **Ana Dorset** ha venido últimamente a confirmar el valor de sus aptitudes en el género lírico. La citada obra es un esfuerzo vigoroso y sostenido de entusiasmo. Un amor irresistible y criminal que fue a esconder su deliquio en las tempestades del Océano, y que arrojado entre angustias y remordimientos a los vergeles de una isla salvaje y hasta entonces ignorada, halla en seguida una doble tumba en las soledades de la naturaleza, es sin duda uno de los asuntos más romancescos, patéticos y brillantes que en cualquier época pueda brindar al ingenio la historia de los descubrimientos geográficos. Sin inventar un ápice en esta aventura, llamando en su auxilio en casos apurados y para justificar sus furores pindáricos a autores irrefutables, arrebatados por su asunto como en los más privativos instantes de la improvisación lírica, Calvo entona un canto en variedad de conmociones, que se suceden en el mismo orden con que se van representando a los vivos en la fantasía del poeta las peripecias de aquella memorable historia: oda de largo aliento, semejante a esas oberturas que resumen los motivos principales de una ópera, insinuando y desfilando conforme al contrapunto algunas de sus consecuencias melódicas.

Pero el asunto, los títulos de la obra, la advertencia preliminar e ilustrativa de la edición de Sucre, y, entre las espesuras del lirismo y del énfasis filosófico, uno que otro claro donde se deslizan algunas corrientes naturales de narrativa, nos vienen a notificar, que si la nave recaló en las costas de la poesía lírica y sentó sus reales el numen de concierto con los canarios, las brisas y las cascadas en la floresta del poema elegíaco, el inexperto piloto, sin madurar su derrotero, sin fuerza de velas ni timón para vencer las olas ni los vientos, había hecho rumbo a otras playas, playas donde se extienden las llanuras de la poesía narrativa, con la mira sin duda de que sus tripulantes sintiesen y obrasen allí al uso de otro tiempo, mostrando en sus actos sus pasiones y desenvolviendo en la práctica de la vida sus caracteres, ni más ni menos que los hombres vivos y sanos que habitan la venerable ciudad de la epopeya legendaria.

Tal vez entre **Portia de Musset** por un lado, y el gran maestro inglés y el gran discípulo español por otro, el vate boliviano, no queriendo adoptar francamente el relato simple y natural, tomó consejo en el ardimiento de estos últimos con sus odas parásitas y sus divagaciones nómades, y no paró mientes en lo principal de Musset, la conclusión lapidaria estrujando y exprimiendo el jugo dramático del argumento.

No dudamos que en el volumen de **Rimas de don Daniel Calvo** haya piezas de oro y plata labradas al gusto de otros. Nuestras preferencias particulares son por las que transparentan en la nitidez del ritmo la verdad nativa, afluyente, individual de los sentimientos de su alma.

Cultura literaria, corazón sano y afectuoso, espíritu serlo y convencido, el vate boliviano, a quien con este prolijo estudio hemos querido demostrar simpatías por su conducta cívica, esté en camino de producir esa poesía generosa, bebida cordial grata a los fuertes como a las almas flacas en peligro de contagio.

Santiago de Chile, enero 7 de 1871.

NOTA. — Publicado como prólogo a *Rimas de Daniel Calvo*. Establecimiento tipográfico de El Independiente. Santiago, 1870, y también editado en folleto aparte.

## INDICE

|                                                        |     |
|--------------------------------------------------------|-----|
| Prólogo .....                                          | 9   |
| Introducción al estudio de los poetas bolivianos ..... | 71  |
| Manuel José Tovar .....                                | 89  |
| María Josefa Mujía .....                               | 125 |
| Mariano Ramallo .....                                  | 141 |
| Néstor Galindo .....                                   | 153 |
| Ricardo J. Bustamante .....                            | 202 |
| Daniel Calvo .....                                     | 269 |
| INDICE .....                                           | 293 |



La presente edición se terminó de imprimir  
bajo la DIRECCION DEL COMITE DEL  
SESQUICENTENARIO DE LA REPUBLICA  
en los talleres de Litografías e Imprentas  
"UNIDAS", S.A., el día 15 de Diciembre de  
1975, calle Colón No. 628. — La Paz, Bolivia.

BIBLIOTECA DEL  
SPSQUICENTENARIO  
DE LA REPUBLICA

OBRAS PUBLICADAS

1. El nombre y el gesto), de Bolívar (obra póstuma), por el Dr. Nicolás González de Aspillaga, Cilia- tural de la Cancillería de la República.
2. Gramática de la pedagogía na- cional, por Epifanio Tamarit.
3. El Presidente Díaz, por el Ge- neral Enrique Villarreal.
4. La virgen de las siete valles, por Alfredo Flores.
5. La vida social del abastecido, por Gustavo Adolfo Otero.
6. El precursor, por Manuel Pro- berto Arce-Silva.
7. Historia de la villa imperial de Potosí, por Nicolás de Meléndez Arce y Ylla.
8. Salomón de salomón sobre ac- tual nacional, por Francisco Luis de Medina.
9. La gran RIA, por Amado Flores de Hela.
10. Ensayos sobre la realidad po- litica, por Manuel Pineda González.
11. La Revolución del 22 de Mayo de 1809, por Emilio Pineda.
12. Historia de la guerra, por Juan L. Gómez, Segundo de Alca- zar, por Amado Pineda.
13. Estudios de literatura boliva- na, por Manuel Pineda Méndez.
14. Cien años — y más — de la literatura bolívica, por Amado Pineda.
15. Cuentos, por Augusto González.
16. Estrategia del Simulacro Bolí- vico, por Juan Antonio Gómez.
17. El poema.
18. MIRA, los escritores y sus po- siciones políticas en Bolivia, por Roberto Flores.
19. Gramática de Mandato, por En- rique Sánchez Pineda.
20. Cuentos trágicos, por Jorge Serrano.
21. Los diez siglos de la literatura boliviana, por Juan Antonio Gómez.

